THE LIBRARY OF CONGRESS

THE LIBRARY OF CONGRESS

EXPIACIÓN

POR

LA SEÑORA WOOD

NUEVA YORK
D. APPLETON Y COMPAÑÍA
Editores
5th Avenue No. 72

EL MORO.

Por JOSÉ MANUEL MARROQUÍN,

DE LA ACADEMIA COLOMBIANA Y CORRESPONDIENTE DE LA ESPAÑOLA.

EDICIÓN ILUSTRADA CON 16 FOTOGRABADOS.

***

ALGUNOS JUICIOS DE LA PRENSA.

"*EL MORO*, por D. J. M. MARROQUÍN.—La casa editorial de los Señores Appleton y Compañía, de Nueva York, continuando la serie de novelas españolas que viene publicando, ha puesto á la venta la que anunciamos, en que el Sr. Marroquín simula la autobiografía hecha por un caballo de los sucesos más culminantes de su vida, haciendo de este modo amenísima é interesante la relación de los medios de educación de los individuos de la raza caballar empleados por los habitantes de la América del Sur, que, como todos saben, son habilísimos jinetes. El libro, que consta de 300 páginas, es notable, no sólo por lo ameno é instructivo de su lectura, sino por la corrección de la prosa en que está escrito y la habilidad con que su autor ha sabido urdir y sostener una sencilla trama que interesa al lector hasta el punto de hacer casi imposible interrumpir la lectura."—*La Ilustración Española y Americana, Madrid.*

"*EL MORO*, por D. J. M. MARROQUÍN. Appleton y Compañía, editores, Nueva York, 5th Avenue, Número 72.—La casa editorial Appleton y Compañía es, sin duda, una de las mejores que existen en América. Los libros que salen de sus talleres están impresos con primor y corrección extraordinarios. *El Moro*, última obra editada por Appleton, reune, á sus condiciones tipográficas y á sus excelentes láminas, con liciones literarias muy recomendables. Es un interesante relato en el que, con sobriedad de estilo, se dan á conocer las pintorescas costumbres de la América del Sur."—*La Época, Madrid.*

"SOBRE UN LIBRO.—Hemos recibido un ejemplar de un interesante y muy bien escrito trabajo narrativo que con el título *El Moro* ha compuesto el notable escritor Don José Manuel Marroquín, de la Academia Colombiana correspondiente de la Española. Es una supuesta autobiografía de un caballo, donde campean las galas del estilo y la vivacidad é interés en el relato. La edición primorosa é ilustrada con diez y seis fotograbados está hecha por la importante casa de los Señores D. Appleton y Compañía."—*Las Novedades, Nueva York.*

"*EL MORO* es una preciosa novela hípica; la supuesta autobiografía de un potro, en la que se narra, mejor aún, se pinta la vida rural en las espléndidas sabanas de la alta Colombia. No faltan en esta obra episodios pasionales, tiernos y poemáticos; pero lo más notable de ella es el color local, la descripción viva, ingeniosa y gráfica de aquel hermoso país y de sus costumbres. Siendo de Marroquín no hay necesidad de decir que el estilo es animado y donoso; la dicción, correcta; y el interés, gradual y constante, desde el principio al fin."—*El Buscapié. Puerto Rico.*

EXPIACIÓN

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

2nd COPY DELIVERED TO THE
OCT 11 1897
Library of Congress.

POR

LA SEÑORA WOOD

TRADUCIDA AL CASTELLANO
POR JUAN L. IRIBAS

NUEVA YORK
D. APPLETON Y COMPAÑÍA
EDITORES
1897

PR 5842
.W8 E4

COPYRIGHT, 1897,
BY D. APPLETON AND COMPANY.

La propiedad de esta obra está protegida por la ley en varios países, donde se perseguirá á los que la reproduzcan fraudulentamente.

12-40314

DEL TRADUCTOR AL LECTOR.

Esta obra bastaría para dar á la señora Wood bien establecida reputación como escritora de notable mérito. Publicada hace bastantes años en Inglaterra con el nombre de *East Lynne*, alcanzó desde su aparición inmensa popularidad, acrecentada con el tiempo, hasta el punto de ser hoy uno de los libros más conocidos en la patria de la autora y en los Estados Unidos.

Pocas novelas tan conmovedoras como ésta. De aquí que su argumento se preste admirablemente á la acción dramática y que figure con frecuencia en la escena, dejando siempre en el ánimo del espectador profunda impresión á la par que muy saludable enseñanza. Porque es éste uno de los mayores méritos del libro : la lección severa, el castigo de la falta, la demostración sin vanos argumentos ni artificiosos recursos de que no impunemente se huellan las leyes sagradas del hogar y se quebrantan los lazos de la familia.

Es la heroína de la novela, Isabel Vane, víctima desdichada del amor, mejor diríamos, de celos infundados y de una combinación de circunstancias que crean situaciones del más poderoso interés. Su venganza cruel no tiene motivo, su despertar es espantoso, su desesperación sin límites. Y entonces, cuando el remordimiento ha hecho presa en ella y no tiene la infeliz en el mundo más guía que el amor maternal, ni más aspiración que la de ver otra vez á sus

hijos adorados, entra de nuevo en el hogar que fué un tiempo suyo, desconocida, disfrazada, para ver su puesto ocupado por otra esposa y madre tan bella como fiel, y para recibir el golpe de gracia con la muerte de uno de sus hijos.

Rara vez se ha expresado con tanta verdad y fuerza la angustia maternal y la resignación dolorosa de una mujer que, si fué culpable, expía y redime su falta con el martirio más cruel.

Los otros numerosos personajes de esta obra son tipos acabados de la vida rural inglesa, desde el morador de la aristocrática mansión, el abogado y el juez, hasta la irascible solterona y el humilde campesino.

En resumen, esta novela es digna de su gran popularidad. El lector hallará en ella todas las cualidades que hacen á un libro ameno, interesante y recomendable.

J. L. I.

HARTFORD, *1° de Julio de 1897.*

EXPIACIÓN

CAPÍTULO I

ISABEL

Entrecano el cabello, cruzada la espaciosa frente por arrugas prematuras, huellas indelebles de una vida poco ordenada, viejo á los cuarenta y nueve años ; tal era el conde Guillermo de Monte Severne en la época en que le vemos por primera vez, arrellanado en cómoda poltrona de su hermosa biblioteca.

No se había distinguido nunca como hombre político, militar ni literato, lo cual no impedía que fuese conocidísimo gracias á su reputación de hombre derrochador, valiente hasta la temeridad, jugador y alegre de cascos como el que más. Por tal le tenían todos, pero también elogiaban con justicia, su generosidad y su buen corazón. Personalmente, mejor cuenta le hubiera tenido haber continuado siendo toda su vida, como lo fué hasta los veinticinco años, aquel modesto Guillermo Vane, uno de los más aplicados estudiantes de la Escuela de Derecho y activo miembro del foro después, con brillante porvenir en la magistratura. Era ambicioso y no ignoraba que para alcanzar renombre y fortuna tenía que confiarlo todo al propio esfuerzo. Aunque pobre, pertenecía á una excelente familia y contaba entre sus deudos al conde de Monte Severne. Jamás se le había ocurrido la posibilidad de heredar aquel título, del cual lo separaban tres parientes más cercanos del conde, dos de ellos jóvenes. Pero quiso su buena ó mala fortuna que murieran aquellos parientes, de apoplejía uno de ellos,

otro de la fiebre en África y el tercero ahogado en el Támesis. Por donde de la noche á la mañana se halló el joven Guillermo convertido en conde de Monte Severne y legítimo poseedor de sesenta mil libras de renta.

Se vió adulado por todos, desde las más encumbradas familias de la nobleza; fué el favorito de las fiestas y reuniones más brillantes de Londres y es justicia confesar que su triunfo no se debió tan sólo á la envidiable posición social en que lo colocara la suerte, sino en muy gran parte á sus dotes personales, á su arrogante presencia y al trato amenísimo que lo distinguía. Por desgracia, aquel cambio radical, inesperado, lo deslumbró; sus buenos propósitos se desvanecieron como el humo y no tardó en lanzarse de lleno en el torbellino de los placeres con todo el ardor que le permitían su juventud y su fortuna.

No faltaron ominosos pronósticos ni quienes fijaran muy breve plazo á la ruina completa del atolondrado joven. Pero no es empresa tan fácil como creen los envidiosos la de arruinar á un par del reino con sesenta mil libras de renta. Allí estaba el conde en su lujosa casa de Londres, con sus cuarenta y nueve años bien cumplidos y la ruina, aunque le amagaba, no era todavía completa. En cuanto á sus apuros presentes y pasados, las ansiedades, temores y disgustos sufridos, sólo él los conocía en toda su extensión, aunque algo sabían sus amigos y algo más sus acreedores. Años antes, con severa economía, hubiera podido evitar el desastre, pero le faltaron la energía y la constancia necesarias é hizo lo que tantos otros en su caso: seguir viviendo como hasta entonces y dejar que aumentase la lista enorme de sus deudas y se acercase el día, ya no muy lejano, de la catástrofe final.

Pensando en todo ello se hallaba entonces. Y pensando también en aquel matrimonio suyo, dictado por el amor, eso sí, mas no por la reflexión y la prudencia; pero la condesa había sido para él afectuosa compañera, le había perdonado su indiferencia y sus locuras y sobre todo había sido madre amantísima de su hija, único fruto de su unión. Trece años contaba esta hija cuando murió la condesa, dejando á su esposo sin el heredero varón que tanto anhelaba.

Vino á interrumpir aquellas tristes reflexiones la entrada

de un criado, para anunciar á su señor que un caballero deseaba verle.

—¿Quién es? preguntó malhumorado el conde.

—Aquí está su tarjeta, señor conde. Es el señor Carlisle, de Linden.

—Carlisle, de Linden, dijo el noble procurando recordar. Anda, dile que pase.

No tardó el criado en introducir á un personaje destinado á representar muy importante papel en este relato. Era de alta estatura y no parecía contar más de veintisiete años de edad. Algo pálido el rostro, facciones regulares, negro el cabello y franca la mirada, formaba todo un conjunto que unido á su noble expresión habitual atraía y agradaba desde luego. Aunque abogado de provincia, su educación había sido esmeradísima y completa; la cortesía y distinción de sus maneras revelaban al perfecto caballero.

—Señor Carlisle, dijo el conde tendiéndole la mano, sea Vd. bienvenido. Esta pícara pierna que ve Vd. tan vendada me impide levantarme. Resabios de mi antigua enemiga la gota, que ha vuelto á declararme la guerra. Tome Vd. asiento.

—Señor conde, dijo Carlisle después de saludarlo, acabo de llegar de Linden con el único objeto de verle y conferenciar con Vd. acerca de un rumor que ha llegado á mis oídos. ¿Es cierto que ha resuelto Vd. vender su posesión de Lynne?

—Un momento, señor mío, dijo el conde con altivez, asaltado por el temor de que su visitante representase á uno de sus numerosos acreedores. ¿Con qué fin desea Vd. obtener informes de mí?

—Prescinda Vd. de toda sospecha, dijo Carlisle, que conocía la situación del endeudado noble y comprendió lo que pasaba en su mente. Soy incapaz de engaño ni falsos pretextos para encubrir la razón de mis actos. He oído decir que Lynne estaba de venta y deseo ser su comprador.

—¿Para quién?

—Para mí.

—¡Hola! exclamó el conde sonriente. Parece que el bufete de abogado no deja de dar resultados satisfactorios en los tiempos que corren.

—No con buena y numerosa clientela como la que yo

tengo. Además, recordará Vd. que mi padre y mi tío me dejaron no despreciables fortunas.

—Así es en efecto.

—Desde hace algún tiempo he deseado invertir parte de mi capital en bienes raíces y la posesión de Lynne me conviene por todos conceptos. Se entiende, si podemos ponernos de acuerdo en cuanto al precio.

—Amigo Carlisle, dijo el conde después de meditar algunos momentos, mis asuntos se hallan en estado deplorable y necesito vender esa propiedad, que me dejará disponibles algunos miles de libras después de satisfechos los gravámenes que ya tiene. Pero si llega á saberse que me deshago de esa finca, caerá sobre mí un nublado de acreedores cuyos créditos me sería imposible satisfacer por el momento. Con esto comprenderá Vd. que la venta de Lynne, si se efectúa, tiene que permanecer oculta por algún tiempo.

—Comprendo perfectamente. ¿Qué precio espera Vd. obtener por esa propiedad?

—He dicho á mi abogado Burton, encargado de venderla, que pida setenta mil libras.

—Mucho es.

—Vale más, mucho más. Hubiera querido dejársela á mi hija, pero ya me es imposible. Es todo lo que me queda, fuera de los bienes inalienables pertenecientes al mayorazgo. Lo siento por mi pobre hija, tan buena, tan joven, educada cuidadosamente por su madre y tan cariñosa como ella. . . .

—Recuerdo que era una niña lindísima.

—Sí, Vd. la vió en Lynne, en vida de mi esposa. Pues bien, señor Carlisle, quedamos en que si compra Vd. la finca el contrato no se hará público por ahora; es indispensable que todos me crean su propietario hasta pasados algunos meses.

Convinieron en que Carlisle vería al abogado Burton y como era algo tarde el conde invitó al joven á comer con él. Vaciló Carlisle, dirigiendo una mirada á su traje, pero Monte Severne se apresuró á decir:

—Estaremos solos con mi hija. La señora Ema Vane, parienta nuestra, vino hace días de Marling para presentar á mi hija en la reciente recepción de nuestra sobe-

rana ; y aunque continúa con nosotros, come hoy fuera de casa.

Aceptó el abogado, dió el conde las órdenes necesarias y á las siete entraron ambos en el comedor. Al mismo tiempo se presentó también en la puerta opuesta una joven, una visión encantadora que dejó á Carlisle deslumbrado.

Isabel Vane era un tipo acabado de belleza. Muy joven, esbelta y graciosa, con facciones ideales y perfectas como sólo pudiera soñarlas la imaginación de un artista ; los rizos de su negro cabello rodeaban el rostro y caían abundantes sobre los hombros de incomparable hermosura, como lo eran los desnudos brazos. Llevaba un rico traje blanco adornado de perlas y encaje.

—Mi hija Isabel, señor Carlisle, dijo el conde.

Durante la comida permaneció el abogado bajo el encanto que le había producido la aparición de la lindísima joven. Tanto y aun más que la perfección de sus facciones, la belleza de su cabello y la blancura de la tez admiraba la dulce expresión de sus negros ojos. No recordaba haber visto nunca, ni imaginado siquiera ojos tan hermosos.

—Veo por tu atavío que vas á salir, Isabel, le dijo su padre.

—Sí, papá. Me espera en su casa la señora Levison, con quien come esta noche nuestra prima Ema.

Terminada la comida se presentó la doncella de Isabel para decirle que el carruaje esperaba, á la vez que ponía sobre los hombros de su ama espléndido manto de raso blanco.

—Adiós, papá, dijo la bella joven acercándose al conde.

—Buenas noches, amor mío, repuso éste besándola cariñosamente. Dí á la señora Vane que no te retenga muy tarde fuera de casa. Eres todavía una niña.

—Si Vd. y la señorita Vane me lo permiten, dijo Carlisle, tendré el gusto y la honra de acompañarla hasta el coche.

El conde le dió las gracias, se sonrió Isabel y Carlisle la condujo por la ancha escalera hasta dejarla instalada en el coche. La joven le tendió la mano y le dió las buenas noches con voz dulce como una caricia.

—¿ Verdad que es hermosa ? preguntó el conde á Carlisle cuando éste regresó á su lado.

—Llamarla hermosa es pobre elogio para belleza como la suya, replicó el joven.

—En la última recepción regia llamó mucho la atención, según me dicen. Esta dolencia mía me impidió acompañarla. Y es tan buena como hermosa.

Si el conde de Monte Severne hubiera sabido la suerte que esperaba en el mundo á su hija querida, hubiera preferido mil veces verla muerta en aquel instante.

CAPÍTULO II

LA CRUZ ROTA

El carruaje de Isabel Vane no tardó en detenerse á la puerta de la señora Levison, dama setentona é irascible, cuyo mal humor habitual había subido de punto con la tardanza de Isabel.

—Temo haberla hecho esperar mucho, dijo ésta apenas llegó, pero papá tenía hoy un convidado y la comida se prolongó algo más que de costumbre.

—Es tarde, sí, muy tarde, gruñó la buena señora. Ema, hazme el favor de llamar y decir que me traigan el te. Hace veinte minutos que lo espero.

Ema Vane tocó el timbre. Contaría unos veintiseis años y era de pequeña estatura, nada bonita, pero elegante, bien formada y muy presumida. Su finada madre había sido hija de la señora Levison, y su esposo Raimundo Vane era el heredero presunto de Monte Severne.

—¡ Todavía no está hecho el te, abuela ! exclamó Ema Vane sorprendida, al examinar el contenido de la bandeja de plata que el criado había puesto sobre la mesa.

—No, yo prefiero que Jacinta lo prepare aquí, á mi vista, evitándome recibirlo frío de la cocina. Pero esta noche lo prepararás tú, y pronto, que se hace tarde.

—¡ Pero es que yo no sé cuánto te poner ! exclamó Ema, que tenía horror á todo lo que pudiera proporcionarle el menor trabajo ó molestia.

—¿Me permite Vd. hacerlo, querida señora Levison? preguntó prontamente Isabel. Yo soy quien le sirve el te á papá.

—Hazlo, hija mía, contestó la anciana. Tú vales diez veces más que mi nieta.

Rióse alegremente Isabel, se quitó los guantes y apenas se hubo acercado á la mesa entró en la habitación un elegante joven. Era de hermosa presencia y bien delineadas facciones, negrísimos el cabello y los ojos, y su sonrisa descubría dientes de extraordinaria blancura. Pero un observador atento hubiera notado en aquel rostro cierta expresión algo desagradable, cierta falta de sinceridad en la mirada de los negros ojos. Era el capitán Francis Levison, nieto de la anciana y primo hermano de la señora Vane.

Hombre de trato amenísimo y encantadoras maneras, era perfectamente recibido en los círculos sociales más distinguidos, donde si no ignoraban que era cínico y derrochador como pocos, también veían en él al heredero del riquísimo Sir Peter Levison.

La anciana presentó su nieto á la joven, diciendo:

—El capitán Levison, la señorita Isabel Vane.

Inclináronse ambos, é Isabel, casi una niña todavía, se ruborizó al notar fija en ella la penetrante mirada del oficial, que no procuró disimular su admiración. Extraño era en verdad que aquellos dos hombres, Carlisle y Levison, destinados á ejercer grandísima influencia en su vida, le fuesen presentados el mismo día, en cosa de pocas horas.

—¡Qué bonita cruz, niña! exclamó la anciana cuando Isabel y la señora Vane se disponían á partir.

Al decir esto contemplaba una cruz de oro con siete esmeraldas que Isabel llevaba al cuello, suspendida de una finísima cadena de oro.

—¿Verdad que es bonita? Me la regaló mi buena mamá poco antes de morir. Voy á desprenderla para que la vea Vd. bien, añadió quitándosela y poniéndola en manos de la señora Levison.

—Pero niña, comentó la ostentosa Ema, ¿en qué pensabas al ponerte esa pobre cruz y esos modestos brazaletes? Siento no haberlo notado antes de salir. ¿Qué has hecho de tus diamantes?

—Los brazaletes son también regalo de mamá. Y los diamantes me los puse, pero me los volví á quitar.

—¿Por qué?

—¡Oh, brillaban tanto! Creerían que me los había puesto para llamar la atención, y los dejé en el joyero.

—¡Miren la tontuela! Pura afectación, Isabel, dijo con desdén Ema Vane.

La verdad era que la gran dama había notado la admiración con que el apuesto capitán contemplaba á Isabel, y que el triunfo evidente de la bella joven la había puesto de mal humor.

—Toma tu cruz, niña, dijo la señora Levison; es hermosa y en tu garganta vale más que todas las piedras preciosas. Tú no necesitas adornos. No hagas caso de lo que Ema diga.

Francis Levison tomó la cruz para entregársela á Isabel, pero con tan mala suerte que se le escapó de la mano y al tratar de evitarlo dió un paso, puso el pie sobre la endeble joya y la rompió en dos pedazos.

—¡Oh, Dios mío! exclamó la señora Levison. Tuya es la culpa, Francis.

Isabel nada dijo, ni hubiera podido hablar. Recibió los pedazos de su querida cruz y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Vamos, sólo falta que te pongas á llorar ahora por esa insignificante crucecilla, dijo Ema, interrumpiendo las excusas que balbuceaba su primo.

—No te aflijas, dijo la anciana. La compondrán y quedará como nueva.

—No se disculpe Vd., pudo decir Isabel, haciendo un esfuerzo para ocultar su pesar y dirigiéndose al joven oficial. Tanta culpa tengo yo como Vd., y puedo hacerla componer.

—Lo que puedo asegurarte, exclamó Ema con burlona risa, es que cuantos te vean esta noche pensarán que la hija del conde de Monte Severne anda muy escasa de joyas.

—No importa, replicó Isabel sonriéndose. Ya vieron mis diamantes en la recepción regia del otro día.

El capitán le ofreció su brazo para conducirla hasta el carruaje, como poco antes la había acompañado Carlisle, y la señora Vane los siguió, más irritada que nunca.

—Buenas noches, dijo al capitán desde el coche.

—No, hasta luégo, respondió Levison. Llegaré á casa de la duquesa casi al mismo tiempo que Vds.

—¿Pero no me dijiste antes que no podías ir, que tenías cita con unos amigos?

—He cambiado de resolución. Hasta luégo, señorita, dijo saludando á Isabel.

—¡Vas á parecer nna colegiala, con esa cadenilla al cuello! comenzó á decir la señora Vane, apenas se puso en marcha el carruaje.

—Lo único que me preocupa es la pérdida de mi cruz, repuso tristemente Isabel. Me parece un mal presagio. . . .

—¿También supersticiosa?

—Mamá me dió esa pobre joya momentos antes de morir, diciéndome que la conservase siempre, que en días de aflicción la mirase pensando en lo que mi buena madre me aconsejaría ó me diría para consolarme si viviera; y ahora . . . hecha pedazos. . . .

—Eso es, rompe á llorar otra vez. Pero ¿crees tú que voy yo á presentarte á la duquesa de Darford entre lloriqueos? Mira que si esto sigue doy orden al cochero de llevarnos á casa.

Isabel procuró calmarse lo mejor que pudo, y ya en los brillantes salones de la duquesa no tardó en olvidar el doloroso incidente, para gozar con todo el entusiasmo de la juventud del espectáculo deslumbrador que la rodeaba.

—¡Hola! exclamó un estudiante de Oxford con varios millones de capital en perspectiva; ¿tú por aquí? Tenía entendido que habías renunciado á estas fiestas.

—Te diré, contestó el interpelado, hijo de un marqués venido á menos. Para mí un baile de éstos continúa siendo lo más aburrido y soso del mundo, pero vengo de caza; ¿comprendes? En busca de novia rica que me saque de apuros.

—Pues hombre, ahí tienes á la hermosa que está llamando la atención de todos: Isabel Vane.

—¡Bah! Bonito suegro es Monte Severne, que uno de estos días se verá tan desplumado como yo.

—Amigo, no todas las gangas han de venir juntas. La niña es una preciosidad. Y á propósito, noto que el bribón

de Levison anda mariposeando en torno suyo, olvidado ya de su reciente escándalo con la hija de Chartris.

—La pobre muchacha lo quería tanto que lo defendió antes de partir para el extranjero, donde acaba de morir.

—Eso es, y en tanto Levison . . . Aquí viene, y con la hija de Monte Severne.

Levison pedía perdón á Isabel, por décima vez, por la torpeza que le había ocasionado tan vivo pesar, y lo hacía poniendo en juego todos los recursos del más hábil seductor. Sus lisonjeras palabras, tan gratas al oído como peligrosas para el corazón de la inocente niña, la conmovían profundamente. Jamás había escuchado lenguaje parecido, acentos tan tiernos y apasionados. Alzó los bellos ojos, que hallaron la elocuente mirada del joven, y quedó ruborizada y confusa.

—Cuidadito, linda Isabel, murmuró el estudiante al verlos pasar; el galán es tan apuesto como falso.

—Un perdido. Lo que procura es conquistar el corazón de la hermosa, para después destrozarlo, porque lo que es el suyo. . . .

—Sí, como el de mi caballo. Y sería lástima, porque la niña es una perla.

CAPÍTULO III

BÁRBARA HARE

Linden, población menos importante de lo que dicen y parecen creer sus habitantes, está rodeada de numerosas casas de campo, moradas algunas de muy distinguidas familias; pero á todas las eclipsa la magnífica posesión conocida con el nombre de Lynne.

Entre ésta y las granjas y quintas más inmediatas al pueblo se ve una sola casa, grande y nada bonita, toda de ladrillo y situada á poca distancia del camino. Un jardín frente al edificio, un grupo de árboles frutales junto á la verja que separa la casa del camino, y un sendero enarenado que dividiendo el jardín conduce desde la entrada de la

verja á la puerta principal. Es aquella la residencia de Ricardo Hare, á quien llaman el Juez Hare en toda la comarca.

Forman su familia su esposa, dos hijas y un hijo. Ana, la mayor de aquellas, se casó muy joven. Bárbara contaba diez y nueve años en la época á que este relato se refiere y en cuanto á Ricardo, el mayor de los hijos, ya hablaremos de él más adelante.

Pocos días después de la visita del señor Carlisle al conde de Monte Severne se hallaba la señora de Hare en el gabinete inmediato á la sala, siempre pálida, delicada y envuelta en una manta de abrigo no obstante lo caluroso del día. Cerca de la ventana leía ó parecía leer una linda muchacha de blanquísima tez, rubios cabellos y ojos azules.

—¡ Me muero de sed ! murmuró la enferma. No sabes, Bárbara, cuánto deseo que den las siete para que tomemos el te.

Lo natural parecía que la señora de la casa pidiese agua ó te cuando lo tuviese á bien. Pero la esposa del juez Hare no había dado nunca una orden desde el día en que, veinticuatro años antes, su marido la había instalado allí, reciencasada. Era el juez de carácter dominante, brusco, egoísta ; ella tímida, sumisa y modesta. Había amado á su marido con todo su corazón y junto á él carecía por completo de voluntad. De sus tres hijos sólo Bárbara había heredado la firmeza de carácter de su padre.

—¡ Por Dios, mamá ! dijo la joven impaciente. ¿ No sabes que apenas son las seis ? Aquí viene papá.

—¡ Cuánto me alegro ! exclamó la buena señora.

Era el juez Hare hombre de mediana estatura y severas facciones ; andaba con paso majéstuoso y lucía una gran peluca.

—Que sirvan el te, ordenó. Tendremos una noche de luna hermosísima y he quedado con el amigo Pinner en dar un paseo hasta la casa de Beauchamp, con quien fumaremos una pipa.

Una hora después Hare y Pinner iban camino del pueblo, donde vivía Beauchamp, acaudalado propietario y encargado de administrar la extensa posesión de Lynne en ausencia del conde de Monte Severne.

Bárbara dejó á su madre cómodamente instalada junto al fuego, se envolvió en abrigado manto y salió al jardín.

Momentos después se apoyaba pensativa en la verja de hierro y fijaba sus miradas en el desierto camino.

—¿Qué habrá motivado la ausencia de Archibaldo? se decía. ¡Cuán largos me han parecido estos días y qué triste sería sin él la vida! Su hermana Cornelia dice que estará de vuelta hoy ó mañana.

En aquel momento oyó el eco de lejanos pasos y apartándose de la verja se ocultó bajo los árboles inmediatos á la entrada, para no ser vista del solitario transeunte que se aproximaba. Pero muy pronto reconoció los pasos y una sonrisa de felicidad animó su rostro. Era el hombre cuya ausencia lamentaba momentos antes. Pero también vió con sorpresa y dolor que lejos de detenerse frente á la casa como acostumbraba parecía dispuesto á pasar de largo.

—¡Archibaldo! llamó, despechada, obedeciendo á un irreflexivo impulso.

—¿Es Vd., Bárbara? preguntó Archibaldo Carlisle, deteniéndose. ¿Cómo está Vd.? ¿Cómo están todos en casa?

—¿Cuándo regresó Vd.? fué lo primero que dijo Bárbara, abriendo la reja de entrada y procurando calmar su agitación.

—Acabo de llegar en el tren de las ocho y en lugar de dirigirme á casa voy á la de Beauchamp, con quien tengo que hablar. No, gracias, no puedo detenerme ahora, pero me proponía darles á Vds. las buenas noches á mi regreso.

—Papá y el señor Pinner han ido también á casa de Beauchamp, á charlar y fumar un rato.

—¿Sí? Pues entonces renuncio á verle esta noche, repuso Carlisle tras breves momentos de reflexión. Quiero hablarle á solas y tendré que dejarlo para mañana.

Después entró en el jardín y cerró la puerta de la verja que Bárbara había tenido abierta hasta entonces; tomó el brazo de la joven y se dirigió con ella hacia la casa.

—Muy repentina ha sido su visita á Londres, dijo Bárbara; ni tiempo le dió para despedirse de nosotros.

—Esa es la palabra, amiguita; fué un viaje repentino, un asunto inesperado, en el que no pensaba momentos antes, hasta que recibí ciertos informes.

—¿Y qué lleva Vd. ahí, en ese paquete?

—Eso, curiosilla, sólo interesa al juez Hare. Un provinciano como yo no podía ir á Londres sin traer algunos regalos para sus amigos y éste se lo destino al juez. Pero también me he acordado de Vd. . . .

—¿De mí? preguntó ella con mal disimulada agitación. ¿Qué es?

—Vamos, supongo que no tengo más remedio que entregárselo ahora mismo, para evitar que se muera Vd. de impaciencia, dijo el abogado riéndose. Puso el paquete sobre un banco del jardín y empezó á rebuscar en todos sus bolsillos.

—¡Aquí está! exclamó por fin. Y abriendo una cajita sacó de ella larga cadena de oro que echó al cuello de la joven. De la cadena pendía un medallón.

Vivo rubor cubrió las mejillas de Bárbara, á quien la emoción, la profunda dicha que sentía, impidieron hablar. Carlisle volvió á tomar su paquete y entró á saludar á la señora Hare. Bárbara le siguió algunos momentos después, y quitándose la cadena la puso en manos de su madre.

—¡Qué hermosa cadena! exclamó ésta. Vamos, Archibaldo, que eres demasiado generoso. Este es regalo de mucho precio para Bárbara.

Cuando se despidió Carlisle de la señora Hare, Bárbara salió con él de la casa y á pesar de sus protestas le acompañó hasta la verja del jardín.

—Archibaldo, dijo, todavía no le he dado á Vd. gracias por este precioso regalo. La verdad es que no pude hablar, aunque procuré decir algo. No me crea Vd. desagradecida.

—¡Por Dios, niña, eso no vale la pena! exclamó él. ¡Vaya, ya estoy pagado! exclamó inclinándose rápidamente y besando la linda mejilla de la joven. Después se alejó á buen paso y ya en el camino se volvió para añadir, riéndose:

—¡Ahora no podrá Vd. decir que nunca le he dado nada! ¡Buenas noches!

Bárbara permaneció inmóvil largo rato, dichosa como nunca. El corazón le latía con violencia. Cuando volvió á la casa tomó asiento junto á una ventana y siguió contemplando el jardín y los árboles iluminados por la luna. Archibaldo, se decía, le había dado un beso, el primero

desde que ella había dejado de ser una niña. "¡ No diga Vd. ahora que nunca le he dado nada ! " murmuraba. ¿ Á qué se había referido él ? ¿ Á la cadena ó . . . al beso ?

Carlisle había sido toda su vida amigo íntimo de la familia Hare y cuando niño había jugado con Bárbara y Anita su hermana, manifestando más de una vez con franqueza infantil su preferencia por la segunda, que había heredado el dulce carácter de su madre y no disputaba con él como lo hacía sin reparo la irritable Bárbara. Por la mente de ésta pasaban entonces todos aquellos recuerdos. Veíase después esposa querida de Archibaldo, envidiada de todos en Linden ; y acariciando la cadena y el medallón, pensando en el beso recibido, se entregaba con delicia á sus ensueños de amor.

Desde el exterior de la casa se podía ver claramente á Bárbara, situada como se hallaba entre la ventana y la lámpara encendida que su madre había hecho poner sobre una mesa en el centro de la habitación. De repente notó la joven en el extremo del jardín, frente á los árboles, una sombra, una forma extraña que se agitaba y permanecía después inmóvil por algunos momentos. Mirando con más atención se convenció de que era un hombre y ¡ cosa extraña ! parecía adelantarse á intervalos uno ó dos pasos hacia la ventana y hacerle repetidas señas, como invitándola á bajar y reunirse con él en el jardín.

Bárbara se levantó sobresaltada, pálida ; su primer impulso fué llamar á los criados, pedir auxilio ; pero un instante después renunció á ello y siguió inmóvil. Recordó. . . .

—Mamá, dijo echándose sobre los hombros un abrigo, voy á llegarme hasta la verja para ver si viene papá.

Ya en el pórtico se detuvo. El desconocido la había visto salir, y adelantándose un paso más repitió sus señas y llamadas, con la mano y con el sombrero. Después se ocultó á su vista. La animosa joven lejos de retroceder, resuelta á descifrar aquel misterio, hizo un llamamiento á todo su valor y se acercó á los árboles.

CAPÍTULO IV

ENTREVISTA NOCTURNA

La luna iluminaba vivamente todo el jardín y el pórtico al salir Bárbara de la casa. Dió la joven algunos pasos con la vista fija en el grupo de árboles que limitaba el jardín y su agitación subió de punto al observar que de entre los árboles salía otra vez el hombre, que con repetidas señas la había invitado á acercarse. Pálida y temblando dió algunos pasos hacia él.

—¿Quién es? ¿Qué quiere Vd.? preguntó en voz baja.

—¿No me reconoces, Bárbara? fué la respuesta.

Era la voz de su hermano, y un instante después se hallaba la joven en brazos de Ricardo Hare, oculta con él en la sombra del espeso follaje.

—¡Oh, Ricardo! exclamó entre sollozos, contemplando con asombro y dolor los harapos que cubrían á su hermano querido y el destrozado sombrero de paja que ocultaba en parte el rostro ennegrecido, rodeado de postiza barba. ¿Cómo has tenido el valor de llegar hasta aquí? ¿No sabes que si te descubren significa para tí la muerte, el. . . . ¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío!

—La muerte en el cadalso. Lo sé, Bárbara.

—Pues entonces, ¿por qué arriesgarte? Si mamá te ve le cuesta la vida. . . .

—No puedo seguir viviendo como hasta aquí. He estado en Londres, trabajando. . . .

—¡En Londres! interrumpió Bárbara.

—Desde que huí. Ganándome la vida ¿sabes cómo? En un establo, de mozo de cuadra, á razón de doce chelines por semana.

—¡Pobre hermano mío! murmuró Bárbara con dolor.

—Sí, y gracias. Pero es trabajo muy duro para mí, hermana; es terrible. Escucha. Se me presenta oportunidad de mejorar de situación si consigo algún dinero, poco. Quizás pueda procurármelo mamá y por eso he venido.

—¡Pobre Ricardo! repitió ella, acariciando la mano

del fugitivo. Hora desgraciada fué aquella en que cometiste tal crimen, sin duda en un momento de locura. . . .

—¡ Crimen ! ¡ Yo ! Soy inocente, Bárbara.

—¡ Qué dices !

—Soy inocente, lo juro. Como juro también que no me hallaba presente al cometerse el asesinato. Pero si no lo presencié, tengo y me basta la seguridad de haber adivinado el nombre del asesino.

—¡ Tú ! exclamó Bárbara con asombro. ¿ Pretendes culpar á Betel ?

—No por cierto. Lo único que puede achacársele á Betel es lo de cazar en vedado, y aquella noche andaba, como de costumbre, preparando sus trampas y evitando á los guardabosques.

—Por mí nada sé. Lo dije porque mamá tiene la idea fija de que Betel es culpable. Asegura y repite que lo ha visto en sueños y que . . . En fin, ya sabes lo crédula y rara que es.

—Ni Betel ni yo ; vuelvo á jurártelo. El asesino se llama Torne.

—¡ Torne ! exclamó Bárbara, cuya admiración iba en aumento. ¿ Quién es Torne ?

—No lo sé. Ojalá lo supiera, para acusarlo y confundirlo. Es un amigo de Afy.

—Ricardo, dijo su hermana con ofendido acento, no pronuncies semejante nombre en mi presencia.

—Bien está, repuso el mancebo. No he venido aquí, arriesgándolo todo, para discutir estas cosas y menos contigo. Además, que yo me declare inocente sin presentar las pruebas no basta para anular el veredicto del jurado : "Ricardo Hare, hijo, culpable de asesinato." ¿ Sigue nuestro padre tan irritado contra mí ?

—Más que nunca. No permite que nadie pronuncie tu nombre en su presencia. La pobre Elisa, que llevaba tres años en la casa sirviéndonos, no pudo ó no quiso obedecer aquella orden y siguió hablando de "el cuarto del señorito Ricardo" y á la tercera transgresión papá la echó de casa. El día que se pronunció el fallo contra tí, juró en presencia de los otros jueces sus colegas que si algún día llegase á descubrir tu paradero, te entregaría él mismo á la justicia. Tu presencia aquí te pone en peligro inminente.

—Nuestro padre, dijo Ricardo con amargura, no ha tenido nunca para mí más que dureza y despego. Sin eso no hubiera yo ido á buscar fuera de casa compañías que nada bueno podían traerme. Bárbara, necesito hablar con mamá.

—No veo cómo, repuso ella.

—¿Por qué no le dices que venga aquí, como lo has hecho tú?

—Esta noche es imposible, dijo Bárbara alarmada. Papá puede llegar de un momento á otro. Ha ido á pasar un rato en casa de Beauchamp.

—Muy duro es haber estado año y medio lejos de ella y volverme ahora sin verla, fué la respuesta de Ricardo. ¿Y el dinero que necesito? Es cosa de unas cien libras.

—Mira, Ricardo; vuelve mañana por la noche. No dudo que obtendrás el dinero, pero no puedo asegurarte que verás á mamá. Tiemblo por tí. Pero si eres inocente, como me lo aseguras ¿no puedes probarlo?

—¿Dónde están las pruebas? ¿Quién las tiene? Las apariencias me son adversas, y cuanto á Torne, sería para todos un mito; nadie le conoce.

—¿Pero existe ese Torne? murmuró Bárbara.

—¿También tú dudas de mí, hermana?

—Ricardo, exclamó de repente la joven, ¿por qué no le haces un relato de todo á nuestro amigo Archibaldo Carlisle? Él más que nadie puede ayudarte, demostrar tu inocencia. Ya conoces su rectitud.

—Carlisle es el único hombre á quien yo descubriría el secreto de mi presencia aquí, dijo Ricardo. ¿Dónde me suponen todos?

—Unos creen que has muerto, otros que estás en Australia; la incertidumbre tiene á mamá en agonía continua. Una vez corrió el rumor de que te habían visto en Liverpool, á bordo de un buque pronto á salir para Australia, pero no pudimos confirmarlo.

—No tenía el menor fundamento. La verdad es que llegué como pude á Londres y allí he estado hasta ahora. . . .

—¡Silencio! le interrumpió su hermana, posando la mano sobre sus labios. Aquí viene papá.

En el camino se oían las voces del juez Hare y su amigo Pinner, que se separaron al llegar á la puerta de la verja.

El juez entró y se dirigió por el sendero á la casa, muy ajeno de la presencia de Ricardo y Bárbara tan cerca de él, inmóviles ; el corazón de la joven latía con violencia.

—Tengo que irme, Ricardo, dijo apresuradamente. Hasta mañana, en este mismo sitio. Veré lo que pueda hacerse.

—Un momento, hermana, dijo él deteniéndola. Antes pareciste dudar de mis palabras ; te juro aquí por lo más sagrado, ante Dios que nos ve y me oye, que he dicho la verdad. Torne es el asesino de Jalión y yo no tuve la menor participación en su crimen.

Bárbara se dirigió corriendo hacia la casa, pero ya el juez había entrado y estaba cerrando la puerta.

—¡ Déjame entrar, papá ! gritó Bárbara.

—¿Qué es eso? ¿Qué haces aquí á estas horas, muchacha?

—Había ido á esperarte, nada más que hasta la verja, dijo Bárbara palpitante; viendo que no venías, tomé el sendero del pozo y no te ví entrar. . . .

Á Bárbara, de carácter sincero y franco, le costaba mentir, pero las circunstancias la obligaban á disculparse lo mejor posible.

—Gracias, papá, dijo al entrar.

—Deberías estar en la cama hace una hora, fué la única contestación del iracundo magistrado.

CAPÍTULO V

EN EL DESPACHO DE CARLISLE

En el punto más céntrico del pueblo de Linden veíanse dos casas contiguas, una mucho mayor que la otra. En la primera residían el abogado Carlisle y su hermana, y el edificio menor había estado destinado á oficinas de los letrados Carlisle y Davidson, conocidos y altamente respetados en toda la comarca por largos años. Los fundadores de aquella firma forense habían sido cuñados, y á la muerte de la

señora de Carlisle, hermana de Davidson, había dejado á su esposo una sola hija, Cornelia, que era ya casadera cuando su padre contrajo nuevas nupcias. Fruto de este segundo matrimonio fué Archibaldo Carlisle, cuya madre murió al darlo á luz, de suerte que su hermana Cornelia fué la que lo crió, lo amó y lo dominó toda su vida. Solterona, de carácter enérgico, mostraba gran estrechez de ideas en muchas ocasiones y tenía dos pasiones dominantes: su entrañable afecto por Archibaldo y su manía de ahorrar dinero. Davidson murió soltero, antes que su socio Carlisle, y dividió su fortuna por igual entre Archibaldo y Cornelia. El primero heredó después por testamento la mayor parte de los bienes de su padre, como era justo en cierto modo, pues las veinte mil libras de dote de su segunda esposa habían sido la base de la cuantiosa fortuna que á su muerte dejó el anciano Carlisle.

Archibaldo se hallaba en su despacho, y sentado frente á él un viejecillo enjuto y calvo, el señor Dill, abogado también y primer pasante del joven Carlisle, como lo había sido antes de su padre y su socio. En una oficina inmediata trabajaban varios escribientes, uno de los cuales llamó al señor Dill anunciándole la visita de un cliente.

Momentos después entraba en el bufete Bárbara Hare, á quien el fiel empleado recibió afectuosamente y dejó sola con el joven abogado. Muy sorprendido éste al verla allí, le ofreció asiento.

—Me trae aquí un asunto importante, dijo Bárbara con agitada voz. ¿Puede oirme alguien? añadió mirando hacia la puerta.

—No, nadie, contestó el abogado. ¿Qué ocurre?

—¡Ricardo está aquí!

—¡Ricardo aquí! repitió Carlisle asombrado.

—Se presentó anoche en casa, disfrazado, desconocido. Le ví llamándome por señas desde los árboles y corrí á él. Imagínese Vd. mi sorpresa y alarma. Ha estado en Londres, trabajando en . . . un establo. ¡Y dice que es inocente, Archibaldo!

—Cálmese Vd., Bárbara. Vamos á ver. ¿Qué dijo Ricardo?

—Que ni siquiera estuvo presente en la casita de campo

al cometerse el asesinato y que el culpable es un tal Torne. . . .

—¿Qué Torne es ése?

—Lo ignoro; un amigo de Afy, me dijo. Pero lo juró de la manera más solemne. ¡Oh, estoy segura de que decía la verdad! Lo que quiero es que Vd. lo vea, amigo mío. Volverá esta noche al mismo lugar, frente á la casa. Si habla con Vd., es muy posible que Vd. vea la manera de comprobar su inocencia.

—¿Y es eso todo lo que quería Ricardo? ¿Nada más que procurarse una entrevista conmigo?

—¡Oh, no! Dice que nadie creerá la verdad. Vino á pedir cien libras. Se lo he dicho todo á mamá y ella es quien me manda aquí para que Vd. le facilite las cien libras. Como son para Ricardo no puede perdírselas á papá y ella verá, con más tiempo, cómo devolverle á Vd. ese dinero.

—¿Lo quiere Vd. ahora?

—No, llévelo Vd. mismo esta noche. ¿Irá Vd.?

—Corriente. Pero no deja de ser arriesgado el paso. Digo, arriesgado para él, para Ricardo. ¿Conque entre los árboles, frente á la casa? ¿Dice Vd. que anda disfrazado?

—Parece un pobre campesino y lleva una barba negra muy larga. Pasa el día escondido, á unas tres millas de casa. Y ahora, ¿cómo conseguir que papá salga de casa esta noche? ¿Puede Vd. ayudarnos también en esto?

Carlisle pareció meditar, y contestó:

—Para evitar toda sospecha, creo lo mejor que no volvamos á vernos hoy. Pensaré la manera de retener al juez Hare fuera de casa, y veré á Ricardo.

Se levantó, estrechó la mano de Bárbara y la acompañó hasta la puerta de la casa, atención de que muy rara vez eran objeto los clientes del señor Carlisle. Pocos pasos había dado Bárbara en la calle cuando vió venir á una mujer de alta estatura y angulosas formas, en la que reconoció con terror á Cornelia Carlisle.

—¡Cómo se entiende, señorita! exclamó la solterona, apenas la vió. Tú . . . pero ¿qué es esto? ¿Tú en conferencia con Archibaldo?

—Me envió mamá, murmuró Bárbara deseando ver á su interlocutora á diez leguas de allí. Un asunto. . . .

—¡ Esa es buena ! ¿ La señora Hare tiene ahora asuntos que tratar misteriosamente con mi hermano ?

—¡ Pero si no hay misterio ! dijo Bárbara muy alarmada, temerosa de que Cornelia hablase de ello en presencia de su padre. Una pequeña cantidad que mamá desea obtener. . . .

Aquellas confusas explicaciones sólo sirvieron para confirmar las sospechas de Cornelia, que torciendo el gesto echó á andar en silencio junto á Bárbara.

Entre tanto el abogado había vuelto á su despacho y después de reflexionar sobre lo que acababa de oir de labios de Bárbara, llamó á uno de sus escribientes, á quien dijo :

—Los jueces tenían junta esta mañana en la Posada del Ciervo. Vé allá y si están todavía reunidos diles que me hagan el favor de venir á verme un momento.

No se hicieron esperar los magistrados, porque precisamente aquellos días los tenían preocupados ciertas censuras recibidas del tribunal superior del distrito y contaban con Carlisle para salir de aquel mal paso.

—Señores, les dijo el abogado, es indispensable que volvamos á discutir el asunto de que hablamos ayer, y que lo hagamos hoy mismo, para que no se demore la respuesta de Vds. al juez del distrito. Estaré ocupadísimo todo el día, pero quedan Vds. invitados, los cinco, á ir á mi casa esta noche. Les tendré preparadas sus pipas y buen tabaco, y discutiremos el caso con toda comodidad. Á las siete en punto.

Los jueces aceptaron complacidos y Carlisle halló ocasión, al despedirlos, de acercarse al juez Hare y decirle :

—No falte Vd. esta noche. Su claro criterio hace la presencia de Vd. más necesaria que la de todos los otros.

—Cuente Vd. conmigo, contestó Hare, altamente lisonjeado.

Momentos después entraba en el bufete la hermana del abogado.

—¿ Me haces el favor de decirme qué ocurre ? fué su primera pregunta.

—Nada de importancia que yo sepa. Estoy ocupadísimo y hablaremos esta noche. Á propósito, tendremos visita. . . .

—¡ Para visitas estoy yo !

—Tengo que conferenciar con los jueces y les he dicho que vayan á casa esta noche. Prepara la caja de tabaco que usaba tu padre. . . .

—¡Te digo que no habrá tal reunión, Archibaldo! Como si les fuese yo á permitir que me apesten las cortinas de la casa con cinco ó seis pipas humeando á la vez, sin contar el riesgo de que me envenenen. . . .

—No estás obligada á permanecer en la misma habitación que mis fumadores, Cornelia, y te prometo comprar cortinas nuevas si se echan á perder las que tenemos. Y ahora, hermana, te repito que tengo mucho que hacer.

—Pues no esperes que me vaya hasta saber qué negocio es ese tan importante que tratas en secreto con Bárbara Hare. Y he de saberlo.

Carlisle la miró. Conocía á su hermana y sabía que si se le confiaba un secreto lo guardaba inviolablemente, pero que si se trataba de ocultarle algo, no paraba hasta averiguarlo. Prefirió, pues, decirle toda la verdad.

—Cornelia, murmuró, lo que hay es que Ricardo Hare está aquí.

—¡Ricardo Hare! exclamó asombrada Cornelia. Pero ¿se ha vuelto loco?

—De locos es correr semejante riesgo. Quiere algún dinero de su madre, quien me ha mandado á decir con Bárbara que se lo facilite hoy mismo. No es extraño que Bárbara ande sobresaltada, porque el peligro es grande.

—¿Y lo tienen allá en su casa?

—Ni pensarlo. Sólo faltaba que lo descubriese su padre. Está escondido en un casucho á buen trecho de la casa, disfrazado de jornalero. Esta noche recibirá el dinero que necesita. Y como comprenderás, tengo el mayor interés en que Hare no permanezca en su casa esta noche. Si descubriese á Ricardo lo entregaría á la justicia sin vacilar, lo cual sería altamente desagradable para todos.

Cornelia, fruncido el entrecejo, no chistaba.

—Y ahora que lo sabes todo, concluyó diciendo su hermano, déjame trabajar.

CAPÍTULO VI

LA CONFESIÓN DE RICARDO

No faltaron los jueces á la cita, ni dejó de hallarse presente Cornelia Carlisle, olvidada ya del humo del tabaco y de todas sus objeciones y tan interesada como sus huéspedes en la discusión que allí los reunía.

Las ocho daban cuando se presentó un criado en la sala y anunció á su amo que su pasante el señor Dill deseaba hablarle un momento.

El señor Carlisle se levantó y salió, para volver poco después con una carta abierta en la mano.

—Amigos míos, dijo, siento verme obligado á dejarlos por media hora. Tengo que atender á un asunto importante que no admite espera, pero no tardaré en volver. Aquí les dejo al amigo Dill, que es más ducho que yo mismo en asuntos de curia.

Una mirada que dirigió á su hermana lo libró de sus preguntas y dejando la casa se dirigió rápidamente hacia la de Hare. Ya fuera del pueblo, se fijaron involuntariamente sus miradas en un bosque inmediato, entre cuyos árboles y no lejos del camino se divisaba la casita donde se había cometido el crimen que todos achacaban á Ricardo Hare. Estaba desocupada desde el día de la tragedia, porque en toda la comarca no había quien se atreviera á vivir en ella.

Llegado á la residencia de los Hare, lo recibió Bárbara, que atisbaba desde una ventana.

—¿Ha venido? preguntó Carlisle.

—No lo dudo, pero hasta ahora no ha dado señales de su presencia. Mamá está agitadísima, como me temía.

—Señora, dijo Carlisle poniendo un portamonedas en manos de la señora Hare, aquí está la cantidad pedida, casi toda en billetes y el resto en oro.

—Archibaldo, dijo ella estrechando agradecida la mano del joven, es indispensable que vea á mi hijo, necesito verlo. Aconséjame; ¿iré al jardín, ó puedo recibirlo aquí?

—Creo que no hay inconveniente en dejarlo entrar. El

aire de la noche es fatal para Vd. ¿Dónde están los sirvientes?

—Hemos tenido mucha suerte, repuso Bárbara. Hoy es el cumpleaños de Ana y acabo de llevarles á la cocina, en nombre de mamá, una botella de vino y pastas; cerré la puerta, diciéndoles que se divirtieran y que si algo necesitásemos llamaríamos.

—Todo va bien. Salgo en busca de Ricardo, dijo Carlisle.

—¡Allí está! exclamó Bárbara señalando por la ventana al jardín. ¡Frente á los árboles!

—Calma, calma, dijo el abogado. Yo hablaré primero con él, para poder volver á tiempo á mi casa y detener allí á Hare con toda seguridad.

Salió, se dirigió al bosquecillo y pronto descubrió á Ricardo, apoyado en el tronco de un árbol. Á pesar de su disfraz era siempre el jovencillo de ojos azules, blanco color y dulce expresión que había heredado de su madre, junto con la debilidad de carácter que todos le reconocían.

—¿Veré á mi madre aquí? preguntó á los pocas frases cambiadas con Carlisle.

—No, tú irás á verla. Tu padre está fuera y los sirvientes congregados en la cocina. Pero antes dime con todos sus detalles lo que anoche dijiste á Bárbara.

—¿Para qué? Nadie ha de creerme.

—No importa. Dime toda la verdad.

—Pues bien. En casa tuvimos un altercado sobre si yo repetía demasiado mis visitas á casa de Jalión. Mi padre se empeñó en que el objeto de ellas era verme con Afy. Jalión me había pedido prestada mi escopeta y aquella noche, cuando fuí á ver á la muchacha, es decir, cuando fuí á casa de Jalión. . . .

—Ricardo, interrumpió Carlisle, ya conoces el dicho: "al médico y al abogado la verdad entera ó nada." Si hay quien puede hacer algo por tí soy yo. Cuanto me digas será para mí un secreto sagrado.

—Sí, dijo Ricardo. Debo descubrirle á Vd. toda la verdad. Amaba á la joven. La oposición de mi padre era invencible, pero estaba resuelto á esperar años y años para hacerla mi esposa.

—¿Afy, tu esposa? exclamó Carlisle con severo acento.

—Sin duda, continuó Ricardo algo sorprendido. Pensar otra cosa hubiera sido una bajeza.

—Está bien, prosigue. ¿Te amaba ella?

—No puedo asegurarlo. Á veces llegué á estar convencido de ello. Otras días me desesperaba con sus coqueterías y sus misterios, prohibiéndome ir á verla tales ó cuales noches. . . . Por fin descubrí que cuando me prohibía ir tenía cita con él.

—¿Él? ¿De quién hablas?

—De ese maldito Torne, contestó Ricardo con sorda voz.

—Jamás he oído hablar de él, repuso Carlisle.

—No, ni Vd. ni nadie en Linden. Vivía lejos y sus entrevistas con Afy eran siempre secretas, en la casa cuando el padre estaba ausente y vagando ambos por el bosque cuando Jalión se hallaba en casa.

—¿Qué sucedió el día del crimen?

—Jalión me pidió que le prestase mi escopeta mientras hacía componer la suya. Tenía yo cita con Afy aquella noche y después de cenar tomé mi escopeta y me dirigí á su casa. Al salir me preguntó mi padre adónde iba y para evitar nuevas disputas contesté que me esperaba el hijo de Beauchamp. Ya sabe Vd. cuánto me perjudicó esta mentira después del crimen, en la instrucción del proceso. Ya cerca de la casa, salió á recibirme Afy con gran sigilo, diciéndome, como había sucedido más de una vez, que le era imposible permanecer conmigo aquella noche y que partiese inmediatamente. Tuvimos una ligera reyerta, y hablando estábamos cuando acertó á pasar Loreley, que me vió con la escopeta en la mano. Cedí, como de costumbre, le entregué el arma diciéndole que estaba cargada y se la diese á su padre, se retiró y cerró la puerta. No quise alejarme de allí; sospechaba la presencia de Torne en la casa, aunque ella acababa de negármelo y me oculté entre unos árboles cercanos. Volvió á pasar y á verme Loreley, y me gritó qué hacía allí escondido. Un indicio más contra mí. Ni siquiera le contesté. Poco después, cosa de veinte minutos, oí un tiro, á lo que me pareció en dirección de la casa. "Algún cazador tardío haciendole la guerra á las perdices," pensé. Era la puesta del sol. En aquel momento salió Betel de entre los árboles y se

dirigió corriendo hacia la casa. Aquel tiro había puesto fin á la vida de Jalión.

Ricardo suspendió su relato. Carlisle le miró fijamente, á la luz de la luna.

—Muy pronto, continuó aquél, oí que alguien se aproximaba á la carrera por el sendero. Era Torne. Iba jadeante y sus facciones expresaban profundo terror. Su aspecto era tal que me amedrentó ; tenía el rostro lívido, los ojos parecían saltarsele de las órbitas y los entreabiertos labios dejaban ver los dientes en una mueca horrible. De haber sido yo hombre vigoroso lo hubiera atacado sin vacilación. La perfidia de Afy era evidente y los celos me cegaban. Desapareció en un instante, y no tardé en oir el ruído de los cascos de su caballo en el camino, alejándose á todo correr. Se me ocurrió que probablemente habría tenido una reyerta con Afy, atropelládola quizás y corrí hacia la casa. Subí de un salto los dos escalones de la entrada y . . . tropecé con el cuerpo de Jalión y caí al suelo. Yacía la víctima cerca de la puerta, muerto, en un charco de sangre, y junto á él mi escopeta. Tenía una herida en el costado.

Ricardo se detuvo para tomar aliento y Carlisle permaneció silencioso.

—"¡ Afy ! ¡ Afy ! " llamé. No obtuve respuesta. En las habitaciones de la planta baja no había alma viviente. Arriba no se oía el menor rumor. Me sobrecogió terror profundo. En casa solían llamarme cobarde ; lo que sé es que no hubiera podido permanecer allí con aquel cadáver, en aquel silencio, ni un momento más. Cogí apresuradamente mi escopeta y salí, para hallarme frente á frente de Loreley. . . .

—¿ Por qué cogiste la escopeta ? interrumpió Carlisle.

—No puedo explicarlo. Fué un impulso maquinal, impremeditado. Algo pareció decirme que era peligroso dejar *mi* escopeta cerca del cadáver. Pero al ver á Loreley hice otra cosa peor aún, que fué arrojar el arma dentro de la habitación y echar á correr, sin hacer caso de las voces de Loreley para que me detuviera.

—Sí, esa fué la circunstancia más agravante, dijo Carlisle. Loreley declaró que te vió salir de la casa fusil en mano, muy agitado y que al notar su presencia pareciste

vacilar un momento y arrojando el arma dentro de la casa huíste como un gamo.

—Así fué, loco de terror, amedrentado cobardemente. Pero déjeme Vd. acabar. Al dejar el claro que hay frente á la casa, cerca ya de los primeros árboles, ví á Betel. Se me ocurrió que viniendo en aquella dirección debía de haberse cruzado con Torne y deteniéndome le pregunté: "¿Has visto á ese perro?" "¿De quién hablas?" replicó. "De Torne, el miserable ése que estaba ahí con Afy." "No conozco á ningún Torne," repuso, "ni sé que nadie viniese á ver á Afy más que tú." "¿Oíste un tiro?" continué. "Sí, y creí que lo había disparado Loreley, que anda por aquí." "Pues yo," le dije, "te ví en el momento de sonar el tiro; ibas corriendo hacia la casa de Jalión." "Muy cierto es," admitió Betel, "pero torcí á poca distancia y entré en el bosque. ¿Por qué lo dices?" "¿Y pretendes no haber visto á Torne?" insistí. "No, á nadie he visto," contestó resueltamente. Eché á correr de nuevo, convencido de que Betel no había presenciado la fuga de mi rival y nada sabía de lo ocurrido.

—Y desapareciste para siempre aquella misma noche, Ricardo, dijo el abogado. Fué un error fatal.

—Lo sé. Me porté como un loco. Me dije que lo mejor sería esperar, ocultarme por algunos días y ver qué rumbo tomaban las cosas. Además, tres ó cuatro horas después volví á la casa, y apenas me vió Afy se abalanzó á mí, llamándome á gritos asesino de su padre. La ví caer desvanecida y huí por segunda vez, convencido de que si ella me creía culpable con más razón lo creerían todos los demás. En la casa se hallaban entonces varias personas que oyeron sus gritos acusadores. El veredicto del jurado me declaró culpable. Afy, á quien no quiero censurar, me quitó la única esperanza declarando que nadie se hallaba en la casa con ella, y que habiéndose alejado un tanto por el sendero de Lynne, oyó el tiro. Regresó á la casa pocos minutos después y halló á Loreley junto al cadáver de su padre.

Carlisle guardó silencio, reflexionando sobre todos los detalles que acababa de darle Ricardo.

—Betel y Loreley, añadió el joven, son tan inocentes del crimen como yo. Respondo de ellos; sé dónde se hallaban al cometerse el asesinato. Es probable que Vd. también se

niegue á creerme ; ¡ pero le juro, Carlisle, por el Dios que ha de juzgarme un día, que cuanto acabo de decir es la pura verdad !

Dijo esto con expresión solemne y sincero acento que impresionaron á Carlisle.

—Sin embargo, observó éste, todo eso no basta. Se necesitan pruebas. Dame algunos detalles de ese Torne.

—Puede tener unos veintitrés ó veinticuatro años ; es alto y delgado, de porte elegante, casi aristocrático. Y la necia de Afy sin comprender que aquel bribón con sus manos perfumadas, sus guantes y sus joyas no podía aspirar, tratándose de una muchacha como ella, á otras relaciones que las de un seductor y su víctima.

—¿ Y Afy ? preguntó repentinamente Carlisle. ¿ Qué ha sido de ella ?

—No lo sé, dijo Ricardo algo sorprendido. Eso mismo iba á preguntarle yo á Vd.

—Desapareció inmediatamente después del entierro de su padre, continuó Carlisle, á quien la respuesta de Ricardo había parecido algo evasiva. Y no faltó quien sospechara que había ido á reunirse contigo.

—¡ Imbéciles ! exclamó indignado el joven. No, Carlisle, nada he sabido de ella desde aquella noche fatal. Si ha ido á reunirse con alguien ha sido sin duda con Torne.

—¿ Es bien parecido ?

—No puedo negarlo. Afy le creía un Adonis, con sus negros cabellos y barba, ojos también negros y bien modeladas facciones.

Carlisle creyó haber obtenido del fugitivo cuantos informes deseaba. Condújole entonces al lado de su afligida y ansiosa madre y tomó apresurado el camino de su propia casa, donde lo esperaban sus convidados, con quienes pasó agradablemente el resto de la velada. Apenas los despidió, dijo al criado que se ocupaba en retirar de la mesa vasos y pipas :

—¿ Se ha acostado Julia ?

—No señor, pero se prepara á subir á su cuarto.

—Dile que venga.

Julia, doncella de servicio de la señorita Carlisle, era una cuarentona de mediana estatura, despejada frente y ojillos grises muy hundidos ; había sido siempre leal y

buena y Carlisle no ignoraba que Julia y Afy eran hermanas de madre.

—¿Has tenido últimamente noticias de tu hermana? le preguntó.

—No, señor; ni quiero saber de ella desde que tuvo el valor de irse con el asesino de su padre.

—Dime, Julia ¿quién era el otro, el joven elegante que también visitaba á tu hermana?

—¿Ha oído Vd. hablar de él? preguntó sorprendida la buena mujer. Afy se enfadó conmigo porque yo le dije que no debía recibir visitas de un caballero como aquél y no volvió á hablarme de su capitán. Yo no le ví más que una vez.

—¿Capitán, dices?

—Algo así le llamaba ella. No, no era capitán. Era . . . á ver si recuerdo.

—¿Teniente?

—¡Eso mismo! El teniente Torne.

—¿Y no has sospechado nunca que Afy pudo haberse fugado con ese oficial y no con Ricardo Hare?

—¡Ay, señor! Yo creo, como todo el mundo en Linden, que Afy y Ricardo andan juntos, para mayor vergüenza suya.

Carlisle despidió á Julia y permaneció pensativo.

La entrevista de Ricardo con su madre duró poco, temerosos ambos de que los sorprendieran los sirvientes. El pobre mozo, con las cien libras en el bolsillo, abandonó una vez más el hogar paterno. Su madre y Bárbara le vieron cruzar el sendero iluminado por la luna y tomar el camino, diciéndose ambas que los besos de aquella dolorosa despedida eran los últimos que recibirían de su querido Ricardo por largo tiempo, quizás para siempre.

CAPÍTULO VII

DE VISITA EN LYNNE

Era una hermosa mañana de Julio. Acababan de dar las ocho en el reloj de la iglesia de Linden y poco después el tañido de las campanas recordaba á los moradores la festividad del día.

Lynne, la soberbia posesión de los condes de Monte Severne, había cambiado de dueño. Carlisle había adquirido no sólo los edificios que formaban el nucleo de la finca sino todas las dependencias, jardines y parque y hasta los muebles, aunque por entonces el contrato de venta sólo era conocido de las pocas personas que habían intervenido en él. Deseoso el conde de disipar toda sospecha de sus acreedores y también de ver una vez más la inolvidable mansión de sus mayores, había solicitado de Carlisle el permiso de pasar en Lynne una quincena. Accedió de mil amores el abogado, y hacía ya dos días que el conde, su hija y su servidumbre se hallaban instalados en aquella finca.

Gran júbilo produjo su presencia entre los habitantes de Linden, siempre orgullosos de tan nobles vecinos; muchos abrigaban la esperanza de que el conde volviese á residir permanentemente en Lynne y todos, en especial el elemento femenino del pueblo, resolvieron vestir aquel domingo sus mejores galas en honor de los distinguidos recienllegados.

Á la hora de costumbre estaba Cornelia vestida y pronta á salir para la iglesia. Su traje era como siempre de calidad inmejorable, pero obscuro y modesto. Apenas salieron ella y su hermano de la casa vieron venir calle arriba á una mujer engalanada exageradamente, llevando un quitasol color de rosa, sombrero con grandes plumas de igual color, traje de seda gris y guantes blancos.

—¡ Miren la tontuela ! exclamó Cornelia escandalizada al reconocer á Bárbara Hare, que se dirigió hacia ellos más arrogante que nunca.

—¡ Pero, muchacha, le dijo Cornelia, cómo te has emperejilado ! Pareces un brazo de mar.

—Ya lo sé, aunque no tanto como otras que verá Vd. hoy en la iglesia, repuso la joven, fijando sus azules ojos en

el rostro sonriente de Carlisle y ruborizándose al devolverle su amistoso saludo.

—Por lo visto, dijo él tomando con ambas damas el camino del templo, hoy salen á relucir todas las galas de Linden.

—Naturalmente, replicó Bárbara. Bien sabe Vd. que mucho depende de la primera impresión y todas queremos producirla muy buena en el conde y su hija, que no dejarán de ir á la iglesia.

—Ya verás cómo la condesita no se engalana con tantas plumas y cintas como vosotras, dijo Cornelia.

—¡ A que sí ! Digo, ¡ á que se presenta ricamente vestida !

—¡ Ah, eso es muy diferente ! Y después de todo, Bárbara, ¿ á qué viene esa manía de querer llamar la atención de los nobles ? Los modestos vecinos de Linden somos y seremos siempre gente de muy poca monta para el conde y los suyos.

—Lo mismo me dijo ayer papá en cuanto le echó la vista encima á mi sombrero nuevo. Lo que más le sacó de quicio fué la pluma.

—Larguita es, dijo Cornelia contemplándola con cara muy seria.

Convinieron en que Bárbara tomaría asiento en el banco de la familia Carlisle, desde el cual podría ver mejor á la condesita y á su padre, á la vez que libraría al juez Hare de las ondulantes plumas cuya sola vista lo ponía furioso.

Sucedió lo que Cornelia había previsto. La bella Isabel se presentó vistiendo sencillo traje claro propio de la estación y con un bonito sombrero sin lazos ni plumas, que le sentaba admirablemente. Bárbara fué la primera en comprender que la elegante sencillez de Isabel Vane eclipsaba por su buen gusto y por el efecto producido á todos los colorines, rasos y sedas de que se habían cubierto las primeras muchachas del pueblo. Pero lo que más admiraron todos en aquella linda joven fué la dulzura y la expresión de sus bellos ojos ; aquella mirada tierna y algo triste á la vez, única, encantadora, inolvidable.

Concluídos los oficios divinos el conde acompañó á su hija hasta el carruaje blasonado que esperaba á la puerta, y después de instalarla en él se disponía á subir cuando sus

ojos se fijaron en Carlisle, y dirigiéndose á él le saludó cordialmente, con no poca sorpresa de la congregación. Carlisle se llegó al carruaje, se descubrió y la bella joven le pagó su atención con una sonrisa encantadora, á la vez que estrechaba la mano del abogado.

—Señor Carlisle, dijo el conde, tenemos que hablar de mil cosas y si nada se lo impide voy á rogarle que tome asiento en el coche y sea nuestro huésped en Lynne por el resto del día.

Carlisle se inclinó.

—Ya lo oyes, Cornelia, dijo en voz baja á su hermana. No me esperes hasta la noche.

Se despidió de ella y de Bárbara y tomó asiento en el coche, que partió al trote de los briosos caballos.

—¿Desde cuándo es Archibaldo tan amigo del conde y su hija? preguntó Bárbara sorprendida.

—Parece que se vieron mucho en la reciente visita de mi hermano á Londres, contestó Cornelia, dejando á Bárbara pensativa y triste.

Antes de terminar los quince días que el conde se proponía permanecer en Lynne, se agravaron sus ataques de gota hasta el punto de impedirle partir. Carlisle accedió gustoso á que sus distinguidos huéspedes continuasen en la finca; pasó el verano sin mejoría para el enfermo y llegó por fin el mes de Octubre. El abogado era ya casi constante compañero de las veladas del conde y de su hija, que le preferían á todos sus otros vecinos; y el conde le agradecía sinceramente aquellas visitas, que aliviaban en gran manera la monotonía de su vida de enfermo.

Una noche encargó Isabel á Carlisle que le enviase de Linden un afinador, porque el piano de la quinta requería ya imperiosamente los servicios de éste. Al siguiente día se presentó en Lynne el organista Kane, buen músico, cargado de familia y escasísimo de recursos. Alentado por la bondad de Isabel, que permaneció con él en la sala mientras afinaba el piano, se atrevió á decirle que preparaba en Linden un modesto concierto y que le suplicaba concurriese á él con su padre, seguro como estaba de que la presencia de ambos sería la mejor garantía del buen éxito pecuniario del proyecto. Éxito que, según le explicó después, le era indispensable para conservar la modesta casita en que vivía

con mujer y siete hijos y de la cual podía verse despedido de un momento á otro.

Muy conmovida Isabel y deseosa de complacerle y ayudarle, corrió á la habitación en que se hallaba su padre, obtuvo de éste el permiso de comprar varios billetes para el concierto y obtuvo también, aunque no sin trabajo, la promesa de que su padre y ella formarían parte del público.

—Y si cree Vd. que la noticia puede ayudarle á vender billetes, añadió Isabel, désela Vd. á todos en Linden.

Con esto partió regocijado el pobre músico y la joven no dejó de hablar de ello á Carlisle en la primera visita de éste. Bastaba la recomendación de Isabel para que Carlisle tomase vivo interés en coadyuvar al laudable proyecto; aunque ya la sola noticia de que los señores de Monte Severne honrarían el concierto con su presencia hizo que el buen organista efectuase una venta de billetes como no se recordaba otra en la poco filarmónica población de Linden.

Por entonces volvió á ella, tras algunos meses de ausencia durante los cuales nadie supo su paradero, un personaje cuyo nombre hemos citado más de una vez: el joven Betel. Cazador infatigable, volvióse á ver por los bosques de las cercanías, siempre con su escopeta, de la cual se decía, no sin razón, que proporcionaba ilegalmente muy buenas piezas de caza al mercado de Londres.

—Una pregunta, Betel, le dijo Carlisle la primera vez que le vió. Me han contado, aunque nunca se habló de ello ante el juez de instrucción, que tú viste á Ricardo Hare y hablaste con él en el bosque momentos antes del crimen. . . .

—¿Quién se lo ha dicho á Vd.? interrumpió el cazador.

—Eso no importa. La noticia es de buen origen.

—Es cierto, admitió Betel. Oí el disparo de una escopeta, no le dí importancia alguna porque poco antes había visto á Loreley cazando por allí, cuando de repente se me vino encima Ricardo, que parecía fuera de sí, preguntándome azorado si había visto á un tal Torne. Le dije que no; aparte de Ricardo y Loreley no vi alma viviente.

—Pero Ricardo asegura. . . .

—Mire Vd., Carlisle, dijo resueltamente Betel. Es inútil procurar que yo acrimine á Ricardo. No me presenté á declarar lo que acabo de decirle á Vd. y me alegré infinito

de que Loreley no aludiese á ello en su interrogatorio. No sé cómo ha llegado á noticia de Vd. mi breve encuentro con Ricardo cerca de la casa de Jalión. Y cuanto á ese Torne, no le dé Vd. mucha importancia. Ricardo parecía medio loco aquella noche y probablemente vería ó creería ver no sólo al imaginario Torne sino también otra media docena de visiones.

CAPÍTULO VIII

LA NOCHE DEL CONCIERTO

Á PESAR de sus dolencias, el conde había fijado irrevocablemente para el siguiente sábado su partida de Lynne, y dos días antes debía de verificarse el concierto organizado en Linden por el artista Kane, con la valiosa protección de Isabel y Carlisle. Por desgracia, el conde sufrió un terrible ataque de gota al amanecer de aquel día, hubo que llamar á toda prisa al cirujano de Linden y la consternada Isabel halló á su padre furioso ante la perspectiva de ver prolongada su ya larguísima permanencia en Lynne.

—También lo siento por tí, Isabel, dijo el enfermo, porque me será imposible acompañarte al concierto de esta noche y te verás privada de esa modesta distracción que con tanto interés esperabas.

—Si me necesitas á tu lado, papá, me quedaré en casa esta noche, contestó la joven. Tú eres para mí antes que todo. Pero si tu estado me permitiese ir un rato á Linden, no quisiera faltar á la promesa hecha al señor Kane. Parecería un desaire. Puedo ir en el coche de nuestra vecina la señora de Ducie, con ella y sus dos hijas.

—Como gustes, Isabel, asintió el conde.

Lejos de experimentar el menor alivio su estado se agravó mucho durante el día, pero logró ocultar en gran parte sus sufrimientos á su hija, que poco antes de partir para Linden se le presentó ricamente ataviada y radiante de belleza y se despidió de él cariñosamente.

La entrada de la hermosísima joven en la sala del con-

cierto, acompañada de la señora Ducie y sus modestas hijas, causó profunda sensación. El señor Kane las condujo en persona á los asientos de honor que tenía preparados para su noble protectora y su padre. Cérca de ella estaban Carlisle y su hermana, el juez Hare, Bárbara y las personas de más viso del pueblo. La sala estaba llena y no pocos jóvenes tuvieron que permanecer en pie, detrás de la última fila de asientos.

El concierto fué largo, como lo son generalmente en las poblaciones pequeñas y faltaban todavía no pocos números del programa, cuando algunos espectadores notaron la presencia de un rollizo lacayo, que vestía la librea de Monte Severne y que parecía buscar ansioso con la vista un rostro conocido entre la concurrencia. Divisó por fin al abogado Carlisle, y á él se dirigió apresuradamente.

—El señor me perdonará, le dijo, pero tengo orden de rogar á la señorita Isabel que vuelva inmediatamente á Lynne.

—¿Qué ocurre? preguntó Carlisle sorprendido y alarmado.

—El señor conde se ha puesto mucho peor, casi de repente. En toda la casa se oían sus gritos cuando yo salí. El cirujano de Linden está á su lado, pero han mandado un mensajero á escape para que procure uno ó dos médicos en Chester. El coche espera abajo. . . .

Carlisle se levantó inmediatamente y se dirigió á Isabel, que le recibió sonriente.

—Creía que no vendría Vd. á hablarme esta noche, le dijo. ¿Qué le parece á Vd. nuestro público? ¡Éxito completo!

—Así es, pero . . . traigo un mensaje . . . Han venido á decirme que el señor conde sufre mucho. . . .

—¡Mi padre! exclamó sobresaltada Isabel, comprendiendo por la expresión del rostro de Carlisle que algo grave había ocurrido en su ausencia. Dejó su asiento, aceptó el brazo que le ofrecía el joven, y tras breves palabras de explicación á la señora Ducie salieron ambos del salón.

Muchas miradas se fijaron en ellos, pero ninguna con tanta insistencia como la de Bárbara Hare, que inclinándose hacia Cornelia Carlisle, preguntó involuntariamente:

—¿Á dónde la lleva?

—¿Y yo qué sé? exclamó con aspereza Cornelia. Déjalos que se vayan, pero hazme el favor de estarte quieta y oir la música. ¡Ni que te hallaras sobre ascuas! ¿No te interesa el concierto?

Antes de tomar asiento en el carruaje se detuvo Isabel un momento para preguntar al lacayo que había abierto la portezuela:

—¿Cómo está mi padre?

—¡Oh, mucho peor, señorita! contestó imprudentemente el lacayo.

Isabel miró á Carlisle con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Me acompaña Vd.? le preguntó.

—Sin duda, si Vd. me lo permite, contestó él, no queriendo dejarla sola en aquellas circunstancias.

Arreados furiosamente los caballos, salvaron en brevísimo tiempo la distancia que los separaba de Lynne. En el vestíbulo esperaba á Isabel la atribulada señora Mason, ama de llaves; pero la joven nada le preguntó. Apoyada en el brazo de Carlisle subió rápidamente la escalera y entró en la habitación de su padre.

—¿Hay alguna esperanza? preguntó Carlisle á la señora Mason.

—Ninguna, señor. Se muere.

El conde había perdido el conocimiento y al entrar Isabel en su alcoba lo vió inmóvil, dormido al parecer; pero su palidez era espantosa, mortal y la pobre joven se extremeció al notarla, conteniendo á duras penas un grito de dolor. Carlisle entró á los pocos momentos y tan luego vió aquel rostro lívido se acercó al cirujano y le rogó que pasase á la habitación contigua. Isabel notó que Carlisle se disponía á salir y lo detuvo con un ademán.

—No deje Vd. la casa por ahora, señor Carlisle, dijo. Cuando papá vuelva en sí se alegrará de verlo á su lado.

—Cuente Vd. conmigo, señorita Isabel. No pensaba alejarme de Vd. en tales circunstancias.

Al cabo de una hora que á Isabel le pareció interminable regresó el lacayo que habían enviado á Chester y con él llegaron tres médicos de aquella población. Tras rápida consulta con el cirujano de Linden examinaron y pulsaron detenidamente al enfermo. Isabel, desde un ángulo de la alcoba, seguía ansiosa todos sus movimientos. Apenas

habían reparado en ella y por fin dió algunos pasos hacia el lecho, preguntando:

—¿Qué opinan Vds.? ¿Se salvará?

Todos la miraron y uno de los facultativos respondió evasivamente.

—¡Díganme Vds. la verdad! les rogó impaciente. Soy su única hija.

Lo primero era alejarla de allí. Sólo á ella se le ocultaba que el instante supremo estaba muy próximo y la agonía podía ser dolorosa. Pero de nada sirvieron órdenes ni ruegos. Lo único que hizo fué reclinar la cabeza sobre las almohadas de su padre y llorar desconsoladamente.

—Hay que sacarla de esta habitación, dijo uno de los médicos con irritado acento. Pero señora, continuó dirigiéndose al ama de llaves, ¿no hay en la casa un solo pariente ó amigo que ejerza alguna influencia sobre esta joven?

—Apenas tiene parientes, repuso la señora Mason, y al presente ninguno en Lynne.

Carlisle vió que el conde empezaba á agitarse, comprendió la urgencia del caso y se aproximó á Isabel.

—Perdóneme Vd., le dijo en voz baja. Nuestra ansiedad por ver al conde fuera de peligro no puede compararse con la suya; pero para salvarlo necesita los esfuerzos inmediatos y más enérgicos de la ciencia. No contraríe Vd. los deseos de estos señores, que quieren permanecer solos con el conde. Están perdiendo un tiempo precioso.

Isabel se incorporó, oprimiéndose las sienes con las manos y acompañada de Carlisle pasó á la habitación inmediata.

—¡Es mi padre, mi padre querido! dijo anegada en llanto. ¡No tengo en el mundo más que á él!

—Sí, lo sé, repuso Carlisle con dulzura. Veinte veces esta noche he deseado ser su hermano para poder manifestarle con más libertad cuán sinceramente me asocio á su dolor y para consolarla y fortalecerla en su aflicción.

Los auxilios de la ciencia no pudieron prolongar la vida del enfermo. Isabel quedó huérfana aquella noche.

CAPÍTULO IX

LÁSTIMAS Y LÁGRIMAS

Aquel mismo día se supo en Londres la noticia de la muerte del conde, y veinticuatro horas después ya había llegado á Lynne una legión de acreedores de todos calibres, reclamando desde cinco ó diez libras á cinco mil ó diez mil. No faltaron entre ellos algunos exasperados y violentos; ni dos judíos, más astutos que los otros, resueltos á incautarse del cuerpo mismo del difunto noble, en garantía de su deuda. Concertado su plan, se dirigieron á la entrada de servicio y preguntaron á la criada que les salió á la puerta:

—¿Han traído ya el ataúd?

—¿Ataúd? No; el muñidor lo prometió para las nueve y todavía no son las ocho.

—Corriente; pues no tardará en llegar, y entretanto bueno será que vayamos preparando la cámara mortuoria.

—Aquí están dos hombres que vienen de parte del muñidor, dijo la sirvienta al mayordomo; quieren ir al cuarto del señor conde.

Y pocos momentos después se hallaban en él los dos judíos, que apenas se vieron solos se instalaron á uno y otro lado del cadáver, del que tomaron posesión de acuerdo con la ley inglesa, para no soltarlo hasta que les fuese satisfecho su crédito.

Una hora después entró calladamente Isabel en la habitación donde reposaban los queridos restos, y contempló con asombro á aquellos dos desconocidos de mala catadura. Su primer impulso fué llamar á los sirvientes, pero pensando después que podrían ser rústicos de las cercanías llevados allí por mal aconsejada curiosidad, prefirió interrogarlos ella misma:

—¿Buscan Vds. algo aquí? les preguntó.

—Nada, gracias. No se moleste Vd. por nosotros, señorita, contestó uno de ellos. Estamos perfectamente.

Aquellas palabras y el tono con que fueron pronunciadas aumentaron la sorpresa de la joven. También le llamó la atención que continuasen sentados y como si tuviesen derecho á permanecer en tan sagrado lugar.

—¿Por qué están Vds. aquí? volvió á preguntar.

—No tenemos inconveniente en decírselo, replicó uno de los desalmados acreedores. Supongo que es Vd. su hija, continuó señalando con el dedo el cuerpo del finado par del reino. Es el caso que el conde debía muchísimo dinero y no floja cantidad á nuestro principal, en cuyo nombre estamos aquí y nos hemos incautado del cadáver.

La sorpresa y el terror dejaron muda á Isabel. ¡Incautarse del cadáver! Jamás había oído ni imaginado semejante calamidad. ¿Y con qué objeto? ¿Se proponían acaso desfigurar los restos de su padre? ¿Venderlos quizás? Pálida como una muerta, latiéndole violentamente el corazón, huyó del cuarto y cayó sollozando en brazos de la señora Mason, que por fortuna acababa de subir y pasaba por el corredor.

—¡Esos hombres! murmuró Isabel. ¡Por Dios! Allí . . . en la alcoba. . . .

—¿Qué hombres, señorita? preguntó absorta el ama de llaves.

—No sé, no sé; están ahí. Dicen que se han apoderado de papá.

La señora Mason se dirigió hacia la puerta para investigar aquel misterio, y la pobre Isabel, apoyada en el pasamano de la escalera para no caerse, oyó el tumulto de los otros acreedores, que habían invadido el vestíbulo.

—¡Es inútil que vean Vds. á la señorita! les decía el mayordomo. Ella nada sabe de los asuntos ni las cuentas del señor conde, ni el dolor que la agobia le permitiría hacer nada por Vds. en este momento.

—¡Déjese Vd. de simplezas y vaya á buscar á su ama! gritó uno de aquellos energúmenos. Pedimos nuestro dinero. Aquí se nos ha engañado miserablemente. . . .

Isabel hizo un esfuerzo desesperado y bajó lentamente la escalera. Al verla tan hermosa y tan joven, vestida de luto y contraídas las facciones por dolor acerbo, cesaron las voces y se calmó momentáneamente la cólera de aquellos hombres. Á las preguntas de Isabel contestaron exponiéndole sus motivos de queja, tranquilamente, sin violencia. Y la acongojada joven oyó la lista interminable de las reclamaciones pendientes contra su bien amado padre, de los pagarés vencidos, de las cuentas de todas clases no satisfe-

chas. Las miradas de Isabel, sorprendida, espantada, vagaban de uno á otro, sin saber qué hacer ni qué decirles.

—Pero ¿qué quieren Vds. de mí? preguntó por fin. Yo no tengo dinero que darles. Si lo tuviera. . . .

—No, señorita, interrumpió el hombre de más decente aspecto entre todos los del grupo; si los rumores que circulan son exactos, Vd. es la más perjudicada y peor tratada de todos, aun más que nosotros, porque va Vd. á verse no sólo sin dinero sino sin hogar. . . .

—¿Qué significa esto? preguntó una voz vibrante. ¿Qué quieren Vds.? Era Carlisle, á quien el pálido rostro y las temblorosas manos de Isabel habían hecho comprender lo que allí pasaba, tan luego entró en el vestíbulo.

—¡Retírense Vds.! continuó el abogado sin la menor ceremonia, interrumpiendo á los que habían tomado la palabra para exponerle sus pretensiones. Aquí nada han de conseguir. Creen hallarse en casa del conde de Monte Severne y se equivocan. Son Vds. unos intrusos que han invadido la propiedad del señor Carlisle de Linden, dueño de esta casa, de cuanto ella contiene y de las tierras de Lynne.

—¡Bah! dijo uno. Lo de siempre, excusas y subterfugios. ¡Á otro perro con ese hueso! exclamó otro.

—Oigan Vds., dijo Carlisle. Yo mismo soy el dueño absoluto de Lynne, yo, el abogado Carlisle, más ducho que todos Vds. y que me guardaría muy bien de asegurar aquí lo que podría ser desmentido tan luego se abra la investigación de los asuntos del conde.

—¿Ha pagado Vd. el precio convenido? preguntó uno de los acreedores.

—Hace meses, al firmarse el contrato, perfectamente válido, que me confirió todos los derechos del finado conde.

—¿Y qué ha hecho él de ese dinero?

—Nada tengo que ver con los asuntos particulares del señor de Monte Severne, replicó secamente el abogado.

No tardaron en retirarse aquellas aves de rapiña, colmando de maldiciones al insolvente noble. Sólo entonces pensó Carlisle en consolar á Isabel, que le dijo sollozando:

—Yo nada sabía de todo esto. Supongo que nada me queda, pero no me importa. Si tuviese dinero se lo daría todo á esos hombres. . . . Pero ¡oh, amigo mío! arriba,

junto al cuerpo de mi padre quedan todavía otros dos. Dicen que les pertenece el cadáver. . . .

El mayordomo dió á Carlisle los detalles que necesitaba para explicarse lo ocurrido. El abogado comprendió inmediatamente que la ley estaba de parte de aquellos dos acreedores, más hábiles si menos escrupulosos que los restantes, y que nada podía hacerse, ni proceder al entierro del conde, hasta que llegase á Lynne Raimundo Vane, heredero del título, á quien se había enviado inmediato aviso de la muerte de su pariente á su residencia de Marling.

Grande fué la sorpresa del nuevo conde de Monte Severne y profunda su indignación contra su finado pariente, al darse cuenta, poco después de su llegada, del estado de absoluta indigencia en que el conde había dejado á su hija. Los miles de libras pagados por Carlisle habían servido en su mayor parte para satisfacer á los acreedores de más cuantía; con el resto de aquel dinero había continuado el conde por algunos meses su costoso método de vida y pagado también multitud de deudas menores; y al morir dejaba por todo capital algunas libras esterlinas que Isabel había entregado á la señora Mason para atender á los gastos corrientes y que no durarían más que algunos días.

No era esto todo; una breve conferencia del conde Raimundo con Carlisle y Burton, abogado este último del finado señor de Monte Severne, lo enteró del escándalo ocurrido allí aquella mañana y del triste espectáculo que presentaba la cámara mortuoria, profanada por la presencia de dos acreedores implacables, cuyas cuentas fué necesario pagar antes de proceder á la inhumación del cadáver.

El mortal dolor de la infortunada Isabel se agravaba al pensar, á solas con sus lágrimas, en las palabras que rápidamente le había dirigido su bondadoso deudo, anunciándole que en vista de las circunstancias tristísimas en que la había dejado su padre, y vendida la posesión de Lynne, no le quedaba otro recurso que ir á vivir con ellos en Marling, donde él le ofrecía gustoso su hogar. Era el nuevo conde de carácter franco y sincero; Isabel conocía su bondad, le respetaba y con él hubiera vivido relativamente dichosa. Pero había que contar con su esposa, aquella Ema Vane y ahora condesa de Monte Severne, vanidosa y cruel, celosa de la hermosura de Isabel, quien temblaba al pensar que su infor-

tunio la obligaba á recibir de aquella mujer egoísta, como una limosna, el hogar de que la privaba la muerte de su padre.

El conde resolvió partir inmediatamente para Marling. Veinticuatro horas después de la fúnebre ceremonia ya estaba despedida toda la servidumbre de Lynne y á la puerta el carruaje que debía de conducir á Isabel á su nueva morada. Carlisle había ido á despedirse de la pobre joven, á quien admiraba y compadecía de todo corazón.

—Amigo mío, le dijo Isabel momentos antes de partir, ruego á Vd. que entregue esta moneda de oro al señor Kane. Es todo lo que poseo, pero él la necesita aun más que yo.

Carlisle, hondamente afectado, tomó la moneda.

—Y á Vd., amigo mío, le dejo encomendados los pececillos del estanque. Son míos, un regalo de papá, y siento mucho separarme de ellos. Yo sola los cuidaba y creo que ya me conocían. Bastará que de cuando en cuando eche Vd. algunos mendrugos de pan en el estanque.

Dolorosa fué la despedida de Isabel y los antiguos servidores de su familia. Carlisle la acompañó hasta el coche, ayudándola á tomar asiento en él.

—Adiós, señorita Isabel, dijo conmovido y estrechando la mano de la joven. Ruego fervientemente al cielo que la consuele y la proteja . . . y si no volviésemos á vernos. . . .

—No hable Vd. así, señor Carlisle. Jamás olvidaré su buena amistad, ni los favores que le debió mi padre, ni los inestimables que me ha hecho Vd. en esta dolorosa crisis. Volveremos á vernos ¡ oh, sí ! Recuerde Vd. que ha prometido al conde visitarle en Marling. ¡ Adiós, amigo mío !

Momentos después se alejaba rápidamente el coche, dejando atrás aquella magnífica residencia de Lynne, que había sido cuna y hogar dichoso de Isabel. Sólo entonces notó ésta un arrugado papel que yacía en su regazo ; lo tomó maquinalmente y vió con sorpresa que era un billete de cien libras esterlinas. "¡ Carlisle ! " se dijo. Sí. ¿ Quién sino él ? Su primer impulso, al contemplar ruborizada aquella dádiva de un extraño, fué considerarla como una ofensa. Después vino la reflexión, el recuerdo de lo ocurrido aquellos últimos días en Lynne, y no pudo menos de

admirar y agradecer, con lágrimas en los ojos, la previsión y la bondad de su generoso amigo.

CAPÍTULO X

LA VIDA EN MARLING

Ema Vane, á quien la muerte del padre de Isabel concedía el ambicionado título de condesa de Monte Severne, recibió á la huérfana con insultante frialdad, que oprimió el corazón de la pobre niña, preparándola para la serie de humillaciones y desaires que se siguieron.

Marling, residencia de los nuevos condes, era una morada relativamente modesta. Poco después de la llegada de Isabel, en Febrero, murió uno de los dos hijos que tenían, el menor, que había sido siempre muy enfermizo; y aquel suceso alteró algo los planes del conde, que en lugar de ir con su familia á Londres aquella primavera resolvió continuar por entonces en Marling, encargándose él de dirigir en persona las alteraciones y mejoras que había proyectado hacer en el castillo de Monte Severne, heredado con el título. Allá se fué en Marzo, mucho más apesadumbrado que la condesa con la pérdida de su hijo.

En Abril llegó de visita á Marling la señora Levison, acompañada de su nieto el capitán. Pocos días después salió Isabel á dar un paseo por los campos acompañada del hijo único de los condes, su amiguito Guillermo Vane, y no tardó en reunírseles el capitán Levison, con quien pasaron la mañana agradablemente hasta la hora de la comida. Al regresar juntos los tres vió Isabel reflejados en el rostro de la condesa los celos, el rencor y el odio. Apenas le quedaba tiempo para vestirse y corrió á su cuarto, donde su doncella. Marvela esperaba para peinarla. Acababa de ponerse una bata y oía sonriente la alegre charla del niño Guillermo, que la había seguido, cuando se abrió de golpe la puerta y entró la condesa.

—¿Dónde ha estado Vd. todo el día, señorita? preguntó temblando de cólera.

—Paseando por la huerta y el campo, contestó Isabel.

—¿Pero no se avergüenza Vd. de portarse tan locamente?

—No comprendo lo que quiere Vd. decir, repuso Isabel latiéndole violentamente el corazón y procurando contenerse. Me lastimas, Marvela; ten cuidado, dijo á la doncella que la peinaba.

La condesa se dejó dominar por la ira y por la envidia que le inspiraba Isabel, y prorrumpió en un torrente de recriminaciones é insultos, tan injustos como crueles.

—¿No basta que yo le haya concedido á Vd. un asilo en mi casa, sino que pretende Vd. deshonrarla con su conducta? ¡Tres horas ha estado Vd. escondida por esos andurriales, coqueteando con Francis Levison! Es verdad que desde la llegada de éste no ha hecho Vd. otra cosa.

La indignación de Isabel igualó al furor ciego de su enemiga. ¡Soportar tal ultraje, y en presencia de una sirvienta, ella, la hija de los condes de Monte Severne! ¡Insultada por aquella mujer, cuyo carácter y cuyas graves faltas se la habían hecho siempre tan odiosa! No. Isabel retiró su cabello de manos de la doncella, y dejando su silla hizo frente á Ema Vane.

—¡No soy yo la coqueta! exclamó. No lo he sido en mi vida. Ese defecto lo dejo, continuó con profundo desprecio, para ciertas mujeres casadas; aunque me parece que es en ellas más grave que en una joven soltera. Sólo una mujer coquetea en esta casa, por lo que he visto desde que estoy en ella; y esa mujer, ¿es Vd. ó soy yo, señora condesa?

Certero fué el golpe. La condesa, pálida y enfurecida, olvidada de todo, alzó la mano y descargó un violento golpe sobre la mejilla izquierda de Isabel. Confusa y aterrorizada ésta, permaneció algunos instantes inmóvil y antes de que pudiese hacer ó decir cosa alguna recibió una segunda bofetada en la otra mejilla. Súbito temblor extremeció el cuerpo de Isabel, que lanzando un agudo grito y cubriéndose el ultrajado rostro cayó desplomada en su silla. Marvela hizo un ademán de asombro y terror, y el niño prorrumpió en alaridos que su madre castigó dándole un tirón de orejas, llamándole monigote y arrojándolo fuera del cuarto.

Isabel pasó todo el día y la noche derramando lágrimas

de angustia é indignación. Le era imposible permanecer en Marling después de tamaño ultraje, pero ¿á dónde ir? ¡Cuántas veces deseó durante aquella interminable noche reposar junto á su padre, allá en el cementerio de Lynne!

Levantóse débil y fatigada y la fiel Marvela le llevó el almuerzo á su cuarto. Poco después entró en él de puntillas su amiguito Guillermo, que la quería entrañablemente.

—Mamá va á salir, dijo dirigiéndose á la ventana. Mira, Isabel.

La condesa subía en aquel momento al coche, guiado por el capitán Levison.

—Bajemos ahora, Isabel, dijo Guillermo. No queda nadie en la casa.

Accedió la joven, pero á los pocos minutos de hallarse ambos en el gabinete de la planta baja se presentó un criado con una tarjeta que entregó á Isabel.

—Este caballero pregunta por Vd., señorita, dijo.

—¿Por mí? preguntó sorprendida Isabel. Supongo que deseará ver á la señora condesa.

—Perdón, señorita; me ha dado el nombre de Vd.

Isabel tomó y leyó la tarjeta.

—¡El señor Carlisle! dijo con alegría. Que pase adelante.

Los sucesos más triviales en apariencia tienen á veces influencia decisiva en nuestras vidas. Carlisle había recibido la víspera un telegrama anunciándole que uno de sus principales clientes había tenido que interrumpir su viaje en el pueblo de Marling, acometido de súbita enfermedad y deseaba verle con urgencia. Terminada aquella entrevista, resolvió el abogado no regresar á Linden sin hacer á sus amigos de la casa señorial de Marling aquella inesperada visita, destinada á tener consecuencias de la mayor importancia.

Isabel le recibió con vivo placer y él explicó la causa de su presencia allí, sintiendo que el conde estuviese ausente, como acababa de saberlo en el pueblo.

—Salió hace algunos días para Francia, dijo Isabel, que entonces recordó repentinamente la dádiva ó préstamo de las cien libras, y quedó callada y confusa.

—¡Qué hermoso niño! exclamó Carlisle notando su turbación y acariciando á Guillermo.

—Es el heredero del conde, repuso Isabel. Tú no conoces á este caballero, Guillermo. Es el señor Carlisle, y ha sido siempre muy bueno conmigo.

—Pues entonces yo también voy á quererlo mucho, dijo el niño fijando en él su franca é inteligente mirada.

—Siento darle una mala noticia, señorita Isabel, continuó el abogado. ¿Recuerda Vd. aquellos días tan fríos que tuvimos en Enero? Pues á pesar de mis cuidados el frío mató á dos de los pececillos que dejó Vd. en el estanque del jardín.

—¡Qué bueno es Vd.! ¿Vive alguien en Lynne?

—Todavía no. He mandado hacer algunas obras y no tengo prisa por llevar allí nuevos inquilinos. ¿Y Vd.? ¿Es Vd. dichosa en Marling? preguntó con interés, notando la triste expresión del rostro de Isabel.

—¡Oh, no! exclamó ésta. No puedo continuar aquí, aunque á la verdad no sé á dónde ir ni qué será de mí.

—Sí señor, dijo muy serio Guillermito. Isabel me ha dicho que quiere irse. ¿Y sabe Vd. por qué? Porque mamá le pegó ayer. . . .

—¡Por Dios, Guillermo! ¡Silencio! exclamó Isabel.

—Dos bofetones le dió, delante de mí. Y cuando ví que Isabel lloraba me puse á gritar y mamá me pegó á mí también. Marvela se lo dijo á la niñera y á todos, y dijo además que Isabel es muy bonita y que por eso mamá. . . .

Isabel tiró violentamente del cordón de la campanilla y tan luégo acudió uno de los criados le dió orden de llevarse al niño. Carlisle había oído las palabras de éste con dolorosa emoción.

—¿Es posible, Isabel? preguntó en voz baja al volver aquella á su asiento. Mucho necesita Vd. de un buen amigo, un protector. . . .

—Debo resignarme, dijo ella, por lo menos hasta que regrese el conde.

—¿Y entonces?

—No sé qué será de mí, replicó Isabel, sin poder contener las lágrimas. El conde no puede ofrecerme otra morada, pero con la condesa me es imposible vivir. Puedo asegurarle á Vd. que no merezco el trato que me da.

—Estoy seguro de ello. ¡Ojalá pudiera yo hacer algo por Vd.! La vida en Lynne no podía ser, dadas las cir-

cunstancias, del todo grata para Vd.; pero bien veo que allí era Vd. cien veces más dichosa que en Marling.

—¡Lynne! exclamó la desolada joven. ¡Oh, señor Carlisle, qué no daría yo por renovar aquellos días felices que tanto he aprendido á apreciar ahora; por continuar allí la tranquila vida que llevaba con mi padre querido! Lynne sería para mí un paraíso en la situación presente.

¿Qué palabras iba á pronunciar Carlisle, impulsado por la emoción que lo dominaba? ¿Qué fatal espíritu le dictó las frases que dirigió á Isabel, mientras estrechaba entre sus manos las de la hermosa niña?

—Sólo un medio existe de volver á Lynne, dijo; y ese medio . . . quizás pareciera presunción mía indicarlo, por lo menos sin una orden de Vd. . . .

Isabel le dirigió una mirada interrogadora.

—Impóngame Vd. silencio, amiga mía, continuó el abogado, si la ofenden mis palabras. ¿Me atreveré á ofrecerle que regrese á la casa de sus padres como dueña y señora de Lynne?

Isabel se hallaba muy lejos de comprender lo que Carlisle le proponía.

—Dueña y señora de Lynne, repitió asombrada. ¿Yo?

—Sí, Isabel; desde el momento en que me permita Vd. llamarla ni esposa.

Aquellas palabras disipaban toda duda y sorprendieron y desconcertaron á Isabel. Había permanecido hasta entonces al lado de Carlisle, hablándole con entera confianza, consagrándole toda su estimación, viendo en él á su único amigo, casi un hermano. ¡Pero ser su esposa! Jamás se le había ocurrido semejante idea y su primer impulso fué negarse á ello, su primer ademán retirar sus manos y apartarse de Carlisle.

Mas no se lo permitió éste, que estrechando dulcemente aquellas manos adoradas, le describió su amor con elocuentes frases, con sentidas palabras que hablaban no sólo á los oídos sino al corazón de Isabel. Imposible le hubiera sido á ésta no dar la respuesta pedida, á no haberse presentado á su imaginación en aquel momento el recuerdo de otro hombre. . . .

La entrada repentina de la condesa interrumpió el amoroso coloquio. Una mirada le bastó para abarcar toda la

escena; la actitud respetuosa de Carlisle, las entrelazadas manos, el rostro ruborizado de Isabel. Ésta pudo á penas pronunciar el nombre de la dama: "La condesa de Monte Severne," y Carlisle procedió á presentarse á sí mismo.

—Señora condesa, dijo inclinándose; siento que Lord Monte Severne, á quien tengo la honra de conocer, se halle ausente. Soy Archibaldo Carlisle.

—No me es desconocido el nombre, replicó la dama, que siempre celosa de Isabel notó con despecho la buena presencia del joven. Lo que yo no sabía, continuó, era que Vd. y la señorita Isabel Vane estuvieran en tales términos de intimidad que. . . .

—Señora, dijo Carlisle para abreviar explicaciones, acabo de rogar á la señorita Vane que me conceda la honra de llamarla mi esposa.

—¿Y cuál es su respuesta? preguntó la condesa volviéndose hacia Isabel, que sin mirarla, dirigiéndose á Carlisle, dijo:

—Concédame Vd. algunas horas para reflexionar, amigo mío.

—Mal podría no hacerlo, repuso Carlisle. Basta que Vd. se digne reflexionar sobre mi propuesta para que entre en mi corazón un rayo de esperanza. Abrió después la puerta para que saliese Isabel y al pasar ésta le dijo:

—Volveré esta tarde.

Grande fué la perplejidad de Isabel, sola en su cuarto, mientras Carlisle continuaba su conversación con la condesa, enumerando los medios de fortuna de que disponía y sus futuros proyectos en lo que á Isabel se refería. Era ésta casi una niña, y mal podía resolver con reflexión y criterio sobre la inesperada propuesta del joven abogado. Sabía, sí, que le profesaba gran estimación, que gustaba de oirle y se decía vagamente que le hubiera amado si no se hubiese interpuesto entre ellos el recuerdo de Francis Levison. Pensaba también que el matrimonio con Carlisle no sólo la libraría para siempre del martirio en que vivía, sino que significaba el regreso á Lynne, verdadero paraíso para ella, tanto más ahora que había aprendido á apreciar en todo su valor aquella dichosa morada, testigo de los días felices de su vida.

La señora Levison y la condesa subieron á verla pir-a

aconsejarle que aceptase la ventajosa oferta, y la primera ensalzó sobre todo las condiciones de carácter de Carlisle, asegurando (é Isabel sabía que la señora Levison era incapaz de asegurar lo que no sentía ó tenía por cierto) que el joven valía más que diez nobles calaveras del gran mundo.

Llegó la tarde y la pobre Isabel seguía indecisa, vacilando entre lo que su razón le dictaba y el capricho, pues no merecía el nombre de pasión, creado en ella por la arrogante figura y las maneras seductoras de Francis Levison. Desde su ventana vió á lo lejos á Carlisle y bajó al salón, dispuesta á recibirle pero sin haber resuelto todavía qué contestación darle. Grande fué su sorpresa al hallarse en el salón con el apuesto capitán, que sonriente le dijo :

—¿ Dónde se ha escondido Vd. toda la tarde ? La he estado buscando para felicitarla. Esta mañana tuve el gusto de ser presentado al señor Carlisle y es lo más simpático. La condesa me lo ha dicho, todo, mil enhorabuenas, Isabel.

—Gracias, dijo ella con frialdad, profundamente ofendida. Pero siento decirle que su felicitación me parece algo prematura. . . .

—¿ De veras ? Pues la dejaremos para cuando se presente el feliz mortal. Felicidad que no puede ser para mí, Isabel, continuó con su tono burlón y ligero. Yo no soy de los que se casan. Lo más que pueden permitirse los pobres como yo es mariposear entre las bellas hasta que cambie la suerte, y si no cambia, hasta llegar á viejos.

Y salió del salón, dejando á Isabel indignada y confusa. Era imposible no comprender la significación de sus palabras, y por primera vez sospechó la joven que Francis Levison era falso y cruel.

¡ Qué contraste con Carlisle, á quien un sirviente anunció pocos momentos después ! Cerró tras sí la puerta y se aproximó á Isabel, pálido y tembloroso.

—Isabel, dijo tras una pausa y con dulce acento ¿ ha resuelto Vd. acceder á mi súplica ?

—Sí, pero. . . . La emoción le impidió hablar. Deseo decirle que. . . .

—Después, murmuró él conduciéndola al sofá. Ahora puedo esperar. ¡ Oh, Isabel, cuán dichoso me hace Vd. con esa sola palabra !

—Creo mi deber decirle, continuó Isabel con lágrimas

en los ojos, que si bien acepto su oferta yo no. . . . ¡Me ha sorprendido tanto! Le aprecio á Vd. mucho, eso sí; pero no puedo decir que le amo, todavía. . . .

—Mucho me sorprendería que Vd. me amase, Isabel. Pero déjeme Vd. esperar que algún día. . . .

—¡Oh, sí! replicó ella. Así lo espero.

Carlisle rodeó el talle de la joven con su brazo y atrayéndola hacia sí, depositó en sus labios el primer beso de amor.

CAPÍTULO XI

UNA BODA Y VARIAS SORPRESAS

Carlisle escribió al conde de Monte Severne y acordó con la condesa que la boda se celebraría un mes después. Isabel deseaba salir de Marling cuanto antes y Carlisle hubiera querido llamarla suya aquel mismo día; pero los preparativos indispensables le llamaban á Linden, donde también esperaba encontrar oposición resuelta por parte de Cornelia. Por lo pronto nada le dijo, y con el pretexto de preparar á Lynne para unos supuestos inquilinos de Londres, mandó hacer importantes mejoras en la finca, que hubieran hecho poner el grito en el cielo á su avarienta hermana.

Más de una vez estuvo ésta á pique de descubrir su secreto, sobre todo el día en que Archibaldo le arrebató de las manos una carta dirigida á él con letra de mujer, y sellada con un escudo de armas en las que á Cornelia le pareció reconocer las de Monte Severne. También la pobre Bárbara, perdidamente enamorada de Carlisle, notó la preocupación de éste, descubrió por inadvertencia del joven abogado que se proponía comprar en Londres un piano y una vajilla completa con destino á Lynne, y llegó á creer ¡pobre Bárbara! que se acercaba el ansiado momento en que Carlisle iba á pedirle su mano.

—¿Quién es ese Guillermo Vane, le preguntó, que reside en Marling y de quien hablaba Vd. á Cornelia?

—El hijo único de los actuales condes de Monte Severne.

—¿Y posible marido de la bella Isabel? continuó ella.

—Mucho se equivoca Vd., Bárbara. Con decirle que Guillermo no cuenta más de cinco ó seis años. . . . Es un niño encantador, prosiguió diciendo pensativo. Y si algún día llegase yo á tener hijos, quisiera que se le pareciesen.

—Confesión muy importante, exclamó alegremente Bárbara, después de haber hecho creer á todo Linden que era Vd. solterón empedernido.

—Nunca he procurado propalar esa idea, repuso Carlisle, y menos ahora, porque, Bárbara, espero casarme muy pronto. . . .

Bárbara retiró apresuradamente su brazo del de Carlisle, pretextando tener que abrochar de nuevo su chal. El corazón le latía con violencia. Jamás pensó que la futura compañera del abogado pudiese ser otra que ella. ¡Pobre niña!

Carlisle la dejó regocij ada á lapuerta de su casa, sin darse cuenta de la emoción que la embargaba. Á ella como á todos les ocultaba su próxima boda sin otro motivo que el muy poderoso de ocultársela también á Cornelia. Era la primera vez que engañaba á su hermana; pero la conocía y no dudaba que hubiera recurrido á los medios más extraordinarios y aun violentos para impedir su matrimonio con Isabel. Para Cornelia el único ideal era lo útil, no lo bello; y en su concepto nada tan inútil como la hermosa huérfana.

Carlisle partió para Londres, á donde lo llamaban, dijo, importantes asuntos, y tres días después recibió Cornelia una carta suya que la dejó estupefacta:

"MARLING, *1° de Mayo.*

"MI QUERIDA CORNELIA: Esta mañana se celebró mi enlace con la señorita Isabel Vane y me apresuro á comunicártelo. Te escribiré más detenidamente mañana ó pasado, para explicarte lo ocurrido.

"Tu cariñoso hermano,

"ARCHIBALDO CARLISLE."

—Es una broma, fué lo primero que dijo Cornelia con ronca voz. Hace tres días pensaba tanto en casarse como

yo. ¿Y con aquella melindrosa muñeca? ¿Con Isabel Vane? ¡No puede ser!

Pero aquella misma tarde le confirmó la noticia el pasante señor Dill, que también había recibido una esquela del abogado y estaba no menos sorprendido que la solterona. Dill le enseñó el anuncio de la boda, que tenía orden de insertar en todos los periódicos y además le dió la noticia inaudita de que su hermano, lejos de alquilar la magnífica posesión de Lynne, iba á residir en ella con su esposa y había puesto brusco término á las negociaciones con una acaudalada familia de Londres que deseaba arrendar la finca por un plazo de varios años.

Aquello era más de lo que podía soportar la señorita Carlisle, que se abalanzó sobre el infortunado pasante, acusándole de complicidad con su principal para engañarla y derrochar la hacienda de los Carlisle.

La pronta retirada del señor Dill lo libró de un vigoroso vapuleo. Cornelia quedó consternada; pero pronto pareció tomar una resolución y poniéndose sombrero y chal emprendió á buen paso el camino de la casa de Bárbara, sonriéndose al pensar en el golpe que iba á asestarle, pues tiempo hacía que le era muy conocido el amor de la joven por su hermano.

—¿Te acuerdas de la hija de Monte Severne? preguntó á Bárbara, tras breve preámbulo.

—Mucho. ¿Le ha pasado algo?

—Poca cosa. Archibaldo acaba de casarse con ella.

El primer impulso de Bárbara, como lo había sido el de Cornelia, fué negarse á creerlo.

—Imposible, Cornelia, murmuró.

—Pues es muy cierto. Los casó ayer en Marling el capellán de Monte Severne. De haberlo sabido yo á tiempo no se hubiera verificado la boda; pero ya la cosa no tiene remedio.

Bárbara se levantó, vacilante; y balbuceando un pretexto cualquiera, una orden de su madre que había olvidado dar á los criados, salió de la sala y subió á su cuarto, donde desahogó en sollozos la angustia que la torturaba.

—¡Marido de otra! exclamaba. ¡Marido de Isabel Vane! Tras largo rato y haciendo un esfuerzo desesperado logró calmar un tanto su agitación y su dolor y bajó

á reunirse con Cornelia, que la esperaba inmóvil, más iracunda y ceñuda que nunca.

—Merece ser encerrado en un manicomio, terminó diciendo la solterona. Pero si no ha contado conmigo antes de la boda, tendrá que hacerlo después. Por lo pronto, alquilo mi casa y me mudo á Lynne con mis propios sirvientes, para estar cerca de ese loco y su emperejilada muñeca é impedirles que hagan un millón de tonterías.

—¿Pero qué dirá Isabel? se aventuró á preguntar Bárbara.

—Si no le gusta que lo deje, contestó la implacable Cornelia. Y ahora que ya sabes la noticia me voy, muchacha. Casi hubiera preferido anunciarte la muerte de mi hermano.

No menos sorprendido que Cornelia y Bárbara quedó el conde de Monte Severne, que vió la noticia en los periódicos y tomó el primer tren para el Havre y el primer vapor para Inglaterra. Á su llegada á Londres supo que Isabel y Carlisle se hallaban en uno de los mejores hoteles, al cual se dirigió sin pérdida de momento. La joven desposada estaba sola cuando le anunciaron su visita.

—¿Qué significa esto, Isabel? preguntó el conde. ¿Tú casada?

—Sí, desde hace algunos días, contestó ella ruborizada y más hermosa que nunca.

—¿Y casada con Carlisle, el abogado? ¿Cómo ha sido eso? ¿Por qué se me ha ocultado tu enlace, Isabel?

—No sabía yo que se lo habían ocultado. El señor Carlisle se lo participó por escrito, como lo hizo también la condesa.

—¿Á mí? No por cierto. Supongo, Isabel, que te enamorarías de Carlisle allá en Linden, en vida de tu padre.

—¡Oh, no! exclamó la joven, á quien hizo sonreir la suposición del conde. ¿Yo enamorarme del señor Carlisle?

—Pero entonces ¿no le amas?

—No, respondió con timidez. Pero lo aprecio mucho. ¡Es tan bueno para mí!

—Dime, niña. ¿Quién ha estado en Marling durante mi ausencia?

—La señora Levison y su hijo. Nadie más.

—¡ Francis Levison ! ¿No habrás sido tan loca que te hayas enamorado de él?

La pregunta fué tan inesperada, tan directa, que la joven quedó confusa y callada.

—Isabel, dijo gravemente el conde, guárdate del capitán Levison, cuya amistad no puede traerte nada bueno. Esta es no sólo mi opinión sino la de cuantos conocen como yo á ese galanteador de oficio.

Antes de que Isabel pudiese contestar entró Carlisle, que se adelantó tendiendo la mano al conde. Éste pareció no reparar en ello y suplicó á la joven que lo dejase á solas con su esposo breves instantes.

—¿ Cómo se entiende, señor mío, dijo el conde á penas quedaron solos, que aprovechando mi ausencia haya persuadido Vd. á esa pobre niña á contraer un matrimonio clandestino?

—Señor conde, no comprendo esas palabras. Mi conducta con la señorita Vane ha sido siempre honrada y digna de un caballero. Muy equivocados informes tiene Vd.

—No tengo informes de ninguna clase. De eso me quejo, precisamente. Yo, el único pariente de Isabel, he sabido la noticia de su matrimonio por los periódicos.

—¿ Qué dice Vd.? exclamó sorprendido Carlisle. Apenas obtuve el consentimiento de la que es hoy mi esposa, mi primer paso fué escribirle á Vd., informándole de ello y de todos los detalles que tenía derecho innegable á saber, y diciéndole también que por mutuo acuerdo se celebraría la boda con la menor dilación posible.

—¿ Y á dónde fué dirigida esa carta?

—Se la entregué á la condesa de Monte Severne, porque me dijo que ella se encargaba de hacerla llegar á manos de Vd. cuanto antes. Algún tiempo después, en una carta de Isabel, me mandó á decir la condesa que no habiendo Vd. contestado, su silencio significaba la aprobación de todos nuestros planes. . . .

El rostro del conde manifestó su profunda sorpresa.

—Pero aun siendo así, continuó, ¿á qué esa inusitada prisa? El matrimonio se efectuó tres semanas después de haber pedido Vd. la mano de Isabel.

—Y de haber sido posible, repuso Carlisle gravemente, la hubiera sacado de Marling aquel mismo día.

—Esas palabras, señor mío, requieren una explicación. . . .

—Que voy á darle, por muy desagradable que sea para Vd. Asuntos relacionados con mi profesión me llevaron al pueblo de Marling. Hice después una visita amistosa á la casa de Vd., y contra todo lo que esperaba hallé á Isabel afligida, maltratada. . . .

—¡ Señor Carlisle ! interrumpió el conde.

—Maltratada, lo repito ; abofeteada cruelmente.

El conde, mudo de asombro, miraba fijamente al joven.

—Lo supe, continuó éste, oyendo la charla infantil de Guillermo, su hijo. Isabel nada me hubiera dicho, pero no lo negó, ni hubiera podido hacerlo en el estado lamentable en que se hallaba. La indignación se apoderó de mí, junto con el deseo irresistible de sacar á Isabel de aquella situación humillante y cruelísima, y le ofrecí mi protección, mi afecto y el regreso á su primitivo hogar en Lynne.

—¿ La ama Vd. ? preguntó el conde tras larga pausa.

—La amo apasionadamente. Vivirá en Lynne con todo desahogo. Mi profesión es lucrativa y si yo muriese hoy le quedarían tres mil libras de renta. Todo esto se lo dije en su día á la condesa. ¿ Cree Vd. todavía que mi conducta para con ella ha sido reprensible ?

El conde de Monte Severne ofreció su mano á Carlisle.

—Al entrar, dijo, no quise estrechar la mano que Vd. me tendía. Ahora me consideraré muy honrado si se digna Vd. aceptar la mía.

Carlisle se sonrió y estrechó cordialmente la diestra del noble, quien dijo en voz baja :

—Desde luego que al hablar de los malos tratamientos inferidos á Isabel se refería Vd. á la condesa. . . .

—Ni Isabel ni yo volveremos á recordarlo nunca, y le ruego á Vd. que procure olvidarlo también.

—Isabel, dijo el conde aquella noche al despedirse de los jóvenes esposos, con quienes pasó el resto del día. Llegué aquí dispuesto á insultar á tu esposo ; parto lleno de admiración por él. Sé siempre su fiel y buena esposa, como él se merece.

—Sin duda, contestó Isabel algo sorprendida.

CAPÍTULO XII

REGRESO AL HOGAR

Cornelia Carlisle hizo punto por punto lo que había anunciado á Bárbara. Se trasladó á Lynne con Pedro y sus dos sirvientas, despidió á cuantos criados halló en la nueva casa, desoyendo las protestas del señor Dill y un mes después de la boda recibió á los novios, más severa y desabrida que nunca.

La primera impresión de Cornelia en el ánimo de Isabel fué fatal. Parecíale un censor implacable cuya vigilante mirada la seguía por todas partes; cuantos deseos expresaba, cuanto hacía la inexperta joven, sólo servía para sorprender y escandalizar á la adusta solterona. Aquella morada querida parecíale á Isabel otra muy diferente de la que había habitado con su padre y más de una vez la sorprendió Carlisle en su cuarto, anegada en lágrimas. Marvela, aquella elegante doncella de servicio, pidió su cuenta y se marchó de Lynne á las veinticuatro horas de su llegada, no obstante el cariño que profesaba á Isabel, por dos razones que expuso muy alto delante de Pedro y Julia: primera, la escasa servidumbre de aquella casa, sin mayordomo, ama de llaves ni otra camarera que ella; y segunda, la presencia de "aquel dragón con faldas," como llamó irrespetuosamente á Cornelia, en cuya compañía declaró no poder vivir un momento más. Por fortuna para Isabel, la fiel Julia se ofreció á servirla con la mejor voluntad del mundo, mientras el señor le procuraba una nueva doncella.

No dejaba de comprender Carlisle que la presencia de su hermana en Lynne era un obstáculo á la completa felicidad de su esposa, pero se decía también que Cornelia atendería al manejo interior de la casa, librando así á Isabel de multitud de atenciones y detalles á los que no estaba acostumbrada y que desconocía en absoluto. Por otra parte, mal podía romper de repente con la costumbre de toda su vida, la sumisión á la voluntad de aquella hermana brusca pero cariñosa, que había sido para él una segunda madre. Se sometió con leve protesta á la despedida arbitraria de sus sirvientes, oyó en silencio los reproches que le mereció

la compra del magnífico piano, regalo suyo á Isabel, y tampoco pensó en defenderse de las censuras que le atrajo la presencia de un elegante carruaje y una pareja de bonitos caballos; antes bien explicó á la escandalizada Cornelia que aquel costoso tren era el regalo de boda del conde de Monte Severne á Isabel.

Grande fué ó pareció ser la consternación de Cornelia el primer domingo que pasaron los nuevos esposos en Lynne, al oir que su hermano daba órdenes para que preparasen el carruaje y lo tuvieran á la puerta á tiempo para ir á la iglesia.

—Pero ¿en qué estás pensando, Archibaldo? preguntó. ¡No lo permitiré!

—¿De qué hablas, hermana?

—De tu pretensión de andar en coche los domingos. Profeso rígidos principios religiosos, señora, dijo volviéndose vivamente hacia Isabel.

Ésta cedió, como de costumbre, deseando evitar todo motivo de disgusto, pero diciéndose que aquella doble caminata, con el calor que hacía y la distancia que mediaba de la casa á la iglesia, la dejaría rendida para el resto del día.

—Andando despacio, Archibaldo, dijo con su acostumbrada dulzura, creo que soportaré bien el paseo.

Por fortuna, Carlisle se mantuvo firme, contradijo por primera vez y muy resueltamente á la sorprendida Cornelia, y llegada la hora subió al carruaje con Isabel. Á mitad del polvoriento camino divisaron el enorme quitasol de la solterona, que no se dignó mirarlos. Grande era la curiosidad entre los feligreses que llenaban el templo y que vieron á Carlisle tomar asiento por primera vez en el banco hasta entonces reservado al conde de Monte Severne, acompañado de la bella desposada.

Á corta distancia de ellos la pobre Bárbara no podía apartar los ojos del rostro encantador de Isabel y del hombre á quien tanto amaba, á quien había creído llamar su esposo cuando el tremendo desengaño vino á revelarle su error. El rostro pálido y adelgazado de Bárbara y la triste mirada revelaban sus sufrimientos.

Al salir del templo se dirigieron Carlisle y su esposa al contiguo cementerio, donde visitaron la tumba de Monte

Severne. Isabel se cubrió el rostro con el velo para ocultar sus lágrimas.

—Hubiera querido ver rodeada la tumba por una verja, dijo algo más tranquila.

—Se lo indiqué al actual conde, repuso Carlisle, pero seguramente lo olvidó. Yo cuidaré de que se ponga aquí una buena verja de hierro.

—¡ Cuánto gasto te causo ! fué la respuesta de Isabel, que despertó en Carlisle la sospecha de que Cornelia había hablado ya sobre el asunto á oídas de su esposa.

—Gasto que no dejaría de hacer yo por ningún concepto, Isabel, dijo. Y tú lo sabes.

—Nada tengo con que pagártelo, murmuró ella.

El joven la miró con expresión tal que Isabel no pudo reprimir una ligera sonrisa.

—Aquí está Juan con el coche, dijo apresuradamente. Vámonos, Archibaldo.

Frente al cementerio se hallaban el rector y su familia y algunas señoras, entre ellas Bárbara, que vió cómo Carlisle ayudaba á Isabel á tomar asiento en el carruaje y palideció intensamente al devolver con una inclinación el amistoso saludo de Archibaldo.

—¿ Quién es esa muchacha tan bonita ? preguntó Isabel á su esposo.

—Bárbara Hare, fué el nombre que por primera vez oyó pronunciar Isabel.

Poco después de la instalación de los reciencasados en Lynne empezaron á recibir las visitas de sus principales vecinos, sin exceptuar á la nobleza de las cercanías, que acudió en vehículos de todas clases, formas y edades. Entre los visitantes se contaron también el juez Hare, su esposa y Bárbara.

La tarde que se presentaron estos últimos estaba Julia peinando á su joven señora en el tocador. Isabel, complacidísima con el buen servicio y mejor voluntad de Julia, había resuelto seguir con ella más bien que procurarse en Londres una doncella desconocida, por muy recomendada que estuviera, decisión que había llenado de contento á la hacendosa mujer. Manifestando estaba su agradecimiento á Isabel cuando llamaron á la puerta del tocador y Julia fué á abrir.

—Una visita para la señora, dijo la sirvienta que había llamado; y luégo, en tono más bajo, continuó: Digo, Julia, son los Hare: y Bárbara con ellos. ¡Mira tú que venir ella aquí apenas casado el señor Carlisle! Daría cualquier cosa por ver la cara de Bárbara al felicitar á la señora. . . .

Julia cerró la puerta apresuradamente, deseosa de poner fin á los comentarios de la murmuradora sirvienta, pero sin sospechar que Isabel los había oído. Bajó ésta al salón algo preocupada, pero no tardó en simpatizar con la señora Hare y también admiró francamente á Bárbara, que le pareció hermosísima. Tras larga visita se retiró el juez con su esposa, dejando á Bárbara en Lynne á petición de Cornelia, que se empeñó en enseñarle la casa, el huerto y los jardines.

Al acercarse la hora de la comida volvió Isabel á su cuarto para vestirse, con ayuda de Julia, que aprovechó la ocasión para referir á su señora la trágica muerte de su padre Galión cerca de cuatro años antes y la participación que casi indudablemente había tenido Ricardo Hare en el crimen, sin ocultar tampoco el triste papel de su propia hermana Afy en aquel misterioso suceso, así como su desaparición, á lo que se suponía, en compañía de Ricardo.

—Julia, preguntó de repente Isabel, ¿á qué se refería Susana cuando vino á anunciar la visita de los señores Hare? Te advierto que oí cuanto dijo acerca de la señorita Bárbara y mi esposo.

—Tonterías de esa charlatana, señora, contestó Julia muy sorprendida. En Linden se habló algo de si la señorita Bárbara estaba ó no enamorada del señor, y algunos llegaron á creer que al fin lograría casarse con él.

Por primera vez en su vida sintió Isabel la dolorosa sensación de los celos. Hizo que Julia la vistiera rica y elegantemente y al entrar en la sala, hermosísima y altiva, su indiscutible belleza produjo en Bárbara la impresión más penosa. Asomadas ambas á una ventana vieron acercarse á Carlisle por una de las avenidas, é Isabel notó cómo el rubor coloreó el rostro de Bárbara al aparecer su amado, esposo ya de otra. Carlisle las miró sonriente, haciendo con la mano un amistoso saludo.

—¡Vamos, que por fin se decidió á visitarnos Bárbara Hare! dijo alegremente. Después estrechó las manos de la joven y dirigió cariñosas palabras á su esposa, pero por

primera vez desde su matrimonio echó ésta de menos el beso con que la saludaba Archibaldo todas las tardes, al volver de su bufete.

Terminada la comida y muy á despecho de Bárbara, volvió á llevársela consigo Cornelia para enseñarle las plantas raras de la estufa, haciéndola sufrir lo que no es decible con su charla sobre la adoración de su hermano por Isabel y las atenciones y mimos, como ella decía, que demostraban el ciego amor de Archibaldo por su bella compañera. Por fin, aprovechando una de las diarias reyertas de Cornelia con el jardinero, se deslizó Bárbara fuera de la estufa y entró en la casa.

Los acordes del piano y la voz encantadora de Isabel le indicaron dónde se hallaba la enamorada pareja. Detúvose en la habitación inmediata, y aunque empezaba á obscurecer distinguió á Isabel sentada al piano y á Carlisle en pie á su lado, contemplándola y oyendo embelesado su romanza favorita: "*¿Te acuerdas, mi amor?*"

Bárbara sufría horriblemente. Después, terminado el dulce canto, vió á Isabel inclinar la cabeza hacia atrás, sonriente, como esperando el beso que Archibaldo estampó en sus labios. Bárbara, con un doloroso suspiro, se dirigió vacilante hacia una de las ventanas y apoyó en el cristal la ardorosa frente, á tiempo que los esposos entraban del brazo en la habitación.

—¡Cómo! exclamó Isabel sorprendida. ¿Está Vd. sola aquí, señorita Hare? Yo la suponía con Cornelia.

Dos horas después manifestó Bárbara su asombro al oir que no había ido en su busca ninguna de las sirvientas de su casa.

—No importa, dijo, me acompañará Pedro, si Vds. lo permiten.

—Es algo tarde, dijo prontamente Carlisle. Iré yo mismo.

El corazón de Bárbara latió violentamente. Momentos después recorrían ambos el camino, iluminado por hermosa luna y no tardaron en llegar á un sendero que conducía directamente á la morada del juez. La joven pensaba en sus dulces esperanzas burladas tan inesperadamente; é impulsada por su amor y por los celos, recordando también cuanto había visto aquel día en Lynne, llegó un momento en que

apenas le fué posible ocultar su mortal congoja. La tensión de sus nervios llegó á un grado increíble y por fin, cuando quiso contestar á una pregunta indiferente de Carlisle, rompió en amargo llanto.

—¡ Bárbara ! exclamó él asombrado. ¿ Qué pasa ? ¿ Por qué llora Vd. así ?

La respuesta de la joven fué un torrente de quejas y reproches. Incapaz de contenerse ni disimular por más tiempo, descubrió su secreto, entre lágrimas y recriminaciones, llamando á la muerte, acusando al atónito Carlisle de crueldad y perfidia. ¿ Qué podía decir él en su defensa en tales circunstancias ? Lo único que hizo fué dirigirle algunas palabras de consuelo y conducirla lentamente hasta su casa, á cuya puerta la dejó, pesaroso de lo ocurrido y procurando calmarla con cariñosas frases.

Alejóse después pensativo, diciéndose que con el tiempo olvidaría Bárbara aquella pasión, aquel capricho por él. Nunca hasta entonces había sospechado el amor de la pobre niña.

—¿ Eres tú, Archibaldo ? oyó decir á Isabel, tan luego dejó atrás los últimos árboles del parque.

—Sí, amor mío. ¿ Me esperabas ?

—¡ Cuánto has tardado ! Dime. ¿ Has sido amigo íntimo de los Hare ? continuó Isabel, andando á su lado.

—Amigo y vecino suyo toda la vida. Además son parientes lejanos de Cornelia.

—¿ Te gusta Bárbara ? ¿ La crees bonita ?

—Muy bonita, en efecto. ¿ Por qué lo preguntas ?

—Me extraña mucho que no te hayas enamorado de ella. . . .

Carlisle se echó á reir.

—Contéstame, insistió Isabel. ¿ No has amado nunca á Bárbara Hare ?

—¿ Yo ? Desecha esas ideas, adorada mía. No he amado nunca más que á una mujer y esa es hoy mi esposa.

CAPÍTULO XIII

EL CAPITÁN TORNE

Pasó un año, que hubiera sido para Isabel de casi completa felicidad sin la presencia de Cornelia en Lynne. Siempre vigilante, escudriñándolo todo, parecía inclinarse y ceder ante la voluntad de Isabel cuando en realidad era ella quien mandaba en aquella casa. Carlisle, más ocupado que nunca, nada sospechaba, ni su esposa le habló nunca de aquellas perpetuas censuras de su hermana, de la soledad en que vivía por no verse á solas con Cornelia ni atraerse nuevas reprimendas, de tantas pequeñas miserias que amargaban en gran parte la felicidad obtenida en el amor ferviente de su marido. Éste no hubiera vacilado en despedir á su hermana de Lynne, por evitar el menor disgusto á Isabel, pero nada sabía.

Entre las alusiones que más cruelmente mortificaban á Isabel se contaba la del "ruinoso gasto," como decía Cornelia, que su matrimonio con la noble joven imponía á Carlisle; alusión tan repetida que Isabel llegó á considerar el cargo como justo, recordando la modesta vida de los hermanos antes de su instalación en Lynne, y deplorando más que nunca la carencia absoluta de fortuna en que la había dejado la imprevisión de su padre. Érale imposible atribuir determinados móviles á las recriminaciones de Cornelia, porque lejos de ser mezquina en sus propios gastos insistía en contribuir generosamente al sostenimiento de la casa. Además, era cosa sabida que toda su fortuna había de ser alguna día para su hermano.

En Abril dió á luz Isabel su primera hija, una hermosa niña cuyo nacimiento puso en grave peligro la vida de su madre. La ansiedad de Carlisle en aquellas horas de prueba fué terrible, sobre todo cuando uno de los facultativos presentes le indicó la conveniencia de hacer llamar al rector de la iglesia de Linden, por lo que pudiera ocurrir, dado el caso que los esfuerzos de la ciencia no lograsen salvar á la joven madre.

Pero pasó el peligro, y pocos días después se verificaba el bautizo de la niña, que recibió los nombres de Isabel

Lucía, elegidos por Carlisle. Eran los nombres queridos de su esposa y de su madre.

Desde luégo se pensó en buscar una buena niñera, y por fortuna para la pequeñuela y para todos se presentó á solicitar la plaza la buena Brígida, por muchos años al servicio de los Hare y muy conocida de Julia y de Cornelia. Grande fué la extrañeza de ésta al saber que Brígida había dejado la casa del juez, y la sometió á un severo interrogatorio.

—Pues he salido de allí por culpa de la señorita Bárbara, dijo la muchacha con toda franqueza. Desde hace un año está insoportable y no hay medio de complacerla. Anoche me armó otro alboroto sin más ni más y anuncié á la señora que no seguiría allí ni aun por ella, que es buenísima. Supe esta mañana que en Lynne buscaban quien cuidase de la niña y vengo á pedir á la señora Isabel y á Vd., mi señora Cornelia, que me hagan la merced de tomarme á su servicio.

Los informes que no dejó de tomar Cornelia confirmaron las palabras de Brígida y ésta quedó desde luégo agregada á la no muy numerosa servidumbre de Lynne. Era una buena mujer, honrada y fiel, pero algo murmuradora y amiga sobre todo de contar á Julia numerosos chismes sobre las ilusiones de Bárbara antes del matrimonio de Carlisle, su amor por éste, sus paseos y entrevistas y la desesperación que se apoderó de ella y agrió su carácter desde el punto y hora en que la maliciosa Cornelia le llevó la noticia de aquella boda que disipó los sueños dorados de Bárbara é instaló nuevamente á Isabel en la casa querida de sus mayores.

Tantas veces volvió Brígida á su tema favorito que por fin algo de sus conversaciones con Julia llegó á oídos de Isabel, renovando en ella medio olvidadas sospechas. Atormentada por los celos, habló de ello á su esposo y oyó las reiteradas protestas de éste, que negó terminantemente haber abrigado nunca más que sentimientos amistosos hacia la linda hija del juez. Pero Isabel sabía ya que Bárbara había amado á Carlisle, que le amaba todavía, indudablemente ; y aquella idea fué torcedor perenne que retardó su convalecencia y aumentó el número de los disgustos que amargaban su vida desde su llegada á Lynne como esposa de Carlisle.

Por entonces tuvo Bárbara un encuentro de la mayor importancia para ella y que despertó también vivo interés en el joven abogado. Habiendo ido Bárbara y su madre á

Linden con objeto de hacer algunas compras, salió aquélla de la tienda para hacer un encargo al cochero Benjamín que dormitaba en el pescante, y al cruzar la acera oyó una voz que decía:

—¡Hola, Torne! ¿Eres tú? ¿De dónde sales, hombre?

Quien así hablaba era el joven Betel, y siguiendo Bárbara la dirección de su mirada vió en la acera opuesta á un elegante mozo, alto y delgado, de ojos y cabello muy negros. ¡Torne! Fijos en él los ojos, notó Bárbara el brillo ostentoso de un grueso diamante que llevaba al dedo.

—¡Capitán Torne! volvió á llamar Betel.

El desconocido oyó su nombre, hizo un saludo al joven y se dirigió hacia él. Bárbara no oyó las palabras que en respuesta le dirigía el cochero. Una sola idea embargaba su ánimo por completo: la de que tenía delante al asesino de Jalión, tan minuciosamente descrito por Ricardo. En aquel momento vió pasar al cirujano Vandon, amigo de su padre, y lo detuvo con un ademán.

—Señor Vandon, le dijo apresuradamente ¿quién es ese caballero que está hablando con Betel?

—Vamos á ver, dijo el cirujano calándose los lentes. ¿Ése? ¡Oh! Es el capitán Torne, de visita desde hace algunos días en casa de la familia Herbert.

—¿De dónde viene? ¿Dónde vive?

—Nada sé de él. Lo ví esta mañana con el joven Smith y me dijeron su nombre y que era amigo de los Herbert.

Bárbara volvió agitadísima al lado de su madre. Pretextó hallarse cansada y regresaron ambas á su casa, donde no tardó la impaciente joven en obtener permiso para ir de visita á Lynne aquella misma tarde, con el pretexto de ver á la niña Isabel, la reciennacida. El portero le dijo, como esperaba, que la señora no recibía y agregó que la señorita Cornelia estaba en Linden, al lado de una amiga enferma. Aunque Bárbara no podía olvidar por un momento la entrevista aquella en que el dolor y los celos le habían arrancado una confesión penosa, no vaciló en decir al portero que deseaba ver al señor Carlisle breves instantes, por encargo de la señora Hare.

—He venido expresamente á verle á Vd., dijo apenas Carlisle la invitó á tomar asiento. ¿Recuerda Vd. á aquel

teniente Torne de quien nos dijo Ricardo que era el verdadero criminal?

—Sin duda, Bárbara. ¿Qué ocurre?

—Pues ese Torne está en Linden. Lo he visto yo misma, esta mañana. Alto, bien parecido, moreno, con gruesa leontina y sortija de diamantes. Todas las señas que dió Ricardo. Betel lo llamó capitán Torne en la calle, á mi lado.

—Muy interesante es lo que Vd. me dice, Bárbara, observó Carlisle. No tenía noticia de la llegada de ningún forastero á Linden.

—Vandon me dijo que para en casa de Herbert. Es él, sin duda. ¿Qué hacer?

—Difícil es decirlo, replicó Carlisle pensativo. Pero tomaré informes y lo que averigüe lo sabrá Vd. en seguida.

Bárbara dejó su asiento y Carlisle la acompañó hasta la entrada del parque, donde permaneció meditabundo corto rato, después de despedir amistosamente á la joven.

Iba á retirarse cuando vió venir al hijo de Herbert, acompañado de un individuo en quien reconoció inmediatamente al misterioso Torne.

—¡Hola, Carlisle! exclamó Herbert, hijo de uno de los colegas del juez Hare. No se le ve á Vd. por ninguna parte. Permítame que le presente á mi amigo el capitán Torne. El señor Carlisle.

El abogado los invitó á entrar y ordenó á un criado que llevase refrescos para sus huéspedes.

—¿Es ésta su primera visita á Linden? preguntó al capitán.

—Sí, contestó Torne tras un instante de vacilación. Llegué anoche y. . . .

—Él y mi hermano Juan pertenecen al mismo regimiento, interrumpió el atolondrado Herbert. Juan lo invitó á venir á cazar con él, demoró Torne su respuesta y creyendo mi hermano que no vendría se largó hace tres días para Escocia y sabe Dios por dónde anda á estas horas. Y lo siento, porque el capitán se propone dejarnos pronto.

Hablaron después de caza y pesca y en la discusión que se suscitó sobre las ventajas que ofrecía la comarca habló Torne de cierto lago cercano á Linden famoso por sus anguilas.

—Que abundan mucho, en efecto, se apresuró á decir Carlisle afectando indiferencia. Pero los lagos son dos; ¿á cuál se refiere Vd.?

—Al menor, el que linda con la granja de Tappen, á unas tres millas de Linden.

—Me parece, repuso Carlisle sonriéndose, que ha estado Vd. por aquí antes de ahora. . . .

—¡Oh, no! dijo prontamente Torne. Oí hablar de ese lago á un pescador amigo mío.

Carlisle salió de la sala por breves instantes, para llamar á Julia y mandarle que á los pocos minutos entrase en la habitación donde se hallaban sus amigos con un pretexto cualquiera, y se fijase bien en el caballero que allí vería con el joven Herbert.

Obedeció Julia, retiráronse á poco el capitán y su compañero y Carlisle hizo llamar á la muchacha.

—¿Has reconocido á ese caballero, Julia? le preguntó.

—No creo haberlo visto nunca, señor.

—Procura recordar. ¿No se parece al teniente aquél, Torne, que visitaba á tu hermana?

—¡El teniente Torne! exclamó Julia turbada. Yo no le ví más que una vez y apenas me atreví á mirarle. No, señor, no puedo decir si el caballero que estaba aquí se le parece.

Al siguiente día buscó Carlisle á Betel y le preguntó:

—¿Conoces á ese capitán Torne que está en casa del juez Herbert?

—Muy ligeramente. He pasado algunas horas en su compañía. Me lo presentó el joven Herbert anteanoche, en su casa.

—Hablemos claro, Betel, dijo el abogado. ¿Es ese Torne el amigo aquel de Afy Jalión que la visitaba en secreto. . . .

—¡Falso! exclamó irritado Betel, pasados los primeros momentos de sorpresa. Es decir . . . ¿de qué otro Torne está Vd. hablando? Ya le he dicho en otra ocasión que no conozco á su bendito Torne, y ahora le repito que anteanoche ví á éste, al capitán, por primera vez. Déjeme Vd. en paz.

Carlisle recordó que ya otra vez había negado Betel con igual indignación todo conocimiento del otro Torne, el relacionado con el asesinato. Sospechaba en todo aquello un

misterio que no podía aclarar. Ya cerca de su oficina vió al joven Herbert, quien le anunció que el capitán se había despedido y salido de Linden aquella misma mañana.

Al regresar á Lynne por la tarde se detuvo Carlisle en casa del juez Hare, á pretexto de ver cómo seguía su buena esposa, y la impaciente Bárbara fué á despedirlo hasta la verja de entrada.

—¿Qué ha sabido Vd.? le preguntó ansiosa.

—Nada terminante. Torne se ha ido ya. Sólo he averiguado que él y Juan Herbert pertenecen al mismo regimiento. Sin más informes es imposible hacer cosa alguna. Hay que esperar todavía, Bárbara.

—¡Esperar! se dijo la joven mirándole alejarse. ¡Esperar con el corazón desgarrado, años y años, quizá para siempre! ¡Y Ricardo, mi pobre hermano, consumiéndose en la vergüenza y la pobreza!

CAPÍTULO XIV

UN ANTIGUO CONOCIDO

Pasaron algunos años.

—Recomiendo un cambio completo, amigo Carlisle, decía el doctor Martín. Lo que ella necesita es una temporada en la costa francesa ó belga, muchos baños de mar, distracción, movimiento, en fin, cosas todas que no tiene aquí y que le harán grandísimo bien.

—Se lo propondré, dijo Carlisle.

—Ya se lo he propuesto yo, como era mi deber, repuso el médico. Y me ha contestado lo de siempre; qué no quiere dejar su casa y su familia. Pero es necesario, indispensable.

Hablaban de Isabel. Por los jardines de Lynne jugueteaban ya tres preciosos niños: Isabel, Guillermo y Archibaldo, el último de los cuales apenas empezaba á andar. Un mes antes había caído enferma Isabel, y aunque curada, había quedado en un estado de debilidad alarmante. Por fin, los

repetidos consejos del doctor Martín, secundado eficazmente por su colega Vandon, las súplicas del mismo Carlisle y una muy oportuna carta de su vecina la señora Ducie, que veraneaba en Boulogne-sur-Mer é invitaba con empeño á Isabel á pasar una temporada con ella y sus hijas en aquel animado punto de la costa francesa, vencieron la resistencia de la joven madre y quedó acordado el viaje.

Pero se convino también, con grave pesar de Isabel, que éstá iría sin sus adorados hijos, acompañada de Brígida y Carlisle, el cual regresaría sin tardanza á Lynne, donde importantes asuntos requerían su presencia. Cornelia fué la única que se opuso al viaje de su cuñada, pero ya que no pudo impedirlo, logró mañosamente que los niños permanecieran en Lynne, ponderando á Isabel los enormes gastos que suponía el viaje de toda la familia con dos ó tres criados, y consiguiendo poner de su parte á los médicos, quienes indicaron á Carlisle que la enferma necesitaba sobre todo absoluto reposo y no lo obtendría con el cuidado continuo de tres niños, fuera de su casa y en tierra extraña.

Muy dolorosa fué aquella decisión para Isabel, cuya languidez física se había agravado últimamente con el sufrimiento moral de sus renovados celos. Nada había ocurrido en los dos ó tres años precedentes que justificase sus primeras sospechas, pero desde la enfermedad que la había postrado pensaba con insistencia en Bárbara Hare, preguntándose sin cesar si Carlisle se habría casado con ella deslumbrado momentáneamente por su rango y su belleza, pero sin dejar de amar á Bárbara.

Juzgaba equivocadamente el carácter grave y reposado de Carlisle y lo suponía indiferente y hastiado. Por su parte, se confesaba que nunca había llegado á amarlo ; pero sentía por él profundo aprecio, admiración y gratitud sin límites. Comparándolo con otros hombres, lo hallaba noble y bueno cual ninguno ; la sola idea de que Bárbara lo amaba y de que él podía sentir amor por la bella joven era para Isabel dolor intolerable.

Su despedida de sus tiernos hijos fué desgarradora. Isabelita, delicada y lindísima, contaba ya cinco años ; Guillermo era el vivo retrato de su madre, como el menor, Archibaldo, lo era de su padre. Por voluntad expresa de Isabel, Julia permaneció en Lynne con los niños.

—Prométeme, le dijo su señora, que si en vez de recuperar la salud llego á morir lejos de mis hijos, tú seguirás siempre á su lado, cuidándolos, protegiéndolos. . . .

—Siempre, mi querida señora, dijo llorando la fiel Julia.

Carlisle y su esposa llegaban poco después á Boulogne, acompañados de Brígida y Pedro. Apenas instalados en el Hotel de los Baños, supieron con sorpresa y disgusto que la señora Ducie había salido poco antes para Alemania por motivos de familia. Isabel no quiso quedarse sola en el hotel donde á nadie conocía y no tardó Carlisle en hallar para ella cómodo y tranquilo alojamiento en casa de una familia particular, al fin de la calle del Escudo, frente á la playa. El viaje había sentado muy bien á la convaleciente, que se sentía ya más fuerte y animada y Carlisle se despidió de ella al día siguiente, riéndose al oir la última recomendación de su esposa:

—Cuidadito, Archibaldo; nada de hacer la corte á Bárbara Hare en mi ausencia.

Parecía bromear, pero su pobre corazón latía con violencia al pronunciar ella aquellas palabras.

Sentada pocos días después en el muelle, donde gustaba de ver pasar á los bañistas y viajeros que en gran número visitan anualmente aquella población, vagaban sus miradas del anciano rechoncho y gotoso á las elegantes parisienses; de la dama alta y seria que las acompañaba á los petimetres impertinentes cuyas ojeadas se clavaban en ella con franca admiración. De repente vió acercarse á un caballero de elevada estatura y hermosa presencia. . . . Isabel no pudo contener un extremecimiento nervioso y permaneció inmóvil, anonadada, confundidas las ideas. Jamás había olvidado á aquel hombre.

Momentos después el capitán Levison se hallaba ante ella, descubierto, tendiéndole la mano y diciendo con su fascinadora sonrisa:

—¿Seré tan dichoso que la señorita Isabel Vane me haga el honor de acordarse de mí?

Isabel le permitió tomar su mano, balbuceando algunas palabras sin sentido.

—Mil perdones, continuó él. Debí decir la señora Isabel Carlisle. No esperaba yo el placer de verla á Vd. aquí.

—He estado enferma, pudo replicar Isabel. Acabo de

llegar, por consejo de los médicos. Esperaba reunirme en Boulogne con la señora Ducie. . . .

—Que á estas horas se halla en Ems. La he visto mucho con sus hijas en París. Pero efectivamente, está Vd. enferma, tan pálida. . . .

Isabel deploraba la irresistible emoción que le había producido la presencia de Levison y que no había sido capaz de ocultar.

—Creo haber salido más temprano de lo que debiera, balbuceó. Voy á retirarme.

—Pero me permitirá Vd. acompañarla, dijo el galante oficial tomando su brazo, como lo había hecho tantas veces allá en Marling. Está Vd. muy débil todavía para andar sola entre esta multitud.

Isabel no supo cómo evitar lo que consideraba indebida familiaridad. Recordó que Levison era en suma un pariente lejano y cedió, emprendiendo ambos lentamente el camino de la ciudad. Su acompañante se encargó de continuar la conversación, dándole mil noticias.

—He dejado el servicio militar, dijo; hace diez meses que salí de Inglaterra, he estado en París y llegué ayer á Boulogne. ¿Qué me dice Vd. de la condesa de Monte Severne? Mi tío, el millonario Sir Peter á quien recordará Vd., se ha portado conmigo miserablemente. Con decirle que ha vuelto á casarse ¡á los setenta años! Ahora sólo me falta que tenga un hijo. Y entre tanto, esto se lo digo á Vd. en confianza, mis acreedores no me dejan á sol ni sombra. . . ¿Es ésta su casa? preguntó al ver detenerse á Isabel.

Entró con ella, sin esperar invitación ni permiso, y tomando asiento continuó su alegre charla por un cuarto de hora, procurando interesarla y distraerla.

—¿Qué planes tiene Vd. para esta tarde? preguntó al despedirse.

—Lo único que me propongo hacer es quedarme en casa y descansar, respondió Isabel. Aunque voy recobrando fuerzas, me siento débil todavía. . . .

—Pues bueno; ya sabe Vd., Isabel, que tengo el deber de cuidarla y de impedir que vuelva á andar sola por ahí ó seguida de una sirvienta. Cuando el señor Carlisle vuelva me lo agradecerá.

¿Qué podía decir ni hacer Isabel para evitar la continua compañía y las atenciones de aquel amigo de su familia, de aquel pariente, sola como se hallaba entre extraños, enferma y triste?

Pasaron los días y mejoró visiblemente. Levison iba á verla, la acompañaba al muelle, se apoderaba de su brazo á pretexto de sostenerla. Por las noches la llevaba á orillas del mar y se sentaban lejos de la multitud, limitándose Isabel á escuchar en silencio la conversación variada y entretenida de aquel seductor de oficio, hermoso, distinguido, hombre de mundo, que se esforzaba por fascinarla. Isabel comprendía que de haberse encerrado en su casa hubiera enfermado de nuevo. ¿Podía despedir bruscamente al joven, negarse á hablarle? Por fortuna, terminada la primera quincena volvería Carlisle á Boulogne, como tenían convenido. Pero ¡qué transformación la ocurrida en aquellos quince días! Isabel no se atrevía á analizar sus sentimientos, pero le parecía haber vuelto á los días aquellos de su primera juventud en que todo cuanto la rodeaba le parecía hermoso y alegre. El cielo había recobrado para ella su azul más bello, la vista de los campos la encantaba, y las flores parecían exhalar sus más embriagadores perfumes. El sol, el mar, la vida toda correspondía al estado de su corazón, á la felicidad que la extasiaba.

Cuando pocos días después regresó Carlisle, no pudo reprimir una exclamación de alborozo y sorpresa, al ver el color que animaba las mejillas de Isabel, el brillo de sus ojos y la animación de su sonrisa. Carlisle saludó cordialmente al capitán, y le dió gracias por sus atenciones para con Isabel. Al siguiente día comió Levison con los esposos, y tras algunas confidencias obtuvo de Carlisle la promesa de ver á Sir Peter Levison y obtener para su sobrino algún auxilio pecuniario que le permitiese cerrar la boca á sus acreedores más vocingleros y regresar á Inglaterra sin temor de verse preso por deudas.

Dos días permaneció el joven abogado en Boulogne. Imperiosos deberes de su profesión lo llamaban á Lynne, y tuvo que negarse á acompañar á Isabel durante el resto de su permanencia en Boulogne, como se lo pedía la joven con instancia.

—Pues entonces, dijo Isabel, regresaré contigo á Lynne.

—Imposible, amada mía ; el cambio de aires te está favoreciendo de una manera portentosa, é interrumpiendo ahora tu vacación perderías todo lo ganado.

—Pero no quiero quedarme sola, Archibaldo, insistió ella.

—¿ Dime por qué ? preguntó Carlisle sonriéndose.

¡ Decirle á él, á su confiado esposo, las razones que tení.. para no querer verse otra vez á solas con aquel hombre que la seducía, bajo cuya influencia sentía que iba cayendo paso á paso, de hora en hora !

Isabel guardó silencio y Carlisle tomó el vapor recomendándola una vez más á la protección de Francis Levison.

CAPÍTULO XV

SEDUCCIÓN

Diez días después se hallaba Isabel sentada al pie de la muralla, descansando de un largo paseo al cementerio de Boulogne y acompañada de su constante admirador. Levison la contemplaba en silencio, y ella, sin el torcedor de su conciencia que le hacía comprender toda la deslealtad de su conducta, sin el recuerdo de su esposo y de sus hijos, no hubiera pedido otra felicidad que la de permanecer horas y horas al lado de Francis, oyéndolo con delicia, sin mirarle, sin dirigirle siquiera la palabra.

¿ Adivinó el seductor aquellos pensamientos de la hermosa joven ?

—¿ Recuerda Vd., Isabel, aquella excursión que hicimos á Richmond, con su padre, la condesa, que era entonces la señora Vane y otros amigos ?

—Sí, la recuerdo. Y también que la condesa se enojó con Vd., por alguna mala partida que le hizo, como de costumbre. . . .

—¡ Bah ! Ema Vane es la mujer más caprichosa, exigente é insufrible que conozco. ¿ Sabe Vd. por qué se enfureció conmigo aquella tarde ? Pues se empeñó en que

yo no hacía más que galantear y admirar á cierta joven. . . .

—¡ Ah, sí ! Blanca Chaloner, dijo Isabel sonriéndose.

—¿ Blanca ? No, Isabel, no sea Vd. burlona, no sea Vd. cruel. ¿ No adivina Vd. á quién se refería la condesa, á quién admiraba y he admirado yo siempre ?

La expresión y la mirada ardiente de Levison fueron aun más significativas que sus palabras. Isabel sintió que el rubor invadía su rostro y apartó del capitán los hermosos ojos.

—Lo sucedido no tiene remedio, continuó él con aparente emoción, pero ha labrado mi desdicha, nuestra desdicha, Isabel. Jamás han existido dos seres creados para comprenderse mejor, para amarse más perdidamente que Vd. y yo. . . .

La sorpresa había dejado muda á Isabel, que reponiéndose, altiva, ofendida, se levantó exclamando :

—¡ Capitán, no puedo seguir oyendo semejante lenguaje !

—Un momento, Isabel, continuó Levison poniendo su mano en el brazo de la joven. Algunas palabras más y serán las últimas sobre este tema. No hablé entonces, como debí hacerlo, porque me lo impidieron mi falsa posición, mis deudas, la imposibilidad de ofrecer á la heredera de Monte Severne las comodidades y la fortuna correspondientes á su rango. Impuse silencio á mi corazón y ahogué en él mis más queridas esperanzas, consintiendo verla á Vd. esposa de otro. . . .

—No diga Vd. más, señor Levison. . . .

—Óigame Vd. hasta el fin, Isabel. Nunca supe cuán apasionadamente la amaba hasta que se efectuó su matrimonio. Y lo que entonces sufrí lo sufro también ahora, porque sigo amándola con igual pasión.

—¿ Cómo se atreve Vd. á hablarme en tales términos ? preguntó Isabel con voz grave y altivo acento. Sin embargo, aun en aquel instante experimentaba una sensación de placer ; una voz interior le decía que en otras circunstancias aquella declaración de amor hubiera hecho su felicidad.

—No tiene Vd. el derecho de hablarme así, continuó la joven. Sus palabras son hoy una ofensa. Permítame Vd. retirarme.

—Perdón, Isabel. No hubiera podido continuar guardando silencio. Tome Vd. mi brazo.

—Gracias; puedo regresar sola á mi casa. Y volviéndole la espalda se alejó tan rápidamente como se lo permitieron sus escasas fuerzas.

Levison la siguió hasta la puerta de su morada y tomó después el camino del hotel.

—¡ Brígida ! llamó Isabel inmediatamente. Tráeme recado de escribir y dí á Pedro que esté pronto á llevar una carta al correo antes de diez minutos.

Momentos después recibía el fiel criado una carta en que su señora ordenaba más bien que pedía á Carlisle que fuese á Boulogne en su busca inmediatamente, pues por ningún concepto quería permanecer allí más de cuarenta y ocho horas; carta que, como puede colegirse, sorprendió profundamente á su esposo. Al siguiente día se presentó en la casa el capitán Levison, á quien Pedro anunció que su señora no recibía visita alguna por el momento.

—Isabel, dijo Carlisle á penas llegado, revélame qué motivos tienes para acortar tan súbitamente tu estancia aquí, que tanto bien te hace. ¿Ha ocurrido algo que ignoro desde mi partida?

Por un momento tuvo Isabel deseos de confiárselo todo; de decirle siquiera, para evitar un conflicto entre su esposo y Levison, no las atrevidas declaraciones de éste, sino que en otro tiempo había sentido por él pasajero capricho, y no gustaba de seguir ahora en su compañía, de tenerlo allí por único amigo y continuo visitante. Por desgracia, mientras vacilaba, le entregó Carlisle una carta de Cornelia, seca y fría como todas las suyas, diciéndole que los niños seguían bien y que no tenía tiempo para escribir más porque acababa de llegar Bárbara Hare, que iba á pasar unos días en Lynne.

Aquella última noticia bastó para que Isabel renunciase á toda confidencia. ¡ Bárbara en Lynne, y probablemente, sin la urgente carta suya á Carlisle, en compañía de éste durante su ausencia ! Se limitó á declarar terminantemente á su esposo que no podía seguir separada más largo tiempo de sus hijos, y al siguiente día se hallaban ambos á bordo del vapor que debía de conducirlos á Inglaterra. Levison, que había ido á despedirlos, permanecía en el muelle, fijos

los ojos en Isabel. Ésta, sentada á popa, agitada por encontradas emociones, había tomado una mano de su esposo entre las suyas y le decía con lágrimas en los ojos :

—No vuelvas á separarte de mí, Archibaldo, á dejarme sola otra vez.

—Nunca, amor mío ; te lo prometo. Separaciones como ésta son aun más penosas para mí que para tí misma.

¿ Podía Isabel dudar de sus palabras ?

Llegaron á Lynne, donde la joven madre experimentó la inmensa alegría de abrazar y besar mil veces á los preciosos hijos á quienes idolatraba. Pero ¡ ah ! que pasados los primeros días se apoderó de ella el recuerdo de Levison, cuya ausencia inundaba de tristeza su corazón, haciéndola sentirse aislada en medio de su familia. En vano procuraba apartar de su mente la memoria de aquel hombre.

En tanto Carlisle, bondadoso siempre, quiso cumplir la promesa hecha en Boulogne al expatriado capitán, y fué á visitar al opulento Sir Peter Levison, que residía con su joven esposa á no gran distancia de Lynne. Expúsole la triste situación de su sobrino, cedió en parte el anciano prometiendo pagar una vez más las deudas del calavera y tanto él como la señora Levison, que también le conocía mucho, no ocultaron á Carlisle las fechorías y derroches de su protegido. No pudiendo éste regresar á Inglaterra sin peligro de verse preso y opuesto Sir Peter, con razón, á situarle fondos en Boulogne, pues lo que deseaba era obtener de su sobrino la lista de sus deudas y pagarlas él mismo, ofreció Carlisle recibirle en Lynne por unos días, ya que la esposa de Sir Peter, muy ofendida con el capitán que censuraba á troche y moche su matrimonio, se negó resueltamente á verlo en su propia casa.

Regresó Carlisle á Lynne y entre sus continuas ocupaciones y la dicha que hallaba en su hogar terminadas éstas, olvidó, como uno de tantos sucesos insignificantes, la carta que aquel mismo día escribió á Francis Levison, refiriéndole el buen éxito de su visita al acaudalado tío y diciéndole que saliese sin tardanza de Boulogne para Lynne, donde permanecería con toda seguridad el tiempo necesario para arreglar sus embrollados asuntos y saldar sus deudas más apremiantes. Veinticuatro horas después, regresando en carruaje con Isabel de una visita á la casa de unos vecinos, recordó

de repente que al siguiente día, según toda probabilidad, se hallaría en Lynne el apuesto y endeudado oficial.

—Supongo, Isabel, dijo á su esposa, que no tendrás inconveniente en recibir en Lynne, por dos ó tres días, á un conocido nuestro, á quien he invitado á visitarnos.

—Ninguno, Archibaldo. Sobran habitaciones donde instalarlo cómodamente. ¿Quién es?

—Olvidé hablarte de ello ayer. Es el capitán Levison.

—¿Quién? repitió Isabel consternada.

—El capitán Levison. Sir Peter consiente en verlo y ayudárlo una vez más, pero su esposa se niega á recibirlo en su casa.

Isabel permaneció aturdida algunos momentos, pero pasada la primera sorpresa, sintió inmensa alegría. Iba á verle, á oir de nuevo su voz . . . Pero inmediatamente se dijo que aquello era imposible, absurdo, ultrajante para Carlisle, inaceptable para ella después de lo ocurrido.

—Archibaldo, dijo, preferiría que Francis Levison no viniese á Lynne.

—¿Por qué, Isabel? Por dos ó tres días. Piensa en el favor grande que le hacemos, ahora que Sir Peter se aviene á sacarlo del apurado trance en que se halla. No creo que tengas motivo especial de queja contra él; y además ¿cómo evitarlo ahora? Yo mismo lo invité, le ofrecí nuestra casa como un refugio y sobre todo, debe de hallarse ya en camino y creo que lo tendremos aquí mañana temprano. Vamos, que tampoco á tí como á la señora Levison, te ha caído en gracia el malhadado capitán, añadió Carlisle, tomando y acariciando la mano de Isabel.

De nuevo sintió ésta el deseo de confesárselo todo á su esposo, y una vez más le faltó el valor. Entreabrió los labios, pero nada dijo; llegó el carruaje á Lynne y pasó la oportunidad de hablar francamente con Carlisle sobre aquel tema de importancia tan suprema para ella, para ambos.

¡Cuántas veces, en días de amargura, durante años, recordó Isabel aquella tarde, aquella conversación con su esposo, y deploró su culpable silencio!

Sucedió lo que Carlisle esperaba. Á la mañana siguiente, hallándose Isabel en el cuarto de Julia, que corriendo tras los niños había resbalado y lastimádose un pie, entró Isabelita, diciendo muy animada:

—¡ Ven, mamá ! Abajo está un caballero, que ha venido en un coche muy grande, con un baúl, y pregunta por tí y por papá.

—¿ Quién es ese caballero ? preguntó Isabel por decir algo, profundamente conmovida.

—No sé, mamá. Está en la sala. Á mí no me gusta. Me tomó en brazos y empezó á mirarme así, con unos ojos tan raros, y no me quería soltar.

Carlisle, advertido por Pedro, acudió inmediatamente á saludar á su huésped. Isabel mandó á decir que por entonces no podía separarse de la pobre Julia, que sufría mucho. Cualquier pretexto le hubiera servido para retardar el momento de su entrevista con Francis Levison.

CAPÍTULO XVI

NUEVAS SOSPECHAS

La señora Hare, algo mejor de sus dolencias aunque atormentada siempre por el recuerdo de su pobre hijo Ricardo, sintió mucho el percance ocurrido á Julia, á quien estimaba en gran manera, y propuso á Bárbara ir de paseo aquella tarde hasta Lynne. El juez su esposo les había advertido que se proponía pasar la tarde y la velada con algunos amigos en Linden. Inútil es decir que Bárbara aceptó con placer la proposición de su padre. El tiempo había calmado su dolor y los pasados sufrimientos habían contribuído á formar y mejorar su carácter ; en aquellos años habían aumentado también sus atractivos personales, que la hacían una de las más lindas jóvenes de la comarca.

Llegadas al parque de Lynne se sintió muy cansada la señora Hare y ambas tomaron asiento en uno de los bancos, donde no tardaron en rodearlas Isabel y su esposo, los niños, Cornelia y Levison, que paseaban por una alameda cercana. El capitán les fué debidamente presentado y á instancias de Isabel se convino en que madre é hija tomarían el te con ellos en Lynne ; y como momentos antes de entrar en la

casa viese la señora Hare á los hermanos Herbert que pasaban por el camino con algunos amigos, quiso aprovechar la ocasión para enviar orden á su cochero de que fuese á buscarlas con el carruaje aquella noche. Corrió Bárbara á la verja, antes de que pudiera impedírselo Carlisle, que deseaba poner su propio carruaje á la disposición de la señora Hare.

—Buenas tardes, Tomás, dijo Bárbara al menor de los Herbert. ¿Van Vds. á Linden? Les agradeceré que si pasan frente á casa le digan á Benjamín que venga esta noche á Lynne con el coche.

—De mil amores, Barbarita. Cuente Vd. con ello. Y á propósito, deseábamos verla para invitarla á una excursión que tenemos proyectada; baile en el pabellón de la Montaña y comida campestre. . . .

—No faltaré y gracias, contestó Bárbara sonriéndose.

En aquel momento miró á los otros dos jóvenes y quedó sobresaltada y confusa. El rostro de uno de aquellos hombres había quedado indeleblemente grabado en su memoria. El otro era Betel.

—El capitán Torne, la señorita Hare, dijo Juan Herbert, que al igual que los otros jóvenes había notado la sorpresa de Bárbara.

—Yo . . . me parece . . . balbuceó ésta, que he visto antes al señor Torne.

—Estuve en Linden un par de días hace cuatro ó cinco años, dijo el capitán saludando.

Bárbara se despidió apresuradamente y dirigiéndose á Carlisle, sin notar que Isabel la observaba, tocó el brazo del abogado y le dijo en voz baja, con manifiesta alteración:

—Deseo hablarle á solas un momento.

—Ahora mismo, amiga mía, contestó Carlisle, que no teniendo nada que ocultar bajó con Bárbara los escalones del pórtico y tomó con ella por la primera alameda del parque. Isabel se apartó del grupo que la rodeaba y los siguió con la vista desde una de las ventanas de la sala.

—Dudo si estoy despierta ó soñando, decía entre tanto Bárbara. Mamá me hablaba esta mañana de sus presentimientos, de no sé qué sueño que había tenido anoche, y yo. . . .

—¿Qué ocurre, Bárbara? preguntó Carlisle, notando la agitación de su compañera.

—¡ Acabo de verle, Archibaldo ! Ahora mismo, allí en la verja.

—¿ Á quién ?

—Á Torne. Está aquí, con Betel y los Herbert. . . .

Llegaban en aquel momento á uno de los senderos laterales, y se hallaron de improviso en presencia del capitán Levison, que sin duda había oído las últimas palabras de Bárbara. Manifestóse dispuesto á continuar el paseo con ellos, pero se lo impidió Carlisle con muy poca ceremonia.

—Soy con Vd. al momento, capitán, le dijo, y siguió andando al lado de Bárbara.

—Me disgusta ese capitán Levison, dijo ésta con su franqueza habitual. Parecía estar escuchando, detrás de los rosales.

—Nada importa, repuso Carlisle. Ni sabe quién es Torne ni de qué hablábamos. Y cuanto á la presencia aquí del hombre á quien con tanta insistencia denuncia Ricardo, no sé qué resolver. Es imposible acusarle sin pruebas. Ni aun sabemos de cierto que sea el mismo á quien su pobre hermano se refiere, Bárbara.

Tomaron el camino de la casa, donde los había precedido Levison, que acercándose á Isabel le preguntó :

—¿ Quién es esa señorita Hare ? Acabo de cruzarme en los jardines con ella y su esposo, Isabel, y parecían muy interesados en su secreta conferencia.

—¿ Me habla Vd. á mí, capitán ? preguntó Isabel con altivez, irritada y celosa.

—No he querido ofenderla, Isabel, replicó Levison humildemente. Me refería al señor Carlisle y la linda señorita Hare.

Pero á pesar de la pregunta de Isabel, Levison sabía perfectamente que ésta había oído y apreciado su pérfida insinuación.

No fué aquella la única oportunidad que tuvo de excitar los celos de Isabel. La presencia del capitán Torne en Londen había producido la mayor agitación en Bárbara Hare, que creía llegado el momento de vindicar á su hermano. Aceptó al efecto todas las invitaciones de las señoras Herbert, muy amigas suyas, segura de ver así á menudo al capitán Torne, huésped de aquella familia. Y en todas las fiestas y reuniones á que concurría procuraba acer-

carse al "asesino," como ella le llamaba, vigilándole, aun dirigiéndole la palabra. Cuanto averiguaba, fuese ó no de interés, se lo comunicaba inmediatamente á Carlisle, ya yendo á verle á su oficina, ya en Lynne á pretexto de visitar á Isabel, y la mayor parte de las veces hablándole al pasar Carlisle frente á la casa del juez Hare, situada casi á medio camino entre Linden y Lynne. Isabel presenció algunas de esas rápidas conferencias en el parque y Levison se encargó de describirle otras, con cuantos detalles sospechosos le sugirió su perversa intención.

Inútil es decir que Bárbara ignoraba en absoluto el daño que causaban aquellas entrevistas. Se hubiera reído de quien le dijese que la bella y feliz señora de Carlisle estaba celosa de ella. Sin su ansiedad de ver reconocida la inocencia de Ricardo, se hubiera abstenido de hablar á solas con Carlisle, limitándose á verle de tarde en tarde, como lo había hecho en los últimos años, hasta la reaparición del misterioso Torne en el teatro de su presunto crimen. Carlisle por su parte, además de la amistad que profesaba á Ricardo y á toda su familia y de la compasión que le inspiraba la señora Hare, la afligida madre, no olvidaba que la de Cornelia había estado emparentada con aquella familia y sentía vivo interés en descubrir al verdadero culpable.

Las sospechas que le inspiraba Torne crecieron de punto un día que hallándose éste en su despacho para consultarle sobre determinada cuestión de intereses, confesó que años antes había estado por allí, poco más ó menos en la época del crimen, pero no deseaba que se supiera con motivo de cierta "aventura amorosa," en la que dijo no haber hecho muy honrado papel.

—Dispense Vd. la pregunta si le ofende, capitán, no pudo menos de decir Carlisle mirándole fijamente; pero tengo poderosos motivos para hacerla. ¿No se llamaría Afy Jalión la muchacha interesada en esa aventura?

—¿Afy . . . qué? preguntó Torne con perfecta tranquilidad. No conozco á persona alguna de ese ni parecido nombre. No, señor Carlisle; se trató de una mujer casada, joven y tan casquivana como lo era yo entonces. Hoy me avergüenzo de mi conducta en aquella ocasión y no quiero ni acordarme de tal lance y mucho menos que haya por aquí quien lo recuerde y me reconozca.

La calma imperturbable del oficial y su aparente sinceridad dejaron al abogado más dudoso que nunca sobre el punto que tanto importaba dilucidar : la identidad de aquellos dos hombres, el que acababa de hablarle y el odiado rival de Ricardo.

CAPÍTULO XVII

"NO ES EL ASESINO"

Las negociaciones entre el capitán Levison y su tío no prosperaron gran cosa, y á las pocas entrevistas terminaron con el descubrimiento de que varias cantidades aprontadas por el último para saldar determinadas deudas las había malgastado Levison en su reciente viaje á Francia. Indignado Sir Peter, entregó á su sobrino cien libras esterlinas, diciéndole que con ellas se volviese á París ó á donde bien le pareciese y que continuaría pasándole después la pensión acostumbrada. Cuanto al pago de las crecidas deudas pendientes en Inglaterra, punto fué que el anciano se negó á seguir discutiendo por entonces.

Para el buen éxito de los inicuos planes de Levison era condición esencial la de continuar por algún tiempo en Lynne, abusando del asilo que allí le había proporcionado Carlisle. Y al preguntarle éste cómo seguían sus arreglos con Sir Peter, lo engañó una vez más, ocultándole la decisión terminante y adversa de su irritado pariente.

Por entonces tuvieron Bárbara y su madre motivo de nuevas ansiedades con la lectura de una carta de Anita, su hermana mayor, casada y residente en Londres, que decía :

"Acabo de recibir una misteriosa esquela de R. . . . No está firmada, pero he reconocido la letra. Me encarga decirles á mamá y á tí que irá á verlas muy pronto, disfrazado y de noche como antes. Quiere que vigiles el grupo de árboles que tú sabes, tan luego empiecen las noches de luna y dice que no tardarás en verlo allí."

Aunque la noticia llenó de alegría el corazón de la pobre madre, renovó también sus temores y los de Bárbara. Ésta fué á Lynne tan pronto como salió su padre, y allí le dijeron que Carlisle estaba ausente, pero se hallaban en casa la señora Isabel y su cuñada. Retiróse Bárbara muy contrariada, temiendo que la viera Isabel, como desgraciadamente sucedió. Ella y Levison la habían visto acercarse y alejarse después sin entrar y ambos comprendieron que la visita era para Carlisle exclusivamente. Así lo confirmó el criado á quien llamó é interrogó Isabel. Ésta dirigió maquinalmente una mirada á Levison, cuyo rostro expresaba la compasión y la ironía.

Isabel, oprimiendo con las manos el agitado pecho, volvió á acercarse á la ventana. Vió á su esposo que regresaba de Linden, presenció su encuentro con Bárbara y observó cómo ésta le entregó una carta que Carlisle pareció leer atentamente.

—La Providencia nos manda á Ricardo en estos momentos, decía entre tanto Bárbara. Á Vd. le toca procurar que vea á Torne y disipe en un momento nuestras dudas.

—Ese parece ser el único medio, dijo Carlisle pensativo. Veré cómo puede prepararse la entrevista sin despertar las sospechas de Torne y sin que él vea á Ricardo. Avíseme Vd. su llegada inmediatamente.

—Así lo haré sin falta, dijo la agradecida joven, estrechando la mano que Carlisle le tendía.

La cena y las horas que la siguieron fueron para Isabel interminables. Después de retirarse Cornelia y Levison, incapaz de dominarse más largo tiempo, preguntó á su marido:

—¿Qué quería Bárbara Hare?

—Se trata de un asunto desagradable, Isabel, mejor diré, de una cuestión de familia. . . .

—¿Qué no me puedes comunicar á mí?

Carlisle meditó algunos momentos. Se dijo que sería injusto y cruel hablar á su esposa de las graves sospechas que le infundía Torne, y pensó también que no tenía derecho á revelarle la esperada visita de Ricardo, secreto que no le pertenecía y que sólo Cornelia había sabido arrancarle en ocasión anterior.

—El único resultado sería causarte un pesar, Isabel, dijo.

Ya sabes el trágico suceso referente á la familia Hare; pues con él se relaciona la visita de Bárbara.

Isabel no lo creyó; vió en aquella respuesta un subterfugio y ofendida, desesperada, guardó silencio. Carlisle no comprendió lo que ella sufría, no se le ocurrió que pudiera tener celos de él; su propia rectitud y su amor inalterable por Isabel le impedían creer que ésta pudiese dudar de su lealtad, cualesquiera que fuesen las apariencias.

Al siguiente día, poco después de haber salido Carlisle para su oficina, llegó una invitación de la señora Jeferson, que daba una gran comida el martes siguiente y contaba, decía, con la presencia de sus buenos amigos los señores de Carlisle y de la señorita Cornelia.

—¿Irá Vd.? preguntó Isabel á ésta.

—No me disgustaría, dijo la solterona, pero necesitaría un vestido nuevo.

—Pues fácil es mandarlo á hacer. También yo necesitaré uno, repuso Isabel prontamente.

—¿Vd.? ¡Santo Cielo! exclamó Cornelia como si hubiese oído una herejía. ¡Pero si los tiene Vd. á docenas!

—No creo tener una docena por junto, dijo Isabel con desabrido tono, cansada de aquellos eternos reproches, y de muy mal humor para oirlos con la calma de otras veces. ¡Julia! continuó. ¿No era hoy el día señalado para que viniera la modista?

Julia puso una cara muy compungida y al parecer no se atrevió á contestar.

—La modista no vendrá hoy, dijo Cornelia. Aunque Vd. la llamó para que tomase medida á Isabelita, yo sé que la niña no necesita ese nuevo vestido y mandé contraorden á la modista. . . .

Isabel se resistió por fin, se indignó al ver tanta audacia, tamaño desprecio de sus órdenes y deseos, que la rebajaban aun en presencia de sus sirvientes.

—Señora, dijo á Cornelia con altivez, yo soy el mejor juez de lo que mis hijos necesitan. La modista vendrá inmediatamente.

Y acercándose á un velador escribió una imperiosa orden, reiterando las que antes había dado. Furiosa Cornelia, gruñó:

—Algún día le pesará, cuando vea á su marido en la

miseria. Entre tanto, que trabaje como un esclavo y vengan vestidos nuevos y más gastos que nunca. ¡Buen sistema, bueno!

Llegó la noche del lunes y ya desde muy temprano observó Bárbara, en primer lugar, que era una noche de hermosísima luna, y además que su padre, contra toda su costumbre, no parecía dispuesto á salir de casa. Aquella contrariedad aumentó su zozobra y se puso á vigilar el grupo de árboles desde una de las ventanas de la casa, pidiendo á Dios que protegiese á su hermano. La señal de éste no se hizo esperar, y Bárbara salió temblorosa al jardín, envuelta en obscuro manto. Ya entre los árboles, contempló con dolor las facciones pálidas y adelgazadas del fugitivo.

—¡Oh, Ricardo, hermano mío! exclamó, sólo puedo permanecer breves instantes contigo esta noche. Papá está en casa, y lo que es ver á mamá, imposible. Vuelve mañana.

—Muy peligroso es, dijo Ricardo.

—Pero hay otras razones para que permanezcas escondido por aquí siquiera una día más. Torne está en Linden. . . .

—¡Torne! Quiero verlo, Bárbara. . . .

—El señor Carlisle, á quien avisaré mañana, se encargará de hacer que veas á ese Torne y puedas decirnos con seguridad si es ó no el asesino. No faltes mañana, lo más temprano que puedas, en cuanto anochezca.

Al siguiente día recibió Carlisle en su bufete la visita de Bárbara, que le anunció la llegada de Ricardo. No olvidó Carlisle que aquella noche estaba invitado á comer con Isabel en casa de la señora Jeferson, pero tampoco vaciló un momento en modificar sus planes, aun á riesgo de disgustar á Isabel. Lo urgente era que Ricardo pudiese ver al capitán Torne. Al efecto, Bárbara debía decir á su hermano, tan luego le viese, que se presentase en el despacho de Carlisle, en Linden. El abogado envió también una esquela á Torne, citándole en su despacho á las ocho en punto de la noche, á pretexto de comunicarle una noticia importante. Por último, envió á decir á Isabel que asuntos urgentes é improrrogables requerían su presencia en Linden aquella noche, y que fuese sola á la comida de los Jeferson, pues le era de todo punto imposible acompañarla

y no era justo desairar por completo á sus amigos, que contaban con su visita.

Isabel recibió aquel mensaje con tanta sorpresa como disgusto y sintió renacer sus sospechas, sobre todo al recordar que Archibaldo tenía completa confianza en su pasante el señor Dill, á quien encomendaba todo trámite, entrevista ó trabajo extraordinario fuera de las horas de oficina. Aunque hermosísima y elegantemente ataviada, llegó á casa de los Jeferson con la muerte en el alma y ordenó al cochero que fuese á buscarla á las nueve y media, mucho más temprano de lo que tenía por costumbre en ocasiones análogas.

Poco antes de las ocho llegaba Ricardo, disfrazado y temeroso, á la oficina de Carlisle, que había oído sus pasos y tenía entreabierta la puerta. Después de hacerle algunas preguntas y darle las instrucciones necesarias, lo instaló en la oficina del señor Dill, contigua á la suya, donde lo dejó á obscuras, encargándole que observase cuidadosamente el rostro y los ademanes del capitán Torne, por el cristal de una ventanilla desde la cual se veía todo el despacho de Carlisle.

Momentos después llegó Torne. El abogado lo invitó á tomar asiento de modo que la luz del gas iluminase de lleno su rostro y permaneció en conferencia con él por un cuarto de hora. Al despedirlo, cerró tras él con llave la puerta de la calle, y se apresuró á llamar á Ricardo, cuyas primeras palabras fueron :

—Ese hombre no es el Torne á quien me refiero. Ambos son de alta estatura, pero aparte de eso en nada se parecen.

—Pues resuelto ya ese punto, dijo Carlisle, que se alegraba de no ver acusado de asesino al simpático capitán, no tienes tiempo que perder, Ricardo. Aquí hallarás treinta libras que he prometido entregarte. Y ahora, á ver á tu madre. Yo iré contigo, pues me viene de camino.

Las nueve eran cuando llegaron á la casa del juez Hare, en cuya verja de entrada los esperaba Bárbara.

—¿Es el mismo Torne? preguntó ansiosa.

—No. Ricardo dice que en nada se le parece, contestó Carlisle, mientras Ricardo se acercaba sigilosamente á la casa y entraba en la obscura habitación que su hermana le había indicado y donde le esperaba su buena madre.

El juez, por fortuna, se hallaba ausente y no regresaría

hasta muy tarde. Largo tiempo permanecieron Carlisle y Bárbara en el jardín, discutiendo en interés de Ricardo nuevos planes para lo futuro y sin dejar de vigilar el camino, por si inopinadamente se le ocurriese al temible magistrado regresar más temprano que de costumbre.

CAPÍTULO XVIII

FALTA IMPERDONABLE

À LAS nueve y media en punto se detuvo el carruaje de Carlisle á la puerta de la casa donde habitaba la familia Jeferson, é Isabel salió enseguida pretextando un dolor de cabeza y subió al coche, ansiosa de verse en Lynne. No era mucha la distancia, unas dos millas; y á poco de ponerse en marcha vió el cochero á un hombre que salió súbitamente al camino, haciéndole señal de detener los caballos. Isabel le reconoció al momento, á pesar de la gorra de pieles que tenía calada hasta los ojos: era Francis Levison.

—¡Qué temprano regresa Vd.! dijo á Isabel, acercándose á la portezuela. Me pareció reconocer el carruaje.

—Embuste tenemos, se dijo el cochero. El caballerete este se hace el inocente y esta misma noche me preguntó y le dije á qué hora tenía orden de ir á buscar á la señora.

—Mi paseo se ha prolongado más de lo que esperaba, prosiguió Levison. ¿No se compadecerá Vd. de mí permitiéndome ocupar asiento en el coche?

Isabel accedió á ello. Mal podía negarse; ambos se dirigían á Lynne y él era su huésped.

—¿Estaba el señor Carlisle en casa cuando Vd. salió? fué lo primero que le preguntó Isabel, incapaz de contenerse ni disimular.

—No, y se comprende que no tenga mucha prisa por regresar al hogar doméstico. Lo vi hace poco, muy agradablemente entretenido. . . .

Aquellas palabras y el tono con que fueron pronunciadas produjeron en Isabel un efecto espantoso. Guardó silencio

por algunos momentos y luégo preguntó con insegura voz:

—¿Entretenido? ¿De qué manera?

—Al pasar esta noche frente á la casa de Hare vi á un galante caballero en tierno coloquio con hermosa joven. Un *tête-à-tête* interesantísimo. Eran Carlisle y Bárbara Hare, no hay para qué decirlo.

Así vió confirmadas Isabel las crueles sospechas que la habían atormentado toda la noche. ¡Su esposo la había engañado vilmente, le había mentido y rehusádole su compañía, por pasar algunas horas con Bárbara Hare! Medio oculta en un ángulo del carruaje, procuró ocultar á Levison su desesperación y su angustia. Pero al aproximarse á la casa de su rival aborrecida, Levison la vió inclinarse hacia la ventanilla del coche y escudriñar el jardín con ardiente mirada.

Y allí, en el centro del sendero iluminado por la luna, vieron ambos á Carlisle y Bárbara, andando lentamente, olvidados al parecer de cuanto les rodeaba. Isabel cayó hacia atrás desfallecida, prorrumpiendo en sollozos, dando rienda á su dolor, que ya ni le importaba ni quería disimular.

Entonces el infame seductor se atrevió á ceñirle el talle con el brazo, atrayéndola, estrechándola sobre su pecho, mientras le decía al oído que si le faltaba el amor de su marido le quedaba el suyo, ardiente, inalterable. Sólo en el estado en que se hallaba Isabel en aquel momento, fuera de sí, hubiera podido escuchar sin ofensa ni protesta las palabras y las ofertas de Levison.

Los celos ciegan á la mujer; la traición y el ultraje la enloquecen; y en aquel momento Isabel estaba convencida en absoluto de que Carlisle había desgarrado todos los sagrados lazos que deben unir al esposo y la esposa.

—¡Huye de ese hombre pérfido, Isabel, de ese miserable que jamás ha sido digno de tí! ¡Abandona el infierno en que vives y ven conmigo en busca de la felicidad!

Isabel, poseída de indignación, aniquilada por un dolor sin nombre, seguía llorando con desconsuelo. ¿Procedían aquellas lágrimas de su encono contra el falso esposo, ó las causaban las atrevidas y humillantes proposiciones del seductor? ¡Misterio! Levison prosiguió su infame tarea, esforzándose por consolar á la hermosa víctima con todos los

recursos que le sugerían la bajeza de su carácter y la maldad de sus propósitos.

Daban las diez de aquella noche fatal cuando Ricardo pudo arrancarse á los brazos de su madre y corriendo al jardín se despidió con lágrimas de su hermana y de Carlisle. Momentos después desaparecía entre los árboles.

—Es tarde, Bárbara, muy tarde. Buenas noches, dijo Carlisle, estrechándole la mano y tomando á buen paso el camino de Lynne.

Bárbara, apoyada en la verja, no pudo contener las lágrimas. En la soledad y el silencio de la noche esperó largo rato el regreso de su padre. Pensaba con tristeza en su hermano, en el nuevo desengaño que había sufrido al saber que el verdadero criminal no era el que ella sospechaba . . . De repente interrumpió sus reflexiones al ver salir de entre unos arbustos, al lado opuesto del camino, á un hombre que dió dos ó tres pasos, se detuvo y por fin se dirigió resueltamente hacia ella. Era Ricardo.

—¡ Bárbara ! exclamó con temblorosa voz. ¡ Acabo de verlo !

—¿ Á quién, hermano ?

—¡ Á Torne, al otro ! ¡ No al que me enseñó Carlisle, sino al verdadero asesino ! Tan cierto como que te veo á tí. Oí los pasos de alguien que se acercaba por el camino, salté una cerca y me oculté y á los pocos momentos lo vi pasar, lo reconocí instantáneamente. Iba presuroso en dirección á Linden. No hay duda posible.

—¡ Hay que decírselo al señor Carlisle ! dijo Bárbara poco menos agitada que su hermano. No puede estar lejos. ¡ Corramos! Tenemos que alcanzarle antes de que llegue al parque de Lynne.

Así lo hicieron. Carlisle oyó sus pasos, se detuvo y á los pocos instantes vió á Bárbara, que rendida por su larga carrera y casi sin aliento le dijo :

—¡ Un momento, por Dios ! No estoy loca, Archibaldo. No puedo hablar . . . Ricardo le dirá ; acaba de ver al asesino.

La sorpresa de Carlisle fué profunda. Se apartó con los dos hermanos á un lado del camino, cerca ya del parque de Lynne y Ricardo repitió lo que había dicho á Bárbara, describiendo además minuciosamente las facciones y el traje

del misterioso Torne. Carlisle y la joven permanecieron pensativos. Ricardo se manifestó opuesto á permanecer más tiempo en las inmediaciones, temeroso de verse descubierto y lo único que el abogado pudo obtener de él fué la calle y número de una casa en Londres, á la cual prometió dirigirle una carta, bajo el nombre supuesto que convinieron, dado caso que las circunstancias hiciesen indispensable la presencia de Ricardo en Linden.

Ricardo volvió á despedirse de ellos allí mismo, pues Carlisle se ofreció á acompañar á Bárbara hasta su casa, desoyendo las protestas de la joven, á quien declaró que por ningún concepto la dejaría recorrer sola el camino á las once de la noche.

—¡ Qué dirá Isabel cuando le vea regresar tan tarde ! exclamó Bárbara, aceptando el brazo de aquel fiel amigo.

—No creo que mi esposa esté todavía de vuelta, repuso él. Y en todo caso, mi tardanza, por una vez, nada significa.

—Por mi parte, pensaba Bárbara, no sé cómo explicar mi ausencia á papá, si se entera de que he andado fuera de casa y sola á tales horas.

Ambos guardaron silencio, preocupados, hasta llegar á la verja, donde Carlisle volvió á dar las buenas noches á la joven. Por fortuna para ésta su padre no había vuelto de Linden y pudo deslizarse en la casa sin ser vista.

Cuando Carlisle llegó á la suya y entró en el tocador de Isabel halló á su esposa escribiendo. Á sus preguntas sobre la visita de aquella noche contestó ella con muy breves palabras.

—Es tarde, concluyó Carlisle. ¿ No piensas retirarte pronto ?

—Dentro de un rato. No tengo sueño.

—Pues te dejo, Isabel. Estoy cansadísimo y me muero de sueño.

—Como gustes, fué la sola respuesta de su esposa.

Carlisle se inclinó para darle un beso, pero ella volvió el rostro y se lo impidió. Él supuso que estaba enojada por haber tenido que ir sola al banquete, y poniéndole una mano en el hombro, le dijo :

—¡ Qué niña eres ! No ha sido culpa mía, Isabel, no he

podido evitarlo. Hablaremos mañana y te explicaré. Me siento rendido. No te retires muy tarde.

Isabel había seguido escribiendo mientras él hablaba y no le contestó. Carlisle se dirigió á la alcoba y cerró la puerta. Algo más tarde Isabel subió calladamente al cuarto de Julia, que se despertó sobresaltada. Su señora estaba á su lado, con una bujía encendida en la mano. Julia se frotó los ojos y sentándose en la cama preguntó asombrada:

—¿Está Vd. enferma, mi buena señora?

—Sí, Julia, estoy enferma y desesperada, contestó, y la fiel sirvienta notó que la densa palidez de su rostro confirmaba sus palabras. Vengo á exigir de tí una promesa, Julia, y es que si algo llega á sucederme, si les falto á mis hijos, sigas siempre con ellos en Lynne.

Tan sorprendida se quedó Julia que no pudo contestar.

—Me lo prometiste antes una vez, continuó su señora, y quiero que renueves tu promesa. ¿Seguirás cuidando de los niños, suceda lo que quiera?

—Siempre, mi buena señora. Pero ¿qué ocurre? ¡Ay, Vd. está enferma!

—Adiós, Julia, dijo Isabel saliendo del cuarto tan calladamente como había entrado en él.

Julia permaneció perpleja largo rato, hasta que el sueño volvió á apoderarse de ella. Pasaron algunas horas y Carlisle se despertó á su vez. Notó con sorpresa que Isabel no se había retirado todavía y deseando saber la hora encendió luz y miró el reloj. ¡Las tres y cuarto!

Abrió la puerta del tocador de Isabel y lo halló obscuro. "¡Isabel!" llamó; pero sólo el eco de su voz se dejó oir en el silencio de la noche. Se puso á toda prisa algunas ropas y salió en busca de su esposa; temía que se hubiese sentido indispuesta repentinamente, ó que se hubiera quedado dormida en alguna habitación. Pero no pudo encontrarla y ya tan sorprendido como alarmado, llamó á la puerta de Cornelia.

—¿Quién es? preguntó en seguida la solterona, que tenía el sueño muy ligero.

—Soy yo, Archibaldo.

—¡Tú! ¿Qué quieres? ¿Qué hora es? ¡Entra!

Carlisle halló á su hermana sentada en el lecho, con un

gorro de dormir monumental y preguntándole, fijos en él sus escrutadores ojos :

—¿ Qué pasa ? ¿ Se ha enfermado alguno ?

—Temo que le haya sucedido algo á Isabel. No sé donde está y no puedo hallarla por ninguna parte.

—¡ Que no puedes hallarla ! repitió Cornelia. Pero ¿ no se ha acostado ? ¿ Qué hora es ?

—No se ha acostado y son más de las tres. No está en el cuarto de los niños. . . .

—Pues lo que hay es que está cuidando á Julia, que quizás se haya puesto peor esta noche.

Antes de que Cornelia hubiese acabado de hablar ya iba Carlisle á toda prisa en dirección del cuarto de Julia, cuya puerta abrió :

—¡ Julia !

—¿ Quién llama ? ¿ Qué es ? preguntó la muchacha, azorada al ver á su amo.

—¿ Sabes dónde está la señora ?

—¡ La señora ! repitió Julia, despierta del todo. Estuvo aquí, poco antes de las doce ; oí la hora apenas salió del cuarto.

—¿ Y qué vino á hacer aquí ? Son las tres y no sé dónde está. . . .

Al oir aquello se apoderó de Julia un temor súbito ; creyó comprender entonces las palabras que le había dirigido su señora, su despedida . . . Asió y se puso el vestido que tenía sobre una silla, al lado de la cama, importándosele poco al parecer la presencia de su amo, y dirigiéndose á éste, con el terror reflejado en los ojos, exclamó :

—¡ Mi pobre señora ha muerto ! ¡ Se ha matado ! ¡ Oh, Dios mío, ahora comprendo lo que quería decir ! Estuvo aquí, para hacerme prometer que si á ella le sucediese algo yo seguiría siempre en Lynne, cuidando á los niños. Me parece verla, pálida como una muerta. Le pregunté si estaba enferma y dijo : "Sí, Julia, enferma y desesperada." ¡ Ay, señor, Dios le dé ánimo para soportar esta desgracia !

Carlisle escuchaba confundido. Todo aquello le parecía un sueño y se preguntaba si Julia habría perdido el juicio. Ésta descubrió entonces el almidonado gorro de la señora Cornelia, que se había detenido absorta en el corredor ; y

la buena muchacha, exasperada por los sufrimientos de su ama querida, no pudo contener su indignación.

—¡ Vd. tiene la culpa de esta desgracia ! exclamó dirigiéndose á Cornelia. Vd., que ha perseguido á mi buena señora desde que vino á Lynne, criticándola siempre, contradiciéndola todos los días y echándole en cara que iba á arruinar al amo con sus gastos y sus locuras. ¡ Aquí todos la queríamos menos Vd. y me partía el corazón verla entrar en su cuarto con lágrimas en los ojos, sufriendo como una mártir, cada vez que Vd. la humillaba con sus quejas y sus reproches !

La sorpresa había dejado muda á Cornelia. Carlisle se volvió hacia ella.

—¿ Es posible, Cornelia ? ¿ Es verdad eso que dice Julia ?

Cornelia no contestó. Su faz estaba lívida y por primera vez en su vida le faltaron palabras.

—¡ Dios te perdone si tal has hecho ! exclamó Carlisle saliendo del cuarto. Bajó al suyo, donde acabó de vestirse, resuelto á salir en busca de Isabel, diciéndose que probablemente la hallaría en el parque. Se negaba á participar de los temores de Julia. Ésta entró cuando él se disponía á salir del cuarto y le entregó una carta.

—Acabo de hallarla en el velador de la señora, dijo. Carlisle la tomó sin poder dominar el temblor de la mano. En el sobre había escrito su esposa : " Archibaldo Carlisle." La carta decía :

" Cuando hayan pasado algunos años y mis hijos pregunten dónde está su madre y por qué los abandonó, diles que tú, su padre, la obligaste á ello. Diles también si quieres lo que hizo su madre, pero no sin advertirles que tú la ofendiste y la engañaste antes y que al huir de ellos lo hizo impulsada por la desesperación."

Á Carlisle le parecía que aquellas líneas trazadas por la mano de su esposa se agitaban temblorosas sobre el papel. Cuanto decían era para él un enigma, excepto el hecho fatal de que Isabel había huído de aquella casa. Después le asaltó una horrible sospecha ; le pareció adivinar el nombre del cómplice de Isabel en aquella fuga. Volvió á leer la carta

y no la comprendió, no pudo explicarse cómo él había obligado á su esposa á tomar semejante resolución.

—¿Ha muerto mi señora? preguntó Julia, que incapaz de continuar en pie se había dejado caer en una silla.

—No, no ha muerto, dijo Carlisle, añadiendo para sí que la muerte hubiera sido mil veces preferible á lo sucedido.

—¡Qué haces tú aquí, niña! exclamó en aquel momento Julia. ¡Vas á coger un resfriado mortal! Y dirigiéndose hacia la puerta tomó en brazos á Isabelita, que se había despertado con el bullicio y dejando el lecho acababa de entrar, asustada y pálida.

—¿Dónde está mamá? preguntó.

—Mañana la verás, ángel mío, contestó Julia. Señor, dígale Vd. á Isabelita que vuelva á la cama.

—Julia, fué la contestación de Carlisle, desde hoy deja de llamarse Isabel esa niña. Su nombre es Lucía.

Después depositó en su cartera la esquela de su esposa y salió del cuarto, dejando absorta á la pobre mujer.

—¿Es verdad lo que dicen, Julia? preguntó la niña.

—¿Lo que dice quién?

—Cuando pasé por el corredor estaban hablando los criados en un grupo y decían que el capitán Levison se ha llevado á mamá.

Julia volvió á caer en la silla, dando un grito de angustia y cubriéndose el rostro con las manos para ocultarlo á las miradas de la niña, que continuaba sus preguntas. Cornelia entró en la habitación en aquel momento, andando de puntillas y fué á sentarse en una silla baja, donde permaneció inmóvil. En su cara lívida se reflejaban el dolor y el remordimiento.

—¡Dios se compadezca de esta familia deshonrada! murmuró.

El juez Hare volvió á su casa entre doce y una de la noche. Regresó de muy buen humor, después de haber ganado numerosas partidas jugando á los naipes con uno de sus amigotes y de haber vaciado algunos vasos de rica cerveza; y despertó á su mujer para decirle que ya cerca de la casa se había cruzado con una silla de posta tirada por cuatro caballos que galopaban furiosamente. El juez se

durmió preguntándose quiénes serían y á dónde irían aquellos trasnochadores viajeros.

CAPÍTULO XIX

LA ÚLTIMA AFRENTA

Cerca de un año pasó Isabel viajando por Europa, deteniéndose de cuando en cuando en tal ó cual ciudad donde su compañero la dejaba sola sin escrúpulo, para ir á continuar en París su vida de disipación y de placeres.

Porque la suerte de Isabel fué la de toda mujer bien nacida que cae de su pedestal. Desde aquella memorable noche en que abandonó su hogar no había tenido momento de reposo ni gozado una hora de verdadera felicidad. Cegada por el dolor y los celos había dado un paso fatal, para encontrar en vez del paraíso descrito por su seductor y apenas entrevisto (y que en realidad no había sido el motivo de su resolución), un abismo del que nunca le sería posible salir. ¡ Nunca ! Desde la primera hora de su fuga comprendió lo irremediable de su error, y se apoderó de ella el remordimiento más angustioso y más cruel. Creedme ¡ oh, lectoras ! Esposas, madres que recorrais estas líneas, sabed desde ahora que igual conducta os ha de traer siempre el mismo amargo despertar. Cualesquiera que sean las pruebas á que os veais sometidas, aunque os parezcan insoportables y superiores á toda paciencia humana, *resolved* soportarlas ; caed de rodillas y pedid al cielo resignación, pedidle fuerzas para resistir á la tentación de abandonar el hogar sagrado de la familia. Sufrid hasta morir si es necesario, antes que manchar vuestro buen nombre y desoír la voz inexorable de la conciencia, convencidas de que lo contrario ha de resultar en sufrimiento y horror mil veces peores que la muerte.

Once meses habían transcurrido. Era una mañana de Julio. Isabel y su amante se hallaban en Grenoble, procedentes de Suiza y Saboya. Ella, pálida y triste, mos-

trando en su semblante y expresión la huella de crueles sufrimientos, recorría con avidez los periódicos y esperaba ansiosa la correspondencia. Sabía que Carlisle no había perdido momento en solicitar el divorcio y la pobre Isabel contaba recibir de un instante á otro la noticia de haber sido acordado el divorcio por el tribunal, creyendo que Levison se apresuraría entonces á ofrecerle su nombre, la única reparación posible, y á legitimar, antes de su nacimiento, al hijo que llevaba en su seno. ¡ Reparación ! Ella había descubierto ya que su amante era perverso, pero ignoraba toda la maldad de que era capaz.

—Dos cartas, dijo Isabel sin más preámbulo apenas se presentó Levison en el comedor, descuidado el traje y crecida la barba. Ambas parecen ser de tu abogado.

Al oir aquellas palabras el adormilado capitán, levantó vivamente la cabeza y tomando las cartas se dirigió á la ventana más apartada de Isabel, abrió uno de los sobres y leyó :

"Muy señor mío : En cumplimiento de las instrucciones recibidas de Vd., me apresuro á participarle que el tribunal ha concedido al señor Carlisle el divorcio que tenía solicitado. Queda suyo atento y seguro servidor, Moisés Grab."

Levison plegó lentamente la carta, que guardó en el bolsillo de la bata. La segunda carta decía :

"Señor barón : Escrita mi anterior de esta misma fecha, recibo la triste noticia del fallecimento de su señor tío, el Barón Peter Levison, de cuyo título es Vd. único heredero. En espera de sus órdenes, tengo la honra de repetirme su obediente servidor, Moisés Grab."

—¡ Por fin ! exclamó Levison triunfalmente, acercándose á Isabel y arrojando abierta sobre la mesa la segunda carta.

—¿ Se ha decretado el divorcio ? preguntó Isabel ansiosa.

—Lee, si quieres enterarte de la gran noticia, replicó él tocando el timbre. Bautista, dijo al criado que se presentó enseguida, prepara mi baúl con todo lo necesario para un viaje. Quiero estar camino de Inglaterra dentro de una hora. Tú me acompañarás.

—¿Y yo? preguntó Isabel cuando hubo desaparecido el criado. ¿Piensas dejarme sola?

—Es indispensable. Tengo que partir sin pérdida de momento y viajar día y noche si he de hallarme presente, como debo y me conviene, en el funeral de Sir Peter. ¿Crees hallarte en estado de soportar semejante viaje? Eso sin contar lo desagradable que te sería verte en Inglaterra por ahora.

—Pero tu abogado puede representarte y atender á todo, mientras llega la noticia del divorcio. Ya conoces la ley inglesa. Es indispensable que nuestro matrimonio se verifique antes del nacimiento de nuestro hijo, inmediatamente que se otorgue el divorcio. . . .

—¡Tontería! Tiempo hay para todo y no es culpa mía si los jueces se empeñan en no divorciar á Carlisle tan aprisa como él y tú quisierais. . . .

Dicho esto, salió de la habitación. Isabel quedó abatida, desesperada. Media hora después volvió á presentarse Levison, pronto á emprender el viaje.

—Adiós, Isabel, dijo sin más ceremonia.

—Francis, ten compasión de tu hijo, le rogó ella. Espera uno ó dos días más. La noticia que esperamos debe llegar de un momento á otro y nuestro matrimonio puede verificarse una hora después.

—No puedo esperar. Es inútil insistir en ello.

—Dí que no quieres esperar.

—Pues bueno, no quiero. Te digo que volveré pronto y á tiempo. Adiós.

Isabel hizo ademán de detenerlo, pero volvió á caer en la silla, vencida por el dolor y la indignación. Tenía el presentimiento de que cuando Levison regresase, si llegaba á hacerlo, sería ya demasiado tarde.

Así sucedió. ¡Demasiado tarde! Las nieves de Diciembre cubrían los Alpes y el cierzo barría las calles de Grenoble cuando Isabel, convaleciente apenas, extenuada y pálida, sombra de lo que había sido un año antes, vió de nuevo á su infame seductor. Al acercarse éste para saludarla, le detuvo ella con imperioso ademán é indicándole una silla, le preguntó con amargura:

—¿Por qué ha vuelto Vd.? ¿Qué viene Vd. á hacer aquí?

—¡Pues me gusta! dijo él con suprema indiferencia. ¿Son esas las gracias que me das después de semejante viaje, el más molesto y desagradable que he hecho en mi vida?

—Señor barón, continuó ella procurando conservar la calma, ha llegado el momento de hablar con entera franqueza, como nunca hemos hablado antes de ahora. . . .

—No comprendo, Isabel. Tú dirás.

—No me interrumpa Vd. En Julio, cuando se separó Vd. de mí, lo hizo con la sagrada promesa de regresar *á tiempo*, es decir, antes del nacimiento de nuestro hijo, para legitimarlo ante la ley y ante el mundo.

—Como era mi intención. Pero no bien puse el pie en Londres me vi tan ocupado, con tantos asuntos á que atender y tal número de intereses pendientes que no pude pensar en cosa alguna, ni salir de allí. Ahora mismo tengo que limitar mi visita á un par de días.

—Poco después de su partida, continuó Isabel como si nada hubiera oído, me trajo la mujer que aquí me sirve una carta que acababa de hallar en la bata dejada por Vd. con otras ropas en el armario de su cuarto. Por la fecha vi que era una de las dos cartas llegadas el día mismo de su partida. En ella le anunciaba su abogado que el tribunal había decretado el divorcio.

Levison notó con interior satisfacción que Isabel hablaba con la mayor calma, sin lágrimas ni recriminaciones, lo cual favorecía grandemente sus planes.

—Hubiera sido menos cruel, prosiguió ella, y menos vil, haberme desengañado entonces, revelándome cuán vanas eran las esperanzas que todavía fundaba en la legitimación del niño inocente próximo á nacer.

—La verdad es, se atrevió á decir Levison, que el matrimonio de un hombre en mi nueva posición con una mujer divorciada requiere un sacrificio enorme.

La sangre afluyó al pálido rostro de la infortunada Isabel, que haciendo un esfuerzo continuó con insegura voz:

—El *sacrificio* ese no lo esperaba ni lo pedía yo por mí, sino por mi hijo, cuya única herencia la forman la deshonra y la vergüenza. Ahí está.

Levison miró en la dirección indicada por ella y vió una cuna junto al lecho, pero no dejó su asiento.

—Repito que mi rango y mi familia. . . .

—Ni una palabra más, interrumpió Isabel. Aunque hubiese Vd. emprendido este viaje sin otro propósito que el de hacerme su esposa, propósito que está muy lejos de abrigar, le diría lo que le digo ahora. El daño y la afrenta causados á ese pobre ángel son irreparables. En cuanto á mí, nada peor podría sucederme en esta vida que el tener que pasarla al lado de Vd.

—Ante tamaña aversión nada tengo que decir. Pero no parece sino que toda la culpa fué mía, cuando en realidad tú diste aquel paso voluntariamente, impulsada por unos celos atroces. Y á propósito, Isabel, creo que anduviste algo equivocada entonces. Quizás te agrade saber que tus celos fueron, en mi opinión, muy infundados.

—No comprendo, murmuró Isabel, sintiendo que se le oprimía el corazón. ¿Infundados?

—Sí. Estoy seguro de que Carlisle no abrigó en su vida los sentimientos que tú le suponías hacia la hija del juez, aquella Bárbara Hare. En la familia de ésta existía no sé qué secreto, un crimen misterioso, según he oído. Carlisle recibió con este motivo numerosos mensajes de la señora Hare, por medio de su hija, y de aquí todas aquellas entrevistas y conferencias entre la muchacha y tu marido. . . .

—No me habló Vd. así entonces, señor barón.

—¡Ah, no! contestó el malvado riéndose. En amor todas las tretas son válidas, como en la guerra.

El dolor de Isabel era tan agudo, y tan profunda su turbación, que no pudo hablar por algunos momentos. Después continuó, sacando algunos billetes de banco del cajón de una mesita inmediata:

—Hace un mes recibí de Vd. este dinero. Cuarenta libras esterlinas, que le devuelvo intactas. Aquí están.

—Puesto que te empeñas en que no sigamos siendo amigos, replicó él, hágase tu voluntad. Bien meditado todo, es la mejor solución. Pero también hay que pensar en lo futuro. Sin dinero no puedes vivir y yo cuidaré de poner á tu disposición una cantidad anual, cuyo importe acordaremos amistosamente. . . .

—¡Ni una palabra más, señor barón! exclamó Isabel, ofendida y altiva. ¿Por quién me toma Vd.? Si llegase el día en que yo no pudiera ganar mi propio sustento y

tuviera motivos para seguir viviendo, acudiría á cualquiera otro, á mi mismo esposo, antes que á Vd. Creo que esto bastará para que cese Vd. de ofrecerme dinero.

—Aunque no quieras aceptarlo para tí, lo necesitarás para el niño. Unos cuantos centenares de libras esterlinas. . . .

—Ni un céntimo. Ni para mí ni para él. ¿Por *quién* me toma Vd., repito? Por muy envilecida que me considere Vd., por mucho que me desprecie el mundo, soy y seré siempre la hija del conde de Monte Severne. Tome Vd. ese dinero.

—Corriente. No es culpa mía, repuso él poniendo los billetes en su cartera. Y ahora, Isabel, ¿vamos á separarnos como enemigos?

—Como desconocidos.

—¿No me darás la mano siquiera?

—Prefiero no hacerlo.

Así se separaron Isabel y Levison. Antes de salir éste de la casa llamó á las dos únicas sirvientas, y les pagó por anticipado un año de salario. Visitó también al dueño de la casa y le entregó un año de alquiler. Aquella misma noche salió de Grenoble acompañado de Bautista, felicitándose de poder regresar á Inglaterra tan pronto y á tan poca costa.

¿É Isabel? Atormentada por los remordimientos, perdida toda esperanza, ofendida de muerte por aquel hombre cruel y egoísta á quien lo había sacrificado todo en el mundo, permaneció inmóvil, anonadada, horas enteras. Débil y enferma como estaba, resolvió vivir y trabajar para su hijo. Le quedaban algunas joyas valiosas regalo de sus padres, que se proponía vender y con cuyo producto esperaba poder vivir económicamente un año, ó año y medio á lo sumo.

Pero su mayor pesar, lo que más cruelmente la atormentaba, aparte del recuerdo de sus adorados hijos, era la sospecha creciente de que en un momento de locura se había perdido para vengar una ofensa y una traición imaginarias. Recordó las nobles cualidades de su esposo, el amor que siempre le había demostrado, las recientes palabras de Levison, y fué comprendiendo poco á poco todo el horror de su conducta, que le preparaba una vida de martirio y de vergüenza.

Los sollozos que desgarraron su pecho aquella triste

noche fueron prueba reveladora de su insondable desesperación.

CAPÍTULO XX

SOLA EN EL MUNDO

En Marzo del siguiente año recibió Isabel Vane una visita inesperada, la de su noble deudo el conde de Monte Severne. Grandes fueron la sorpresa y la humillación de la pobre abandonada, que al ver al conde ocultó entre las manos el ruborizado rostro.

—Recientes sucesos, comenzó diciendo el anciano, me hicieron comprender que Francis Levison se había separado de tí para siempre y le exigí que me revelase tu paradero.

—Vivo sola desde Julio del pasado año, pudo decir Isabel. Estuvo aquí en Diciembre, no más de una hora, y tras algunas recriminaciones nos separamos, como Vd. dice bien, para siempre.

—¿Has sabido de él desde entonces?

—Nada absolutamente. Vivo sin noticias de Inglaterra, sin cartas ni siquiera periódicos.

—Isabel, ese malvado ha contraído matrimonio recientemente con Alicia Chaloner.

—¡Con Alicia! ¿No con Blanca? Yo hubiera creído. . . .

—Engañó á Blanca y se casó con su hermana.

—¡Oh! ¿Por qué ha venido Vd. en busca mía? preguntó Isabel tras dolorosa pausa, prorrumpiendo en llanto. No soy digna de Vd. y bastante deshonra he atraído sobre su nombre.

—Y sobre el de tu esposo y tus hijos, agregó severamente el conde, en cuyo carácter no estaba el condonar tan grave falta. No obstante, soy tu más próximo pariente y puesto que te hallas abandonada es mi deber procurar, en cuanto sea posible, que no desciendas á un nivel más bajo todavía.

Pudo haberle evitado golpe tan cruel. Pero ella no

comprendió bien todo el alcance de aquellas palabras y le miró vacilante, como temiendo comprender.

—¿Careces de recursos? prosiguió el conde.

—Algunos tengo todavía. Cuando los agote. . . .

—¿Dinero de Levison? preguntó él con dureza.

—¡No! replicó indignada Isabel. He vendido algunas de mis joyas.

—¿Joyas? Carlisle me ha dicho que cuanto te pertenecía lo dejaste en Lynne.

—Cuanto procedía de él, sí. Hablo de joyas que eran mías cuando soltera. Dígame Vd., por favor. ¿Ha visto Vd. al señor Carlisle?

—¡Si lo he visto! ¿Podía no hacerlo después de haber recibido él tan cruelísimo golpe de un miembro de mi familia? Sí, me apresuré á ir á Lynne. Pero tenía también otro propósito; el de averiguar los motivos de tu conducta. Al recibir la primera noticia me dije que habías perdido el juicio. Pero nada pude averiguar. Carlisle nada sabe, nada comprende. ¿Cómo has podido tratarlo de tal suerte?

Isabel inclinó la frente, para ocultar el encendido rostro. Golpe terrible, en verdad, el que había asestado á su esposo, y así lo comprendía ella en aquel momento. Monte Severne vió en su expresión y actitud el remordimiento que la dominaba.

—Isabel, dijo en tono menos áspero, veo que estás sufriendo las consecuencias, el castigo de tu falta. Revélame los motivos que tuviste para entregarte á ese malvado, abandonando por él al mejor de los esposos.

Isabel guardó silencio, derramando lágrimas.

—Á no ser por las líneas que dirigiste á Carlisle y que he leído, hubiera podido creer que te habías enamorado de ese hombre bajo y vil. Pero ¿á qué te referías al decir que tu esposo te había impulsado á tal extremo?

—Él lo sabe, murmuró Isabel.

—¡No! ¡Lo ignora en absoluto! replicó el conde con severo acento. Hombre más leal y honrado que Carlisle no existe en el mundo. Cuando me aseguró que no tenía la menor sospecha de las razones á que obedecía tu conducta, hubiera respondido de su veracidad con mi propia vida.

—Creí, dijo Isabel con voz débil, que su amor había cesado de pertenecerme, que amaba á otra mujer. . . .

—¡ Deplorable error ! Discutiendo ambos tu carta supusimos que te habían impulsado los celos ; y á la pregunta que le hice, de hombre á hombre, me contestó jurando por lo más sagrado, poniendo á Dios por testigo, que nunca, ni por pensamiento, palabra ó acción te había dado conscientemente el menor motivo para dudar de él y de su amor inalterable y único.

El corazón de Isabel latía con violencia. Se apoderaba de ella la convicción de que aquellas palabras eran la verdad, de que sus celos habían sido infundados.

—Desde entonces, continuó el conde, sólo pude considerar tu carta como un pretexto, como un subterfugio para ocultar el verdadero motivo y así se lo dije á Carlisle. En cuanto á él, me confesó que nunca había tenido la menor sospecha, que había puesto en tí toda su confianza y no te hubiera ofendido suponiéndote capaz de engaño ni traición.

Isabel, cruzadas las manos, sufría horriblemente.

—Ahora he venido á saber, por el mismo Carlisle, que no sólo estaba ocupadísimo todo el día sino que por aquella época dedicaba también no poco tiempo á un importante asunto en que se hallaba muy interesada cierta familia vecina. No recuerdo bien el nombre ; era algo así como Haro. . . .

—¿ La familia Hare ?

—La misma. Precisamente aquella fatalísima noche tuvo que recibir ocultamente en su despacho al hijo del señor Hare, perseguido por la justicia, á quien después acompañó á su casa, donde se vió detenido hasta muy tarde. . . .

—¿ Detenido ? exclamó Isabel. Sí, por la bella Bárbara Hare. Yo misma los vi paseando por el jardín en grato coloquio.

—¿ Celosa ? dijo el conde al oirla. Pues mira ; mientras tú creías á tu esposo galanteando á la señorita Hare, lo que él hacía allí era vigilar las cercanías de la casa para que el infeliz joven, injustamente acusado de asesinato, pudiese tener una última entrevista con su pobre madre. Carlisle y su compañera temían sobre todo el regreso del señor Hare, que según parece no hubiera vacilado en entregar á su hijo

á la justicia y guardaban el sendero resueltos á impedir una sorpresa.

Isabel sólo pensaba en su locura irremediable, en aquel paso fatal, ya sin excusa ni justificación posible.

—Por favor, murmuró, no me diga Vd. más. Me he conducido infamemente. Lo hecho no tiene remedio posible y sólo me resta sufrir las consecuencias de mi falta.

—¿Dónde piensas fijar tu residencia? preguntó el conde.

—No lo sé todavía. Saldré de Grenoble tan pronto me sienta algo más fuerte. Por ahora no puedo, y aun me veo obligada á seguir con dos sirvientas, añadió como queriendo excusar lo que consideraba un gasto excesivo en sus reducidas circunstancias. Si no fuera por el niño. . . .

—¡El niño! exclamó el conde con profunda sorpresa. Isabel, ¿un hijo, un hijo de Levison?

La infeliz madre volvió á ocultar el rostro entre las manos y el anciano, dejando su asiento, recorrió á grandes pasos la habitación, vivamente contrariado.

—¡Nada sabía! dijo. ¡Ah, villano, cobarde! Debió haberte hecho su esposa antes del nacimiento de su hijo. ¡Cuánta bajeza la suya y cuán completa tu deshonra, Isabel!

—¡Tenga Vd. compasión de mí! exclamó Isabel, entre desgarradores sollozos. ¡No puedo sufrir más! ¡Esta entrevista me mata!

—Cálmate, Isabel, dijo el conde, comprendiendo que su indignación y sorpresa le habían hecho cometer una crueldad. No he venido á renovar tu dolor. Lo esencial es ahora proporcionarte recursos suficientes para que vivas con modestia pero sin privaciones. . . .

—Nada puedo aceptar, interrumpió Isabel resueltamente. Trabajaré para ganar lo necesario.

—¡Tontería! Lo que necesites para vivir decentemente corre por mi cuenta y te lo proporcionaré yo. Mi deber en estas circunstancias es servirte de padre. ¿Me crees capaz de abandonarte, de verte en la miseria sin impedirlo, ó de obligarte á buscar trabajo?

Aquellas palabras afectaron hondamente á la pobre joven.

—Necesito muy poco, dijo, y puedo dar lecciones de

música y canto que me producirán cien libras anuales. Eso me basta.

—¡ Bonita renta ! dijo el conde. Cien libras es lo que te daré yo por trimestre. No hablemos más de ello. Jamás he rehuído el cumplimiento de un deber y éste es para mí sagrado. Cuenta desde luégo con esa suma.

—¡ Oh, no ! La mitad me basta y sobra, ya que Vd. insiste. . . .

—Cuanto digas será inútil. Cuatrocientas libras esterlinas por año, sin contar esto, que es para los gastos corrientes mientras te giro el importe del primer trimestre. No vendas una sola joya más y dame siempre noticias de tu paradero.

Diciendo esto, aquel hombre bondadoso puso algunos billetes de banco sobre el velador. Isabel, ruborizada y conmovida, no insistió.

—¿ Qué dicen de mí? preguntó tímidamente, bajos los ojos.

—Lo que tú misma hubieras dicho en otro tiempo, Isabel, en iguales circunstancias. ¿ Cómo quieres que el mundo juzgue tu conducta ?

Ella permaneció sumisa, humillada, arrepentida. Tenía razón el conde. Éste tomó y estrechó su mano, se despidió y momentos después quedó sola Isabel.

¡ Sola para siempre !

CAPÍTULO XXI

CATÁSTROFE

Volvamos á Linden, ó mejor dicho, á las cercanías de aquella población donde estaba situada, como sabemos, la casa del juez Hare. El severo magistrado se hallaba en su elemento, riñendo á Bárbara que por cuarta ó quinta vez acababa de cometer el tremendo desacato, la "estupidez" como decía su padre, de rehusar por su cuenta y riesgo la oferta de matrimonio de uno de sus numerosos pretendientes. No se crea que el señor Hare deseaba ver salir de la casa paterna

á la única y muy querida hija soltera que le quedaba; ni que su disgusto procedía de que Bárbara rehusase los mejores partidos de la comarca. Nada de eso. Casada ó soltera, Bárbara podría disponer siempre de cuantiosa fortuna.

Lo que indignaba al juez era que en Linden, donde abundaban las murmuraciones, habían dado en decir que Bárbara, bonita, buena, inteligente y rica, estaba destinada á quedarse para vestir imágenes por razón del crimen de su hermano Ricardo. Aquellas hablillas repetidas, el empeño manifiesto de las malas lenguas en considerar al juez y su familia deshonrados por la fechoría que con razón ó sin ella atribuían á su hijo, ponían al señor Hare fuera de sí y lo irritaban contra su hija, empeñada al parecer en dar la razón á los murmuradores.

—Lo haces á propósito, para darme un disgusto, le decía, descargando furiosa puñada sobre la mesa y haciendo saltar copas y platos. El capitán Torne, que acaba de ofrecerte su mano y á quien has dado calabazas como á los demás, tiene todas las cualidades de un buen marido. ¿Por qué no lo aceptas?

—Porque no me gusta, decía Bárbara lloriqueando, por decir algo. Lo estimo, pero no lo quiero por marido.

—¡Simplezas! ¿Qué sabe de eso una chicuela como tú? Y entre tanto siguen diciendo las comadres de Linden que nadie se acuerda ni se acordará nunca de Bárbara Hare porque lleva un nombre manchado por el crimen de aquel tunante. . . ¡Por vida de!

—Pero papá, aunque lo digan, no es cierto. La verdad es que no me faltan pretendientes.

—¿Y qué hacemos con eso? ¿Quién lo sabe? El hecho es que sigues soltera y pasan los años y los que murmuran se salen con la suya. Lo que tú mereces es una semana de encierro en tu cuarto, á pan y agua.

En aquel momento entró Carlisle y al juez le faltó tiempo para contarle el caso con todos sus detalles.

—Has de saber que lleva desairados á media docena de pretendientes, y que se empeña en no casarse. Ahora acaba de dejar plantado al capitán Torne, apuesto mozo y de buena familia. Habla tú, Archibaldo, ¿qué te parece la manía de esta señorita?

Bárbara sufría el chaparrón enrojecida y con los ojos bajos. Carlisle la miró, y sonriéndose dijo:

—Puede que el matrimonio no tenga encantos para Bárbara.

—Eso es, repuso Hare; como si ella supiese tanto del matrimonio y pudiese decir si le gusta ó no. Y á propósito, añadió. El otro día en la Posada del León oí decir que últimamente has visitado mucho á Sir Rogerio Dobede, y que si las visitas eran ó no para él ó para su hija y . . . en fin, que á creer lo que allí dicen pronto tendremos casorio.

Carlisle escuchaba, visiblemente afectado.

—¿Con que así pasan el tiempo en las posadas de Linden? preguntó por fin. Pues es muy cierto que he ido á ver á Sir Rogerio, como que me ha encargado la redacción del contrato matrimonial de su hija, que se casará muy pronto con el hijo de Somerset.

—¡Ah, no! Es que no se trata de la hija mayor de Dobede. La que á tí te ha gustado, según aquellos habladores, es la otra, la linda Luisa.

—En efecto, dijo Carlisle con triste sonrisa; es muy linda.

Poco después tomó el juez el camino del pueblo, y Bárbara se acercó á Carlisle para decirle:

—He pensado muchas veces, porque como Vd. sabe, es asunto que nunca se aparta de mi memoria, en la descripción que Ricardo nos hizo del verdadero criminal, del Torne á quien él conoció. ¿Recuerda Vd. lo que nos dijo de él aquella inolvidable noche, hace dos años?

—Sí, Bárbara, replicó Carlisle. Recuerdo la descripción que hizo Ricardo.

—¿Y no ha tenido Vd. alguna sospecha desde entonces? ¿No le cuadran aquellas señas á ningún hombre de cuantos Vd. ha conocido ó visto por aquí?

—No que yo sepa, contestó él algo sorprendido. ¿Qué quiere Vd. decir, Bárbara?

—Oh, nada. Sólo quería saber, en interés de Ricardo, si sospechaba Vd. de alguien.

La joven quedó pensativa largo rato. Ella sí había tenido graves dudas y creído que lo mismo podría haberle sucedido á Carlisle. Pero no siendo así, prefirió callarse. La terri-

ble desgracia que agobió á Carlisle la noche misma de la última visita de Ricardo había impedido á Bárbara discutir con su fiel amigo aquel punto que tanto la interesaba: la existencia de un falso Torne que podía ser, como lo aseguraba su hermano, el asesino de Jalión.

—Empiezo á desesperar de que se descubra al autor del crimen, dijo. Y en tal caso ¿qué será del pobre Ricardo? Desde entonces no hemos tenido noticias suyas.

—El descubrimiento de que el capitán Torne que le mostré no era el que él conocía me desalentó por completo, dijo Carlisle.

—Lo mismo me hubiera sucedido á mí, repuso Bárbara, sin aquel repentino regreso de Ricardo para decirnos que acababa de ver al otro Torne, al que nadie más que él conoce.

—Efecto quizás de la imaginación sobreexcitada del pobre mozo, dijo Carlisle. Esperemos, Bárbara. No conozco á nadie en Linden á quien se le puedan aplicar las señas que él nos dió.

—No, *en Linden* no, asintió ella mirándole fijamente.

Pero era indudable que en el ánimo de Carlisle no existía la menor sospecha y así lo comprendió Bárbara.

—¿Y qué me dice Vd. del rumor ese de que hablaba papá? preguntó ella tras breve pausa, sin mirarle.

—¡Ah! ¿Las habladurías de los que me quieren casar con Luisa Dobede? ¡Pobre gente! No, Bárbara; todo eso es mera invención. Estoy firmemente resuelto á continuar como hasta aquí. Mi esposa, es decir, la que fué mi esposa, vive todavía.

—¿Y eso qué? preguntó la joven sorprendida.

Carlisle se acercó á la mesa junto á la cual estaba sentada Bárbara, y dijo con grave acento y en voz baja:

—Recuerde Vd. las palabras del Señor: "El que se aparta de su esposa y toma otra mujer, comete adulterio"

Y salió de la estancia antes de que Bárbara pudiera dirigirle la palabra, ni aun reponerse de su sorpresa.

Mientras esto sucedía en Lynne, ó mejor dicho, en las inmediaciones de la hermosa residencia de Carlisle y sus hijos, la desgraciada Isabel iba recobrando lentamente las fuerzas allá en Grenoble, y á fines del verano hizo sus preparativos para dejar aquella ciudad. Proponíase buscar un

asilo en población lejana é ignorada, donde pudiese vivir con su hijo desconocida de todos; y después de enviar á París, para dejarlo depositado allí, todo el equipaje que no necesitaba por entonces, emprendió su viaje acompañada solamente de una joven campesina encargada de cuidar al niño.

El tren en que iban siguió su camino sin tropiezo hasta llegar á las inmediaciones de Cammere, cerrada ya la noche. De repente se sintió en todo el tren un choque terrible, una conmoción espantosa, y momentos después se precipitaban locomotora y coches en profundo barranco abierto á un lado de la vía. La obscuridad aumentó los horrores de aquella escena de desolación. El coche en que iba Isabel quedó destrozado; su hijo y la niñera murieron en el acto, con otros muchos pasajeros, é Isabel, desvanecida, con una pierna destrozada y gravemente herida en el rostro, fué sacada largo rato después de aquel montón de ruinas y conducida en una camilla á la cercana estación de Cammere.

Cuando recobró el conocimiento vió á su lado á una hermana de la Caridad.

—¿Dónde está mi hijo? preguntó. Un niño de pocos meses y su niñera, que iban á mi lado en uno de los coches. . . .

La buena religiosa le prometió tomar informes. Preguntando á cuantos hallaba supo que fuera de la estación, entre los cadáveres depositados en el andén, se hallaba el de una criatura. La hermana no tardó en descubrirla, y tomándola tiernamente en brazos presentó á Isabel su triste carga.

—¿Es éste su hijo? le preguntó. Su espíritu goza ya descanso y gloria eternos entre los ángeles del cielo.

Sí, era el infortunado hijo de Isabel, que lo abrazó y besó amorosamente. Convencida como estaba de su próxima muerte, se dijo que la del niño era más bien que una desgracia, clara prueba de la misericordia divina.

—Más vale así, murmuró resignada.

—¿No tiene Vd. parientes ó amigos á quienes podamos dar aviso? le preguntó la religiosa.

—Cuantos me conocen, replicó Isabel, sólo tienen motivos para alegrarse de mi muerte. Ésta es la única expiación que puedo ofrecerles por el dolor y la vergüenza que

les ha ocasionado mi conducta. He sido una gran pecadora, hermana mía.

—Acepte Vd. la muerte como castigo de sus culpas, dijo la religiosa, que había oído poco antes á los médicos y creía con éstos que las heridas de Isabel eran mortales. Haga Vd. en estos últimos momentos, de todo corazón, un acto de fe y obediencia uniendo su voluntad á la de su Hacedor, y el castigo se convertirá en bendición. Nuestros más crueles dolores proceden de su divina voluntad, no menos que nuestras dichas y alegrías. ¿ Quiere Vd. dictarme una carta, ó aunque sólo sean algunas palabras ?

—Sí, hermana, contestó Isabel, debo anunciar lo ocurrido á dos personas . . . una el conde de Monte Severne. . . . Pero no ; á pesar de mi estado preferiría escribir yo misma. Unas palabras bastarán y creo poder hacerlo. . . .

La religiosa se apresuró á proporcionarle recado de escribir y la pobre madre trazó con dificultad las líneas que debían de anunciar al conde su última desgracia. Le dijo que se hallaba moribunda á consecuencia de las heridas recibidas en la catástrofe de Cammere, en la que había muerto su hijo. Que le agradecía con toda el alma sus bondades y que moría resignada, gozosa al pensar que su muerte los libraría á él y á cuantos ella amaba del pesar y la deshonra que les había causado con su conducta.

"Vaya Vd. á ver al señor Carlisle," agregó. "Dígale en mi nombre que le pido perdón humildemente y que se lo pido también á sus hijos, cuando puedan comprender el crimen que contra ellos he cometido. Dígale Vd. que me arrepiento de todo corazón y que no tengo palabras para expresar la amargura y la verdad de mi arrepentimiento. . . ."

Le iba siendo imposible continuar ; el dolor físico la agobiaba hasta el punto de hacer vacilar su razón. Gracias á un esfuerzo poderoso añadió : "Perdón, Isabel," y murmuró :

—Envíe Vd. esta carta cuando yo muera ; no antes. Y agregue algunas palabras confirmando la noticia que doy en ella.

Cuando llegaron los médicos Isabel había perdido el conocimiento y la creyeron muerta. Así se lo dijeron á

la hermana que rezaba de rodillas junto al lecho. Terminadas sus preces tuvo que atender á otras víctimas de la catástrofe, sin que le fuera posible volver al lado de Isabel. Horas después, deseando cumplir el sagrado encargo de la pobre mujer á quien creía muerta, añadió algunas palabras á la carta y la encaminó á su destino.

Al recobrar Isabel el conocimiento se halló en la sala de un hospital. Un cirujano había notado en ella leves indicios de vida y ordenado su traslación al hospital con otros heridos. Largo tiempo vaciló entre la vida y la muerte; su curación fué punto menos que milagrosa y cuando salió del hospital, tres meses después, hubiera sido casi imposible reconocer en aquella mujer pálida, demacrada y envejecida á la que en el mundo se había llamado Isabel Vane.

CAPÍTULO XXII

MUERTA EN VIDA

El conde de Monte Severne se hallaba en Escocia cuando la carta de Isabel llegó á Londres y le fué entregada á su esposa Ema. El extraño aspecto de aquel sobre procedente del extranjero, mal dirigido por la hermana de la Caridad en letra totalmente desconocida, excitó grandemente la curiosidad de la condesa, que desde luego procedió á enterarse de su contenido.

—¡Pero es que el sobre está dirigido á papá! exclamó su hijo Guillermo, que se hallaba presente y era tan severo como su padre en cuestiones de delicadeza.

—Atiende á tu almuerzo, le dijo la condesa sin hacerle el menor caso.

La lectura de aquellas líneas, que descifró con trabajo, la dejó atónita.

—¡Pero esto es espantoso! exclamó.

—¿Qué ha pasado? ¿qué dice esa carta? preguntó Guillermo.

—Isabel . . . Isabel Vane. ¿Te acuerdas de ella?

—¡ Que si me acuerdo de Isabel ! ¡ Siempre !

—Pues ha muerto. En Francia, un tren descarrilado, una catástrofe.

Los hermosos ojos del adolescente se llenaron de lágrimas y la emoción le impidió hablar.

—Tanto mejor para ella, continuó Ema. Después de lo ocurrido estaba de más en el mundo.

—¡ Cuidado que eres cruel, mamá ! no pudo menos de protestar Guillermo Vane. Isabel muerta horriblemente, despedazada, y te atreves á decir que tanto mejor para ella. . . .

—Eres un atrevido, fué la contestación de su madre. Y si no te callas sales hoy mismo para el colegio y te quedas sin vacación.

Algunos días después salió Carlisle de Lynne y se dirigió á su despacho, como de costumbre. Apenas sentado entró el señor Dill y Carlisle le miró con sorpresa, porque de ordinario no solía su fiel empleado interrumpirle en la tarea de abrir y leer la diaria correspondencia. Junto á las cartas colocó el señor Dill un número del *Times* de Londres y preguntó muy conmovido :

—¿ Sabe Vd. la noticia, señor Carlisle ?

—Sí, contestó éste tranquilamente.

—¡ Ah, Vd. dispense, mi buen amigo ! dijo entonces Dill. Pensé que de no haber llegado aún á sus oídos, hubiera sido conveniente prepararlo un tanto, para evitar que semejante nueva le cogiese de improviso, al abrir el periódico.

—¡ Prepararme ! exclamó Carlisle sorprendido. Pero, Dill ¿ desde cuándo me cree Vd. tan nervioso y apocado que pueda afectarme la noticia de una pérdida de cien libras ? Aun poniéndonos en lo peor no creo que exceda de esa suma el importe de mi pérdida.

—Entendámonos, señor Carlisle, dijo el pasante volviendo atrás apresuradamente. Creo que se refiere Vd. á la quiebra de Kent y Green ; pero no es *ésa* la noticia de que yo hablaba. ¡ Oh, no ! ¿ Quién repara en tal bicoca ? Esa quiebra no merece la pena.

—Pues ¿ de qué se trata ?

—¡ Con que es decir que todavía no lo sabe Vd. ! Pues me felicito de llegar á tiempo para decirle que se arme de

valor y no se deje abatir con exceso por una noticia que, después de todo. . . .

—¿Pero se ha vuelto Vd. loco, Dill? Si no quiere Vd. hablar claro y decirme qué ocurre, déjeme leer mis cartas y quédese la solución del misterio para mejor ocasión.

—Ánimo, señor Carlisle, continuó el fiel empleado poniéndole delante el periódico después de abrirlo. Aquí, en la columna de las defunciones; el primer nombre de la lista.

Y dicho esto salió precipitadamente, cerrando tras sí la puerta del despacho.

Carlisle tomó el periódico y leyó: "En Cammere, Francia, el 12 del corriente, falleció Isabel María, hija del finado Guillermo Vane, conde de Monte Severne."

Llegaron algunos clientes. Pasó una hora y no se oyó una sola vez el timbre del abogado. Dill aseguró diez veces á los clientes que el señor Carlisle estaba ocupadísimo, que era imposible interrumpirle.

Transcurrida la segunda hora abrió cuidadosamente la puerta del despacho particular y vió que Carlisle permanecía inmóvil, mirando el periódico y con un montón de cartas intactas sobre la mesa.

—Dos ó tres clientes insisten en verle á Vd., amigo mío, le dijo. ¿Quiere Vd. que pasen?

Carlisle le miró por unos momentos como si saliera de un sueño; después apartó el periódico y volvió á ser el hombre de negocios, el activo letrado de siempre.

El conde de Monte Severne, no satisfecho con que lo anunciaran los periódicos, escribió á las autoridades de Cammere pidiendo noticias del paradero de la señora Isabel Vane. La contestación fué que ninguna de las sobrevivientes llevaba aquel nombre y que probablemente la señora Vane se contaba entre las víctimas; en cuanto á la niñera y el niño, por quienes también preguntaba, le dijeron que ambos habían muerto instantáneamente, y que también habían sucumbido días después dos señoras que iban en el mismo coche que el niño, una de las cuales era probablemente la madre de la infortunada criatura.

Así circuló la noticia de la muerte de Isabel, sin culpa alguna por parte de ésta. Ella lo supo por aquel mismo número del *Times* que había dado la noticia á Carlisle; se

lo prestó un viajero inglés que se hallaba con ella en el hospital y recibía periódicos de Londres. Isabel viajaba con nombre supuesto desde su salida de Grenoble, y las autoridades nunca sospecharon que la modesta Madame Vine convaleciente en el hospital fuese la señora Isabel Vane por quien preguntaba el magnate inglés.

Isabel comprendió desde luégo que el origen de aquella equivocación había sido el envío de su carta al conde por la hermana de la Caridad. Y como muerto ya su hijo no necesitaba ni quería seguir recibiendo auxilios del conde, resolvió dejarlo á él como á todos en su error, pasar por muerta y vivir totalmente desconocida y olvidada, bajo el nombre de Madame Vine.

Así lo hizo. El conde envió la carta de Isabel á Carlisle junto con la respuesta de las autoridades de Cammere. Por algunos días se habló mucho del asunto, de "la muerte de la pobre Isabel Vane," de "la mal aconsejada esposa de Carlisle." Su suerte había sido tan cruel que nadie habló de ella con oprobio.

Después . . . Isabel quedó olvidada.

CAPÍTULO XXIII

BÁRBARA FELIZ

Por entonces causó gran sensación en Lynne y fué también muy comentada en el pueblo y fuera de él la visita de Afy Jalión á su hermana Julia. No hay para qué decir que ésta la vió llegar con tanta indignación como sorpresa, sobre todo al notar lo emperifollada y presumida que volvía Afy después de su larga y misteriosa ausencia. Dijo que llevaba algunos meses al servicio de la condesa de Monte Severne, donde por cierto oyó referir y comentar detalladamente cuanto había sucedido en Lynne hasta que se recibió la noticia de la muerte de Isabel. Pero lo que Afy ocultó resueltamente á todos fué el motivo de su repentina desaparición la noche misma en que asesinaron á su padre, y

también su paradero, vida y milagros durante los primeros años de su ausencia.

Cuando Carlisle supo el regreso de Afy, la hizo llamar inmediatamente y procuró averiguar con hábiles preguntas algo que le permitiera esclarecer el misterioso crimen. Pero Afy, como Julia, como Betel, se mostró desde luégo convencida de que el asesino de su padre era Ricardo Hare. Carlisle llegó á acusar á Torne, pero la sorpresa y la indignación de Afy fueron tales que por escudar al galante capitán se acusó á sí misma.

—No, señor Carlisle, dijo. Torne se hallaba conmigo cuando asesinaron á mi padre. ¡No ha sido ni podía ser él; estoy segura, lo juro! Tampoco fueron Loreley ni Betel. ¡Ricardo Hare y no otro, es el asesino!

Y al retirarse Afy dejó á Carlisle más perplejo que nunca. ¿Le habría dicho Ricardo la verdad? ¿Mentía ó se equivocaba la hija de Jalión? ¿Á quién creer?

Algún tiempo después se hallaban Archibaldo y Cornelia sentados frente á frente en el gabinete donde solían pasar sus veladas, después de acostados los niños. Era una fría noche de Enero y nevaba en abundancia. Cornelia, que tenía una salud de hierro, había logrado resfriarse pasando dos horas de aquella mañana en los sótanos de la casa, dirigiendo la instalación de unos barriles de cerveza. Y aunque su hermano parecía y estaba en efecto muy interesado en la lectura de una revista literaria, no dejó de oir las quejas, toses y estornudos de Cornelia, que por fin recogió su labor y le dió las buenas noches algo más temprano que de costumbre.

Terminó Carlisle la lectura de un artículo, dejó su asiento y dió algunos pasos hacia el balcón.

—¿Nevará todavía? se preguntó.

La noche estaba tan obscura que nada pudo ver á través de los cristales y entreabrió el balcón. Imagínese el lector su sorpresa al sentir que una mano helada se posaba sobre la suya.

—¡Por Dios, señor Carlisle, déjeme Vd. entrar! oyó decir con suplicante tono que disipó toda su alarma; y dando un paso atrás vió entrar á Ricardo Hare, cubierto de nieve y tiritando de frío.

—¡Cierre Vd. la puerta! fué lo primero que dijo el fugitivo, sin contestar á las preguntas del atónito abogado, quien después de echar llave á las dos puertas del gabinete y cerrar cuidadosamente el balcón, condujo á Ricardo junto al fuego y le ofreció un gran vaso de buen vino.

—¿Qué ocurre? le preguntó. ¿Por qué has venido? Es una imprudencia. . . .

—He huído de Londres, dijo Ricardo, pálido y agitado. Me perseguían. Pero voy á contárselo á Vd. todo. Hace quince días estaba yo hablando con un cochero cuando se acercó un caballero alto, elegante, que abrió la portezuela, hizo entrar en el coche á una muchacha lindísima y se volvió para dar sus órdenes al cochero. ¿Sabe Vd. quién era? ¡Torne, el malvado aquel en quien pienso continuamente! Di un paso hacia él, me miró y se puso pálido. Le faltó tiempo para meterse en el coche á toda prisa y no tardé en perderlo de vista. Desde entonces, resuelto á descubrir su paradero, vigilé los paseos, las mejores calles, las puertas de los clubs y una semana después lo vi salir de un teatro. Me le planté delante y le dije: "Quiero saber su nombre." No puede Vd. imaginarse su furor. Me reconoció perfectamente, no tengo la menor duda; lanzó una blasfemia y apartándose del caballero que lo acompañaba se acercó á un policía y le dijo algunas palabras. Temí verme preso y huí, por callejuelas extraviadas; pero una hora después, ya cerca de la casa donde tengo mi bohardilla, miré atrás y vi en la esquina al policía, que procuraba ocultarse sin perderme de vista. Creyéndome descubierto subí corriendo á mi cuarto, me envolví en este chaquetón, me puse la barba postiza que había guardado hasta entonces y saliendo al patio por la puerta interior salté una tapia, tomé por un callejón y no sé cómo he tenido fuerzas para llegar hasta aquí.

—¿Y qué piensas hacer ahora?

—Huir otra vez, irme lejos de aquí y de Londres, á Liverpool ó Manchester. Sólo en las grandes ciudades puedo ocultarme. Pero me sería imposible ir á pie, como he venido aquí; necesito algún dinero.

—Lo tendrás. ¡Cuánto te compadezco, Ricardo!

Una hora más tarde, advertida Cornelia por su hermano, ocultaban ambos al infortunado joven en un cuartito inmediato al de Cornelia, donde ésta le había preparado lecho

para aquella noche. Rendido de cansancio como estaba, no tardó Ricardo en dormirse profundamente.

Lo primero que hizo Carlisle al día siguiente, de acuerdo con su hermana, fué ir en busca de Bárbara con el carruaje. Anunció al juez Hare y su familia que Cornelia estaba indispuesta y deseaba que Bárbara le hiciese compañía hasta la noche, encargándose él de llevarla á Lynne en el coche, que también la conduciría cómodamente á su regreso. Accedieron todos, Bárbara la primera, y grandes fueron su agitación y su sorpresa cuando ya camino de Lynne oyó la verdad de labios de Carlisle.

Pasó todo aquel día en compañía de su hermano, en la salita de Cornelia, que se hizo servir comida y cena en su cuarto para que los criados no se enterasen de la presencia de aquel extraño huésped en la casa. La conversación de Bárbara y Ricardo fué interminable, y aquélla manifestó repetidamente su vivo deseo de averiguar el verdadero nombre de Torne.

—¡Si pudieras preguntárselo á alguno de sus conocidos de Londres! dijo.

—Sé quién es el caballero que lo acompañaba al salir del teatro, repuso Ricardo, pero lo que es á ése no hay que pensar en preguntarle, porque á juzgar por las apariencias él y Torne son amigotes íntimos.

—¿Quién es ese amigo de Torne? preguntó Bárbara.

—El barón Francis Levison, replicó Ricardo dirigiendo una rápida mirada á Cornelia, que hizo una mueca feísima pero nada dijo.

—¿Levison? ¿Qué dices? preguntó Bárbara llena de asombro. ¿Conoces al barón?

—¡Oh, sí! contestó Ricardo. Es el único caballero á quien conozco en Londres.

Bárbara quedó pensativa largo rato.

—¿Se parecen? preguntó.

—No. Los dos son altos, pero no se parecen.

Llegó la noche y con ella la hora de partir Ricardo, á quien proveyeron de dinero. Prometió enviar á Carlisle las señas de su nuevo alojamiento tan luégo lo tuviese, y después de despedirse de Carlisle y Cornelia y de abrazar estrechamente á Bárbara, saltó al jardín por el mismo balcón que

le había dado entrada la noche anterior y desapareció en la obscuridad.

—Es tarde y mamá estará ya cansada de esperarme, dijo Bárbara.

—Cuando Vd. guste, amiga mía. El coche nos llevará á su casa en pocos minutos, repuso Carlisle.

—¿Pero qué necesidad hay de que Vd. se moleste en acompañarme?

—¿De veras ha creído Vd. que iba yo á dejarla regresar sola á estas horas?

El coche esperaba á la puerta y ambos tomaron asiento en él. Bárbara, pensando en su hermano, lloraba silenciosamente. Carlisle tomó una de sus manos.

—No se aflija Vd., Bárbara, le dijo. Todavía pueden preparársele á Ricardo días muy felices.

Llegados á la casa del juez se hallaron con que éste no había regresado y la señora Hare, cansada de esperar, se había retirado á su cuarto. Ambos jóvenes tomaron asiento en la sala, junto á un buen fuego. Bárbara pensaba en los sucesos de aquel día, en los minuciosos relatos de Ricardo, y Carlisle la contemplaba silencioso. Tras larga pausa, como si la joven sintiera clavada en ella la fija mirada de Carlisle, alzó los ojos.

—¿Quiere Vd. ser mi esposa, Bárbara?

Aquellas sencillas palabras, dichas por Carlisle de improviso pero en el tono más tranquilo, produjeron en el rostro de Bárbara un cambio repentino; sus ojos brillaron de placer y vivo rubor coloreó sus facciones. Pero su alegría fué pasajera y pronto volvió á quedar pálida y triste.

Por única respuesta movió la cabeza negativamente.

—Pero esa pregunta demuestra su bondad, Archibaldo, agregó poco después.

—¿Qué puede impedirlo, Bárbara?

Volvió á sonrojarse la joven, pero guardó silencio.

—Dígamelo Vd. al oído, Bárbara.

Ella no pudo contener sus lágrimas, que corrieron abundantes.

—¿Es porque en un tiempo fuí esposo de otra?

—No, no. Me lo impide el recuerdo de aquella noche . . . que Vd. tampoco puede haber olvidado y por siempre

presente en mi memoria. Nunca me creí capaz de descubrir mi secreto, de hacerme traición de tal manera. Sin lo que ocurrió aquella noche no me pediría Vd. ahora que sea su esposa.

—¡ Bárbara !

Su acento era tan doloroso que la joven le miró.

—¿ Pero no sabes que *te amo*, que no existe en el mundo otra mujer á quien quisiera llamar mía ? No, Bárbara, hoy que la felicidad se pone á nuestro alcance, no la rechacemos por vanas quimeras.

Los ojos de Bárbara volvieron á llenarse de lágrimas, y apoyó la cabeza en el brazo de Carlisle.

—¡ La felicidad ! dijo. ¿ Lo sería para Vd. ?

—¡ Profunda y completa ! murmuró él.

Bárbara leyó en su rostro la verdad de aquel amor que él acababa de confesarle, y dulce sonrisa animó sus lindas facciones. Aquello bastó á Carlisle.

—¿ Me amas ahora como entonces, Bárbara ?

—Más, mucho más, fué la dulce respuesta, apenas perceptible.

Carlisle la estrechó en sus brazos y se unieron sus labios.

El corazón de Bárbara había por fin hallado la dicha que tanto anhelara.

¿ Y Ricardo ? Prosiguiendo penosamente su jornada, hundidos los pies en la espesa capa de nieve que cubría caminos y campos, procuraba guarecerse lo mejor posible con un viejo paraguas que le había dado Carlisle, no tanto para proteger su astroso sombrero como para ocultar su rostro á los escasos transeuntes que pudieran cruzarse con él en las inmediaciones del pueblo. De repente su paraguas chocó violentamente contra otro.

—¡ Habrá cernícalo ! dijo un vozarrón tremendo. ¿ No ve Vd. por dónde anda ?

Ricardo quedó yerto, deseando que la tierra se abriese de repente á sus pies. Después lanzó una exclamación de sorpresa y terror y echó á correr como un loco, huyendo de su padre.

El juez Hare pudo entrever apenas el rostro de un sujeto de mala catadura, con inculta barba negra, á quien evidentemente había asustado aquel encuentro. ¿ Reconoció á Ricardo ? Lo único que sabemos es que permaneció inmóvil,

mirando en la dirección en que había desaparecido aquel hombre, hasta que se extinguió por completo el rumor de sus pasos.

CAPÍTULO XXIV

LA SORPRESA DE CORNELIA

Á LA nevada de la víspera sucedió un despejado día de invierno, de esos en que el azul del cielo y la brillantez del sol contrastan con la monótona blancura de la nieve. La señora Hare, derramando lágrimas que no sabía si atribuir al pesar que le causaba separarse de su hija ó á la alegría de ver á ésta poseída de profunda felicidad, ocupaba su puesto habitual, en cómodo sillón. Junto á ella había tomado asiento Carlisle.

—Archibaldo, le decía la buena señora, Bárbara ha tenido siempre aquí un hogar dichoso. ¿Lo será también el que le ofreces en Lynne?

—Procuraré que lo sea, con todas mis fuerzas; como dedicaré á Bárbara todo mi amor. Demasiado me conoce Vd. para dudar de mí.

—¿Dudar de tí? ¡Ah, no, Archibaldo! La confianza que me infundes es absoluta. Aunque todos los pretendientes de la comarca te hubieran disputado su mano, yo hubiera rogado al cielo que la elección de mi hija recayese en tí.

—¿Y Cornelia? no pudo menos de preguntar después la solícita madre.

—Mi hermana saldrá de Lynne, dijo Carlisle resueltamente.

—¿Y cómo es eso que tú te has enamorado de Bárbara? preguntó el juez, que había dado su consentimiento de mil amores y acababa de entrar envuelto en su bata y con su peluca de las mañanas. Pero aquí está Bárbara. Á ver, señorita; ¿por qué después de dar tantas calabazas cambia Vd. de parecer en cuanto se presenta Archibaldo á decirle lo que tantos otros?

Las enrojecidas mejillas de su hija se encargaron de contestar por ella.

Carlisle regresó á Lynne por la tarde, y después de comer procedió á dar á Cornelia la gran noticia.

—Hermana, le dijo sin preámbulos, cuando me casé con Isabel Vane te quejaste amargamente de que no te hubiera consultado antes de tomar aquella resolución. Creo que no me lo has perdonado todavía. . . .

—¡ Ni te lo perdonaré nunca !

—Corriente. Por eso ahora me apresuro á poner en tu conocimiento, apenas resuelto á ello, que voy á casarme otra vez.

Cornelia dió un respingo que hizo saltar sus espejuelos.

—¿ Qué dices ? ¡ Casarte tú ! ¿ Pero has perdido el juicio ? . . .

—Nada de eso. Lo mejor que puedes hacer es tomarlo con calma. He elegido por esposa á Bárbara Hare.

—¿ Á quién ? gritó la solterona.

—No eres sorda, Cornelia.

—¡ Ella ! ¡ Bárbara, que lleva años y años procurando pescarte !

—Gruñe cuanto quieras. Si Bárbara hubiera hecho lo qué tú tienes á bien suponer no hubiera llegado nunca á ser mi esposa. Y ahora que estás enterada, á otra cosa. Supongo que saldrás de Lynne y volverás á tu casa.

Cornelia no daba crédito á sus oídos.

—¡ Volver á mi casa ! chilló. No lo esperes. Seguiré viviendo aquí. ¿ Quién puede impedírmelo ?

—Saldrás de Lynne, repuso él con decisivo acento.

—¿ Quién dice tal cosa ?

—Yo. ¿ Has olvidado aquella noche en que *ella* me abandonó ? ¿ Y las palabras de Julia ? Sea ó no cierta aquella acusación, Cornelia, no correré el riesgo de verla repetida.

Cornelia no contestó. Sus labios se entreabrieron, pero nada dijo. La resolución de Archibaldo era evidentemente irrevocable. No sólo se casaba con "la advenediza," como la llamaba ella, con la "artera chiquilla," sino que el matrimonio la echaba á ella de Lynne.

En aquel momento anunciaron al comandante Torne, que deseaba ver á Carlisle y éste pasó á la sala. Á Corne-

lia le faltó tiempo para dar la noticia á Julia, con numerosos comentarios de su cosecha.

—Y ahora que tu amo ha resuelto portarse como un necio, concluyó, ¿sigues tú aquí, ó te vienes conmigo?

—Con Vd. me iría, dijo Julia sin volver en sí de su asombro, á no ser por la promesa que hice á mi señora de continuar siempre en Lynne, al lado de los niños.

—Si no te ponen de patitas en la calle, observó la solterona.

—Hablaré al señor, dijo Julia muy alarmada.

Entretanto el comandante Torne oía de labios de Carlisle la noticia de su próximo matrimonio con Bárbara Hare, cuya mano había solicitado inútilmente el simpático oficial.

—No me quejo, amigo Carlisle, dijo. Vd. la hará feliz.

—Cambiemos de tema, repuso el abogado. Hace tiempo que deseo hacerle á Vd. una pregunta. ¿Recuerda Vd. qué año fué el de su primera visita á Linden?

Torne se lo dijo. Era el año del asesinato de Jalión.

—¿Y no recuerda Vd. que anduviera entonces por aquí otro Torne, militar como Vd.?

—No he olvidado esa coincidencia. Lo vi una sola vez, en un ventorrillo solitario donde me refugié durante una tempestad. Pregunté quién era y me contestaron con mi nombre y mi grado de entonces: el capitán Torne.

—¿Lo reconocería Vd. si volviese á verlo?

—Creo que sí. Hay en su porte y aspecto algo que lo distingue muy marcadamente y lo fija en la memoria.

—Pues bien; si algún día vuelve Vd. á verlo y averigua su verdadero nombre, pues tengo mis razones para creer que el de Torne es supuesto ¿querrá Vd. hacerme el favor de comunicármelo?

—Cuente Vd. con ello, amigo Carlisle.

Apenas salió el comandante, se presentó Julia.

—Señor, dijo, la señora Cornelia me ha hablado del cambio que muy pronto ocurrirá en Lynne, y como ella se va de aquí me preguntó si prefería seguirla ó quedarme.

—Vamos, que mi hermana no ha guardado la noticia mucho tiempo, dijo Carlisle visiblemente disgustado. ¿Y tú qué le contestaste, Julia?

—Que nada podía decidir sin hablar con Vd. Porque

yo prometí á . . . á mi pobre señora permanecer con los niños mientras me lo permitieran. Me lo pidió cuando estaba enferma, cuando creyó que iba á morir. Y ahora, señor, quiero preguntarle si después de casarse Vd. tendré que irme de Lynne.

—No, Julia, no, exclamó Carlisle resueltamente. Yo también deseo que sigas siempre al lado de mis hijos.

—Está bien, señor, dijo la fiel mujer. Y al salir de la habitación llevaba reflejada en el rostro la alegría que le causaban aquellas palabras de su amo.

Llegó el día de la boda, en Junio, y la iglesia de Linden se llenó de gente. Pero Cornelia tuvo muy buen cuidado de no asistir á la ceremonia, y se encerró en su antigua casa del pueblo, inmediata á las oficinas de su hermano, en la cual había vuelto á instalarse definitivamente. El viejo Pedro la ofendió de muerte declarando que prefería permanecer en Lynne. Á invitación de Cornelia, sus tres sobrinos con Julia y la institutriz habían ido á pasar con ella el día de la boda, porque es de advertir que la buena mujer se consideraba como una mártir, víctima de la ingratitud de su hermano y se empeñaba en que el matrimonio de Archibaldo, que llevaba á Lynne una nueva madre para sus hijos, convertía á éstos en otras tantas víctimas, tan dignas de compasión como ella.

Entre los testigos de la boda figuró muy notablemente el viejo Dill, que se puso para el caso una finísima camisa con gran pechera bordada y un chaleco blanco de botones dorados cuya vista enfureció á Cornelia, que mártir y todo, no dejaba de vigilar desde el balcón de su casa cuanto pasaba en la calle.

—Allá va el imbécil de Dill, fué su comentario, con un chaleco que deja espantados á los chiquillos. Sólo le faltaba ponerse unos lazos de seda en los faldones de la levita.

La iglesia se llenó de bote en bote y los muchos vecinos que no pudieron entrar se agruparon en el atrio y en el camino. Las familias más distinguidas de Linden y sus cercanías, invitadas por Carlisle y Hare, llegaron en carruajes, ricamente engalanadas las señoras, dando no poco que admirar y comentar á los curiosos. Carlisle, objeto de todas las miradas, siempre grave y digno, llegó temprano. En los primeros asientos del templo se hallaban Anita Hare, her-

mana mayor de Bárbara, y su marido. Sir Rogerio Dobede entró dando el brazo á la señora Hare, más pálida y delicada que nunca. En cuanto al juez, su entrada produjo sensación, tales eran las dimensiones de su peluca de gala, lo majestuoso de su paso y la severidad de su semblante.

Bárbara estaba encantadora con su blanco traje de seda y el rico velo que en parte lo ocultaba. En su rostro, unas veces pálido y cubierto otras de vivo rubor, se veía claramente la profunda emoción que la embargaba.

Cuando el oficiante le preguntó si aceptaba por esposo á Carlisle y si prometía solemnemente serle fiel hasta la muerte, se oyó la voz de Bárbara, clara y firme, que decía :

—Sí acepto. Sí prometo.

Diríase que la joven desposada tenía en mientes á otra que no había cumplido aquella promesa ; parecía como si quisiese proclamar muy alto su firme propósito de permanecer por siempre fiel á sus deberes de esposa.

La ceremonia terminó pronto, y Bárbara, llevando puesto el anillo que acababa de darle Carlisle, tomó el brazo de éste y subió al lujoso carruaje que desde entonces era también suyo, como todo lo que pertenecía al señor de Lynne.

Los curiosos la saludaron con grandes aclamaciones, pero el carruaje partió rápidamente y pronto los dejó atrás. Entonces Carlisle, rompiendo el silencio que hasta aquel momento habían guardado ambos, se volvió hacia su esposa y le preguntó, con agitado acento :

—Bárbara, ¿me serás siempre fiel ?

Ella le dirigió con sus azules ojos una mirada llena de amor y contestó :

—Siempre, te lo juro, hasta que la muerte nos separe. ¡ Dios oye mi juramento !

CAPÍTULO XXV

ESTALENBERG

MÁs de un año después, casi á fines del verano siguiente, se hallaban los baños de Estalenberg concurridísimos, como todos los otros puntos de temporada muy numerosos en Alemania, donde se reunen los más distinguidos viajeros de toda Europa. En el mejor de los hoteles residía una familia inglesa compuesta de los señores de Crosby, su hija Elena, la institutriz de ésta, Madame Vine, y dos ó tres sirvientes. Elena, aunque no contaba más de diez y siete años, era una de las jóvenes más bellas y más admiradas en todos los bailes y reuniones de aquella brillante sociedad, en la que se sabía también que la linda inglesa era riquísima heredera.

Con tantos atractivos no podían faltarle pretendientes, á pesar de sus pocos años; y entre aquéllos ninguno tan resuelto y aceptable al parecer como el joven Otón de Estalenberg, bien parecido, de noble y distinguida familia, y cuya escasez relativa de fortuna quedaba compensada con el título de conde que le permitían usar con pleno derecho sus rancios pergaminos. ¡ Condesa de Estalenberg ! ¿ Qué aliciente más poderoso para la hija del muy acaudalado pero muy plebeyo Crosby ?

El resultado de la corte asidua del joven Otón fué que tras una fiesta brillante en la morada señorial de sus padres quedó acordada su boda con Elena. Y al siguiente día, mientras los señores de Crosby discutían el proyectado enlace, la novia se apresuró á dar la gran noticia á su buena institutriz.

—¡ Oh, Madame Vine ! le dijo apenas vestida. Es cosa resuelta, voy á casarme. Y mamá dice que desde hoy cesan mis estudios, porque hay que hacer tantos preparativos que me faltará tiempo para proseguirlos.

Madame Vine, señora de mediana edad al parecer y rostro pálido y triste, la contempló con alguna sorpresa y le dijo con cariñoso acento :

—Algo joven es Vd. para contraer matrimonio, mi querida Elena. . . .

—¡ No hable Vd. de eso ! Precisamente es la única objeción de papá.

—¿ Con el conde Otón ? preguntó la institutriz, que no obstante su nombre francés poseía y hablaba perfectamente el idioma de la joven.

—¡ Oh, sí ! ¿ Con quién había de ser ?

En aquella Madame Vine no hubiera reconocido el lector á la noble y un tiempo hermosa Isabel Vane. ¡ Qué cambio tan radical habían operado en ella el dolor, la desgracia, los remordimientos y el terrible desastre de Cammere, en el que estuvo tan próxima á perecer ! La herida que entonces recibió en una pierna la había dejado ligeramente coja ; su cuerpo algo encorvado la hacía parecer de menor estatura ; desde la barba hasta la mejilla se extendía una cicatriz que alteraba por completo la expresión y el aspecto de la parte inferior del rostro ; la falta de algunos dientes producía al hablar marcado ceceo, y sobre sus cabellos casi blancos, que cubrían en gran parte la frente, llevaba una cofia de respetable tamaño que con un par de espejuelos verdes completaba su disfraz. La eficacia de éste quedó plenamente demostrada cuando la señora Ducie y su hija estuvieron en Estalenberg y hablaron repetidas veces con ella sin tener la más leve sospecha. Ni ¿ quién hubiera podido reconocer en aquella mujer desfigurada, envejecida, á la beldad de algunos años antes ? Nadie, ni el mismo Carlisle. Pero era bien parecida todavía, cariñosa, interesante y muchos se admiraban de ver cabellos blancos sobre frente tan tersa.

Llevaba dos años con la familia Crosby. Terminada su curación en Cammere fué á una tranquila ciudad francesa, donde supo que aquellos señores, residentes á la sazón en dicha ciudad, buscaban una institutriz para su hija Elena. Isabel les dijo que era inglesa, pero viuda de un francés ; y aunque no pudo presentarles recomendaciones, le bastó muy poco tiempo para atraerse toda su confianza y su simpatía. Á principios de aquel verano vió con temor que se dirigían á lugar tan concurrido como los baños de aquella población alemana, pero el encuentro con la señora Ducie la tranquilizó casi por completo.

Lo que con dificultad podríamos describir era la angustia perpetua, el dolor intenso que le causaba la ausencia de sus hijos. No hay madre en el mundo, por encumbrada ó hu-

milde que sea su posición, que no eche de menos, á los pocos días de estar separada de sus hijos, á las pocas semanas á lo sumo, la vista de sus caritas adoradas, su inocente cháchara y sus dulces besos. ¿Cuáles serían los sufrimientos de Isabel, alejada durante años de aquellos tiernos pedazos de su corazón y sin esperanza de volver á verlos? Tal separación le era ya insoportable. Nada había sabido de ellos ni de Lynne desde la visita que le hizo el conde de Monte Severne en Grenoble, tres años antes. Los pocos periódicos ingleses que recibían los señores de Crosby no contenían, como era natural, las únicas noticias que podían interesar á la pobre madre. ¿Preguntar? ¿Qué pretexto podía alegar Madame Vine para pedir á la señora Ducie, por ejemplo, noticias de Lynne? Ni aun sabía si Carlisle y sus hijos vivían. ¡Oh, cuánto hubiera deseado estrechar sobre su pecho á los tres hijos de su alma, cubrir de besos sus rostros, verlos, aunque fuese sólo por una hora, por un momento!

Pero la casualidad quiso que muy pronto recibiera noticias de ellos. Entre los viajeros llegados últimamente á Estalenberg se contaba una señora Latimer, residente en Linden, que llevaba consigo en calidad de doncella de servicio á la hermana de Julia, Afy Jalión, tan presumida y habladora como siempre. Las señoras de Crosby y Latimer se hicieron muy amigas, y Afy no tardó en saber que aquella Madame Vine de la cofia monumental era la institutriz de Elena Crosby. Pocas noches después, sentada Isabel en un banco de los jardines del hotel, vió venir hacia ella á una joven que sin la menor ceremonia tomó asiento á su lado y entabló conversación.

—Buenas noches, Madame Vine, dijo.

—Buenas noches, contestó la interpelada con su habitual cortesía.

—Vd. no me conoce, sin duda, prosiguió Afy; estoy al servicio de la señora Latimer y me muero de fastidio en estos benditos baños, donde no tengo ni con quien hablar.

—¿No le gusta á Vd. esta población?

—Figúrese Vd. que no sé una palabra de francés ni alemán y que entre las doncellas de cuantas familias hay en el hotel no he hallado todavía una inglesa ó que siquiera entienda mi lengua. Casi preferiría verme otra vez en Linden.

Isabel había prestado hasta entonces muy poca atención á la charla de la muchacha, pero al oir aquel nombre apenas pudo disimular su emoción y preguntó con vivo interés :

—¿ Vive Vd. en Linden ?

—Sí, un agujero horrible, donde la señora Latimer alquiló una casa poco después de entrar yo á su servicio.

—Entonces . . . supongo que conocerá Vd., ó sabrá dónde está Lynne.

—¡ Vaya si lo sé ! Como que mi media hermana, Julia Jalión, sirve allí desde hace años. Pero ¿ ha estado Vd. también por allí, Madame Vine ?

—Pasé una corta temporada en las cercanías, dijo Isabel después de meditar algo su respuesta. Y me alegraría de saber algo de la familia Carlisle, á la que recuerdo mucho.

—Pues no han ocurrido pocos cambios en aquella casa, repuso Afy con cierto desdén. ¿ Supongo que Vd. estuvo en Lynne cuando vivía la señora Isabel Carlisle ?

—¿ La señora Isabel ? Sí, eso es, asintió la institutriz después de otra pausa.

—¿ Y no sabe Vd. que abandonó á su marido y á sus hijos ?

—¿ Viven los niños ?

—Sí, los pobrecitos, aunque ó mucho me engañ[illegible]io ó uno de ellos va para tísico. Así se lo dije una vez á Julia mi hermana y se puso furiosa. Ella dice que se curará.

—¿ De cuál de los niños habla Vd. ? preguntó Isabel ansiosa. ¿ De Isabel ?

—No recuerdo que ninguno de ellos tuviera ese nombre. La única niña que hay en Lynne se llama Lucía.

—Yo . . . cuando estuve allí, si mal no recuerdo, había en la casa dos niños y una niña que llevaba el nombre de su madre. . . .

—Aguarde Vd. Ahora me acuerdo de una conversación que tuve con Brígida, la niñera. . . . Sí, eso es ; me dijo que el señor Carlisle ordenó, la noche misma de la fuga de la señora, que desde entonces llamaran á su hija por su segundo nombre, Lucía. Y con razón.

—Sí, con razón, repitió tristemente Isabel. Pero ¿ cuál de los niños es el enfermo ?

—Guillermo, el mayor. No enfermo, que digamos, pero

flacucho, con las mejillas encendidas y los ojos brillantes, como si se lo comiera la fiebre.

—¿Y el otro niño, el chiquitín, que si no me engaño se llamaba Archibaldo?

—¡Ah, ese es de la piel del diablo! Gordo y fuerte y travieso como él solo. Es el vivo retrato del señor Carlisle. Y digo, Madame Vine, continuó la muchacha cambiando repentinamente de tema; cuando estuvo Vd. en Lynne ¿oyó hablar muy mal de mí, de Afy Jalión?

—No, hija mía ¿por qué? Me parece, sí, que oí su nombre.

—Mi padre murió asesinado por un bribón, un tal Ricardo Hare. Sin duda recordará Vd. haber oído hablar de ese crimen y quizás conozca también á los Hare. Pues bueno; así que enterraron á mi padre me fuí de allí, y ¿sabe Vd. lo que inventaron? Que había huído en compañía de Ricardo Hare.

—¿Y no fué así?

—No, lo juro, exclamó Afy con gran énfasis. ¡Yo en compañía del asesino de mi padre! Sólo á los chismosos de Linden podía ocurrírseles invención semejante, y así se lo dije al señor Carlisle á mi regreso. Había estado algún tiempo al servicio de la condesa de Monte Severne, cuyo marido era pariente de la señora Isabel Carlisle, de modo que me enteré de todo lo que ocurrió en Lynne. La condesa no habló de otra cosa en todo un mes y entre ella y la señora Levison pusieron por los suelos á la parienta del conde. ¿No se siente Vd. bien, Madame Vine? añadió Afy, al notar que la pobre mujer se oprimía la frente entre las manos.

—La que todavía sigue haciendo muecas cuando me ve, prosiguió Afy, es aquella furia que vivía en Lynne, la señora Cornelia.

—También la conocí. ¿Sigue en Lynne?

—Ni pensarlo. Como si el señor Carlisle fuese á permitir que su hermana y su mujer anduviesen siempre á la greña. . . .

—¿Su mujer? ¿De quién habla Vd.? preguntó Isabel, aturdida, llena de mortal angustia.

—De la segunda mujer del señor Carlisle. ¿De quién he de hablar? contestó Afy, con la mayor indiferencia.

La desgraciada Isabel sintió en el corazón un dolor agudo que por algunos momentos le impidió hablar.

—Su segunda mujer. . . . Nada sabía. . . .

—Pues sí, se casaron hace ya quince meses, en Junio del año pasado. Y cuidado que se llenó la iglesia aquel día. La novia estaba lindísima. . . .

—¿ Bárbara Hare ?

—Por supuesto. En Linden se murmuraba que antes de ver él á la señora Isabel anduvo haciéndole el amor á Bárbara. Ésta tiene ya un hijo. . . .

—¿ Un hijo ?

—Un rapaz hermosísimo, de tres ó cuatro meses, á quien quiere tanto como á su marido.

—¿ Y quiere también á los otros niños ?

—Creo que sí, aunque poco tiene que ver con ellos. Los cuidan Julia y Brígida y además los dos mayores tienen una institutriz que el señor Carlisle les llevó á Lynne apenas los abandonó su madre. Por cierto que la institutriz se les va pronto ; Julia me dijo que iba á casarse.

—¿ Va Vd. á Lynne con frecuencia ?

—No, porque allí me quieren mal. Como que la tal Bárbara Hare sabe muy bien que su hermano Ricardo estaba loco por mí y quería casarse conmigo, aunque yo nunca le hice caso. ¡ Quién le había de decir á ella que se vería señora de Lynne ! Pero la culpa la tiene aquella mala madre que le dejó el campo libre.

Isabel sufría horriblemente.

—Y eso que el señor Carlisle la adoraba ; Julia me lo ha dicho mil veces. Mi hermana también la quería, casi tanto como él, pero la verdad es que no lo merecía. Ni una fiera hubiera abandonado á sus hijos como ella lo hizo. . . ¿ Se retira Vd., Madame Vine ?

—Sí, tengo que irme. Buenas noches.

No podía resistir más. Huyó á su cuarto, procuró hallar calma y olvido en el sueño, pero en vano. ¡ Qué noticias ! Uno de sus hijos enfermo, una madrastra en Lynne. ¡ Sus hijos ! ¡ Oh, quién le concediera la dicha de volver á verlos ! Devorada por la fiebre, presa de la más intensa agitación nerviosa, llamando á veces á la muerte en su auxilio, pasó Isabel aquella noche de martirio.

Difícil sería decir cuál hubiera sido el término de su de-

sesperación, sin una oportuna coincidencia que muy pronto atrajo y reconcentró todos sus pensamientos. Al siguiente día, terminado el almuerzo, vió Isabel entrar en su cuarto á las señoras de Crosby y Latimer. La primera, que sentía mucho ver á su hija privada de la compañía y las enseñanzas de Madame Vine, acababa de oir de labios de su amiga que cierta familia inglesa muy recomendable necesitaba una institutriz y se apresuró á llevar la noticia á Isabel.

—Es una colocación de las mejores que se le pueden ofrecer en Inglaterra, apoyó la señora Latimer. La tratarán á Vd. como una señora. Dos educandos, un niño y una niña, porque aunque tienen otro hermanito, es muy joven todavía. Setenta guineas de sueldo. Los Carlisle son amigos míos y viven en una magnífica residencia, llamada Lynne.

¡ Carlisle ! ¡ Lynne ! ¡ Ir allí de institutriz de sus propios hijos ! ¡ Vivir con ellos en la que había sido su casa ! La sorpresa dejó muda á Isabel.

—La institutriz que tenían se les va, prosiguió la señora Latimer, y Carlisle me encargó mucho al despedirnos que hiciera lo posible por procurarles otra, si buenamente sabía de alguna en mis viajes. La señora Crosby me dice que posee Vd. los idiomas francés y alemán, que es excelente profesora de música, que la recomienda por todos conceptos. . . . En fin, no me queda duda de que podría Vd. obtener la plaza de que le hablo. ¿ Qué dice Vd. á ello ?

¿ Qué podía responder Isabel ? Cuando la señora Crosby unió sus instancias á las de su amiga, para que aceptara y pudieran escribir á los señores de Carlisle, hizo un esfuerzo para salir de su aturdimiento y contestó :

—Les ruego que me den de plazo hasta mañana para pensar algo su ofrecimiento y tomar una resolución. Hasta este momento no había pensado siquiera en aceptar colocación alguna en Inglaterra.

Muy perpleja se vió Isabel todo el día, dispuesta unas veces á intentar aquel arriesgado paso y desistiendo otras de tamaña empresa. Pero sobre todas sus dudas y temores predominaba el deseo irresistible de ver á sus hijos, de hablarles y cuidarlos. ¿ Qué le importaban, á cambio de tan inmensa felicidad, algunos dolores y humillaciones más ? La tentación era muy fuerte y por fin resolvió aceptar, es decir, solicitar la plaza vacante en Lynne.

La señora Latimer escribió á Bárbara y Carlisle, dándoles todos los informes que pudo relativos á Madame Vine y repitiendo los elogios que de ella había hecho la señora Crosby. "Pero no se fijen Vds. en su aspecto, que es rarísimo," agregaba la carta. "Usa anteojos con cristales casi negros y lleva una cofia muy grande; tiene una cicatriz de la mejilla hasta la barba, es algo coja, y aunque no parece contar más de treinta años, tiene ya muchas canas. Pero aparte de sus rarezas y su aspecto, es toda una señora."

Cuando esta descripción llegó á Lynne, Bárbara y Archibaldo se rieron mucho pero también acordaron contratar desde luego á Madame Vine y así se lo escribieron á la señora Latimer.

Grande fué la agitación de Isabel al empezar sus preparativos de viaje. Pasó cuidadosa revista á su equipaje, ropas y cuantos objetos le pertenecían, para evitar que una carta, unas iniciales, un indicio cualquiera la vendiese y malograse su plan. Hacía dos años que procuraba cambiar su carácter de letra, con resultados muy satisfactorios; pero su mano tembló al escribir á la señora de Carlisle, que á su vez le había escrito directamente. ¡Ella, Isabel, escribiendo á la esposa de Archibaldo, de inferior á superior! Ardientes lágrimas se agolparon á sus ojos al contemplar la firma de aquella carta: "Bárbara Carlisle."

Habían acordado que Isabel partiría en Octubre, en compañía de la señora Latimer y Afy Jalión, que regresaban á Inglaterra.

—Ya está Vd. advertida, le dijo la señora Latimer durante el viaje, de las circunstancias especiales en que se hallan los niños que va Vd. á tener á su cargo. No les hable Vd. nunca de su madre, que los abandonó. Al señor Carlisle no le gustaría. Supongo que su objeto es conseguir que la olviden y que consideren á la actual señora de Carlisle como su única madre.

La infortunada Isabel oía tan crueles palabras con el corazón desgarrado, fingiendo indiferencia, murmurando algunas frases de asentimiento.

Llegaron á Linden una lluviosa tarde de otoño. La señora Latimer, creyendo que Madame Vine desconocía los alrededores, la instaló bondadosamente en un coche y se

despidió de ella, dando orden al cochero de conducirla á Lynne.

Una vez más se vió Isabel en aquel camino tantas veces recorrido en tiempos más felices. Pasó ante la casa del juez Hare y por fin divisó á lo lejos los edificios de Lynne, el querido é inolvidable hogar. Desde la avenida en que muy pronto entró el coche vió las ventanas iluminadas, pensó en los felices moradores de aquella casa y su corazón latió con dolorosa violencia. El coche se detuvo al pie de la escalinata de entrada. Por algunos momentos le pareció á Isabel que un velo cubría sus ojos impidiéndole ver cosa alguna. ¿Iba á presentarse de repente el hombre á quien ya no podía llamar su esposo? Agitada y temerosa, sintió haber dado aquel arriesgado paso, pero ya era tarde para retroceder.

La puerta se abrió de par en par y la luz del corredor inundó la entrada.

CAPÍTULO XXVI

DOLOROSO CAMBIO

En la puerta aparecieron dos criados, uno de los cuales permaneció en lo alto de la escalinata y el otro bajó los peldaños, ayudó á Isabel á salir del carruaje y procedió á encargarse del equipaje. Al llegar la viajera á la puerta se halló frente á frente del viejo Pedro y trabajo le costó no saludarlo por su nombre. Le faltaron palabras y por fin preguntó en voz baja:

—¿Está en casa la señora Carlisle?

—Sí, señora.

En aquel momento se adelantó á recibirla Julia.

—¿Madame Vine, si no me engaño? preguntó respetuosamente. Por aquí, sírvase Vd. seguirme.

Pero Isabel se detuvo en el corredor, al parecer para vigilar la conducción de su equipaje, pero en realidad para ganar algunos momentos de respiro; creía que Julia iba á llevarla directamente á la presencia de los señores de Car-

lisle. Mas no fué así; Julia la condujo á una habitación que todos en Lynne llamaban la salita, y en cuyo hogar ardía un alegre fuego.

—Esta sala le está destinada á Vd., Madame. ¿Qué desea Vd. cenar? Daré sus órdenes en la cocina y mientras le preparan la cena le enseñaré su alcoba, en el segundo piso.

—Una taza de te, dijo Isabel.

—Y un poquito de carne fiambre, sugirió Julia.

—No, nada más que te y una tostada.

Julia llamó, repitió la orden, y luégo acompañó á Isabel á su cuarto. Las puertas de las habitaciones del primer piso que un tiempo habían sido las suyas, tocador y alcoba, estaban abiertas, é Isabel contempló con emoción el interior de aquellas piezas, siempre tan hermosas; pero ¡ah! que ahora pertenecían á otra y le estaban vedadas á ella, que voluntariamente las había abandonado para siempre. Sobre el sofá vió un libro y un chal; á los pies del lecho un traje de seda. Siguió tras Julia, y en el segundo piso vió que le habían destinado una alcoba cómoda y bien amueblada, la misma que había ocupado Cornelia cuando ella, Isabel, era dueña y señora de Lynne. Julia puso la vela sobre una mesa y miró en torno.

—¿Quiere Vd. que enciendan fuego aquí? preguntó.

—No, gracias, se limitó á contestar Isabel, temerosa de las miradas de Julia, que notaba fijas en ella y deseando que la buena muchacha se retirase cuanto antes.

—Si desea Vd. algo no tiene más que tirar del cordón ése para llamar á Susana, que ha recibido órdenes especiales de la señora para atenderla á Vd.

Isabel quedó sola y se quitó sombrero y abrigo. Se sentía próxima á sollozar, pero procuró dominar su turbación y desechar los temores que la dominaban, diciéndose que tarde ó temprano tendría que presentarse á Carlisle y su esposa y que no corría riesgo de ser conocida, gracias á su disfraz y al cambio que habían efectuado en su aspecto el tiempo, el dolor y las desgracias sufridas. ¡En Lynne! ¡Se hallaba de nuevo en Lynne, en su casa! Arrodillada junto al lecho, pidió fervorosamente al cielo que le diese fuerzas para continuar allí, para perseverar en la ímproba tarea que se había impuesto.

Por fin se resolvió á tomar la vela y bajar á la salita, donde halló la mesa servida. Reconoció casi todas las piezas del servicio que en ella había y los muebles que la rodeaban; pensó también en el buen trato dado en Lynne á la institutriz, tan en armonía con el carácter del señor Carlisle.

Preparó el te, preguntándose si los dueños de la casa estarían en el comedor, si vería pronto á los niños, á quienes no había oído hasta entonces. De vez en cuando sonaba en el corredor una de las campanillas de servicio y veía pasar á un sirviente. Concluída su frugalísima cena llamó á su vez y acudió Susana, que limpió la mesa y en pocos minutos dejó sola á Isabel. Sumida se hallaba ésta en sus tristes meditaciones cuando la agitó profundamente el eco de voces infantiles que se oían en el corredor. Eran los niños . . . ¡sus hijos! ¿Entrarían á verla? La pobre madre se oprimió el pecho con ambas manos y esperó.

Pero se equivocaba. Los niños habían cruzado el corredor á distancia y el sonido de su charla infantil, cada vez más lejano, le indicó que subían la ancha escalera. Probablemente les habían permitido ir al comedor, á los postres, como solía hacerlo ella en otro tiempo, é iban á acostarse. Miró su reloj; eran las siete y media.

Su reloj era nuevo, como todos los objetos y ropas de su pertenencia que había llevado á Lynne. Lo único que había conservado era el retrato en miniatura de su madre y la crucecita de oro y esmeraldas regalo de ésta, aquella misma cruz que Levison había destrozado la primera vez que vió á Isabel. Momentos después entró Pedro.

—La señora dice que desea verla si no está Vd. muy cansada. La señora espera en la sala.

Había llegado el temido instante en que iba á verse frente á frente de Bárbara Carlisle. Pedro esperaba en la puerta, que tenía abierta para que ella pasase.

—¿Está sola la señora? preguntó en voz baja, sin atreverse á mirar al fiel criado.

—Sí, sola, replicó éste. El señor come esta noche fuera de casa. ¡Madame Vine! anunció después, abriendo la puerta de la sala.

Isabel abarcó de una mirada la fastuosa estancia, vivamente alumbrada por la araña que pendía del techo. Y vió

también á Bárbara, al parecer tan joven y tan linda como el día en que la vió por primera vez á las puertas del cementerio y preguntó á Carlisle quién era aquella bonita joven. Vestía hermoso traje azul claro, el color que más la favorecía y llevaba grueso collar y brazaletes de oro. Sus animadas facciones, los vivos ojos azules y la abundante cabellera rubia de la graciosa Bárbara formaban el más vivo contraste con el aspecto de la nueva institutriz.

Bárbara se adelantó al encuentro de ésta tendiéndole la mano.

—Espero que el viaje no la haya fatigado á Vd. mucho, dijo con afable acento.

Isabel murmuró algunas palabras ininteligibles y tomó asiento en la silla que le ofreció Bárbara, cuidando de colocarse en lo posible de espaldas á la luz.

—¿Está Vd. indispuesta? preguntó Bárbara al notar su intensa palidez, en cuanto se lo permitían los anteojos y la cofia de la institutriz.

—Indispuesta no, algo cansada, fué la respuesta dada en voz muy baja.

—¿Prefiere Vd. que nos veamos mañana? Quizás sea mejor que se retire Vd. á descansar desde luégo.

Á ello se negó Isabel, que prefería tener aquella primera entrevista de noche.

—Pues bien, prosiguió Bárbara, la señora Latimer nos escribió que estaba segura de que Vd. nos convendría. Así lo espero y lo deseo yo, como también que Vd. halle agradable su residencia en Lynne. ¿Ha estado Vd. antes en Inglaterra?

—Hace años, cuando muy joven.

—¿Y ha perdido Vd. esposo é hijos, según creo?

—Sí, señora; lo he perdido todo, fué la débil y triste respuesta.

—¡Qué horrible debe de ser la muerte de un hijo! exclamó Bárbara cruzando las manos. ¡Oh, si yo perdiese á mi niño no sé qué sería de mí!

—Es un dolor cruelísimo, casi insoportable, asintió Isabel. Pero también se dijo que existe otra clase de separación, aun peor que la muerte. Bárbara empezó á hablar de los niños que deseaban encomendar á la institutriz.

—Sin duda sabe Vd. ya que no son míos, observó, sino de la primera esposa del señor Carlisle. . . .

—¿Que ha muerto, me han dicho?

—Sí. Fué Isabel Vane, hija del conde de Monte Severne y muy hermosa, pero no creo que amase á su marido. Lo cierto es que lo abandonó.

—Triste paso, en verdad, murmuró Isabel por decir algo.

—¡Infame y perverso! exclamó Bárbara con indignado acento. Nadie menos que el señor Carlisle podía merecer tal ingratitud, tamaña afrenta. Su esposa huyó en compañía de Francis Levison, hoy Sir Francis, que había venido á pasar una corta temporada en Lynne. Nadie había notado la menor inteligencia entre ellos y la conducta de la señora Carlisle ha sido siempre un misterio.

Isabel continuaba inmóvil y muda.

—Los pobres niños sufrirán siempre la humillación de la conducta y el divorcio de su madre. Julia me dice que le hablan de ella algunas veces, y yo le recomiendo, Madame Vine, que evite toda alusión en ese sentido. Lo mejor es que los niños la olviden por completo.

—Sin duda, murmuró Isabel acongojada.

—Cuando yo llegué á Lynne, siguió diciendo Bárbara, los encontré muy bien cuidados y dirigidos por su primera institutriz, la señorita Maning; pero ésta nos ha tenido que dejar, con sentimiento por nuestra parte, para contraer matrimonio con un oficial á quien estaba prometida hacía tiempo. La niña estará por completo á cargo de Vd., aun fuera de las horas de clase. . . .

—¡Oh, sí, siempre! exclamó Isabel. ¿Gozan ella y sus hermanos de buena salud?

—Muy buena. El niño mayor, Guillermo, tuvo el sarampión la primavera última y le ha quedado desde entonces alguna tos. Pero el doctor Vandon dice que se le quitará con el tiempo.

—¿Tose mucho?

—Por las noches y algo al despertar. Ne creo que sea cosa de cuidado, aunque su padre se alarma algunas veces. ¿Cuántos hijos ha tenido Vd., Madame Vine?

Aquella pregunta imprevista sorprendió á Isabel, que de pronto no supo qué decir y luégo balbuceó:

—Tres . . . y el menor, que murió muy niño. Todos han muerto.

—¡Perder cuatro hijos! ¡Qué desgracia! exclamó Bárbara. Y notando luégo la palidez y agitación de la institutriz, que atribuyó á sus dolorosos recuerdos, cambió de conversación.

—Me basta oirla á Vd., dijo, para comprender, como ya nos lo había escrito la señora Latimer, que ni por su nacimiento ni su educación estaba Vd. destinada á tener que trabajar para vivir. Sin duda la muerte de su marido la dejó á Vd. sin recursos. . . .

—Cuando lo perdí á él lo perdí todo, dijo Isabel con doloroso acento.

Previa la venia de su señora entró entonces Brígida, la niñera, con un hermoso niño de pocos meses que depositó en el regazo de Bárbara. También Isabel se había sentado un tiempo en aquel mismo sillón y dado el pecho, como lo hacía entonces Bárbara, á otros niños no menos hermosos y queridos que aquél. Brígida se retiró después de haber contemplado con curiosidad y admiración la rara figura de la nueva institutriz.

—¿Con que esta noche no quieres dormirte, picarón? dijo Bárbara cubriendo de besos la carita de su hijo. ¿Ha visto Vd. niño más lindo que éste? preguntó orgullosa.

—Muy hermoso es por cierto, replicó Isabel.

—El vivo retrato de su padre, de quien espero que herede también las nobles cualidades. Todos lo respetan y lo aprecian; sólo su primera esposa no pareció comprenderlo ni amarlo. Yo no puedo ni podré explicarme nunca cómo ella se decidió á abandonarlo, ni cómo pudo fijarse en otro hombre alguno después de haber llamado esposo al señor Carlisle.

Isabel reprimió á duras penas un grito de dolor.

—Ahí viene, continuó Barbara. ¿Oye Vd. el ruido de las ruedas del coche en la avenida?

Y levantándose, con su hijo en los brazos, se adelantó hacia la puerta. Isabel tuvo que permanecer sentada, para disimular el temblor que sacudía con violencia todo su cuerpo. Pasaron algunos momentos y apareció en la puerta la elevada figura de Carlisle. Isabel se hallaba una vez más en presencia del que había sido su esposo.

Carlisle no la vió al entrar, é inclinándose besó amorosamente á Bárbara. Isabel tenía fijos los ojos en él y vió el ardiente beso que Bárbara devolvió á su marido y oyó aquellas palabras: "¡Amor mío!" dulces como una caricia. Después besó Carlisle los entreabiertos labios de su hijo. Isabel se cubrió el rostro con las manos. ¿Había contado ella con aquel tormento cruelísimo al volver á Lynne? Sí, era parte de la cruz que había echado sobre sus hombros; tenía que soportar aquel martirio.

Carlisle entró en la sala, vió á la mujer desconocida que allí esperaba é hizo un ademán de sorpresa.

—Madame Vine, se apresuró á decir Bárbara.

Carlisle se adelantó inmediatamente, tendiendo la mano á la institutriz, saludándola con tanta afabilidad como lo había hecho su esposa. Isabel no pudo negarle la mano, que colocó temblando en la de Carlisle, en aquella mano que tantas veces había estrechado la suya con amor, desde el día en que ambos se juraron eterna fidelidad ante el altar de la iglesia de Marling.

Isabel tuvo que sentarse otra vez, incapaz de sostenerse y pálida como una muerta. Carlisle le dirigió algunas preguntas sobre su viaje, á las que contestó ella brevísimamente, y sin atreverse á mirarle. No así Carlisle, que examinó atentamente á Madame Vine y convencido después de que por lo pronto sería difícil sostener con ella una conversación, tomó en brazos á su hijo, paseó con él por la sala dirigiéndole mil frases cariñosas y acabó por cubrir de besos su carita sonriente, como lo había hecho antes Bárbara.

¿Qué pasaba entre tanto en el alma de Isabel? Así había jugado él antes con sus otros hijos, mientras la dichosa Isabel lo contemplaba embelesada como lo hacía entonces Bárbara. Carlisle se dirigió á Isabel, preguntándole:

—¿Le gustan á Vd. los niños, Madame Vine? Dicen que éste es muy hermoso.

—Hermosísimo, dijo ella. ¿Cómo se llama?

—Arturo.

—Arturo Archibaldo, dijo Bárbara dirigiendo amorosa sonrisa á su marido.

Isabel dejó su asiento y en voz baja manifestó el deseo de retirarse á descansar. Bárbara volvió á estrecharle la

mano, recomendándole que llamase á Susana para pedirle cuanto necesitase y Carlisle se dirigió á la puerta, que abrió para que ella pasase, saludándola cortésmente al salir.

Isabel subió á su cuarto. ¿Para descansar? ¿Cómo lograrlo con aquel tumulto de pensamientos y de emociones que la agitaban tan profundamente? Acababa de pasar por una prueba durísima, mucho más cruel que cuanto se había imaginado de antemano; pero acabó por decirse que aquel agudo dolor era parte insignificante de su expiación, del castigo de su culpa y tenía que soportarlo.

—¿Verdad que es rara? preguntó Bárbara á su marido cuando quedaron solos. No sé porqué usa esos anteojos negros, que tanto la desfiguran.

—Me recuerda vagamente á . . . empezó á decir Carlisle pensativo.

—¿Á quién?

—Algunas líneas del rostro, quiero decir.

—Muy poco es lo que puede verse de él, repuso Bárbara. ¿Á quién te recuerda?

—No estoy seguro. . . ¡Bah! Á nadie, que yo sepa. Ven, Bárbara. Vamos á tomar el te.

CAPÍTULO XXVII

AMOR DE MADRE

Á la mañana siguiente, en el momento mismo de salir Isabel de su cuarto, temerosa de todo pero muy principalmente de hallarse cara á cara con Carlisle en pleno día, se abrió de golpe la puerta de la habitación destinada á los niños y salió corriendo un chiquitín de unos cinco años, robusto y alegre, que montado en una escoba se dirigió en línea recta á Isabel. No necesitó ésta que se lo nombrasen. Era Archibaldo, el hijo de sus entrañas, siempre tan parecidísimo á su padre. Movida por un impulso irresistible, se adelantó Isabel rápidamente y tomando en brazos al lindo rapaz, con escoba y todo, volvió á entrar en su cuarto.

—Quiero que nos conozcamos, hijo mío, le dijo por vía de excusa. Á mí me gustan muchos los niños como tú.

Y dejándose caer en un sillón, con el pequeñuelo en su regazo, lo abrazó y besó apasionadamente, una y mil veces, bañado el rostro en lágrimas de indecible felicidad, olvidada de todo en el mundo. De repente levantó la vista. Brígida había entrado sin ceremonia y en pie ante ella la contemplaba absorta. Isabel quedó sobrecogida de temor. Su primer pensamiento fué que aquel arranque de ternura maternal la había vendido. Después, aunque muy turbada, procuró dar una explicación cualquiera, por pobre que fuese.

—Me ha recordado á mis propios hijos, murmuró, enjugando sus lágrimas, mientras que el atónito Archibaldo se deslizaba de su regazo y la contemplaba á distancia, metido un dedo en la boca y con sus preciosos ojos azules muy abiertos.

Brígida, que no miraba á Isabel con menos sorpresa, se volvió hacia el niño, exclamando :

—¡ Habráse visto un chiquillo como éste ! Si es lo más atrevido. ¡ Ya estará Luisa buscando su escoba por toda la casa, tarambana ! Se lo voy á decir á tu mamá. . . .

Y asiéndolo del brazo lo llevó rápidamente hacia la puerta.

—¡ Oh, no ! exclamó Isabel. ¡ No le pegue Vd. !

—¿ Pegarle ? Pues justamente porque nadie le da una buena tunda es tan malo. Vd. no lo conoce todavía, Madame Vine. Los otros dos no dan la décima parte del trabajo que da este muñeco. ¡ Largo de aquí !

Y salió tras Archibaldo, que ya iba á escape por el corredor. Isabel quedó aturdida, contristado el ánimo. ¡ Ver tratar así á su hijo querido por una criada, sin poder impedirlo en el acto, severamente !

Procuró calmarse un tanto y bajó á la salita, donde la esperaban los otros dos niños y el almuerzo. Julia salió de la habitación al entrar ella.

Una graciosa niña de ocho años y un niño de siete ; ambos con las facciones un tiempo tan bellas de su madre, su tez delicada y blanca y sus grandes ojos pardos. El primer impulso de Isabel fué correr á ellos y abrazarlos estrechamente, pero se contuvo ; importaba no repetir la escena ocurrida arriba poco antes. Se acercó, pues, á los niños y

dió á cada uno de ellos un solo beso. Lucía era de carácter reservado, algo silenciosa; Guillermo muy comunicativo.

—¿Es Vd. nuestra institutriz? preguntó.

—Sí. Tenemos que ser buenos amigos.

—¿Por qué no? dijo el niño. La señorita Maning y nosotros fuimos siempre muy amigos. Yo empezaré á estudiar latín muy pronto, cuando me cure de la tos. ¿Sabe Vd. latín?

—No lo suficiente para enseñarlo, dijo ella procurando no emplear los cariñosos epítetos que se agolpaban á sus labios.

—Papá dijo que probablemente Vd. no podría enseñármelo, y que muy pocas institutrices lo saben. Mi maestro de latín será el señor Kane.

—¡Kane! repitió Isabel. ¿El maestro de música?

—¿Lo conoce Vd.? preguntó en seguida Guillermo.

Isabel comprendió que había caído en otro descuido y murmuró algunas palabras, diciendo que había oído hablar del músico á la señora Latimer.

—¿Les dan siempre pan y leche por almuerzo? continuó, viendo que aquello era lo que comían.

—Nos cansamos algunas veces, replicó Guillermo, y pedimos tostadas, ó miel, y luégo volvemos á nuestro pan con leche.

—Antes, cuando yo almorzaba con papá, dijo Lucía, me daba un huevo en el almuerzo, pero tía Cornelia se empeñó en que no me convenía comerlo.

—¿Y por qué no almuerzas ahora con él? preguntó Isabel.

—No sé. Almorzamos solos desde que vino mamá.

La palabra "madrastra" se le ocurrió desde luégo á Isabel, al decirse que Bárbara procuraba alejar á los niños de su padre. Terminado el almuerzo, se apoderó de ellos, haciéndoles mil preguntas sobre sus estudios, sus horas de recreo y la diaria rutina de su vida.

—Esta no es la clase, explicó Guillermo, al preguntarle Isabel por sus libros. La clase está arriba, y este cuarto es para nuestras comidas y sala de Vd. por las noches.

En aquel momento se oyó la voz de Carlisle en el corredor y Lucía corrió hacia la puerta, pero Isabel la llamó, temerosa de que Carlisle entrase si veía á la niña.

—¡ Isabel ! le dijo.

—¡ Se llama Lucía ! exclamó prontamente Guillermo. ¿ Por qué la llama Vd. Isabel ?

—Creía . . . me parecía que alguien le había dado ese nombre, murmuró confusa.

—Me llamo Isabel Lucía, dijo la niña, pero no sé cómo ha podido Vd. oir mi primer nombre, porque nadie me llama así, nunca. Es decir, desde . . . desde ¿ quiere Vd. que se lo diga ? Desde que se fué mamá, concluyó en voz baja. Mi otra mamá ¿ sabe Vd. ?

—¿ Se fué, dices ? preguntó Isabel maquinalmente.

—La robaron, murmuró el niño, ó si no nunca se hubiera ido. Un hombre muy malo había venido á visitar á papá, y él fué quien se llevó á nuestra mamá. Desde entonces Isabel se llama Lucía.

—¿ Y por qué le cambiaron el nombre ?

—Porque lo mandó papá. Yo mismo lo oí cuando se lo mandó á Julia, y Julia se lo dijo á los otros criados. Un día, en una de mis planas puse Isabel Lucía y en cuanto papá lo vió pasó una raya de lápiz sobre el primer nombre y me dijo que le enseñase la plana á la señorita Maning, que era entonces nuestra maestra. Y desde aquel día, se acabó ; la maestra me mandó no decir ni escribir más que Lucía.

Cada palabra del niño era un dardo que atravesaba el corazón de Isabel.

—¡ Yo quería tanto, tanto, á mi otra mamá ! exclamó Lucía cruzando las manos. Pero Brígida nos dijo que teníamos que olvidarnos de ella, y lo misma dijo tía Cornelia. Y Brígida añadió que si mamá nos hubiera querido de veras, no se hubiera ido lejos de nosotros, para siempre.

—¿ Eso dijo Brígida ?

—Sí, pero yo creo que el hombre aquel se la llevó. Y debió de pegarle mucho, porque mamá se murió. Por las noches, en mi cama, pienso en ella, aunque se haya muerto hace ya mucho tiempo. Después vino esta otra mamá y papá nos dijo que debíamos quererla.

—¿ Y tú la quieres ? preguntó Isabel ansiosa.

—No tanto como á mi mamá, dijo Lucía moviendo la cabeza negativamente.

Julia entró para enseñar á Madame Vine dónde estaba

la sala de estudio y la siguieron al piso superior. Desde la ventana vió Isabel á Carlisle que emprendía á pie el camino de su oficina. Con él estaba Bárbara, que lo acompañó y despidió amorosamente á la entrada del parque. Así lo había despedido en otro tiempo Isabel.

Aquella misma mañana entró Bárbara en la clase y dió sus órdenes, tan corteses como terminantes, sobre los estudios, horas de clase y de recreo y demás pormenores que importaba comunicar á la nueva institutriz. Nunca como entonces comprendió Isabel la diferencia de posición que una y otra ocupaban en aquella casa ; pero á todo se resignó con entera obediencia. Y cien veces durante el día tuvo que dominar sus impulsos de estrechar á los niños entre sus brazos y cubrirlos de besos.

Poco antes de la cena salió á dar un paseo con los dos mayores, tomando un sendero que conducía directamente al campo, y que por buen trecho seguía paralelo á la carretera, separado tan sólo de ésta por un vallado ; el mismo sendero que solía tomar Levison cuando espiaba las idas y venidas de Carlisle. Y aquel día, con gran sorpresa y alarma de Isabel, se encontraron frente á frente de Carlisle y Bárbara, que venían juntos de Linden y dejando la carretera habían tomado el sendero, camino de su casa.

Tras unas frases de saludo que renovaron la confusión de Isabel, ella y los niños regresaron con los señores de Carlisle, aunque Isabel dejó que éstos se adelantasen todo lo posible. Pero de nada le sirvió, porque llegado Carlisle á una cerca, ayudó á pasar á Bárbara y esperó. Los niños se hallaron muy pronto al otro lado de la cerca, é Isabel no tuvo más remedio que aceptar la mano que Carlisle le tendía. Pero fué tal su confusión, tanta su prisa, que se le enredó un pie en el vestido y hubiera dado con su cuerpo en tierra á no haber acudido á tiempo Carlisle, que la recibió en sus brazos.

—¿Se ha lastimado Vd.? le preguntó, siempre solícito y bondadoso.

—¡Oh, no! Iba á saltar, pero me faltó el pie. Gracias.

Carlisle se adelantó y dió de nuevo el brazo á su esposa, mientras Isabel, desfallecida, tuvo que esperar algunos momentos antes de poder andar.

Estaba en la salita con los dos niños cuando Guillermo

sufrió un violento ataque de tos. Isabel se levantó, rodeó al niño con sus brazos como para protegerlo amorosamente y alzando después la vista se halló cara á cara con el señor Carlisle. Éste bajaba la escalera cuando oyó toser á Guillermo, y se dirigió á la salita. Isabel soltó al niño, como si la hubieran sorprendido en el momento de darle muerte.

—Veo que es Vd. muy cariñosa con los niños, dijo él mirándola, con su dulce sonrisa de siempre.

Isabel se retiró algunos pasos, murmurando palabras sin sentido, mientras Carlisle tomaba asiento y ponía al niño sobre sus rodillas.

—¿Qué ocurre? preguntó Bárbara asomándose á la puerta.

—Me inquieta la tos de Guillermo, dijo su esposo; y quiero que Vandon le haga otra visita.

—Eso no es nada, repuso Bárbara. Ven, la cena está servida.

Carlisle puso al niño en el suelo y lo miró atentamente. Había cesado la tos, pero Guillermo parecía fatigado y estaba pálido.

—Más tarde pasará Vd. á la sala cón Lucía, ordenó Bárbara antes de retirarse con Carlisle. Queremos oirla tocar.

Evidentemente Bárbara era quien mandaba en Lynne; á Isabel le tocaba obedecer. Volvió á tomar en brazos á su hijo y le preguntó:

—¿Toses de noche, alma mía?

—No mucho, contestó Guillermo. Julia me pone cerca un platillo de jalea y cuando me da la tos tomo una cucharada.

—Es jalea de frambuesas, y muy buena, añadió Lucía con la boca llena.

—¿Duerme alguien en el mismo cuarto?

—No, tengo un cuarto para mí solo.

Inmediatamente se preguntó Isabel si le permitirían trasladar la camita del niño á su propio cuarto para cuidarlo. ¿Quién podía hacerlo como ella?

La puerta de la habitación se entreabrió y apareció Bárbara, á quien Lucía preguntó inmediatamente:

—¿Podemos ir á la sala, mamá?

—Sí, y ruega á Madame Vine que venga contigo y Guillermo y traiga algunas piezas de música.

Al presentarse Isabel en la sala entraba también Carlisle, por la puerta del comedor.

—Madame Vine, le dijo en voz baja ¿qué piensa Vd. de esa tos de Guillermo?

—Creo que necesita solícitos cuidados y muy especialmente de noche. He pensado que podría dormir en mi cuarto, trasladando á él su cama, agregó la pobre madre, que por natural impulso prefería solicitar aquella concesión de Carlisle más bien que de Bárbara. Yo lo cuidaría quizás mejor que los sirvientes. . . .

—De ninguna manera, contestó él resueltamente. Sería abusar de la bondad de Vd. y por otra parte no creo que el estado de mi hijo lo requiera.

—¡Me gustan tanto los niños! se atrevió á insistir Isabel. Y á éste le he tomado especial cariño. Sería un gran placer para mí poder cuidarlo noche y día.

—Es Vd. demasiado buena. Pero estoy seguro de que la señora Carlisle no querrá ni oir hablar de semejante cosa. Es imposible.

Isabel temía ver llegar el momento en que la invitasen á cantar. Hablando podía cambiar el tono y acento de su voz, cosa muy difícil en el canto y podían reconocerla. Desde luégo resolvió eliminar de su repertorio cuanto había cantado antes en aquella casa y no dar á su voz toda la extensión que alcanzaba; aquella voz que había sido siempre objeto de entusiasta admiración por parte de Carlisle. Afortunadamente para Isabel, no se vió sometida aquella noche á la prueba que tanto temía, gracias á la oportuna llegada del juez Hare, para quien las harmonías musicales no tenían el menor encanto; y después de ser presentada al grave magistrado, solicitó y obtuvo permiso para retirarse.

Pasó aquella velada en la salita, sola y entregada á sus tristes pensamientos. Trajo á su memoria los sucesos de aquel día, sintiendo renovarse sus pesares, su arrepentimiento, y sufriendo nuevos dolores al pensar en la situación presente. Á las diez subió lentamente la escalera y ya cerca de su cuarto vió pasar á Susana.

—¿Duerme en este piso el niño Guillermo? le preguntó.

—Ese es su cuarto, contestó la muchacha señalando una puerta cercana.

Isabel esperó hasta que Susana llegó al pie de la escalera y entonces entró calladamente en la alcoba de su hijo. En la camita de hierro dormía Guillermo sosegadamente, pero ella notó que el hermoso rostro estaba enrojecido por la fiebre. Junto al lecho habían dejado un platillo con jalea, una cucharilla y un vaso de agua.

Isabel se arrodilló, apoyando el rostro sobre la almohada de su hijo y conteniendo las lágrimas. ¿Sería grave la enfermedad del niño? ¿Llegaría á poner en peligro su vida? ¡Morir Guillermo! Apenas se atrevía á pensar en ello.

—¡Dios me asista! Al ver luz en el cuarto creí que se le había pegado fuego á la cama. ¡Ay, qué susto me he llevado!

Quien así hablaba era Brígida. Isabel se levantó apresuradamente, porque temía más y le parecía más fácil verse reconocida por Julia y Brígida, sus antiguas sirvientas, que por la misma Bárbara.

—Entré por un momento para ver si el niño descansaba tranquilo, dijo, procurando recobrar la calma. El señor Carlisle parece algo alarmado. Guillermo tose y está calenturiento.

—¡Oh, eso no es nada! repuso Brígida. ¿Ve Vd. el color de sus mejillas? Pues lo mismo las tenía su madre. Cuando la vi por primera vez nadie podía quitarme de la cabeza que usaba colorete.

—Buenas noches, fué lo único que dijo Isabel, dirigiéndose apresuradamente á su cuarto.

—Buenas noches, Madame Vine, contestó Brígida, que añadió para sí, mientras subía la escalera: Esta buena señora es lo más raro que he visto, y voy creyendo que si no está loca poco le falta.

CAPÍTULO XXVIII

CANTOS DE ANTAÑO

El juez Hare hizo por entonces un viaje á Londres en compañía de su amigo Pinner, y Bárbara invitó á su madre á pasar aquellos días con ella en Lynne. Siempre delicada de salud y entristecido el ánimo, la buena señora fué objeto de solícitos cuidados por parte de su hija y de Carlisle. Simpatizó muy pronto con la nueva institutriz y desde la primera noche fué á pasar un rato con ella en la salita donde transcurrían las casi siempre solitarias veladas de Isabel.

La conversación, como era inevitable, recayó pronto sobre la catástrofe que algunos años antes había llevado á Lynne el dolor y la vergüenza.

—Mi hija es feliz, muy feliz, decía la señora Hare y Carlisle parece olvidar sus pasados dolores, pero ha sido muy desgraciado. Soportó el abandono de su primera esposa con serenidad aparente, pero yo que tengo motivos para conocerlo bien, sé que sufrió lo que no es decible. Isabel era su ídolo.

—¡ Su ídolo ! ¿ Y Bárbara ?

No bien pronunció Isabel la palabra "Bárbara" comprendió que había olvidado su papel una vez más, y que Madame Vine, la institutriz, no podía referirse con tal familiaridad á la señora de aquella casa. Por fortuna, la señora Hare no lo notó, absorta como estaba en el tema de la conversación.

—¿ Bárbara ? dijo. Su esposo la ama, es cierto, pero también lo es que su primer amor se lo dió por completo á Isabel y por eso se casó con ella, prefiriéndola á mi hija. Yo nunca la he olvidado, la quise mucho y sigo recordándola con cariño. Otros la culparán, pero yo la compadezco. Era encantadora y ella y Carlisle parecían nacidos uno para otro. Isabel tan hermosa y simpática, él tan bueno y noble. . . .

—¡ Y su esposa lo abandonó, á pesar de su amor y de su bondad ! exclamó la pobre institutriz, con acento y ademán que revelaban su desesperación.

—Sí. Me apena recordar aquel suceso y hablar de él.

Á muchos sorprendió que Isabel Carlisle pudiera alejarse para siempre y en tan atroces circunstancias de tal esposo y tales hijos, pero nadie más sorprendidas que Bárbara y yo. Es cierto (y siento decirlo porque pudiera parecer egoísmo y dureza de corazón), que aquel paso fatal fué también causa de la felicidad que hoy goza mi hija; de ella sé decir que nunca hubiera amado á otro hombre como ama al que es hoy su esposo.

—¿Y la que lo abandonó? preguntó Isabel con angustia. ¿Fué desdichada después?

—¿Qué otra cosa podía esperar? dijo la señora Hare algo sorprendida. Semejante conducta sólo podía sumirla en la desesperación más horrible, como á toda otra mujer que cometa la misma falta. Y tanto más cierto tratándose de Isabel porque la delicadeza natural de su carácter había de hacerla muy pronto víctima del remordimiento más espantoso. De ella menos que de nadie hubiera esperado yo tal conducta y muchas veces me he dicho que la infeliz huyó alucinada, como en un sueño, sin darse cuenta de lo que hacía. Me consta que no tardó en ser víctima de la desesperación más profunda, después de sufrir mortales desengaños.

—¿Cómo lo sabe Vd.? preguntó Isabel con viva ansiedad, á riesgo de despertar las sospechas de la señora Hare. ¿Quién lo ha dicho? ¿Francis Levison?

—No sé lo que Francis Levison haya podido decir de la mujer á quien engañó, repuso la señora Hare con alguna severidad; y desde luégo le aseguro á Vd. que ni yo ni ningún otro amigo del señor Carlisle le hubiéramos proporcionado oportunidad de comunicarnos sus impresiones. No; lo oí de labios de Lord Monte Severne.

—¿Qué dice Vd.? comenzó á preguntar Isabel, que pasado el primer momento de sorpresa guardó silencio.

—Sí, el conde en persona. Quizás ignore Vd. que estuvo emparentado con Isabel Vane. Vino á vernos el verano pasado y me dijo en confianza que había tenido una triste entrevista con su sobrina, á quien halló enferma, pobre, arrepentida y desesperada en no sé qué ciudad francesa.

—No podía ser de otra manera, murmuró Isabel.

—No, bastaba para ello el recuerdo de sus hijos abandonados. Verdad es que tuvo otro niño, agregó la señora Hare bajando la voz; nació en el extranjero, poco antes de

la visita de Monte Severne, pero ese hijo sólo podía proporcionar á su madre nuevos pesares y mayor vergüenza. . . .

—Muy cierto es, articuló Isabel con temblorosos labios.

—Después murió violentamente la pobre abandonada y es de esperar que antes hubiera obtenido el perdón del cielo, último refugio á que acudimos cuando todo nos falta en este mundo.

—¿ Cómo recibió el señor Carlisle la noticia de su muerte ? fué la pregunta que hizo Isabel y que tantas veces se había hecho á sí misma.

—No puedo decirlo, no lo sé. Fuera satisfacción ó pesar, ocultó á todos lo que pasaba en su alma y nadie le habló tampoco de asunto tan delicado. Pero sí diré que tiempo después, siendo ya prometido de mi hija, me dijo que nunca hubiera contraído nuevo matrimonio en vida de Isabel.

—¿ Debido á . . . un resto de amor por ella ?

—Creo que no. Á escrúpulos de conciencia más bien. Su amor lo posee por entero su esposa actual, aunque tengo para mí que por Isabel sentía quizás una pasión más romántica que el amor, no por eso menos sincero, dedicado á mi hija Bárbara. ¡ Pobre Isabel ! Desdeñó un corazón leal y un hogar dichoso.

" ¡ Pobre Isabel ! " estuvo á punto de repetir la institutriz, que á duras penas pudo contener sus sollozos.

—¿ Estarán todavía en la sala ? preguntó la señora Hare. Supongo que me esperarán allí para hablar también con ellos un rato.

—Voy á verlo, dijo Isabel, deseosa de hallarse sola por algunos momentos, con cualquier pretexto.

Salió de la habitación, cruzó el gabinete contiguo y se acercó á la sala, en la que no oyó el menor rumor. Abrió cuidadosamente la puerta y miró. Estaban encendidas las luces y ardía el fuego en el hogar, pero no había nadie en la estancia. Sin embargo, en el extremo opuesto se hallaba otra habitación menor, por cuya entreabierta puerta se oían las notas de un piano.

Isabel las reconoció en seguida ; eran el preludio de la canción favorita de Carlisle, la que tanto le gustaba cuando ella, Isabel, solía cantarla : " *¿ Te acuerdas, mi amor ?* "

Un impulso irresistible la obligó á cruzar la sala y aproxi-

marse á la puerta. Bárbara estaba sentada al piano y á su lado Carlisle, inclinado hasta poner su rostro junto al de Bárbara, quizás para poder leer mejor las notas. Así se había acercado también Bárbara en otra ocasión, años antes, y había visto juntos á Isabel y Carlisle, y oído la misma canción de amor. Entonces era Isabel la esposa; ahora lo era Bárbara.

Pronto se dejó oir su voz, dulce y simpática, pero no tan extensa y vibrante como la de Isabel. "*¿Te acuerdas, mi amor?*" ¡Ah, sí! ¿Cómo olvidarlos, aquellos días de felicidad descritos en las tiernas palabras del apasionado canto? Días que habían pasado para siempre, dichas desvanecidas para ella, y que sin embargo existían, porque las veía renovadas, allí mismo, en su presencia. El esposo de entonces era el mismo; *ella*, el objeto de su adoración, era otra. ¡Cuán horrible dolor para Isabel, qué tortura tan atroz! Y ¿qué había producido tamaño cambio? Un acto de su voluntad. Ella era la que había colocado á Bárbara en su pedestal, reservándose para sí en aquella casa un puesto entre la servidumbre, puesto ocupado también injustamente, merced á un engaño que le creaba allí una posición falsísima. Aun cuando no la descubriesen, ¿era acaso aceptable y permitido que ella y Bárbara viviesen bajo el mismo techo que también cobijaba á Carlisle? No, á ella misma le parecía su presencia en aquella casa ilegal y censurable; pero dado ya el primer paso tenía que admitir todas sus consecuencias.

Esto mismo se decía Isabel mientras permanecía allí, como petrificada, oyendo aquella canción de amor, latiéndole violentamente las sienes, apoyada, para no caerse, en el marco de la puerta.

Bárbara cesó de cantar y volvió hacia su esposo el rostro animado por la mirada de sus hermosos ojos azules. Carlisle puso la mano sobre aquella linda cabeza; Isabel lo vió, pero no pudo esperar á ver la caricia que indudablemente iba á seguir. Se volvió rápidamente de espaldas y salió como pudo de la sala, oprimiéndose el pecho con las manos, respirando apenas. Hubiera querido prorrumpir en gritos de dolor. Al llegar á la segunda puerta se cruzó con Cornelia Carlisle, que también había ido á pasar aquel día en Lynne. Isabel se deslizó á su lado sin detenerse, inclinando la ca-

beza ligeramente. Cornelia le dirigió algunas palabras, pero ella no contestó; detenerse en aquel momento hubiera sido revelar su secreto.

El domingo, al volver de la iglesia donde vió á Bárbara ocupar el puesto de honor en el banco reservado años antes á los condes de Monte Severne, dirigió una mirada al ángulo del cercano cementerio donde reposaban los restos de su padre. Y al hacerlo se apoderó de ella el deseo vivísimo de descansar también para siempre, olvidada de todo, junto á aquellos restos queridos. "¡Oh! ¿Por qué he vuelto á Lynne?" se preguntaba desesperada.

¡Por qué! Bien lo sabía. Pero es que al resolverse á ello no supo apreciar toda la extensión de su sacrificio, ni la inmensa pesadumbre de aquella cruz que había echado sobre sus hombros.

CAPÍTULO XXIX

ELECCIONES EN PUERTA

Por entonces sucedió que el representante del distrito de Linden en el Parlamento dió un grave escándalo, tan grave que se vió expulsado de la cámara y los electores de su distrito se prepararon una vez más á nombrar diputado. En las reuniones preliminares se discutieron los nombres de todos los ciudadanos de más viso residentes en cinco leguas á la redonda, fuesen ó no candidatos, sin exceptuar á los jueces del distrito. ¿Hare? Imposible. Si lo eligiesen haría su santa voluntad y no lo que le dictasen sus electores. ¿El hacendado Pinner? Jamás había pronunciado un discurso en su vida, ni entendía de cosa alguna que no fuera cosechas ó ganados. ¿El coronel retirado Betel? No tenía un céntimo.

Sir Rogerio Dobede era muy viejo, y él fué el primero en reconocerlo así, pero también añadió:

—Por lo que veo, nos empeñamos en pasar revista á todos los candidatos que por uno ú otro concepto no nos convienen, sin fijarnos en que á dos pasos de Linden reside

el hombre popularísimo que por su carácter, ilustración, fortuna y otras cualidades es sin duda el más digno de representarnos en la cámara de Londres.

—¿Quién es? ¡Su nombre, su nombre! gritaron muchas voces.

—Archibaldo Carlisle.

Grande fué la sorpresa de todos los concurrentes; y su sorpresa provenía de no haber pensado antes en aquel candidato, á quien todos conocían y que era también indiscutiblemente el más idóneo. Al silencio de los primeros momentos siguió un murmullo de aprobación y por fin estallaron los vivas á Carlisle. La opinión le fué favorable por unanimidad desde el primer instante.

—¡Eso es! ¡Bravo, bravo! ¡Viva Carlisle!

—Si conseguimos que acepte, amigos míos, observó Dobede. Porque puede muy bien renunciar la candidatura, que jamás ha pretendido.

Convinieron en que lo mejor era consultarlo en el acto, y momentos después salía del local de la junta una diputación numerosa y entusiasta, en dirección al despacho de Carlisle, á quien hallaron preparándose á salir de la oficina para Lynne, donde le aguardaba la comida.

Aquella embajada lo sorprendió grandemente.

—¿Conque diputado por Linden, eh? dijo sonriéndose. ¿Y cómo saben Vds. que no les haré alguna trastada?

—En Vd. confiamos todos, Carlisle. Sólo le pedimos que acepte y la victoria es segura.

—Pero es que yo no tengo tiempo para nada, cuanto menos para ocuparme en la política.

—Amigo mío, dijo el juez Herbert, recuerde Vd. que un día me manifestó el deseo de tomar asiento en la cámara. No puede Vd. negarlo.

—Muy cierto es, pero más adelante. Lo que es por ahora, ni he pensado en ello.

—No hay remedio, Carlisle. Tiene Vd. que aceptar, ó perdemos la elección. Es Vd. el candidato que nos hace falta. ¡Viva Carlisle! Cuando venga Vd. mañana á Linden ya lo habremos proclamado oficialmente.

—No tan aprisa, amigos. Déjenme aplazarlo siquiera hasta mañana, para que lo pueda pensar.

—Acepte Vd. ahora.

—Es imposible. Si tengo que decidir ahora mismo, será negativamente. Mañana les daré mi respuesta definitiva.

Tuvieron que contentarse por entonces con aquella promesa, recibió Carlisle la cordial enhorabuena del señor Dill, que no cabía en sí de gozo, y tomó por fin el camino de su casa. En el trayecto se confesó que la oferta de sus conciudadanos estaba en consonancia con sus propios deseos; que no tenía ya serios motivos para continuar dedicado por completo al trabajo diario; que unida su fortuna á la que le había aportado Bárbara, se veía en circunstancias muy desahogadas, y por último, que contando con los hábiles servicios de Dill, capaz de dirigir por sí sólo su importante bufete, no tenía necesidad de abandonar definitivamente su profesión, lo cual no hubiera consentido por ningún concepto. La representación parlamentaria del distrito de Linden le halagaba más que la de ningún otro y se creía capaz de desempeñarla con buen éxito.

El resultado de aquellas meditaciones fué que al llegar á Lynne había resuelto aceptar. Era una hermosa tarde de primavera. Al acercarse á la casa vió que Bárbara había abierto una de las ventanas del gabinete y esperaba su llegada. Momentos después la estrechaba en sus brazos, cubriendo de besos aquellos hermosos ojos azules que al mirarle revelaban el amor profundo que Bárbara le profesaba.

Por desgracia para Isabel, quiso la suerte que presenciase involuntariamente, desde una habitación contigua, la tierna escena que fué para ella un martirio más, un nuevo castigo. La sangre se agolpó á su pálido rostro y salió sin ser vista, incapaz de continuar allí un momento más.

Carlisle rodeó con su brazo el talle de la joven y la condujo á la ventana donde ella se había asomado poco antes.

—Bárbara, le preguntó, ¿te gustaría vivir en Londres unos cuantos meses del año?

—¿En Londres? Soy muy feliz aquí. ¿Por qué me lo preguntas? ¿Piensas ir á Londres?

—No es cosa segura todavía, pero pudiera suceder. Te diré. Me han hecho una proposición importante, esta misma tarde. . . .

Bárbara le miró con tal expresión de extrañeza y curiosidad que Carlisle se sonrió, gozándose en su sorpresa.

—¿Te gustaría, continuó, ver añadidas á mi nombre las palabras "Miembro del Parlamento"?

Bárbara le miró fijamente unos instantes; después brillaron sus ojos, el placer coloreó su rostro y sus manos estrecharon el brazo de Carlisle.

—¡Oh, Archibaldo! exclamó. ¡Cuánto me alegro! Sabía que todos te apreciaban. Ahora te estimarán más y más cada día. Es justo, han hecho bien. ¡Cuánto me alegro!

Carlisle la estrechó en sus brazos y contempló sonriente aquel rostro inundado de felicidad, animado por el amor. De repente, Bárbara se apartó de él, sobresaltada y confusa. Había oído pasos cercanos, que también oyó entonces Carlisle, y apareció en la puerta Madame Vine.

Llevaba seis meses en Lynne y hasta entonces nadie había descubierto su secreto. Más tranquila ya, empezaba á creer que con alguna precaución por su parte, no habría peligro de que la reconocieran. Los niños la querían entrañablemente, en pago de su cariño, de los cuidados de que eran objeto por parte de su afectuosa institutriz y ¡quién sabe! impulsados acaso á quererla por la fuerza de la sangre, por la atracción natural que sobre ellos ejercía la presencia de aquella mujer, solícita y amorosa como una madre.

¿Y Guillermo? Había pasado el invierno bastante bien, pero con los primeros días primaverales empezó á debilitarse. Estaba siempre cansado, sentía dolores en todo el cuerpo y perdió por completo el apetito. Vandon el cirujano tuvo que visitarlo diariamente. Por las noches aumentaba su palidez, no tenía fuerzas ni para hablar, y lo único que le gustaba era tenderse á lo largo sobre el felpudo de la salita, frente al hogar, con un cojín por almohada y permanecer inmóvil, cerrados los ojos.

—Hijo mío, solía decirle Madame Vine, estarías mejor en el sofá.

—No, me gusta más aquí.

Una noche entró Susana en la salita con los platos de la cena y después de contemplar buen rato á Guillermo, creyéndolo dormido, dijo:

—¡Pobre niño! Ya no tiene remedio.

Aquellas palabras causaron á Isabel un dolor horrible. Aunque alarmada por la enfermedad de Guillermo desde su

llegada á Lynne, se resistía á reconocer la gravedad de su estado y pasaba los días esperando una mejoría que nunca llegaba.

—¡ Susana ! exclamó sobresaltada.

—¿ Pero no ve Vd. misma que el niño se muere ? replicó la muchacha. Bien se conoce que el pobre no tiene madre, que si la tuviera no tomarían todos la cosa con tanta calma. Lo extraño es que el doctor Vandon no lo vea también, ó que si lo ve se lo calle.

—¿ Duermes, Guillermo ? preguntó Isabel en voz baja, inclinándose sobre su hijo, que continuó inmóvil, con los ojos cerrados.

—Pudo haber estado despierto, Susana, dijo Isabel. Debe Vd. tener más cuidado con lo que dice.

—¡ Oh, está dormido ! repuso la joven. Pero le repito á Vd. que he visto á otros niños en el mismo estado, que iban acabándose poco á poco, y nadie logró curarlos.

En aquel momento entró Lucía y Susana dejó la habitación. Isabel se aproximó á Guillermo y lo miró atentamente, con dolorosa ansiedad, notando en las delicadas facciones de su hijo todos los estragos de la enfermedad, de aquella extenuación lenta pero implacable que iba consumiendo su cuerpo.

—Madame Vine ¿ por qué mira Vd. así á Guillermo ? preguntó Lucía sorprendida.

—Susana dice que está muy enfermo, contestó Isabel maquinalmente.

Después pensó que era inútil y peligroso esperar más, que urgía comunicar sus temores al señor Carlisle, y ya resuelta salió de la salita, llamó á la puerta del gabinete y la entreabrió, presenciando entonces, como queda dicho, las caricias que Archibaldo prodigaba á Bárbara.

Retiróse calladamente al corredor, donde se detuvo desfallecida. Pero ¿ por qué rebelarse ? decíase, con el corazón oprimido y los ojos llenos de lágrimas. ¿ No era Bárbara la esposa legítima ? ¿ Qué derechos tenía ó pretendía tener ella, Isabel, en aquella casa ?

Volvió á la salita y esperó, ocultando la cara entre las manos, sin notar que Lucía la contemplaba, admirada de verla tan abatida y triste. Pero Lucía, que tenía buen ape-

tito, creyó del caso recordar á su institutriz que la mesa estaba puesta.

—Madame Vine, dijo, ya es hora de cenar. Aquí está el te. ¿No quiere Vd. comer?

La acongojada madre se extremeció como si saliera de un sueño y miró á Guillermo, que seguía tendido en el suelo, dormido al parecer. Después puso una mano sobre el hombro de Lucía.

—¡Oh, hija mía! exclamó. ¡Si supieras cuánto sufro!

—Tome Vd. una tacita de te bien caliente, le dijo la niña con la mejor voluntad del mundo.

—Supongo que ya podré volver al gabinete, pensó Isabel con amargura.

Así lo hizo, y como sabemos halló á los esposos unidos por segunda vez en estrecho abrazo. Pero Bárbara oyó sus pasos, la vió en la puerta, é Isabel tuvo que adelantarse, procurando dominar su dolor y pálida como una muerta.

—¿Tendría Vd. la bondad de venir un momento para ver á Guillermo? preguntó á Carlisle.

—Sin duda, Madame Vine.

—¿Qué ocurre? dijo Bárbara.

—Parece muy enfermo. Temo que esté peor de lo que había creído hasta ahora.

Los tres pasaron inmediatamente á la salita y Carlisle fijó en el niño atenta y prolongada mirada.

—¿Pero qué hace ahí en el suelo? exclamó Bárbara. No debería Vd. permitírselo, Madame Vine.

—En cuanto anochece se acuesta ahí. Por más que le digo no logro que descanse en el sofá. . . .

—No importa, dijo Carlisle. Si él lo prefiere no le hará daño.

Lo que al amoroso padre le interesaba era la enfermedad pertinaz y el mal aspecto de su hijo. Guillermo abrió los ojos.

—¿Eres tú, papá?

—¿No te sientes bien, Guillermo?

—¡Oh, sí, muy bien! Pero estoy cansado.

—¿Por qué te acuestas ahí?

—Porque me gusta mucho estar así. ¿Te acuerdas de mi conejito blanco, papá? Pues se ha muerto.

—¡Qué lástima! Pues mira, levántate y cuéntame cómo ha sido.

—No lo sé, contestó el niño incorporándose con trabajo. Pedro se lo dijo á Lucía, pero yo no fuí á verlo porque estaba muy cansado.

—¿Cansado por qué? le preguntó su padre tomándole una mano.

—Estoy cansado siempre, siempre.

—¿Y se lo has dicho al doctor Vandon?

—No. ¿Para qué? Lo que yo quisiera es que no me diera esas medicinas tan malas que me hace tomar.

—Pero es para que te pongas fuerte, hijo mío.

—Madame Vine dice que debería tomar mucha leche, continuó el enfermito.

—Tomarás toda la que quieras.

—Dé Vd. sus órdenes, Madame Vine, agregó Bárbara, para que se proporcione al niño todo lo que á Vd. le parezca bien.

—¿Qué dice el médico? preguntó Carlisle en voz baja á su esposa.

—Yo no le veo todos los días, Archibaldo. Pero Madame Vine, según creo, se halla presente en todas las visitas.

—Pero señor ¿no vamos á cenar esta noche? exclamó Lucía.

Carlisle la miró sonriéndose y después preguntó á Guillermo:

—¿Y tú? ¿No quieres cenar, hijito?

—Nunca tengo hambre. Lo que quiero es beber agua.

Carlisle volvió á fijar en él sus ansiosas miradas. Después salió de la habitación é Isabel le siguió, impulsada por el amor maternal, incapaz de dominar su alarma.

—¿Lo cree Vd. muy enfermo, señor Carlisle? murmuró.

—Parece estarlo. ¿Qué dice el doctor Vandon?

—Á mí nada me ha dicho. La verdad es que hasta esta noche no había yo creído al niño en inmediato peligro.

—¿Lo halla Vd. mucho peor esta noche?

—Poco más ó menos lo mismo que de costumbre. Lo que me ha alarmado ha sido una frase de Susana. Dice

que el niño se muere. ¡ Oh, señor Carlisle ! ¿ Qué puede hacerse para salvarlo ?

Al hablar así cruzó Isabel las manos con expresión de mortal angustia, casi olvidada de todo, como si pidiese al padre la vida de su hijo, del hijo de ambos.

—Descuide Vd., Madame Vine, dijo Carlisle. Haré que lo vean otros médicos.

Poco después recibían Bárbara y su esposo la visita de Cornelia, que habiéndose enterado en Linden de la noticia del día, la candidatura de su hermano, acudía más iracunda que nunca á protestar contra semejante escándalo, como ella decía, y á prohibir á Carlisle que abandonase su clientela para derrochar dinero en elecciones.

Imagínese el lector cuáles serían la sorpresa y la furia de la solterona al oir de labios de su hermano que estaba resuelto á aceptar la oferta de los electores, que haría todo lo posible y gastaría cuanto fuese necesario para salir triunfante y que él y Bárbara se proponían pasar muy gustosos largas temporadas en Londres.

Baste decir que salió de aquella casa poco menos que bramando de ira, sin querer aceptar la cena que su hermano y Bárbara le ofrecían y llenándolos de improperios.

Dos días después publicaban los periódicos el manifiesto de Carlisle á los electores y aparecían pegados en las paredes, cercas y tapias de Linden enormes carteles multicolores, en los que se leía en letras de á palmo : "¡ Votad por el amigo del pueblo ! " "¡ Viva nuestro candidato ! " "¡ Viva Carlisle ! "

CAPÍTULO XXX

LOS DOS RIVALES

Una de las noticias que más sorprendió por entonces á los moradores de Linden y sus cercanías fué la de que el barón Francis Levison se había lanzado de lleno en la política. Muchas suposiciones se hicieron para explicar tan inesperado suceso, cuya verdadera causa no era otra que la

situación apuradísima en que se veía, sin recursos ni medio de proporcionárselos y esperando conseguir, gracias á la credencial de diputado, un destino bien retribuído que le permitiese seguir viviendo á su manera.

De los bienes de fortuna heredados con el título no le quedaba un céntimo. Sir Peter tuvo buen cuidado de no dejarle la menor manda, sino estrictamente los bienes vinculados al mayorazgo; la parte más saneada de aquella herencia desapareció cuando Levison empezó á pagar sus enormes deudas, y de lo restante dió él pronta cuenta derrochándolo de la manera más escandalosa. Tras su matrimonio vino una ligera tregua, pero tanto él como su mujer comenzaron á vivir muy pronto con gran lujo y el juego y las carreras de caballos dieron al traste con los últimos recursos del flamante barón.

Entonces empezó á contraer nuevas deudas, se agotó su escaso crédito, la situación se hizo desesperada y por fin obtuvo de un personaje pariente suyo la promesa de proporcionarle un cargo oficial, con buen sueldo y poco trabajo, á condición de que antes lograse entrar en el Parlamento y pusiese su voto á disposición del ministerio.

La historia de su matrimonio le hacía tan poco favor como su conducta desalmada respecto de su otra víctima, Isabel Carlisle. Años antes había galanteado asiduamente á una bella joven, Blanca Chaloner, haciéndose amar de ella y dándole en secreto palabra de matrimonio. Aplazó por largo tiempo la celebración de éste alegando su pobreza, le perdonó la enamorada Blanca su ruidosa aventura con la esposa de Carlisle, heredó Levison título y dinero, y cuando su prometida creyó llegada la hora de ver recompensada su fidelidad de tantos años, vió con indecible dolor que el miserable había realizado en secreto una conquista más, la de Alicia Chaloner, hermana menor de Blanca y tan hermosa entonces como lo había sido ésta algunos años antes. Cuanto dijo é hizo la engañada Blanca fué inútil; su hermana estaba enamorada del apuesto barón y algunos meses después se verificó la boda de Alicia y Levison.

Tres años bastaron para convertir el amor de la baronesa en desprecio y odio. Si alguna vez dirigía la palabra á su marido era para pedirle dinero, del que carecía hasta para los gastos más indispensables, sin obtener de Levison otra

cosa que insultos y burlas. Tenían un hijo de dos años de edad, y sólo al temor de verse separada de su hijo y encomendada la guarda de éste á su desalmado padre se debía que Alicia no hubiera abandonado ya la casa del aborrecido Levison.

Tal era la situación cuando el seductor de Isabel recibió la visita de un emisario del personaje antes citado, para comunicarle los deseos, más bien dicho, las órdenes de éste.

—No hay tiempo que perder, Levison, le dijo. Ya tenemos la vacante esperada y urge que salga Vd. de Londres inmediatamente para proclamar y sostener sobre el terreno su candidatura.

—¿Por qué distrito?

—El de Linden.

—¿Linden? preguntó Levison sorprendido. No puede ser; no me conviene por ningún concepto.

—Pues no hay otro, ni tiene Vd. más remedio. Necesitamos ese distrito y ese voto más, cueste lo que cueste. Acepta Vd. ó prescindimos de Vd. por completo y mañana mismo sale para Linden el amigo Morton, que hace tiempo nos está pidiendo un distrito.

Levison acabó por aceptar; no tenía otro remedio, porque su situación era desesperada, pero no obstante su osadía le asustaba la idea de presentarse á solicitar los votos de aquellas mismas gentes que tanto le conocían por sus fechorías de pocos años antes.

—En fin, puede que se hayan calmado un tanto los ánimos, dijo.

—¿Quién se acuerda ya de aquella aventura? repuso el otro. Lo primero es el interés político. Hemos perdido un tiempo precioso. De haberse hallado Vd. en Linden hace tres semanas hubiera triunfado sin oposición, al paso que ahora tendremos lucha, y reñida.

—¡Cómo! ¿Tengo opositor?

—¡Pues está Vd. bien enterado! dijo el emisario riéndose. ¿Quiere Vd. saber quién es su contrincante?

—¡Bah! ¿Pinner, ó el viejo Dobede?

—Nada de eso. Carlisle.

—¡Carlisle! gritó Levison. ¿Ir yo á disputarle los votos de Linden á Carlisle? Tiempo y dinero perdidos. No voy.

—¡Tontería! Lo mismo que sacamos diputado á Loring el año pasado lo sacaremos á Vd. ahora. ¿Qué nos importan el abogadillo ése y sus cuatro rústicos? Sale Vd. para Linden mañana mismo ó voy de aquí á casa de Morton. ¿Acepta Vd.? ¿Sí ó no?

—Sí, replicó Levison.

Lo primero que hizo aquella misma tarde fué dirigir al jefe de policía de Linden el siguiente telegrama: "¿Está Raimundo Betel en Linden? Si ausente ¿dónde está? ¿Cuándo se le espera?"

No tardó en recibir la respuesta: "Ignórase paradero Betel. Creo viajando por Noruega."

Cuando la baronesa supo que su marido iba á tener la desfachatez de volver á Linden como rival político del hombre á quien había ofendido infamemente, su indignación no tuvo límites. Pero á Levison le importaban muy poco la opinión y las protestas de su esposa, por quien no tenía el menor afecto ni respeto. El único resultado fué una discusión más violenta que las anteriores. Alicia le profetizó una derrota vergonzosa y Levison se mofó de ella y de Carlisle y al siguiente día tomó el camino de Linden.

La noticia cayó como una bomba en aquella población y sus cercanías. Carlisle y Bárbara acababan de sentarse á almorzar cuando entró apresuradamente el señor Dill, seguido de cerca por el juez Hare, Pinner y el coronel Betel, padre del joven cuyo paradero tanto parecía interesar á Levison.

Al principio no pudo entenderlos Carlisle, porque hablaban todos á un tiempo y el juez con tanta furia que él solo bastaba para ensordecer á sus oyentes.

—¡Entendámonos, señores! exclamó Carlisle. ¿Dicen Vds. que tendré oposición? No importa; mayor aliciente para la contienda.

—¡Pero no lo sabe Vd. todo! dijo Dill. Es que. . . .

—¡Habrá igual desvergüenza! vociferó el magistrado.

—Hay que ahorcarlo, propuso el coronel.

—Lo mejor sería zamparlo de cabeza en el estanque del molino, fué la opinión de Pinner.

—¿Á quién? Díganme Vds. el nombre de ese formidable rival.

Aquello era lo difícil. Á ninguno de los amigos de

Carlisle podía serle grato pronunciar aquel nombre en su presencia. El viejo Dill acabó por resolverse á ello, tras algunos momentos de silencio.

—Amigo mío, dijo, el candidato que se anuncia es ese . . . Levison, Francis Levison.

El rostro de Carlisle enrojeció. Bárbara inclinó la cabeza, pero sus ojos brillaron de indignación.

—Llegó por el primer tren, continuó Dill, acompañado de un politicastro desconocido por aquí y de un agente ó cosa parecida, que no ha perdido tiempo en fijar carteles en todas las esquinas, invitando á los electores á votar por Sir Francis Levison.

—Se aloja en la Fonda de Oriente, añadió Pinner dando una puñada sobre la mesa ; y su compañero tiene la frescura de decir que no habrá lucha, que el triunfo de ese tunante es cosa hecha.

—Frescura se necesita para atreverse á poner otra vez los pies en Linden, comentó Betel. Su presencia es un insulto á Carlisle.

—Á todos nosotros, coronel, observó Hare. Supongo, Archibaldo, que lejos de desanimarte llevarás ahora la campaña adelante con más empeño que nunca.

Carlisle había guardado silencio hasta entonces.

—Teníamos convocada una reunión popular para hoy, dijo, frente á la Fonda de Oriente. Pues bien ; allí estaré con Vds. á la hora anunciada, sin falta.

Poco después se retiraron todos y Carlisle terminó su almuerzo sosegadamente.

—Esposo mío, le dijo Bárbara, no consentirás que ese insolente altere tus planes, no le cederás el campo, ¿verdad?

—No, Bárbara. El paso que acaba de dar es un reto que acepto. Fuera de eso no haré más caso de él que del suelo que piso.

—Tienes razón, como siempre, amado mío, dijo Bárbara con orgullo.

CAPÍTULO XXXI

CANDIDATO AL AGUA

Carlisle no tardó en llegar á Linden, como lo había prometido. Junto á los carteles que ostentaban su nombre vió los que anunciaban la candidatura de aquel villano de quien había recibido la más grave afrenta que puede un hombre inferir á otro.

—¿Sabes la noticia, Archibaldo? le preguntó en la calle Cornelia, con voz cavernosa y cara de viernes.

—Sí, Cornelia, y si no la supiese esos letreros se encargarían de dármela.

—Pero ¿está loco ese hombre?

—Si no de loco, de muy malvado es lo que intenta.

—Supongo que ahora lucharás más resuelto que nunca, hermano, prosiguió la iracunda Cornelia. Hasta aquí me había opuesto á que te metieses en esos líos, pero desde hoy en adelante retiro todas mis objeciones y puedes contar conmigo. No serías mi hermano si retrocedieses ante esa víbora.

—No he pensado en retroceder. Muy lejos de ello.

—Así te quiero. No le hagas el menor caso cuando lo veas; como si no existiera. Y ahora, trabaja de firme para triunfar, procura ganar votos. . . .

—No es necesario, Cornelia. Triunfaré sin esfuerzo, ya lo verás.

—Bueno, pero por si acaso, voy á darte mil libras para gastos de la campaña.

—Guarda tu dinero, mi buena Cornelia, dijo sonriéndose Carlisle. Aquí llega al galope Sir Rogerio Dobede, al parecer tan sorprendido é indignado como todos mis amigos.

Grandes eran en efecto la sorpresa é indignación que reinaban en toda la comarca y que determinaron casi unánime explosión de entusiasmo á favor de Carlisle. ¡Cómo le rodeaban y aclamaban todos! Pero había que contar con la influencia oficial y los trabajos de zapa de agentes asalariados, que procuraban dividir la opinión y ganar votos para la candidatura Levison.

Bárbara había acompañado á Carlisle aquella mañana

hasta la entrada del parque y al regresar á la casa vió á Madame Vine y los dos niños mayores en el jardín. Guillermo parecía más animado, si bien aquella aparente mejoría se notaba en él casi todas las mañanas.

—¿Qué tienes, mamá? preguntó Lucía, tan luego notó la expresión grave y preocupada del semblante de Bárbara.

—Estoy indignada, niña.

—¿Por qué?

—Porque un hombre muy malo, á quien todos desprecian, ha llegado á Linden y le está haciendo la guerra á papá y quiere ser diputado en su lugar.

—¿Cómo se llama? preguntó Guillermo.

Bárbara reflexionó y se dijo que si ella les ocultaba aquel nombre no dejarían de oirlo muy pronto de boca de otras personas.

—Es Sir Francis Levison, dijo.

¿Fué una exclamación de dolor, de sorpresa ó de espanto la que se escapó de los labios de la institutriz? Bárbara se volvió hacia ella; Madame Vine se había cubierto el rostro con el pañuelo y tosía penosamente.

—¿Sufre Vd.? le preguntó Bárbara con bondad.

—¡Oh, no! Un ataque de tos; creo que es el polvo. . . .

La señora Carlisle nada dijo, pero viendo cuán densamente pálida se había puesto la institutriz y cómo le temblaba la voz al decir aquellas palabras, se preguntó:

—¿Conocerá á Sir Francis? ¿Será posible que la sola mención de su nombre la haya agitado de tal suerte?

Uno de los primeros en saber las sorprendentes noticias de Linden fué el conde de Monte Severne, que se enteró de ellas en Londres, tan luégo llegó á su club. No podía dar crédito á sus oídos; abrió un periódico, se convenció de aquella nueva prueba del cinismo de Levison, y pocas horas después tomaba el tren de Linden en compañía de su hijo Guillermo Vane.

—Esto es ya más que descaro, se decía. ¡El canalla ése, que debía estar en presidio hace años, disputándole á Carlisle la entrada en el Parlamento! Ya no hay más que ver.

En aquellas hermosas mañanas de primavera tenía Bárbara por costumbre recorrer los jardines y el parque acom-

pañada de los niños. Y en el jardín, frente á la casa, la sorprendió la llegada del conde de Monte Severne y de su apuesto hijo. Después de saludar cariñosamente á los niños, el conde se inclinó, descubriéndose, ante la señora desconocida que allí vió y á quien Bárbara le presentó diciendo :

—Madame Vine, la institutriz.

Isabel, profundamente conmovida, se inclinó en silencio y no tardó en alejarse algunos pasos.

Guillermo Vane tomó la mano de su amiguita Lucía y le dió un beso.

—Estás muy alta y más bonita que nunca, Lucía, le dijo. ¿Has olvidado lo que me prometiste?

—No, contestó Lucía riéndose.

—¿Y no lo olvidarás?

—Nunca, replicó la niña moviendo la cabeza negativamente. Ya lo verás.

—Lucía será mi mujercita, exclamó Guillermo dirigiéndose á Madame Vine. Lo hemos acordado nosotros solitos, y cuando seamos grandes nos casaremos. Yo quiero á Lucía más que á nadie en el mundo.

—Y yo á él, dijo muy seria la niña. Y todo es verdad.

Aunque muy jóvenes ambos para que aquellas palabras tuviesen la menor importancia, produjeron profundo efecto en Isabel, que habló no como hubiera debido hacerlo Madame Vine, sino como madre de Lucía.

—No está bien hablar así á Lucía, dijo. Eso que Vd. dice no puede ser.

—¿Por qué? preguntó Guillermo Vane riéndose.

—Porque los condes, sus padres, no lo aprobarían.

—Papá sí, de seguro. Quiere mucho á Lucía. Y que mamá lo apruebe ó no, poco importa. Mira, Lucía, apártate un momento, que quiero preguntarle una cosa á Madame Vine.

La niña se alejó dando saltos y Guillermo continuó :

—¿Sabe Vd. si Carlisle le ha pegado ya un tiro al bribón aquel? Sé que anda por aquí, pero nada más, porque papá no me permite hablar de él, ni aun decir su nombre.

—¿Quién? preguntó Isabel maquinalmente, avergonzada.

—Ese bruto de Levison. Aunque Carlisle lo acribillase

á balazos y después le diera de puntapies, no habría nadie que no lo aplaudiese. Le digo á Vd. que si yo hubiera sido un hombre, hace algunos años le hubiera arrancado el pellejo á Levison. ¿Conoció Vd. á la mamá de Lucía? preguntó bajando la voz.

—Sí, es decir . . . sí, muy poco, replicó Isabel indecisa.

—Se llamaba Isabel y yo la quería mucho. Creo que por eso quiero tanto á Lucía, porque es el retrato de su mamá. Dígame Vd. ¿ha matado Carlisle al bicho ése?

—Nada sé de tales cosas, amigo mío, murmuró Isabel, á quien la emoción casi impedía hablar.

Después tomó la mano de Lucía y se alejó con ella. Guillermo Vane echó á correr hacia la casa, en busca de noticias.

La campaña electoral estaba en su apogeo. El barón Levison, sus agentes y el amigo de Londres que le acompañaba, llamado Drake, andaban de ceca en meca como perros con cencerro, muy convencidos de que la gente honrada no los podía ver y seguidos de unos cuantos vagos, curiosos y burlones. Gran contraste presentaba el acompañamiento del otro candidato, rodeado de los nobles, hacendados y jueces del distrito, que disputaban al conde de Monte Severne la honra de dar el brazo á Carlisle y de presentarlo á los electores. Levison, á pesar de su descaro, había procurado evitar hasta entonces todo encuentro con el grupo de los amigos de Carlisle, compuesto de elementos que bastaban para juzgar y condenar su conducta.

Una tarde que Bárbara se dirigía á Linden para hacer algunas compras, acompañada de Cornelia, Lucía y Madame Vine, resolvió detenerse media hora en casa de su madre, que según le había dicho Cornelia estaba muy abatida y hablaba sin cesar de un sueño que había tenido y del cual deducía que su hijo Ricardo corría grandes peligros. Bárbara entró en la casa con Lucía, y Cornelia propuso acompañar á Madame Vine en dirección á Linden y esperar allí á su cuñada. Isabel hubiera preferido no acercarse á la población mientras siguiera por allí Levison, pero tuvo que conformarse y aceptar la compañía de Cornelia. Soplaba un fuerte viento, que al llegar ambas á una eminencia las alcanzó de lleno, levantando nubes de polvo y por desgracia para Isabel, arrancándole el velo que llevaba puesto. Acu-

dió ella con ambas manos á impedir la pérdida del velo, y lo único que consiguió fué hacer caer al suelo sus negros anteojos, que dando contra una piedra se hicieron mil pedazos.

—¡ Qué desgracia ! exclamó Cornelia volviéndose hacia la institutriz.

Gran desgracia, en efecto, porque si bien Isabel se inclinó cuanto pudo, mientras recogía del suelo la armazón de sus malhadados espejuelos, no logró evitar que Cornelia viese sus ojos descubiertos. Isabel oyó con terror la exclamación de sorpresa de la solterona, que murmuró :

—¡ Cielo santo ! La misma expresión. . . ¡ Qué parecido tan asombroso !

Y para colmo de males, en un ruidoso grupo de gente que hacia ellas se dirigía en aquel momento, reconocieron ambas á Sir Francis Levison.

Cornelia, derecha como un huso y avinagrado el gesto, clavó los ojos en el odiado enemigo de su hermano ; y Levison, fuese por cortesía ó por burla, se descubrió, inclinándose galantemente. Isabel procuró ocultarse lo mejor posible detrás de Cornelia, que llena de furor gritó :

—¿ Es á mí á quien dirige Vd. ese insulto, Francis Levison ?

—Tómelo Vd. como le parezca, dijo éste con su insolencia habitual.

—¡ Atreverse á saludarme ! ¿ Ha olvidado Vd. que soy la hermana del señor Carlisle ?

—Difícil sería olvidarla á Vd. después de haberla visto una vez, señora mía.

La expresión y la sonrisa que acompañaron á aquellas palabras no podían ser más burlonas. Drake y otro caballero que acompañaban al barón parecieron sorprendidos y disgustados, mientras que los numerosos espectadores de aquella escena escuchaban con interés y muy particularmente un grupo de jornaleros del hacendado Pinner, procedentes de un cortijo allí cercano.

—¡ Miserable ! exclamó trágicamente Cornelia. ¿ Cree Vd. insultarme impunemente como está insultando á todo Linden ? ¡ Largo de aquí, canalla !

Es muy probable que al hablar así no pensase Cornelia inferir inmediato castigo al barón ; pero sus palabras fueron

como una señal para los honrados campesinos allí congregados, que se adelantaron amenazadores.

—¡ Al estanque con él ! gritaron. ¡ Fuera, fuera ! ¡ Bribón ! ¡ Acuérdate de la señora Isabel ! ¡ No queremos tunantes de tu calaña en Linden ! ¡ Bonito candidato ! ¡ Al estanque ! ¡ Eso, eso, una zabullida ! ¡ Que lo elijan las ranas !

Levison se puso lívido. Isabel, que había temblado al oir aquella alusión á su propio nombre, vió cómo la enfurecida turba rodeó al barón, que asido por veinte manos á la vez, fué arrastrado rápidamente hacia el estanque del molino. Momentos después, en medio de una rechifla espantosa, lo arrojaban de cabeza en las verdosas aguas.

La gritería subió de punto al verlo aparecer de nuevo, agitándose grotescamente, cubiertas de limo cabeza y cara y salir á la orilla temblando de miedo y de rabia. Sólo entonces se le acercaron sus dos amigos, que se habían mantenido á prudente distancia ; los campesinos se alejaron con grandes carcajadas y Cornelia tomó también á buen paso el camino de Linden, seguida de Isabel, que temblaba tanto como el miserable á quien dejaban atrás, chorreando agua y cubierto de cieno.

Cornelia guardó silencio. Dos ó tres veces miró con extrañeza á Madame Vine y notó la confusión y el rubor que sus miradas le ocasionaban.

De repente, á poco de llegar á Linden, la institutriz entró apresuradamente en una tienda. Siguióla Cornelia y al llegar al mostrador ya había pedido Madame Vine unos anteojos, tan obscuros y tan feos como los otros, que compró y se puso á toda prisa.

—¡ Cosa más rara ! se decía entre tanto Cornelia. Estoy segura de que para nada necesita esas gafas. Y los ojos. . . ¡ Qué parecidos ! La misma mirada.

Probablemente hubiera dirigido en el acto una docena de preguntas á la institutriz, á no haber distraído su atención un gran tumulto que se oyó en la calle. Cornelia se dirigió prontamente á la puerta, seguida de Isabel.

Por un lado de la calle se adelantaba nutrido grupo de *azules*, como llamaban á los partidarios de Carlisle, quien iba en persona al frente de sus amigos, entre los que figu-

raban Monte Severne y los electores más influyentes del distrito.

Y en el extremo opuesto de la calle se veía otro grupo, compuesto evidentemente de *amarillos*, en el que predominaban los chiquillos vocingleros. La atención de éstos parecía fija en Drake y otro individuo que sostenían por los brazos á un tercero, con más apariencias de perro de aguas que de ser humano.

—¡ Sir Francis Levison ! se dijo Carlisle asombrado y se dijeron todos. El era, en efecto, en el estado más lastimoso, silbado, escarnecido, despreciable. Sólo le faltaba aquel encuentro con su rival y sus partidarios para completar su humillación.

—¿ Qué ha pasado ? gritó un curioso.

—¡ Que los braceros de Pinner lo han chapuzado en el estanque ! contestaron veinte voces, seguidas de grandes carcajadas.

—¡ Viva Carlisle ! vociferó el señor Pinner, que no cabía en sí de gozo, y que resolvió en el acto recompensar á su gente con un tonel de cerveza.

Cornelia puso una mano sobre el hombro de Isabel.

—¿ Ve Vd. á mi hermano Archibaldo ? le preguntó.

—Sí, lo veo, murmuró la infeliz.

—¿ Y ve Vd. también á ese hombre vil y asqueroso ? ¡ Qué contraste ! Mírelos Vd. bien.

—Sí, fué la casi inaudible respuesta.

—Pues la mujer que llamó esposo á aquel hombre tan noble y tan bueno, lo abandonó por el otro, por el perdido ése. Dígame Vd., Madame Vine, ¿ cree Vd. que la mujer que tal hizo llegó á saber lo que es el arrepentimiento ?

CAPÍTULO XXXII

GRAVE SOSPECHA

Guillermo Vane se dió prisa en volver á Lynne para referir á Lucía con todos sus detalles el gran suceso de aquella tarde; el viejo Pedro lloró de alegría cuando lo supo y la misma Julia, contentísima de ver castigado al enemigo de los Carlisle, comentó la noticia con Cornelia, de quien obtuvo detalles completos.

—Mi hermana Afy también lo vió, dijo Julia, pero al llegar aquí estaba tan asustada que no hizo más que lloriquear.

—¿Y cómo pudo verlo? preguntó Cornelia. Yo estaba presente y no la vi á ella.

—Venía con una carta de la señora Latimer para Madame Vine, dándole noticias de aquellos señores Crosby á quienes dejó en Alemania. Tomó el camino travieso y al pasar por el molino fué testigo de todo lo que sucedió en el estanque.

—¿Y eso la hizo llorar? Vamos, que no hubiera estado de más darle á ella también un baño.

Julia no la contradijo porque ella, como Cornelia, no había olvidado las aventuras de Afy.

—Julia, dijo de pronto Cornelia mirándola fijamente, ¿á quién te recuerda la institutriz?

—¡Señora! exclamó la buena mujer sorprendida. ¿La institutriz? ¿Quiere Vd. decir Madame Vine?

—¿Pues de quién quieres que hable, mujer? ¿Qué otra institutriz tenemos aquí? Contesta á lo que te pregunto.

—Pues á veces me recuerda á mi finada señora. La cara, los ademanes, algunas palabras. . . . Pero á nadie le he hablado de ello, señora Cornelia.

—¿La has visto sin los espejuelos?

—Nunca.

—Pues yo sí, esta tarde. Y te digo, Julia, que me quedé confundida, tal es la semejanza. Me pareció ver el espectro de Isabel Vane. . . . Pero dejemos eso. ¿Cómo sigue Guillermito?

—No creo que esté peor. Algo débil y quejoso, como siempre.

—Pues Madame Vine no piensa así. Esta misma tarde me ha dicho, que lo considera gravemente enfermo.

—Ya lo sé. Parece alarmadísima y me ha hablado varias veces de ello estos últimos días, pero creo que se equivoca.

Aquella misma noche había muy animada tertulia en la sala de Lynne y Cornelia se separó del alegre grupo formado por Bárbara, Lucía y el joven Vane, para preguntar en voz baja al conde de Monte Severne :

—¿Está Vd. seguro de la muerte de Isabel Vane ?

—¿Qué dice Vd., amiga mía ? exclamó el conde, tan sorprendido que creyó no haber entendido la pregunta.

—Cuando tuvo Vd. noticia de la fatal catástrofe, continuó Cornelia, ¿recibió Vd. informes y detalles auténticos que le demostrasen la muerte de mi cuñada ?

—Escribí á Francia y tomé informes, como era mi deber. Isabel murió la noche misma del descarrilamiento. ¿Por qué lo pregunta Vd., Cornelia ?

Ésta reflexionó unos instantes y volvió á decir :

—¿No cree Vd. que haya error posible ? ¿Es segura su muerte ?

—Estoy convencido de ello. Si hubiese ocurrido algún error no hubiera tardado en revelárnoslo la misma Isabel, con el solo hecho de cobrar la pensión trimestral que le tenía asignada. Pero nadie se ha presentado á cobrarla desde entonces. Además, me hubiera escrito como me lo tenía prometido y como lo hizo hasta entonces. ¡ Oh, no ! La pobre Isabel ha muerto, no hay duda posible. ¿Qué le hace á Vd. creer ? . . .

—Nada. Se me ocurrió hoy esa idea y me pregunté si á pesar de las cartas y periódicos recibidos, únicas pruebas que aquí tenemos, viviría todavía.

Las razones del conde parecían convincentes y Cornelia quedó más tranquila.

Lucía, Guillermo y su primo el hijo de Monte Severne jugaban alegremente en el jardín al siguiente día ; Isabel se había apoderado de Archibaldo y sentada en la salita abrazaba y besaba al niño como sólo puede hacerlo una

amorosa madre, cuando apareció en la puerta el señor Carlisle.

—¿Admite Vd. intrusos aquí, Madame Vine? preguntó sonriéndose.

Isabel soltó al niño, que corrió al jardín á tomar parte en los juegos de su primo y hermanos. Y al ver Carlisle que Isabel iba á dejar su sillón la detuvo con un ademán.

—No se moleste Vd., dijo tomando asiento frente á ella. Vengo á hablarle de Guillermo. ¿Cómo sigue?

Isabel se llevó una mano al pecho, como para contener los precipitados latidos del corazón antes de atreverse á hablar. ¡Á solas con él!

—No he notado cambio especial, comenzó á decir. Pero después cobró ánimo y continuó: La otra noche le oí decir á Vd., señor Carlisle, que se proponía consultar á otros médicos.

—Muy cierto. Mi plan es llevarlo á Chester para que lo vea el doctor Martín. La distancia es poca y el paseo en carruaje le hará bien; pero mis perentorias ocupaciones de estos días no me han dejado tiempo para nada, ni sé cuándo tendré unas horas libres.

—¡Permítame Vd. llevarlo á Chester! exclamó Isabel. Creo en verdad que no conviene esperar más largo tiempo. Podemos ir por el tren. Supongo que no tendrá Vd. objeción alguna ¿no es así? ¡Bien puede Vd. confiármelo á mí! añadió ansiosa.

—¡Ah, sí! En manos de Vd. lo pondré siempre sin temor, asintió Carlisle sonriéndose. Y me parece bien el proyecto, si no es molestia para Vd.

¡Molestia para ella! ¡Y tratándose de la vida de su hijo!

—Creo mejor que lo lleve Vd. en coche. Siempre irá más cómodamente que en el tren, rodeado de extraños. Juan el cochero los dejará á Vds. á la puerta del Hotel Real y el doctor Martín vive enfrente. Después puede Vd. disponer que les sirvan la comida en el hotel.

—Muy bien, señor Carlisle. Gracias. ¿Á qué hora partiremos?

—Cuando Vd. guste. ¿Le conviene á las diez?

—¡Oh, sí! Gracias, repitió Isabel.

—¿Por qué me da Vd. las gracias? dijo él con leve

sonrisa. ¿Por procurarle una molesta jornada en interés de mi hijo? Yo soy quien le quedo á Vd. muy reconocido. Vamos á ver. La consulta costará un soberano, continuó, abriendo el portamonedas.

—¡Oh, eso no importa! dijo Isabel apresuradamente. Prefiero pagar yo misma lo que sea.

Carlisle, muy sorprendido, la miró; y luégo, sin decir palabra, colocó una moneda de oro sobre la mesa. Madame Vine quedó ruborizada y confusa. ¿Como había podido olvidar hasta tal punto su verdadera posición en aquella casa?

¡Desgraciada mujer! Al mirar aquel dinero recordó el día de su salida de Lynne, años antes, cuando huérfana y pobre el bondadoso Carlisle había dejado en sus manos un billete de cien libras. *Entonces*, aunque él nada le había confesado todavía, era ella la elegida de su corazón. *Ahora*. . . . El agudo dolor que sintió puso término á sus meditaciones.

—Puede Vd. decir al doctor Martín, agregó Carlisle, que el niño tiene el mismo temperamento que su madre. Eso puede guiarle al prescribir su tratamiento. Él mismo lo reconoció así hace un año, cuando lo llamé para que examinase á Guillermo por primera vez.

—Se lo recordaré sin falta, dijo ella.

Carlisle se dirigió al comedor. Isabel subió apresuradamente á su cuarto y cayó de rodillas, sollozando. ¡Ah! ¡Quererle, mejor dicho, adorarle como le adoraba entonces, deseando su amor con pasión y saber que ambos estaban separados para siempre, que ella le era por completo indiferente!

Tormento casi insoportable, aunque esperado; cruelísimo, pero merecido.

CAPÍTULO XXXIII

CON DOBLE NOMBRE

Carlisle arengaba al pueblo desde un amplio balcón central que tenía la Fonda de Oriente. Allí le oían y aplaudían sus amigos y mantenedores; fuese ó no candidato, su popularidad era indiscutible, su elocuencia grande. Poco más allá, en la misma calle, se había procurado Levison una especie de nicho, en el que apenas se atrevía á moverse por temor de caer de cabeza encima de sus oyentes; y es de notar que nunca le faltaban éstos en buen número, porque el corro era de lo más divertido imaginable, gracias á las payasadas de unos, á las interrupciones y preguntas de otros y á los berridos de los muy descarados pilletes de Linden.

Una tarde, poco después de terminar Carlisle su discurso, gran número de sus oyentes fueron á engrosar las filas de los que ya estaban escuchando con mucha algazara las promesas de Levison y las alabanzas que sin escrúpulo se prodigaba. La multitud llenaba la calle de una acera á otra y habían tomado la palabra media docena de oradores improvisados, sin que el tumulto hiciera mella en la elocuencia del impertérrito barón, cuando se oyó el trote de briosa pareja de caballos que iban calle arriba, tirando de una elegante carretela descubierta.

El cochero puso los caballos al paso, las compactas filas de la multitud empezaron á separarse con dificultad y entonces pudo verse reclinada en el carruaje á una dama hermosa y elegante, la señora de Carlisle. Suspendió Levison su discurso, pero no se atrevió á saludar, recordando las recientes consecuencias de su entrevista con Cornelia. Lo único que la prudencia le sugirió fué apartar la vista del coche y esperar callado é inmóvil que se alejase Bárbara.

Protegida ésta por su sombrilla de encaje, le dirigió una mirada en el instante mismo en que Levison se atusaba el cabello, haciendo brillar el grueso diamente que llevaba al dedo; ademán que le era habitual y que produjo en Bárbara profunda agitación. Su hermano Ricardo había repetido aquel mismo ademán en su presencia una y diez veces,

cuando trataba de describir á Torne el asesino. Y era también aquella la mano blanca y aristocrática, con vistosa sortija, siempre citada por su desgraciado hermano. Devolvió distraída, maquinalmente, los numerosos saludos que le dirigieron, y oyó apenas las exclamaciones entusiastas de sus amigos que gritaban "¡ Viva Carlisle ! " Por fin llegó el carruaje á la próxima esquina y se alejó rápidamente.

Las ondulaciones de la multitud llevaron al buen Dill de uno á otro lado de la calle, hasta ponerlo mano á mano con un tipo muy conocido en Linden, el señor Jasper, alegre y bonachón, que había tenido una docena de oficios y al presente se ganaba la vida de amanuense en el bufete de un conocido abogado.

—¡ Hola, Dill ! exclamó. ¿ Qué le parece á Vd. la elocuencia del barón ?

—De lo más divertido que he oído hace tiempo. Pero silencio, que ya vuelve á desbordarse.

Ambos se pusieron á escuchar, sonrientes, hasta que Jasper dió un respingo que asustó al viejo pasante.

—¡ Que me emplumen si no está allí el mismísimo Betel, en carne y hueso ! Mire Vd., Dill ; aquel individuo con la gorra de piel, que parece un oso. No en balde decían que se había ido al Polo Norte, ó cosa así. ¡ Eh, Betel !

El interpelado se volvió hacia ellos y á fuerza de codazos y empujones llegó pronto á su lado. Se había dejado crecer la barba y llevaba una melena que hubiera hecho las delicias del juez Hare, tan aficionado á las pelucas. Saludó jovialmente á los dos amigos y Jasper le preguntó :

—¿ Has descubierto el polo ?

—Cerca le anduve, amigo. ¿ Y vosotros ? ¿ Qué mosca ha picado á los tranquilos vecinos de Linden ?

—Pero no sabes. . . . ¿ Cuándo has llegado ? le preguntó Dill.

—Hace un momento. Por el tren de las cuatro y media. ¿ Qué alboroto es éste ?

—Elecciones, hombre. Ahí tienes á Levison, hecho todo un candidato y hablando por los codos.

—Así me lo dijeron en la estación. ¡ Por vida de ! añadió mirando fijamente á Dill, ¿ verdad que es raro el caso ? Levison disputándole la candidatura á Carlisle. . . .

—Ya le pesará, no hay cuidado, repuso Dill.

—¡ Calla ! exclamó de repente Betel, con manifiesta sorpresa ; ¿ y ése, qué hace aquí ?

—¿ Quién ?

—Ése que habla ahora, con el pañuelo blanco en la mano.

—Pero, hombre, ése es el barón, el candidato.

—¿ El barón ? ¿ Francis Levison ? dijo Betel, que parecía no dar crédito á sus oídos. ¡ Vamos, hombre ! ¿ Pero tú estás lelo, ó qué ?

En aquel momento la mirada de Levison se fijó en Betel, que lo contemplaba con asombro. Betel lo saludó maquinalmente, quitándose la gorra ; y en cuanto al barón, pareció haber visto al diablo en persona, tal fué la expresión de espanto que dilató sus facciones. Pero su turbación duró sólo un momento, y recobrando todo su aplomo fijó el lente en la órbita, clavando en Betel aquella mirada impertinente, altanera, que parecía decir : "¿ Quién será el atrevido ése, que tal libertad se toma ? "

—¿ Conoces á Levison, Betel ? preguntó Dill.

—Un poco. Es decir, lo conocí hace algún tiempo.

—Sí, cuando no se llamaba Levison, observó Jasper, con muy intencionada risa. ¿ Verdad, Betel ?

Éste se volvió rápidamente hacia el bromista, dirigiéndole una mirada tan dura como la que en él había fijado Levison poco antes.

—No sé á qué te refieres, dijo. Y desde luégo más te valdría no meterte en lo que no te importa.

Después hizo á Dill un ademán de despedida y se alejó lo más rápidamente que pudo.

—¿ Qué mosca le ha picado ? preguntó Dill.

—¡ Oh, es una historia muy chistosa ! replicó Jasper sin dejar de reirse. Lo que hay es que el noble Sir Francis no ha sido siempre el alto personaje que es ó se cree ser hoy.

—¡ Hola !

—Me he callado hasta ahora porque no son cuentas mías, pero no tengo inconveniente en ponerle á Vd. en autos. ¿ Creería Vd. que el barón y candidato de hoy no desdeñó un tiempo andar á salto de mata por esos vericuetos, rondando á la hija de Jalión ? Pues así fué. Y como digo, no se llamaba entonces Levison.

Dill, que estaba muy enterado de ciertos detalles referidos por Ricardo á Carlisle y que éste no le había ocultado, oyó aquella revelación con tanto interés como sorpresa.

—¿Y cómo se hacía llamar entonces? preguntó vivamente.

—Torne. Y siempre galante, solía venir galopando de noche por esos caminos para verse con Afy Jalión.

—¿Pero cómo lo sabe Vd., Jasper?

—Porque lo vi yo mismo una docena de veces. También yo le hacía un tanto así de corte á la muchacha, que nunca me miró siquiera porque andaba muy engatusada con dos galanes al retortero, Torne y el bandido aquel, Ricardo Hare.

—¿Sabía Vd. entonces que Torne era en realidad Francis Levison?

—Ni yo ni nadie en Linden. Por eso me quedé hecho un poste la primera vez que vi al nuevo candidato y me hallé con que era el amigo Torne. Tan sorprendido como Betel hace cinco minutos.

—¿Y Betel de dónde lo conoce?

—Supongo que, como yo, lo vería en el bosque en aquella época, porque Betel andaba siempre cazando. De lo que no queda duda es de que lo reconoció perfectamente y de que á Levison no le hizo maldita la gracia verse saludado de pronto por aquel testigo de sus nocturnas correrías. . . .

Dill no quiso oir más y abriéndose paso como pudo llegó sofocado al despacho de Carlisle, en el que entró como una bomba.

—¿Qué ocurre, Dill? preguntó el abogado soltando la pluma.

—Que acabo de oir la noticia más estupenda. . . . ¿Sabe Vd. quién es Torne? ¡Qué ha de saberlo! Pues es Levison.

—No comprendo. . . .

—Sí, amigo mío. El candidato de hoy, Francis Levison, es el Torne aquel, amigo de Afy Jalión.

—No puede ser, balbuceó Carlisle. ¿Dónde ha oído Vd. tal cosa?

Dill le hizo un relato minucioso de todo lo ocurrido en su entrevista con Jasper y Betel.

—La señora Hare, dijo Carlisle después de meditar un tanto, ha tenido siempre la idea fija de que Betel había participado en el crimen atribuído á su hijo. Y Betel me ha negado más de una vez haber conocido á Torne.

—Sus motivos tendrá, señor Carlisle. Que se conocen es indudable ; y que Betel lo conoce bajo un nombre diferente del que hoy lleva el barón es también cierto, porque lo primero que hizo fué negarnos que se llamase Levison, como le dijimos. Amigo mío, creo que ahora ó nunca puede demostrarse la inocencia de Ricardo Hare.

—Sí, pero ¿ qué medios emplear para ello ?

Entre tanto Bárbara había llegado á Lynne. Al bajar del coche, profundamente preocupada, vió á Guillermo y Madame Vine que salían á su encuentro.

—Hemos visto al doctor Martín, señora, comenzó á decir la institutriz.

—¿ Y sabes lo que dice, mamá ? preguntó el niño.

—No tengo un momento que dedicarte, Guillermo, fué la contestación de Bárbara. Después hablaremos, Madame Vine.

Y subió apresuradamente á sus habitaciones seguida por la mirada de Isabel, en cuyos ojos se leía dura reconvención, á la vez que murmuraba :

—¡ Claro está ! ¿ Por qué ha de preocuparse ? Al fin no es su hijo.

Bárbara no pensaba más que en Ricardo en aquel momento. Llegada á su cuarto arrojó la sombrilla sobre una silla, los guantes sobre el velador y se sentó á escribir.

—¡ Es indispensable avisarle ! se decía. Lo necesito aquí aunque sólo sea por una hora. Ese hombre. . . . Me parece entrever la verdad. ¡ Dios me dé acierto y fuerzas !

Escribió rápidamente algunas líneas y volvió á pedir el carruaje. No quería confiar á nadie el encargo de depositar en el correo aquella carta, que decía :

"Apreciado señor Smith : Lo necesitamos á Vd. aquí. Un reciente suceso hace indispensable su presencia. El sábado por la noche, en el parque, bajo la enramada que Vd. sabe.—B."

El sobre iba dirigido al señor Smith, á la calle y número que Ricardo les había mandado desde Liverpool. Como se ve, Bárbara anduvo tan prudente que hasta en el texto mismo de la carta no citó más nombre que el de Smith.

—¡Por poco me olvido! exclamó volviendo á desplegarla. Si no le acompaño algún dinero puede verse sin recursos para el viaje. Un billete de cinco libras bastará. Pero es el caso, añadió después de examinar el contenido de una gaveta de su escritorio, que no tengo un solo billete de ese valor en la casa.

Bajó á la salita y preguntó á Madame Vine:

—¿Tendría Vd. un billete de cinco libras? Deseo enviarlo en una carta y no tengo más que oro y billetes menores.

La institutriz ofreció traérselo en seguida y subió á su cuarto. Bárbara preguntó entonces á Guillermo qué había dicho el doctor Martín.

—Me estuvo examinando el pecho y luégo dijo que tenía que ser buen muchacho y tomar todos los días aceite de hígado de bacalao, y vino de Oporto, y no sé cuántas cosas más. ¡Ah! Y que el miércoles tiene que ir á Linden y quiere verme allí, por la tarde.

—¿Dónde?

—En la oficina de papá ó en casa de tía Cornelia, y Madame Vine le dijo que sería mejor en la oficina porque probablemente papá querría verlo á él. Y digo, mamá ¿por qué llora tanto Madame Vine?

—¿Que llora, dices?

—Desde que habló con el médico. Ella cree que no la he visto.

Isabel volvió con el billete pedido, que entregó á Bárbara y ésta tomó el coche. Más tarde, cuando volvió Carlisle de la oficina, ya estaba ella esperándolo ansiosa.

—Tengo que hablarte, Archibaldo, le dijo. Ha llegado el momento de comunicarte una sospecha, muy agravada hoy, pero que en realidad abrigo desde hace años.

—¿De qué se trata, Bárbara?

—Cuando vi á Ricardo por segunda vez, aquella noche tan triste para tí ¿recuerdas? Cuando le oí describir y acusar al hombre á quien acababa de ver, temí, se me ocurrió, que Torne y Levison eran uno mismo.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

—No quería ni podía hablarte de aquel hombre. Además, no estaba segura. Mucho tiempo después volvió Ricardo, el día de la tremenda nevada, y nos dijo que conocía en Londres á Sir Francis Levison y que lo había visto en compañía de Torne. Aquello renovó mis sospechas. Pero esta tarde, al pasar en coche por la calle Mayor de Linden, vi á Levison, vi el ademán mismo que Ricardo repitió tantas veces al describir á Torne.

Bárbara se detuvo. Carlisle siguió silencioso.

—Estoy convencida de su identidad y de que Ricardo se equivocó al decir que conocía á Sir Francis. Hay en esto un error no explicado todavía. ¿Quién sino Levison pudo haberse cruzado con Ricardo en el camino la noche fatal, con el traje y en las circunstancias descritas por mi hermano? Recordarás que después se averiguó cómo Levison había esperado pocas horas antes á . . . á Isabel en el camino, cuando ella volvía de casa de Jeferson y cómo ambos regresaron á Lynne en el carruaje. De allí debió él de tomar á pie el camino de Linden para procurarse la silla de posta. . . . Perdóname, Archibaldo, el dolor que te causo renovando estos recuerdos, pero lo hago porque estoy casi segura de que Torne es Levison en persona.

—Y yo tengo la seguridad absoluta de que así es, Bárbara, dijo Carlisle con tranquilo acento.

—¡Tú! ¿Lo sabías? exclamó su esposa sorprendida.

—No entonces ¡oh, no! Lo he sabido esta misma tarde. Dill, Jasper y Betel, llegado hoy de un largo viaje, se hallaban entre la multitud que rodeaba á Levison y Betel lo reconoció inmediatamente. No quiso dar explicaciones, pero Jasper dijo á Dill que él también conoció á Levison cuando se hacía llamar Torne y visitaba en secreto á la hija de Jalión. Bárbara, mi opinión es ahora que en Levison tenemos al asesino; lo que me falta saber es la participación de Betel en aquel crimen.

Bárbara cruzó las manos sobre el pecho, muda de asombro.

—Betel, prosiguió Carlisle, negó conocer á Torne y ahora resulta que lo conoce perfectamente.

—Así es. Pero oye; esta misma tarde, sin consultarte,

segura de no equivocarme, he escrito á Ricardo diciéndole que venga. Estará aquí el sábado.

—Corriente. Lo ocultaremos lo mejor posible.

—¿Y demostraremos su inocencia?

—No sé qué decirte ni qué hacer. Yo no puedo proceder contra Levison.

—¿Que no puedes? ¿Ni en interés de mi hermano?

—Piénsalo bien, Bárbara. Yo menos que nadie, dijo Carlisle con grave acento. Parecería no un acto de justicia, sino una venganza personal.

—Es verdad. ¡Perdóname! balbuceó ella, con lágrimas en los ojos. ¡Pobre Ricardo!

—Ten confianza, le dijo su esposo. Existen graves obstáculos, pero ya veremos cómo vencerlos. Ante todo esperemos la llegada de Ricardo.

CAPÍTULO XXXIV

EL NIÑO ENFERMO

Las sombras del crepúsculo invadían la salita en que se hallaban Guillermo y su madre. El día no había dejado de ser caluroso, pero la noche se anunciaba fresca, como sucede casi siempre en Abril en toda aquella región de Inglaterra; por lo que Isabel había hecho encender fuego en la habitación y observaba con especial cuidado al enfermito, acostado en el sofá. La triste madre se había quitado los anteojos que tanto la desfiguraban, no sólo porque sus lágrimas los empañaban de continuo sino también porque no temía que los niños la reconocieran.

Guillermo se sentía muy cansado después del largo paseo que había dado aquella mañana para ir á Chester y permanecía inmóvil, adormecido. De pronto abrió los ojos y preguntó:

—¿Tardaré mucho en morirme?

Aquellas palabras hicieron á la sorprendida Isabel el efecto de una puñalada.

—¿Qué dices, Guillermo? exclamó. ¿Por qué hablas de morirte?

—¡Bah! Demasiado sé lo que dicen de mí y lo que va á sucederme. Susana sí que habló claro la otra noche.

—¿Susana?

—Cuando trajo la cena y yo estaba acostado en el suelo, muy despierto, aunque ella creyó que dormía.

—No recuerdo, dijo Isabel, procurando ocultar su dolor. Susana habla muchas veces sin ton ni son.

—Dijo que me iba á morir muy pronto.

—No pienses en tal cosa, niño mío.

—¡Madame Vine!

—¿Qué quieres, hijito?

—¿Por qué trata Vd. de engañarme? Si fuese Archibaldo, bueno. Pero lo que es yo demasiado veo lo que todos piensan. ¿Qué enfermedad tengo?

—No hables así, ángel mío. Estás débil, pero eso pasará pronto y te pondrás bueno y fuerte.

Guillermo hizo con la cabeza una señal negativa.

—Pues entonces, continuó, ¿por qué el doctor Martín no quiso hablar hoy delante de mí? Lo primero que hizo fué decirme que saliera del cuarto y entonces le dijo á Vd. lo que pensaba.

—Te equivocas, Guillermito; te alarmas sin motivo.

—No, si á mí no me asusta morirme. Guillermo Vane dice que eso no es nada cuando Dios está con nosotros. Él tenía un hermanito y se le murió.

—Pero no era como tú, sino mucho más joven y estuvo enfermo desde que nació.

—Pues si yo no me he de morir ¿por qué está Vd. llorando desde que me vió el médico? Vd. no es mi mamá.

Isabel no pudo sufrir más. Cayó de rodillas junto al sofá y prorrumpió en sollozos desgarradores.

—¿Lo ve Vd.? dijo el niño.

—Es que hace mucho tiempo, murmuró Isabel besándolo, tuve un niño lo mismo que tú y cuando te miro pienso en él y eso me hace llorar.

—Ya lo sé. Y se llamaba Guillermo, como yo.

Isabel apoyó su mejilla en la del niño y tomando sus manitas le dijo:

—¿Sabes, alma mía, que Dios llama á su lado á los niños

que más quiere? Si tú te murieses irías al cielo, con los ángeles, y no sufrirías más. Mira, muchos que no están enfermos desearían morirse, quisieran haberse muerto cuando eran niños como tú, antes de haber sufrido tanto, tanto. . . .

—¿Y Vd. hubiera querido morirse cuando era una niñita, Madame Vine?

—Yo he padecido mucho en este mundo, hijo mío. Á veces me parece que ya no puedo soportar más y quisiera descansar, olvidarme de todo. ¿No es verdad que cuando estás muy cansado te gusta acostarte en tu camita y quedarte dormido?

—Sí, mucho. Y ahora estoy cansado casi siempre. Pero antes nunca quería acostarme, porque me divertía mucho. Me gustaba correr y jugar por el parque y coger mariposas y flores. Ahora ya no me importa, ni quiero jugar, pero me acuerdo de aquellos días. Cuando llegue el verano, verá Vd. qué bonitos y verdes se ponen el parque y los campos, y siempre hace sol, y en casi todos los árboles hay pájaros que cantan. Y verá Vd. cómo se pone de flores el jardín, y cuántas rosas. . . . ¡Oh, de las rosas sí que me acuerdo bien, Madame Vine! Pero ya ni las veo, ni sé de nada. . . .

Horrible tortura la de aquella pobre madre, cuyas lágrimas corrían sin cesar, mientras oía y contemplaba al hijo de sus entrañas, ya en las garras de la muerte, sin poder salvarlo ni morir con él; sin tener siquiera el consuelo de decirle, antes de perderlo para siempre: "¡Yo soy tu mamá, tu mamá adorada, que te ha querido toda la vida, que te cuidará hasta el último momento y que seguirá pronunciando tu nombre, amándote siempre, cuando estés allá en la gloria, entre los ángeles del cielo!"

El niño se había dejado caer sobre las almohadas, con un triste suspiro. Isabel lo miraba en silencio, anonadada. Pero le estaba reservado un nuevo dolor, el de ver á Guillermo romper á llorar de súbito, exclamando:

—¡No quiero morirme! ¡No quiero morirme! ¿Por qué me he de separar de papá y Lucía, para irme tan lejos, tan lejos? . . . ¡Oh, Dios mío! ¡Pobre de mí!

Isabel lo abrazó apasionadamente, cubriéndolo de besos, sollozando con él. Después lo levantó del sofá y estrechándolo sobre su seno le dirigió las palabras más cariñosas,

consolándolo, arrullándolo como sólo una madre sabe hacerlo. Por fin disminuyó la angustia del niño, cesó su llanto y reposó tranquilo en el regazo de Isabel.

—¿Qué ruído es ése? preguntó Guillermo poco después.

Oíanse voces y risas en el corredor. Carlisle, el conde de Monte Severne y su hijo dejaban el comedor y los dos primeros se preparaban á regresar á Linden, donde tenían aquella noche reunión política. Isabel oyó pasos que se acercaban y se puso apresuradamente los feísimos espejuelos. Á los pocos momentos entraba Bárbara en la salita.

—Pero ¿qué hacen Vds. aquí á obscuras y con el fuego medio apagado? exclamó. Guillermo debería de estar en cama hace rato, en lugar de enfriarse ahí en el sofá.

Dió un campanillazo y ordenó á la criada que acudió que condujese á Guillermo á su cuarto. Después preguntó á Madame Vine:

—¿Qué opina el doctor Martín?

—Dice que ambos pulmones están afectados, y aunque no expresó una opinión concreta, me pareció comprender que la había formado, y muy desfavorable. Volverá á examinarlo la semana que viene, en Linden.

—Yo misma lo llevaré, dijo Bárbara, y el doctor me dirá lo que realmente piensa. Y ahora, Madame Vine, aquí tiene Vd. las cinco libras que me prestó esta mañana. Lo único que le recomiendo, y de esto habíamos resuelto hablarle el señor Carlisle y yo, es que no vaya Vd. á gastarse ese dinero y más que tenga en juguetes y regalos para los niños.

—No tengo en el mundo á nadie para quien ahorrar ni á quien hacer un presente, dijo Isabel. Á los niños les gusta recibir de cuando en cuando un regalito. . . .

—Eso es diferente. Pero es que Vd. no se limita á ello, sino que se gasta buena parte de lo que gana en juguetes costosos y en mil objetos para los niños. No podemos permitirlo.

—Les compraré menos cositas, prometió Isabel suspirando.

—Dígame Vd., Madame Vine: ¿conoce Vd. á Sir Francis Levison? preguntó de súbito la señora.

Isabel se extremeció y dijo en voz baja, como avergonzada :

—No, señora.

—Me figuré, al notar la expresión de Vd. cuando hablé del barón el otro día, que no le era desconocido. Nada pierde Vd. con no contarle entre sus amigos. Pues bien ¿ creerá Vd. que la lista de las maldades de ese hombre va en aumento ?

—No comprendo, fué la respuesta de Madame Vine.

—No ignora Vd. que con él entró la desgracia en esta casa. Pues por informes obtenidos hoy casi puedo asegurar que á ese malvado le debemos también la desgracia en mi propia familia. ¿ Sabe Vd. lo que creemos mi esposo y yo ? Que ese monstruo asesinó á Jalión, crimen de que habrá Vd. oído hablar y del cual se acusó á mi hermano Ricardo, que desde entonces anda oculto y fugitivo. Nada diré del dolor de mi padre, que lo cree culpable, ni de las lágrimas que ese crimen ha costado y cuesta á mi madre, convencida como yo de la inocencia de Ricardo.

—¡ Será posible ! murmuró extremeciéndose Isabel.

—Mi opinión, continuó Bárbara, es que pronto brillará la verdad y verán todos en el barón no sólo al hombre depravado á quien conocen sino al asesino digno de la horca. ¿ Qué hubiera dicho Isabel Vane, si hubiese sabido que aquel seductor en cuyos brazos se arrojó era un asesino ?

—¡ Horror ! exclamó Isabel, no pudiendo reprimir un ligero grito. Mortal palidez invadió su rostro, y cerró los ojos como si le hiciese daño contemplar la luz del día.

Tan marcadas fueron aquellas muestras de terror y pesar, y al parecer tan infundadas, que renovaron las sospechas de Bárbara. Era evidente que la institutriz conocía á Levison ó sabía de él más de lo que confesaba.

—¿ Por qué se conmueve Vd. así ? le preguntó. ¿ Se interesa Vd. por el barón ?

—¡ Yo ! exclamó ella con desprecio. ¡ Oh, no ! Pero esos crímenes horribles me trastornan profundamente. No puedo evitarlo.

Cuando se quedó sola no pudo apartar de su imaginación la idea de que las manos de Levison estaban teñidas en sangre.

—¡ Asesino ! murmuraba. ¡ Asesino ! Y por él aban-

doné hijos y esposo. No existe, no puede existir mujer más miserable que yo.

¡ Pobre Isabel !

CAPÍTULO XXXV

UN MARINO DE OCASIÓN

Al llegar el sábado arreció el viento, las nubes ocultaron el sol y la noche cerró amenazando tempestad. Pero aquellos desfavorables indicios no parecían preocupar á un solitario caminante que por extraviados senderos iba en dirección á Lynne, cuyos terrenos no tardó en pisar después de abrir cautelosamente una puertecilla situada en la tapia más apartada del camino real.

Era un marinero, á juzgar por su traje, el enorme cuello de la blusa y la gorra de lana que llevaba calada hasta las orejas. El largo cabello caía en rizos sobre la frente y una poblada barba negra le cubría buena parte del rostro.

—¿ Me esperarán ? murmuró al cerrar tras sí la puertecilla. Después se adelantó prudentemente por una avenida de álamos cuyas ramas agitaba con fuerza el viento, y al llegar á los últimos árboles se detuvo. Á un lado del camino esperaba una mujer, Bárbara Carlisle.

—¿ Eres tú, Ricardo ? ¡ Pobre hermano mío !

Ambos se abrazaron cariñosamente.

—¡ Por fin vuelvo á verte, Bárbara ! Y casada. ¿ Eres feliz ?

—Muy feliz. ¡ Oh, sí !

—¿ Y nuestra madre ?

—Muy mejorada últimamente. Nada sabe de tu venida.

—Tengo que verla. Ya sabes que en mi última visita no la vi. . . .

—Hablaremos de ello á su tiempo. Pero lo que urge, Ricardo, es anunciarte que Torne se halla otra vez en Linden. ¿ Lo reconocerías si lo vieras ?

—No me preguntes tal cosa. Lo reconoceré siempre, entre mil.

—¿Sabes que mi esposo y Levison son los candidatos rivales en estas elecciones?

—Sí, lo leí en un periódico. ¿Cómo ha tenido ese hombre el valor de oponerse á Carlisle?

—No me lo explico, á no ser que tenga sus razones para volver á Linden. Dime, Ricardo; nos aseguraste una vez que habías conocido en Londres á Sir Francis, que lo habías visto en compañía de Torne.

—Y lo repito. Lo conozco y lo vi con Torne dos veces.

—Supongo que lo conocerás de vista solamente. ¿Cómo supiste quién era?

—Me lo nombró un cochero. Vi á Torne dándole el brazo y pregunté: "¿Quién es el individuo ése?" indicando á Torne, porque deseaba saber su verdadero nombre. "Á ése no lo conozco," me contestó el cochero, "pero el otro es el barón Sir Francis Levison. Andan siempre juntos."

—¿Y así fué cómo conociste á Levison?

—Así, ni más ni menos, contestó Ricardo.

—Pues entonces todo se explica. Cuando el cochero te nombró á Levison se refería á Torne y no al otro; Torne es Sir Francis Levison.

Ricardo miró á su hermana con los ojos desmesuradamente abiertos.

—¿Qué dices, Bárbara? ¡Pero eso es una locura!

—Estoy segura de su identidad. Por eso te escribí, y poco después el mismo Archibaldo confirmó lo que hasta entonces no eran más que sospechas mías. Aquel mismo día reconocieron á Torne otras dos personas, Raimundo Betel y Jasper.

Antes de que Ricardo se repusiera de su sorpresa oyeron pasos y momentos después se presentó Carlisle.

—Muy bien disfrazado estás, Ricardo, dijo sonriéndose y estrechando afectuosamente la mano del joven.

—Señor Carlisle, exclamó éste, Bárbara dice. . . .

—Sí, ya lo sé, y yo confirmo sus palabras. Levison y Torne son dos nombres y un solo bribón.

—¿Cuándo y cómo podré verlo?

—En ello he estado pensando. Desde luego, si fueras

esta misma noche á la Fonda del Cuervo, donde se hospeda desde que lo despidieron de la de Oriente, lo verías en la sala ó en los corredores, porque se exhibe cuanto puede.

—Y si lo reconozco, señor Carlisle ¿qué haremos?

—Esa es la dificultad. Mi opinión es que á tí te toca dar el primer paso.

—¡A mí! dijo Ricardo alarmado.

—Sí, lo tengo bien meditado todo. Yo en persona no puedo hacerlo. Por el asesinato de Jalión lo perseguiría hasta enviarlo al cadalso, pero como además me ofendió á mí personalmente, no puedo proceder contra él por aquel otro delito. Bastante trabajo me ha costado y me cuesta contenerme y no darle de latigazos cada vez que lo veo.

—¿No podría acusarlo Bárbara?

—Tampoco. Bárbara es mi esposa.

—Pues entonces ese miserable va á quedar impune, dijo Ricardo tristemente.

—De ningún modo, repuso Carlisle. Á quien en realidad le toca proceder contra él es á tu padre, pero no lo hará. Con tu buena madre no hay que contar; Bárbara y yo nos vemos, como te digo, imposibilitados de hacer cosa alguna; sólo quedas tú.

—Pues á fe que yo estoy atado de pies y manos como ninguno, observó el fugitivo con manifiesto temor. No me atrevo ni á permanecer veinte y cuatro horas en las cercanías y quiere Vd. . . .

—Desecha esos temores, Ricardo. ¿Crees que pueda yo aconsejarte cosa alguna que ofrezca el menor peligro para tí? Ocúltate por dos ó tres días en la misma casa donde ya permaneciste escondido antes, á una milla de aquí. Yo te prepararé una entrevista con el abogado Burton, á quien confesarás toda la verdad; procura convencerle de tu inocencia y si lo logras, cuenta con que no vacilará en proceder contra Levison. Conozco bien á Burton. Por tí nada temas, que él no ha de denunciar tu presencia aquí.

—Está bien, asintió Ricardo, no del todo tranquilo. ¿Y qué debo hacer ahora?

—Ocultarte donde antes lo hiciste y permanecer allí hasta el lunes. Al obscurecer volveré á verte aquí y entre tanto yo hablaré con Burton. . . . ¡Pero no! Lo primero

es que veas á Levison y te convenzas de que es Torne. Si no estuvieras muy cansado. . . .

—¡ Cansado yo, cuando se trata de probar mi inocencia ! interrumpió Ricardo. Ahora mismo voy á la Fonda del Cuervo y veré á Levison.

—Tendrás hambre y sed, Ricardo, dijo Bárbara. Déjame ir corriendo á la casa y en un momento te traeré algo que comer.

—No lo necesito, hermana. Dejé el tren en la estación anterior á Linden y comí en un figón. Repito que ahora mismo voy á Linden ; estaré de vuelta dentro de dos ó tres horas y esperaré aquí hasta que pueda hablar contigo ó con el señor Carlisle. Hasta luégo.

Llegado que hubo á la población se caló la gorra hasta los ojos y aproximándose á un grupo de curiosos se puso á mirar desde la calle por las ventanas de la fonda donde paraba Levison, esperando divisarlo entre las muchas personas que entraban y salían constantemente ó que formaban animados grupos en las habitaciones de la planta baja. Y la suerte le favoreció, porque á los pocos minutos aparecieron en la puerta del edificio dos caballeros de alta estatura, cuya presencia fué saludada por algunos curiosos con una débil aclamación : " ¡ Viva Levison ! "

—¿ Cuál de ellos es Levison ? preguntó vivamente Ricardo al sujeto que tenía más cerca.

—¿ Todavía no lo conoce Vd. ? Ese que se quita el sombrero.

Una mirada bastó á Ricardo para convencerse de que Levison era Torne.

—¿ Y cómo se llama el otro ? volvió á preguntar.

—Drake. Es un amigo del barón que vino con él de Londres.

Ricardo se alejó apresuradamente, poseído de la más viva agitación y ansioso de verse otra vez al lado de Bárbara y Carlisle.

Sucedió que aquella misma noche, no obstante lo muy desapacible que estaba, había dejado Isabel la casa para dar un solitario paseo por las alamedas del parque. Los niños se habían retirado á descansar mucho antes. Entregada se hallaba á sus tristes pensamientos, cuando oyó pasos precipitados en un sendero del parque, y se detuvo, algo

alarmada. Después vió que el nocturno paseante era un marinero desconocido, y que en lugar de seguir hacia la casa se detuvo á corta distancia del punto en que ella se hallaba, obligándola á permanecer inmóvil.

¡ Cuál no sería la sorpresa de Isabel al ver que á los pocos momentos aparecía en el sendero Bárbara Carlisle y se arrojaba en brazos de aquel desconocido ! "¡ Ella, también ella ! " se dijo cruzando las manos sobre el pecho, con asombro y confusión indescriptibles, que subieron de punto al ver presentarse en escena al mismo Carlisle. ¿ Qué iba á suceder allí, á su vista ?

Pero Carlisle se acercó tranquilamente, sin que el marinero retirase el brazo con que ceñía el talle de Bárbara ; hablaron los tres por algunos momentos y después de la despedida más cariñosa se alejó el misterioso personaje. Carlisle tomó el brazo de Bárbara y ambos se dirigieron á la casa, andando lentamente, como dos enamorados.

—¡ Es su hermano ! se dijo Isabel. ¡ Loca de mí ! Creer que ella lo engañaba. . . . No. ¡ Esa infamia estaba reservada para mí, para mí sola !

Los siguió hasta la casa, á distancia. Por una de las ventanas que daban al jardín, en la habitación vivamente alumbrada donde los esperaba el te, vió la mirada amorosa de Bárbara y la sonrisa con que contemplaba Carlisle el lindo rostro de la mujer querida.

Isabel se arrastró penosamente hasta su cuarto. Tenía los ojos arrasados en lágrimas ; el corazón traspasado de dolor.

CAPÍTULO XXXVI

ENTRE JUECES Y ABOGADOS

Á HORA temprana de la mañana del lunes llamaba Carlisle á la puerta del abogado Burton, que le recibió tan sorprendido como honrado por la inesperada visita.

—Se trata de un cliente, le dijo Carlisle sin preámbulos, á quien por circunstancias especiales que pronto apreciará

Vd. no puedo representar. Pero ante todo, amigo Burton, prométame Vd. guardar absoluta reserva sobre el objeto de esta conferencia, si no le conviniese encargarse de los procedimientos necesarios en este caso.

—Cuente Vd. con ello, querido colega. ¿De qué se trata?

—De un suceso casi olvidado; el asesinato de Jalión, todavía impune.

—Y del cual se acusa á Ricardo Hare. Lo recuerdo muy bien.

—Recientes circunstancias indican que Ricardo es inocente.

—¿Lo cree Vd. así, Carlisle?

—Lo he creído desde hace años. Ricardo acusó á raíz del crimen á un sujeto desconocido de casi todos, llamado Torne. Este era un nombre supuesto y la persona que lo llevaba entonces está hoy en Linden. Note Vd. que yo no lo acuso; no hago más que manifestar mi creencia de que el joven Hare es inocente. Pero no puedo encargarme de demostrarlo.

—¿Qué se lo impide á Vd.?

—Prefiero no decirlo, ni nombrar al hombre á quien Ricardo acusa. Vengo á preguntarle á Vd. si quiere ver á Ricardo en secreto, como lo he visto yo anteayer, pues también está en Linden, oir su relato y dejarlo partir tranquilo si resuelve Vd. no intentar su defensa. ¿Quiere Vd. hacerlo?

—Con verdadero placer, amigo Carlisle. Crea Vd. que no tengo el menor deseo de perjudicar ni perseguir á Ricardo Hare; y que si logra convencerme de su inocencia, haré cuanto de mí dependa para demostrarla ante los tribunales.

—Gracias, Burton. De buena gana tomaría yo mismo su defensa, pero no puedo proceder contra el hombre á quien él acusa. Óigale Vd. y lo comprenderá todo.

—Corriente. ¿Cuándo podré verlo?

—Cuando y donde Vd. diga. Yo me encargo de darle aviso. De noche sería menos expuesto para él.

—Pues entonces esta misma noche, aquí en mi despacho. Y dígale Vd. que venga sin temor.

Grande fué la sorpresa con que el abogado Burton oyó

algunas horas después el relato minucioso de Ricardo, que no omitió detalle alguno, desde la fecha del crimen hasta su último encuentro con Torne ó Levison, dos días antes.

—No tengo inconveniente en proceder contra el barón, dijo por fin el abogado, después de escuchar atentamente cuanto le refirió Ricardo. Levison ha sido siempre un tunante, aun sin esta nueva y más grave fechoría de que Vd. le acusa. Pero antes de dar paso alguno hay que dejar perfectamente establecida la identidad de Levison y Torne.

—Jasper y Betel pueden convencerlo á Vd. de ella, dijo Ricardo, aunque dudo que Betel quiera hacerlo.

—Enviaremos á llamar á Jasper ahora mismo.

—¡Pero no mientras esté yo aquí! exclamó Ricardo alarmado y dejando su silla.

—Tranquilícese Vd. Ahí tengo otra habitación en la cual esperará el resultado de mi entrevista con Jasper, á quien tendremos aquí pronto.

Así sucedió, y á los pocos minutos ya estaba el alegre Jasper preguntando al abogado, de quien era muy amigo, si tenía algún trabajo que encomendarle.

—Lo que deseo, amigo Jasper, es que conteste Vd. una pregunta importante, le dijo Burton. ¿Sabe Vd. si al barón Levison se le ha conocido alguna vez por otro nombre?

—Sí, replicó Jasper sin vacilar. Se hacía llamar Torne hace años, cuando andaba galanteando á una muchacha que también me tenía engatusado en aquella época. Afy Jalión, no tengo por qué ocultarlo.

Al decir esto Jasper se echó á reir.

—¿Y dónde vivía entonces Levison?

—No en Linden, porque llegaba siempre á caballo, y solía decir que acababa de recorrer al galope ocho ó diez millas. Por entonces me figuré que sería algún petimetre de Chester á caza de aventuras, pero ahora comprendo perfectamente de dónde venía; de la casa de su tío Sir Peter Levison, cerca de Chester, en la cual estaría pasando una temporada.

Lo mismo se dijo Burton, que se limitó á dirigir á Jasper una segunda pregunta.

—Dígame Vd. con toda sinceridad, amigo mío: ¿tiene

Vd. la menor duda de que Levison sea el mismo sujeto á quien conoció entonces con el nombre de Torne?

—Ninguna; como no puedo tenerla de que sea Vd. Burton y yo Jasper. Mi convicción es absoluta.

—¿Está Vd. pronto á declararlo así, ante un tribunal, bajo juramento?

—Ahora mismo, amigo Burton.

—Está bien. Con Vd. contaré si llega el caso, y sólo le recomiendo ahora discreción y silencio.

Larga fué la segunda conferencia de Ricardo y Burton, que anotó cuantos datos pudo proporcionarle aquél. También los obtuvo muy valiosos el abogado al siguiente día, en una visita que hizo á la que fué residencia de Sir Peter Levison. Ricardo regresó por entonces á Liverpool, dejando á Carlisle y Bárbara las señas de su morada para que pudiesen llamarlo cuando su presencia fuese necesaria. Por entonces volvieron á presentarse en Lynne, con gran contento de todos sus moradores, el conde de Monte Severne y su hijo, que habían pasado algunos días en Londres y volvían para presenciar el fin de aquella campaña electoral.

Una mañana, terminado que hubo Carlisle la rápida lectura de su correspondencia, entró Dill en su despacho con interesantes noticias.

—Amigo mío, dijo, estaba deseando verlo para contarle mi aventura de anoche. Figúrese Vd. que involuntariamente oí una disputa vivísima que tuvieron Levison y Raimundo Betel.

—¿Es posible? preguntó el abogado prestando atención.

—Y crea Vd. que lo que oí bastaría para hacer ahorcar á Levison y mandar á Betel á presidio. Tan seguro como que lo veo á Vd. en este momento, señor Carlisle, esos dos hombres poseen y ocultan el secreto de la muerte de Jalión. Parece que Levison. . . .

—Un instante, Dill, interrumpió Carlisle. Preferiría no oir las revelaciones que va Vd. á hacer. Levison puede ser el asesino, pero desde hace algunos días he renunciado por completo á pensar siquiera en ese suceso.

—Y entre tanto el pobre Ricardo Hare sufre, y con él toda su familia, repuso Dill sorprendido y disgustado. No dudo que si personas competentes tomasen por su cuenta

la rehabilitación del infeliz muchacho, la conseguirían pronto.

—Ya hay quien se ocupa en ello, amigo mío, contestó Carlisle, y por eso mismo quiero permanecer ajeno al asunto. Otros se han encargado de él.

—¡ Mucho me alegro ! exclamó el viejo pasante. Pero en tal caso mi testimonio será necesario, importantísimo.

—No lo dudo, pero repito que nada tengo que hacer con ello. Hay que comunicárselo á otra persona. . . .

—¿Á quién?

—Á mi colega Burton, que ha conferenciado con Ricardo y tiene á su cargo su defensa.

—¡ Otra buena noticia ! exclamó Dill. Y Burton, á no dudarlo, se propone ajustarle las cuentas á Levison como él sabe hacerlo. Allá voy corriendo.

—Como Vd. guste, Dill, le dijo Carlisle riéndose. Pero lo que es yo no me mezclo. Burton hará lo que bien le plazca.

Y al parecer los informes de Dill fueron muy interesantes, porque su conferencia con Burton á puertas cerradas duró más de una hora.

Á las tres de aquella tarde sólo dos jueces habían tomado asiento en la sala del tribunal : Herbert y Pinner. Los restantes andarían probablemente de elecciones, en algunas de las juntas que á diario celebraban los partidarios de ambos candidatos. Y sucedió que no bien despachó el tribunal los pocos asuntos pendientes, subió al estrado el señor Burton y solicitó de los magistrados audiencia secreta. Herbert y Pinner se miraron sorprendidos, miraron después gravemente á Burton y con él pasaron á una sala inmediata.

Lo que allí se dijo nadie lo supo por entonces, pero conste que las puertas de aquella sala no volvieron á abrirse hasta bien dadas las cinco de la tarde y que al salir los jueces podía leerse en la severa y preocupada expresión de sus rostros la trascendencia de las revelaciones que acababa de hacerles el abogado Burton.

CAPÍTULO XXXVII

DESAHUCIADO

—Esta tarde tiene Vd. que llevarme á Linden, á la oficina de papá, Madame Vine, para que me vea el doctor Martín, decía Guillermo á la institutriz.

—No, niño, repuso ésta. Tu mamá me dijo el otro día que quería llevarte ella misma.

—Pues lo que yo sé, insistió Guillermo, es que esta mañana le oí decir á mamá que después de comer teníamos que ir á Linden Vd. y yo, porque ella esperaba unas visitas.

Poco después vió Isabel confirmadas las palabras de su hijo, y aunque se alegró infinito de presenciar aquella consulta decisiva, tembló ante la idea de verse con Carlisle en el despacho de éste.

Llegaron á Linden á las tres de la tarde y los recibió afectuosamente el señor Dill. Carlisle había salido, dejando encargado que esperasen su regreso.

—¿Y tú qué tal sigues, Guillermito? preguntó Dill.

—Lo mismo. Ojalá me curase pronto para no tener que tomar el aceite ese de hígado de bacalao, que es malísimo. ¿Á dónde ha ido papá?

—No lo sé, amiguito, pero supongo que tendrá alguna reunión. Hace tiempo que anda siempre de juntas y discursos, y no tendremos paz hasta que se acaben estas benditas elecciones.

—¡Pero lo que es Levison no puede derrotar á papá! exclamó Guillermo con gran animación.

—No, niño. Ese hombre no debió haber hecho nunca la locura de volver á Linden. Y lo que es vencer á tu papá ni á ningún hombre honrado es cosa que no podrá hacer jamás ese títere.

Isabel oyó aquellas palabras con dolor. Le parecían una reconvención más, dirigida á la mujer que había preferido al malvado, abandonando por él al esposo noble y bueno.

Guillermo no tardó en tomar posesión de un sofá en la habitación á donde los condujo Dill, y cerrando los ojos se

quedó dormido. Isabel tomó asiento junto á una ventana y se puso á mirar distraídamente á los que pasaban por la calle. La espera fué larga.

—El doctor Martín se ha retardado algo, dijo Carlisle entrando y mirando al reloj. Lo siento por Vd., Madame Vine.

La institutriz vestía como siempre de negro, y además del gran sombrero de paja y los inevitables anteojos llevaba también velo.

—¡ Oh, para mí no es molestia ninguna ! dijo en voz baja, como solía hablar siempre á Carlisle.

—Muy pálido está Guillermo, prosiguió él mirándolo. Y siempre adormecido. ¿ Será ese un mal síntoma ?

El médico no llegó hasta las cinco, y sus pasos y el ruído que hizo la puerta al abrirse despertaron al niño.

—¿ Qué tal sigue mi enfermito ? preguntó el señor Martín. *Bon jour, madame.*

—*Bon jour, monsieur*, contestó ella.

Hubiera deseado que todos le hablaran en francés y la tuvieran por francesa, figurándose que así sería menos probable que la reconociesen. Por desgracia el médico no sabía más de una docena de palabras en la lengua que había empleado para saludarla.

—Veamos, continuó el doctor conduciendo al niño hacia la ventana y examinando atentamente el estado del pulso y de la piel y la acción de los pulmones. Bueno, ahora puedes volverte al sofá y acabar tu sueño.

—No, lo que quiero es agua.

—Pues mira, le dijo su padre, pídesela á Dill, que te dará toda la que quieras.

Guillermo salió. Carlisle estaba inmóvil, reclinado en el marco de la ventana ; frente á él, con los brazos cruzados y pareciendo meditar, el doctor Martín. Isabel sentada, algo distante de ambos.

—¿ Qué opina Vd., doctor ? preguntó Carlisle.

—El niño está algo delicado, sin duda, empezó á decir el médico ; pero . . .

—Un momento, doctor. Hágame Vd. el favor de hablar con entera franqueza y de decirme toda la verdad.

—Que puede serle á Vd. muy desagradable.

—No importa. Lo esencial es saberla. Y en este caso

el niño no tiene madre cuyo corazón pueda desgarrar un pronóstico desfavorable.

—Pues bien, señor Carlisle, preveo un triste desenlace.

—¿La muerte de mi hijo?

—Sí. Debe de haber heredado el germen de la tisis, cuyos síntomas son evidentes.

Carlisle siguió impasible en apariencia. De su amor por sus hijos nadie dudaba, pero las fatales palabras del médico no alteraron su calma. Lo único que hizo fué cerrar los ojos por algunos momentos. Después preguntó:

—¿Como puede haber heredado la tisis? Esa enfermedad no existe en mi familia ni en la de . . . su madre.

—Perdone Vd., amigo mío. La abuela del niño, la condesa de Monte Severne, murió tísica.

—Jamás había oído tal cosa.

—Porque le dieron otro nombre á la enfermedad. Pero no le quede á Vd. duda. La conocí y sé que fué víctima de una tisis lenta.

—¿No queda alguna esperanza?

—Vd. me ha dicho que quiere saber la verdad, replicó el médico mirando á Carlisle fijamente. No hay esperanza. Los pulmones están gravemente afectados.

—Y cuánto tiempo. . . .

—No puedo decirlo con fijeza, interrumpió el doctor Martín, comprendiendo lo que Carlisle quería saber. Puede durar algunos meses, un año quizás, á lo sumo; pero el fin puede llegar también de una manera inesperada, en corto plazo. Hay que darle descanso absoluto; nada de clases ni lecciones, que no le han de servir.

Al decir esto miró el doctor á la institutriz, como indicándole que su recomendación era para ella. Y entonces vió con sorpresa que Madame Vine parecía próxima á desvanecerse; mortal palidez había invadido la parte del rostro que el velo dejaba ver.

—¿Está Vd. indispuesta, señora? dijo dirigiéndose rápidamente hacia ella. *¿Trouve malade?*

Isabel quiso hablar pero no pudo. Carlisle se le acercó también y la infeliz hizo ademán de que se detuvieran.

—No interrumpan Vds. su conversación, dijo. Les agradezco infinito su interés, pero no es nada; un ligero vahido, que ha pasado ya.

El médico se apartó de ella y Carlisle volvió á la ventana.

—¿Qué tratamiento recomienda Vd.? preguntó.

—Puedo decir que ninguno, contestó el doctor Martín. Que haga el niño lo que guste, que juegue ó descanse, pasee en coche ó á pie, coma y beba cuando quiera, lo que más le agrade. Poco importa.

—¿Y un clima más templado?

—Podría acaso prolongar su vida por algunas semanas, cuando más; salvarlo, nunca. Y además ¿quién se encargaría de llevarlo? Vd. no podría ir y el niño no tiene madre. No, no aconsejo el viaje. He visto á Vandon, nuestro hábil cirujano, y le he manifestado mi opinión, que es también la suya. Y ahora, permítame Vd. que me retire, para alcanzar el tren de las seis.

—¿Vendrá Vd. á Lynne algunas veces para ver á Guillermo?

—Si Vd. lo desea. Lo haré para mayor satisfacción de Vd. *Au revoir, madame.*

Isabel se inclinó y el médico dejó la habitación acompañado de Carlisle.

—¡Qué cariño le tiene á Guillermo esa institutriz francesa! dijo el doctor Martín en el corredor. Lo noté el otro día, cuando fueron á verme á Chester; y ahora mismo, ya vió Vd. la emoción que le produjo oirme decir que el niño no puede vivir. Adiós, amigo mío.

Carlisle estrechó su mano y le detuvo.

—Doctor, dijo, ¡si pudiera Vd. salvar á mi hijo!

—¿Y quiénes somos nosotros, Carlisle, pobres médicos, para impedir que sea lo que ha de ser? Recuerde Vd. que aun en las mayores desgracias puede descubrirse un bien, una compensación. ¿Qué es la vida para ese niño, enfermo incurable? Hasta la vista, amigo mío.

El afligido padre regresó á la habitación donde estaba Isabel, y acercándose á ésta la contempló en silencio, pensativo.

—¡Triste fallo el del doctor Martín! dijo.

Isabel, sobresaltada, dejó su asiento, se dirigió á la abierta ventana y miró á la calle. Su emoción profundísima, su dolor, la idea de sostener en aquellos momentos una conversación con Carlisle acerca de la mortal dolencia de su

hijo, era más de lo que podía soportar la pobre madre sin descubrir su secreto; el corazón le latía penosamente y no hubiera podido pronunciar una sola palabra sin prorrumpir en llanto revelador. Hizo un poderoso esfuerzo y comenzó á retirar de sus ardientes manos los guantes que las cubrían; después enjugó el sudor de su frente y procuró recobrar alguna calma. ¿Qué excusas podía ofrecer al señor Carlisle?

—¡Quiero tanto al niño! murmuró por fin, volviendo algo el rostro hacia él. Y las palabras del médico me han causado tan viva agitación como dolor.

Carlisle dió un paso hacia ella y dijo:

—Es Vd. muy bondadosa y yo le agradezco el cariño que demuestra profesar á Guillermo.

Isabel tuvo que guardar silencio.

—Le ruego, continuó Carlisle, que no comunique á mi esposa las palabras del doctor Martín. En el estado en que se encuentra sería peligroso alarmarla ó causarle pena. . . .

—¡Pena! ¿Á ella? ¿Y por qué había de sentirla? Ella no es su madre.

Isabel pronunció aquellas palabras rápidamente, con alguna violencia. Había en ellas algo de reconvención, de queja y de desprecio. El señor Carlisle la miró sorprendido y luégo dijo en voz alta y un tanto severa:

—Muy impremeditadas son esas palabras, Madame Vine.

Isabel comprendió inmediatamente que Carlisle debía de creerla loca para atreverse á hablar así de su señora. ¡Ella, la institutriz! Carlisle iba á retirarse, cuando Isabel lo detuvo con una súplica.

—Oí decir al médico, murmuró, que no había quien pudiera encargarse de llevar á Guillermo á un clima más templado. Permítame Vd. hacerlo. Confíelo Vd. á mi cuidado.

—No hay que pensar en tal viaje. Ya oyó Vd. lo que dijo el señor Martín; que el cambio de clima podría apenas prolongar su vida.

—Por algunas semanas. ¿Y no valen éstas algo?

—Dijo que *acaso podría* prolongarla. Y si así fuese ¿de qué serviría? Serían otras tantas semanas de aislamiento para el niño, lejos de su familia. No, Madame

Vine. Si mi hijo ha de morir, quiero tenerlo á mi lado hasta el fin.

En aquel momento se entreabrió la puerta y asomó por ella Guillermo, que venía á reconocer el terreno.

—¿Se ha ido, eh? preguntó. No quise volver mientras estuviese aquí para que no se le ocurriese darme un trago de esas medicinas tan amargas que siempre lleva en el botiquín. . . .

Carlisle tomó asiento y puso al niño sobre sus rodillas, apoyando la mejilla sobre su sedoso cabello.

—¿Qué dice el médico? siguió preguntando Guillermo. ¿Que voy á morirme?

—¡Morirte! ¿Quién piensa en eso, hijo mío?

—Pues no falta quien lo diga, papá. Yo mismo lo he oído.

—Veremos lo que puede hacerse para que Guillermito no se muera y se cure, balbuceó Carlisle, que no sabía qué decir y dominaba con trabajo su emoción. Pero vivamos ó no, estamos siempre en manos de Dios, hijo mío, y lo que Él disponga es siempre lo que más nos conviene.

—Sí, papá, ya lo sé.

Carlisle dejó su asiento y condujo de la mano al niño hacia Isabel.

—Con Vd. lo dejo por ahora, Madame Vine, dijo. Cuídelo Vd. bien.

—¿Volveremos á Lynne contigo, papá? preguntó Guilermo.

—Si lo prefieres iremos juntos. Espera aquí un rato.

Carlisle no tardó en volver y tomando la mano de su hijo se puso en camino con él y la institutriz, que iba triste y callada al otro lado del niño. Al pasar por el correo vieron salir apresuradamente á un hombre que al hallarse frente á ellos en la acera se apartó confuso y después se alejó á grandes pasos. Era Francis Levison. Guillermo se volvió para mirarlo y dijo, cuando lo perdió de vista:

—Por nada del mundo quisiera ser un hombre malo como ése. ¿Y tú papá?

Carlisle no contestó. Isabel le dirigió involuntariamente una mirada y vió que se había puesto muy pálido. En sus labios aparecía una sonrisa de desprecio.

Frente á la casa de Hare vieron al juez, meditabundo é inmóvil. Guillermo divisó en el jardín á la señora Hare y corrió á darle un beso. Todos los niños la querían mucho.

—Carlisle ¿que significa esto? preguntó el magistrado á su yerno con voz que revelaba su agitación. Yo no fuí al juzgado esta tarde, pero Pinner ha estado aquí y me ha dicho que el tribunal había recibido una solicitud y deposición de la mayor importancia. No puede ser cierto lo que dicen. Es imposible. ¿Qué opinas tú de todo esto?

—Nada, respondió Carlisle. Yo no he tomado parte alguna en esas diligencias.

—Ahora pretenden, prosiguió Hare bajando la voz, que Ricardo no es el asesino de Jalión y que el culpable es Levison. ¡Levison!

—De la inocencia de Ricardo, dijo Carlisle gravemente, estoy convencido hace mucho tiempo.

—¿Y de la culpabilidad de Levison? preguntó asombrado el juez.

—Sobre ese punto no puedo expresar mi opinión.

—¡Pero repito que es imposible!

—Y yo digo que los tribunales se encargarán de reconocer y proclamar la inocencia de Ricardo. Por lo que al otro se refiere, si resulta culpable y condenado no seré yo quien tome en ello la menor parte.

—Pero si mi hijo es inocente, dijo el juez con insegura voz ¿por qué ha permanecido oculto y ausente tanto tiempo?

—Para que Vd., su padre, no lo entregase á la justicia como había jurado hacerlo.

El señor Hare guardó silencio algunos instantes, confuso y contrito.

—Pero Carlisle, exclamó de repente, si lo que suponen resulta exacto ¡qué venganza tan completa para tí y qué castigo para . . . ella, si hubiera vivido!

Carlisle tomó en silencio la mano de su hijo, que había vuelto á su lado y dirigiendo un saludo á la señora Hare emprendió otra vez el camino de Lynne.

También ella, Isabel, echó á andar junto al niño, como antes, pero presa de violento temblor, cansada de la vida, próxima á sucumbir bajo el cúmulo de dolores que la ago-

biaban. El juez, que no había salido de su asombro, los miró alejarse, repitiendo maquinalmente :

—¡ Ricardo inocente ! ¡ Levison asesino ! ¿Será cierto ?

CAPÍTULO XXXVIII

EN NOMBRE DE LA LEY

Llegó el día de la elección y Linden se llenó de gente. Los moradores de la población dejaron sus casas y los de las cercanías, ricos y pobres, electores ó no, invadieron las calles á millares. Bárbara fué en coche á la casa de Cornelia, con los niños y Madame Vine, que hubiera preferido mil veces permanecer en Lynne.

Cuando llegaron ya estaban en la sala de Cornelia la señora de Dobede y su hija soltera, los Herbert, la señora Hare y otros amigos, porque la casa estaba admirablemente situada frente al estrado que se destinaba á los oradores y á la proclamación del candidato triunfante.

Carlisle entró por algunos momentos, acompañado de Sir John Dobede, el conde de Monte Severne, el juez Herbert y otras personas distinguidas, para saludar á sus amigos. Recibiéronle éstos alborozados, cambió con ellos algunos apretones de manos, sonrió á su esposa y se dirigió al local de la elección saludado desde las ventanas por los pañuelos de las señoras.

El joven Guillermo Vane, que se había situado en la acera opuesta, frente á la casa de Cornelia, juzgó la ocasión inmejorable para lanzar un sonoro "¡ Viva Carlisle ! " que la multitud repitió con entusiasmo una y diez veces.

Pero también se hallaba en un grupo cercano el otro candidato con algunos amigos, que contestaron á las aclamaciones de los azules con un "¡ Viva Sir Francis Levison ! " fríamente acogido.

—Está visto, Levison, le dijo Drake, que en Linden no tienes grandes simpatías, sobre todo cuando anda cerca

Carlisle. Y por cierto que tiene una mujer lindísima ; mírala allí, en el centro del balcón. Digo, añadió bajando la voz, ¿era la otra tan bonita como ésta?

Levison frunció el ceño ; la alusión no le hizo la menor gracia. Pero antes de que pudiera decir una palabra se le acercó un policía, que poniendo la mano sobre el hombro del barón exclamó :

—¡ Sir Francis Levison, en nombre de la ley queda Vd. preso !

Lo primero que se le ocurrió al barón fué que se trataba de una deuda ; pero aun así el caso no podía ser más grave dadas las circunstancias.

—¡ Atrás, miserable ! exclamó lívido de ira. ¿Cómo se atreve Vd. ? . . .

No acabó la frase porque el policía, con singular presteza y maña, le puso las esposas antes de que Levison y cuantos le rodeaban supieran que pensaba hacer tal cosa. Sólo la sorpresa profunda de Drake le impidió abofetear al policía. Pero del corro salieron numerosas voces de protesta.

—No puedo evitarlo, dijo el policía. Se me ha dado el auto de prisión con orden expresa de prender al barón en seguida.

—¿Pero de qué se le acusa? dijeron varios.

—¡ Del asesinato de Miguel Jalión !

Los que rodeaban al policía y su prisionero retrocedieron un paso, consternados, mudos de asombro. Las palabras del policía pasaron pronto de boca en boca y la curiosidad de la multitud se convirtió en agitación vivísima. Las señoras que ocupaban los balcones de la casa de Cornelia vieron lo ocurrido, pero sin poder adivinar la causa.

Levison había perdido por completo su aplomo habitual. Pálido y tembloroso, desfiguradas las facciones por el terror, dirigió una mirada en torno y sus ojos se fijaron en Raimundo Betel, que estaba allí cerca.

—¡ Ah, perro ! exclamó Levison. ¡ Tú eres el autor de todo esto !

—¡ Yo ! ¡ No, por . . .

Betel iba sin duda á lanzar un juramento para dar mayor fuerza á su negativa, pero no concluyó la frase. Otro po-

licía acababa de ponerle las esposas, como lo había hecho su compañero con el barón, exclamando :

—¡ Raimundo Betel, lo prendo á Vd. como cómplice en el asesinato de Jalión !

—¿ Y Ricardo Hare ? ¿ Qué significa esto ? ¿ Son cómplices de Ricardo ? preguntaron una docena de voces á un tiempo.

—Entiendo, dijo uno de los policías, que al joven Hare se le cree inocente. Yo nada sé de cierto.

—¡ Juro que soy inocente de tal crimen ! exclamó Betel.

—Pues no tiene Vd. más que probarlo ante el tribunal, dijo el policía, obligándole á ponerse en marcha.

Cornelia y la señora Dobede, incapaces de dominar su curiosidad por más tiempo, preguntaron desde el balcón :

—¿ Qué ha sucedido ? ¿ Qué ha hecho Levison ?

—Preso, con Betel. Acusados de asesinato, les contestaron los de la calle. Dícese que mataron á Jalión y que el hijo de Hare es inocente.

La señora Hare, sentada junto á Cornelia, lanzó un débil grito y Bárbara corrió á su lado.

—¡ Oh, mamá ! ¡ Querida mamá ! exclamó abrazándola. No llores, no te asustes. Lo que dicen de Ricardo es verdad ; es inocente. Ya verás cómo lo prueban. ¡ Archibaldo !

Su esposo pasaba frente á la casa, la oyó y subió apresuradamente. Con auxilio de Bárbara y Madame Vine condujo á la señora Hare á otra habitación.

—¡ Oh, Archibaldo, dime la verdad ! imploró la pobre señora. ¿ Ha llegado el momento de probar la inocencia de mi hijo ?

—Así lo creo, señora. Calma, por Dios.

—¿ Y el otro ? Ese hombre . . . ¿ Será posible ?

—Nada sé. Culpable ó no, otros se encargarán de averiguarlo. Contra él no asumiré yo nunca el papel de vengador. Y Vd. anímese y espere confiada. Creo que pronto brillarán para todos días muy felices.

La señora Hare lloraba en silencio. Bárbara la abrazó otra vez y Carlisle volvió al lado de sus amigos. Al salir de la habitación vió junto á la puerta á Madame Vine, in-

móvil y mortalmente pálida. Pero no supo ni podía saber lo que la infeliz sufría en aquellos momentos.

Los dos presos fueron conducidos por lo pronto á la inspección de policía más cercana, seguidos de multitud de curiosos, entre los que no faltaron algunos que prorrumpieron en denuestos y burlas. El escándalo había sido tan grande y la acusación tan grave que en una improvisada reunión de los partidarios de Sir Francis se acordó desde luego retirar su candidatura. De todos modos era evidente que aun sin aquel inesperado suceso habían perdido la elección.

No lejos de Cornelia, que de haberlo sabido se hubiera indignado mucho, estaba Afy Jalión asomada á una ventana con otra sirvienta vecina.

—¿Por qué lo prenden? preguntó ésta á los que pasaban por la calle.

—Porque mató á Jalión. Á tu padre, Afy. Dicen que Ricardo Hare no tuvo que ver con el crimen. . . .

Lo primero que hizo Afy al oir aquello fué pegar un chillido. Después cayó de golpe al suelo. Afy se había desmayado por primera y última vez en su vida.

Pero su desvanecimiento duró poco y un cuarto de hora después salía de la casa con dirección á la de la señora Latimer, donde servía, sin que nadie pudiera notar en su aspecto el menor indicio del susto y la sorpresa que acababa de experimentar.

Iba calle arriba, mas rozagante que nunca, cuando se halló de manos á boca con Jasper, á quien detestaba por burlón y atrevido, como ella decía.

—Buenos días, Afy, dijo Jasper andando á su lado y mirándola con gran sorna. Me alegro de verte, hija, porque iba en busca tuya á casa de la señora Latimer.

—Mire Vd., señor guasón, á mí me deja Vd. tranquila y sola ahora mismo, que no quiero bromas y sé cómo Vd. las gasta.

—Vamos, muchacha, no te sulfures. De veras que iba á verte. Si tengo en el bolsillo nada menos que una citación de los jueces para que te presentes esta misma tarde á las tres en el juzgado. . . .

—¡Yo! ¿Y para qué?

—Ya te lo dirán. Esta mañana pusieron á la sombra á Levison, tu antiguo novio.

—¡ Mi novio ! Es Vd. lo más descarado. . . .

—Conmigo no te andes con remilgos, Afy. Demasiado sabes dónde te vi hace años, y con quién, cuando todos aquí te creían por esos mundos con Ricardo Hare. Pude decirles la verdad, no lo hice y eso me tienes que agradecer. Ahora Levison, alias Torne, está en la cárcel acusado de haber dado muerte á tu padre y te llaman á declarar. Ni más ni menos.

—¡ Yo nada sé del asesinato ! Puede Vd. decirles que no iré al juzgado, balbuceó asustadísima la muchacha.

—Pues tendrás que ir, buena moza. Toma, aquí tienes la citación.

Al decir esto le puso en la mano un papel, que Afy rasgó en pedazos y arrojó al suelo.

—¡ No declararé contra Levison ! exclamó exasperada. Lo juro. ¿ Yo acusar á un inocente, cuando sé muy bien que Ricardo Hare fué quien mató á mi padre? No lo espere Vd. Estos son enredos de Vd. y algún día me la pagará.

—¡ Vamos, chica ! Si yo nada tengo que ver con esto, ni he dicho una palabra. El abogado Burton me dió ese papel para que te lo entregara y así lo he hecho. Cuidadito con faltar, porque te lo harán pagar muy caro. Adiós, prenda.

La indignada joven se alejó apresuradamente sin decir palabra. Jasper la miró, diciéndose :

—Si no se lo impiden saldrá de Linden antes de media hora, y costará un triunfo dar con ella. La conozco. Voy á decírselo á Burton.

Afy llegó á su casa y se presentó en seguida á la señora Latimer.

—Tengo que irme ahora mismo, señora, le dijo. Volveré dentro de algunos días. Acaban de decirme que está muy enferma en Chester una parienta mía y que quiere verme.

—¿ Qué dices, Afy ? ¿ Parienta tuya ? Pues yo creía que no tenías más que á Julia y á tu tía la señora Kane.

—Es otra tía, que ha estado siempre reñida con mi familia. Pero me manda á buscar y voy á verla hoy mismo.

No hubo medio de impedírselo. Subió á su cuarto, llenó un saco de mano con ropa y efectos de su pertenencia,

puso en él su dinero y dejó la casa. En la acera opuesta estaba plantado un policía muy conocido suyo.

—¿Va Vd. de paseo, Afy? le preguntó, cruzando la calle.

—Tengo un encargo de la señora, contestó ella, procurando cortar la conversación y andando con gran prisa.

Pero también el policía redobló el paso y siguió á su lado.

—Mucha prisa lleva Vd., amiga, le dijo.

—Mucha, sí señor. Hoy no tengo tiempo de hablar con Vd. Otro día será.

—¿Pero á dónde va Vd. corriendo de esta manera? Ni que tratase de alcanzar el tren.

—Pues á eso voy precisamente, ya que es Vd. tan curioso. Tengo que ir á Chester.

—¡Hola! ¿Por mucho tiempo? No, no tome Vd. por esa calle.

Afy se detuvo sorprendida al oir aquella orden. El policía se sonrió y asiendo suavemente el brazo de la joven, le dijo:

—No, Afy, por aquí vamos bien. No puede Vd. tomar el tren esta tarde porque justamente para evitarlo me han dado orden de vigilar su casa y llevarla al juzgado, donde estará muy bien. Ya verá Vd.

Cuanto dijo é hizo la encolerizada muchacha fué inútil. Poco después se hallaba en la inspección de policía, en cómoda pero segura celda, esperando la reunión de los jueces y pensando cómo contestar á las preguntas de éstos sin comprometerse. Y al emplear esta palabra no lo hacemos con referencia al crimen, del cual era ella tan inocente como el que más y cuya responsabilidad atribuía por entero á Ricardo Hare. No; lo que Afy tenía entonces en mientes eran ciertas idas y venidas suyas en aquella época, que por ningún concepto le convenía ver divulgadas y servir de pasto á las implacables hablillas de Linden.

CAPÍTULO XXXIX

ANTE EL TRIBUNAL

Apenas reunidos los jueces se llenó la sala del juzgado de bote en bote. También estaban presentes en no escaso número los amigos de Levison, que no creían una palabra de la tremenda acusación. Presidía, más severo que nunca, el juez Hare, y en el estrado se había ofrecido también un sillón al conde de Monte Severne, cuyo hijo se apoderó del mejor asiento que halló desocupado en la sala, entre los espectadores. El abogado Rubiny había tomado á su cargo la defensa del barón.

Burton comenzó repitiendo los informes, el relato entero que le había hecho Ricardo Hare, aunque omitiendo en absoluto el nombre de su informante y manifestando que por entonces no era conveniente revelarlo. Desde luégo la más grave dificultad era la demostración de que Levison y Torne eran idéntica persona, y de probarlo se encargó Jasper.

—¿Qué sabe Vd. del acusado, Sir Francis Levison? le preguntó el juez Herbert.

—No gran cosa. Cuando yo lo conocí se llamaba Torne, el teniente ó capitán Torne.

—¿Á quién y dónde oyó Vd. darle ese nombre?

—Afy Jalión lo llamaba siempre así y yo también tres ó cuatro veces que hablé con él. Lo vi con frecuencia en el bosque de Linden y en casa de Jalión. Otros hay aquí que también recordarán haber visto en aquella época al teniente Torne. Raimundo Betel es uno de ellos, continuó dirigiendo una mirada al preso; y Loreley, que cruzaba á menudo el bosque.

—¿Quién más?

—Pues el pobre Jalión, que no podía ver al "pisaverde Torne," como él lo llamaba; y la hermana de Afy, Julia, y sobre todo Ricardo Hare.

—¿Qué concepto tenía Vd. de Torne?

—Me lo figuré siempre como un joven rico, de buena familia. Su traje, sus maneras y lenguaje, todo lo indicaba; evidentemente no deseaba ser visto de muchos y solía

venir en dirección de Chester al caer la noche, montando un hermoso caballo.

—¿Lo vió Vd. en casa de Jalión la noche del asesinato?

—No pude verlo porque no fuí por allí aquella noche.

—¿Sospechó Vd. de él entonces?

—Ni remotamente. Empezaron las acusaciones contra Ricardo y yo también le creí culpable.

—Una pregunta, dijo el abogado Rubiny. ¿Cuántos años hace desde que ocurrieron los sucesos á que el testigo se refiere?

—Déjeme Vd. pensar un poco. Diez, doce . . . sí, una docena cuando menos.

—¿Y está Vd. seguro de reconocer á ese Torne de que habla, al cabo de tantos años?

—Segurísimo. Puedo jurar y juro que Sir Francis Levison es el teniente Torne.

—¿Sin haberlo visto desde entonces? preguntó Rubiny con desdén. Esa pretensión es absurda.

—¿Sin haberlo visto? repitió Jasper. Pero es que yo no he dicho tal cosa.

Aquellas palabras aumentaron vivamente el interés del público y los jueces escucharon con redoblada atención.

—¿Lo ha visto Vd. en esos doce años? preguntó uno de ellos.

—Sí, señor. Una vez.

—¿Dónde y cuándo?

—En Londres; unos diez y ocho meses después del crimen.

—¿Habló Vd. con él?

—No. Nuestro encuentro fué puramente casual y él no me vió.

—¿Y quién lo supuso Vd. ser entonces, Torne ó Levison?

—Torne, naturalmente. Nunca soñé que pudiera ser Levison hasta que se presentó aquí como candidato.

Levison lanzó entre dientes atroz blasfemia. Preguntábase cómo había podido cegarse hasta el punto de volver á Linden, que era como haberse metido voluntariamente en la boca del lobo.

—El testigo puede equivocarse respecto de la identidad de la persona á quien vió en Londres. Probablemente no

era el Torne á quien conoció aquí, dijo el abogado del barón.

—No me equivoco, repuso Jasper con muy significativa sonrisa. Estoy seguro de lo que digo y no olvido que estoy declarando bajo juramento.

Llamóse entonces á otro testigo importante, Afy Jalión; pero antes de interrogarla pidió Burton y dispuso el tribunal que Jasper se retirase á la sala inmediata. Pronto veremos los motivos que para ello tenía el hábil letrado.

Afy, acompañada de su amigo el policía, tomó asiento cerca de la mesa de los jueces, y comenzó por negarse á prestar el juramento de ley. Sólo cedió cuando el juez Herbert la amenazó con enviarla á la cárcel.

—¿Qué parte tomó la testigo en el asesinato de Jalión? fué la primera pregunta.

—¡Yo! exclamó furiosa. ¿Cómo puede Vd. hacerme semejante pregunta? Era el mejor de los padres y yo lo quería más que á nadie en el mundo. . . .

—Está bien; dejemos eso, prosiguió impasible Burton. ¿Cómo y cuándo entabló Vd. conocimiento con un caballero á quien veía con frecuencia en aquella época, el teniente ó capitán Torne?

—¡Él nada tuvo que ver con el crimen! fué la respuesta de Afy.

—Conteste Vd. á lo que le pregunto. ¿Dónde conoció á Torne?

—En Chester, un día que fuímos allí de francachela.

—¿Y se enamoró de los bonitos ojos de Vd., averiguó dónde vivía y empezó á visitarla?

—Sí, dijo la vanidosa muchacha, muy complacida interiormente y mirando de soslayo al público que llenaba el local. No había en ello ningún mal. . . .

—¡Oh, no, ninguno! asintió el abogado. Y ¿lo conoció Vd. entonces con el nombre de Levison?

—No señor. Me dijo que era el capitán Torne y yo por tal le tuve.

—¿Supo Vd. dónde vivía?

—Me dió á entender que residía temporalmente en Chester.

—Y ¿cuánto tiempo después de su primera entrevista vino Vd. á averiguar que se llamaba Levison? preguntó

después Burton, de la manera más inocente y natural imaginable.

—Oh, mucho tiempo. . . . Sí, bastantes meses.

—¿Después del crimen, naturalmente?

—Por supuesto.

Burton se sonrió casi imperceptiblemente.

—Entiendo, dijo, que además de Torne se hallaban en los alrededores aquella noche Ricardo Hare, Betel y Loreley. ¿Cuál de los cuatro estaba con Vd. en la casa?

Afy pareció vacilar. Empezaba á preguntarse á dónde irían á parar todas aquellas preguntas.

—¡Recuerde la testigo que ha jurado decir la verdad! exclamó entonces el juez Hare con voz tonante. ¡Si fué Ricardo Hare el que se hallaba con Vd., dígalo clara y terminantemente, pero mucho cuidado con falsear la verdad!

—Fué Torne, contestó Afy amedrentada.

—¿Y dónde estaba entonces Ricardo? continuó Burton.

—No lo sé. También había ido á verme aquella noche, pero lo despedí sin querer admitirlo en la casa. Supongo que se quedaría por allí cerca, en el bosque.

—¿Le dejó á Vd. su escopeta?

—Sí, señor. Había prometido prestársela á mi padre. La dejó cerca de la puerta, diciéndome que estaba cargada.

—¿Tardó mucho en llegar su padre á interrumpir el coloquio de Vd. y Torne?

—¡No nos interrumpió! No volví á ver á mi padre en vida.

—Pues qué ¿no estaba Vd. en la casa cuando lo mataron?

—No. Salimos por la puerta de atrás al jardín, paseamos un rato y el capitán se despidió de mí. Yo me quedé en el jardín.

—¿Oyó Vd. el disparo?

—Estaba sentada en el tronco de un árbol cuando oí un tiro, pero no me fijé en ello, porque nunca me figuré que hubiera sido en la casa.

—¿Qué fué lo que el capitán se dejó olvidado en la casa y tuvo que volver á ella para recogerlo?

—Su sombrero, contestó Afy prontamente, cayendo en el lazo. Nada más que el sombrero; hacía mucho calor y salió sin él.

—No dudo que al volver le dió á Vd. informes que la convencieron de la culpabilidad de Ricardo. ¿No es así?

—Acababa de salir con el sombrero cuando oyó las voces de dos personas que disputaban en la casa. En una de ellas reconoció la voz de mi padre. Un instante después sonó el tiro y temió una catástrofe ó un crimen.

—¿Cuándo obtuvo Vd. esos detalles?

—La misma noche; mucho más tarde.

—¿Se los dió á Vd. Torne?

Afy guardo silencio, pero los jueces le ordenaron severamente que contestase aquella pregunta.

—Un muchacho fué á llamarme y me dijo que un caballero desconocido me esperaba á la entrada del bosque y le había dado unas monedas. Salí y me encontré con el capitán, que me preguntó lo ocurrido y le dije que Ricardo Hare había matado á mi padre. En seguida recordó que efectivamente la voz del hombre que había disputado con mi padre era la de Ricardo.

—¿Qué muchacho le llevó á Vd. el mensaje de Torne?

—El hijo de María Sansón, la molinera.

—Mire Vd. al acusado, Sir Francis Levison. ¿Es el capitán Torne?

—Sí. Pero eso no significa que cometiera el asesinato.

—¡Oh, no! asintió el abogado. ¿Cuánto tiempo permaneció Vd. en Londres con el capitán Torne?

Aquella inesperada pregunta dejó muda á la testigo, que miró á Burton con espantados ojos.

—Cuando desapareció Vd. de Linden después de la muerte de su padre fué á reunirse con Torne en Londres. Y pregunto ¿cuánto tiempo permaneció Vd. con él?

—¿Quién ha dicho tal cosa? preguntó por fin Afy.

—¡Recuerde Vd. que ha jurado decir la verdad, joven! volvió á gritar el padre de Ricardo. ¿Fué Vd. á reunirse con el acusado, Levison, ó con Ricardo Hare?

—¡Yo con Ricardo Hare! exclamó Afy entre indignada y temerosa. ¿Por qué repetir esa falsedad? No he vuelto á ver á Ricardo desde la noche del crimen. Lo juro. Hubiera preferido verme con el verdugo.

Era evidente que decía la verdad. El juez Hare, agitadísimo, comprendió que así como acababa de demostrarse la falsedad de una de las acusaciones contra su hijo, podía

resultar falsa también la otra, la más grave y entonces ¿qué justificación podría tener su severa conducta para con su hijo?

—Vamos, continuó Burton, demasiado sabemos todos que Vd. no volvió á ver á Ricardo, digan lo que quieran unos cuantos murmuradores. Á quien vió en Londres fué á Torne ¿no es cierto?

Afy clavó la mirada en el suelo.

—¡Conteste Vd.! exclamó el juez Hare.

—¿Fué á reunirse con Torne?

—Sí, respondió Afy en voz baja; respuesta que hizo toser ligeramente al abogado Burton.

—Y permaneció Vd. con él dos ó tres años.

—¿Tres? ¡Oh, no!

—Es verdad. Fué poco más de dos años, á lo sumo.

—¿Qué mal había en ello?

—Lo mismo digo yo. ¿Qué tenía eso de particular? Nada absolutamente. Pero para entonces ya supo Vd. que su verdadero nombre era Levison.

—Sí, señor. Me dijo que cuando me lo presentaron en Chester dió el primer nombre que se le ocurrió, que fué el de Torne.

—Perfectamente, señorita Jalión. Puede Vd. retirarse.

Burton ordenó entonces á uno de los guardias del tribunal que fuese en busca de Jasper.

—Hace poco, dijo el abogado cuando Jasper ocupó la silla que acababa de dejar Afy, declaró Vd. haber visto á Torne en Londres diez y ocho meses después del crimen. Y como por aquella época residía con él Afy Jalión, supongo que la vería Vd. también á ella.

Jasper se quedó atónito. No habiendo oído la declaración de Afy, no sabía cómo era conocido del tribunal aquel hecho que él había ocultado cuidadosamente.

—¿Afy Jalión? murmuró.

—La misma. Hable Vd. sin reparo. Ya todos sabemos que cuando ella salió de aquí fué para reunirse con Torne en Londres. ¿La vió Vd. allí?

—Pues bien. . . . sí, la vi, declaró Jasper, comprendiendo que era inútil seguir ocultándolo y que probablemente la misma muchacha había cantado de plano.

—Describa Vd. la entrevista con todas sus circunstancias.

—Fué una tarde, en el barrio de Pádington. Vi á una joven que cruzando la acera delante de mí entró en una casa. Era Afy Jalión. Le hablé, me invitó á tomar una taza de te y así lo hice.

—¿ Vió Vd. allí al capitán Levison ?

—Vi á Levison poco después. Afy me dijo que tenía que irme antes de las ocho, porque á esa hora esperaba una visita. Pero entretenidos con la conversación pasó el tiempo, dieron las ocho y Afy me hizo salir á toda prisa. Me hallaba todavía muy cerca de la casa cuando vi llegar un coche que se detuvo á la puerta y del cual bajó Torne. Nada más sé.

—¿ Y cómo no lo ha declarado Vd. antes, sabiendo que se acusaba á Ricardo Hare de haberse fugado con Afy ?

—En primer lugar porque le prometí á ella no decir á nadie que la había visto ; y además porque después de la grave acusación que pesaba sobre Ricardo como cierta, poco importaba escándalo más ó menos.

—Un momento, dijo el defensor Rubiny cuando Jasper se disponía á retirarse. Dice Vd. que vió á Torne á las ocho de la noche, en la obscuridad. ¿ Cómo supo Vd. que era él ?

—Porque había un farol encendido frente á la casa, y porque oí su voz.

—¿ Habló Vd. con él ?

—No, pero tuvo una disputa con el cochero, que le reclamaba más de lo que él le pagó. Torne le dijo cuatro frescas y acabó por arrojarle una moneda. Lo vi como si fuese de día.

El próximo testigo, un lacayo del finado Sir Peter Levison, declaró que el acusado se hallaba de visita en casa de su tío cuando ocurrió el asesinato de Jalión y que su permanencia allí duró todo el verano y parte del otoño. Añadió que Sir Francis solía salir á caballo al caer la noche, en dirección á Linden y volver á las tres ó cuatro horas con el caballo jadeante y cubierto de espuma.

—Tiene Vd. una memoria sorprendente, dijo al testigo el abogado Rubiny.

—Pues todavía recuerdo muy bien otra cosa, continuó el

lacayo. Y fué que hallándose Sir Peter y su sobrino en las caballerizas, el capitán le dió á su tío la noticia de que tenía que ir á Londres inmediatamente y le pidió cinco ó diez libras prestadas. Sir Peter se encolerizó mucho y alzando la voz le preguntó que había hecho con el billete de cincuenta libras que le había dado la víspera. Sir Francis se fué aquella misma noche.

Á esta declaración siguió la muy importante del señor Dill. Dijo en substancia que al regresar pocas noches antes á su casa de una visita á la de Beauchamp, oyó voces en un campo inmediato al camino y reconoció en una de ellas la voz de Betel, que con indignado acento acusaba al otro de desdeñarlo y pretender que no lo conocía. "Pero no fué así la noche del asesinato de Jalión. ¿Sabe Vd. que puedo mandarlo á la horca?" añadió Betel furioso. El otro, que resultó ser Levison, contestó que si acaso irían á la horca juntos, y que Betel no podía quejarse porque para eso le había pagado Levison. "¡Sí, un miserable billete de cincuenta libras!" exclamó Betel. "¡Así se me hubiera secado la mano antes de tocarlo!"

Levison había oído las declaraciones precedentes tan desdeñoso é impasible como siempre. Su sonrisa parecía decir que podrían probarle sus relaciones con Afy, mas no el asesinato. Pero su aspecto y maneras cambiaron radicalmente al oir las palabras de Dill. Entonces palideció por primera vez. La deliberación de los jueces duró poco. Levison y Betel fueron conducidos á la cárcel de Chester aquel mismo día, el primero como autor del asesinato de Jalión y el segundo acusado de complicidad en el crimen.

Á pesar de su ligereza de carácter, Afy oyó la decisión de los jueces con horror. Torne, el hombre con quien había vivido en Londres después de la muerta violenta de su padre, era el asesino de éste. Duro fué el castigo de la imprudente moza.

Levison, abatido, acobardado al oir las amenazas y los gritos de muerte con que lo recibió el pueblo á su salida del tribunal, maldijo la hora en que había vuelto á poner los pies en Linden.

CAPÍTULO XL

¡ FUEGO !

Lucía estaba castigada. Había cometido una ligera falta en casa de su tía Cornelia, llegó lo ocurrido á oídos de Bárbara y ésta ordenó que la niña permaneciese el resto del día en su cuarto, á pan y agua, tan luégo regresó á Lynne.

Por su parte la señora de Carlisle pasó media hora en su tocador, donde se vistió elegantemente. Aquella noche había recepción en Lynne, porque muchos amigos deseaban felicitar al nuevo miembro del Parlamento y á su familia.

Acababan de dar las seis y media cuando Madame Vine llamó á la puerta del tocador; iba á solicitar el perdón de Lucía, que según dijo sentía infinito no pasar aquella noche en la sala el rato que su madrastra le había prometido y lloraba amargamente. La institutriz pidió permiso para vestir á la niña.

—Es Vd. demasiado condescendiente con Lucía, Madame Vine, dijo Bárbara. Creo que Vd. no la ha castigado nunca. Pero cuando comete una falta hay que corregirla.

—Está muy arrepentida la pobrecita, continuó Madame Vine. ¡ Y llora tanto !

—Me temo que llore principalmente por el pesar de quedarse sin bajar á la sala. Pero en fin, ya que Vd. lo desea queda perdonada.

El señor Carlisle llegó en aquel momento con el conde, y asomándose sonriente á la puerta del tocador, dijo á Bárbara que deseaba hablarle breves instantes. Salió Bárbara tras él, alborozada como siempre con la sola presencia del esposo querido, y volviendo poco después se acercó á la mesa junto á la cual había quedado Isabel, triste y abatida.

—¡ Oh, Madame Vine ! exclamó Bárbara. ¡ Cuán feliz soy ! Mi esposo acaba de decirme que la demostración de la inocencia de mi hermano es cosa hecha y que muy pronto quedará proclamada públicamente. El conde de Monte Severne presenció la sesión del tribunal y dice que ambos culpables se vieron confundidos. Presidió papá y me admiro de que tuviese ánimos para ello.

Isabel inclinó la frente y preguntó con apagada voz :

—¿Se ha probado la acusación contra los presos?

—No queda la menor duda sobre la culpabilidad de Levison, pero no se conoce del todo la participación de Betel en el crimen. Ambos comparecerán ante el tribunal superior de Chester para ser juzgados definitivamente. ¡Oh, ese hombre, ese infame! ¡Cómo van apareciendo uno á uno sus delitos!

Madame Vine seguía escuchando, inmóvil.

—¿Creería Vd., prosiguió Bárbara bajando la voz, que mientras todo Linden, y al principio nosotros mismos, sospechábamos que Afy había huído con Ricardo, estaba la mujer esa en compañía de Levison? El abogado Burton la obligó á confesarlo así esta tarde. No conozco todavía los detalles, pero el señor Carlisle dice que el solo hecho basta para juzgar á tal miserable.

—Así es, en verdad, murmuró Isabel.

—¡Qué malvado! Siento que mi esposo se entere de esas nuevas bajezas, pero no hay modo de evitarlo. Tales revelaciones son sin duda penosísimas para él y para el conde. Pensar que su esposa . . . Pero el señor Carlisle es uno de los pocos hombres sobre quien no puede recaer la vergüenza de la que un día llevó su nombre.

El primer carruaje llegaba entonces á las puertas de Lynne, y Bárbara bajó para recibir á sus huéspedes, dejando á Isabel presa del más cruel dolor, agobiada por una nueva humillación. ¿No acabaría nunca su tremendo castigo?

Los únicos huéspedes que no concurrieron á la recepción fueron el juez Hare y su esposa. Fácil es comprender la ausencia del primero, que lleno de pesadumbre, arrepentido, recordaba la severidad inflexible con que había tratado á su hijo inocente.

—¡Y pensar que yo mismo pude haber sido causa de su condena y de su muerte! decía contrito á su buena esposa, que por primera vez en su vida veía al juez humilde y acusándose á sí mismo.

—No importa, Ricardo, le decía ella, todo eso ha pasado ya. Pronto volveremos á verlo aquí, con nosotros, más dichoso y tranquilo que nunca.

—Pero ¿cómo dar con él ahora, mi pobre Ana? preguntaba el pesaroso magistrado. Quizás haya muerto . . .

—¡ No, oh no ! Desecha tales ideas. Archibaldo sabe dónde está y volveremos á ver á Ricardo cuando llegue el momento oportuno.

—¡ Qué buen amigo ha sido para nosotros Archibaldo Carlisle ! repuso Hare. Muy feliz es Bárbara con tenerlo por esposo. Y Ricardo . . . ¡ Ricardo inocente !

—Sí, lo es, esposo mío, decía la dichosa madre, que notaba con profunda alegría el cambio que aquella gran felicidad había producido en el juez.

Mientras así hablaban los esposos en su ahora feliz hogar, se verificaba en Lynne una brillante recepción, muy animada, que se prolongó hasta medianoche. Una ó dos horas más tarde se habían retirado á sus habitaciones y dormían los moradores de Lynne y el silencio y la obscuridad reinaban en toda la casa.

De repente sonó con fuerza el timbre de entrada, situado en el corredor principal, cerca de la puerta. Y entre los muchos á quienes despertó aquella tardía llamada se contó la niñera Brígida, que fué la primera en asomarse á una ventana y gritar :

—¿ Hay fuego ?

Lo que más temía Brígida en el mundo era un fuego y más de una vez había creado alarmas en la casa, antojándosele que olía á quemado.

—¿ Hay fuego ? volvió á gritar.

—¡ Sí ! contestó desde afuera la voz sonora de un hombre, que apartándose de la puerta de entrada miró hacia las ventanas.

Brígida no necesitó más. Asiendo con una mano al niño menor, que contaba unos doce meses, y con la otra á su hermanito Archibaldo, salió al corredor gritando desesperadamente " ¡ Fuego ! ¡ fuego ! " Después invadió el cuarto de Guillermo, á quien sacó de la cama en un tris ; igual suerte cupo á Lucía, cuyo cuartito estaba inmediato al de su hermano. Abrió con golpazo ensordecedor la puerta de Madame Vine, y sin cesar en sus voces de " ¡ fuego ! " bajó la escalera con dos niños en brazos y los otros dos siguiéndola y entró sin ceremonia en la alcoba de los señores de Carlisle. Innecesario es decir que los cuatro niños, asustadísimos, lloraban á más no poder. Madame Vine, creyendo que media casa era pasto de las llamas, se envolvió en el

primer mantón que halló á mano y se presentó casi al mismo tiempo que Brígida y seguida de cerca por la no menos asustada Julia.

—¡ Fuego ! ¡ Socorro ! volvió á gritar Brígida.

La pobre Bárbara, despertada de tan violenta manera, saltó del lecho y se lanzó al corredor, tan ligera de ropa como todas las demás personas allí reunidas. Momentos después apareció Carlisle á medio vestir.

Una rápida mirada al piso inferior lo convenció de que la escalera y el vestíbulo estaban perfectamente libres y les ofrecían segura retirada. El miedo se había apoderado de cuantos le rodeaban. La clara luz de la luna que entraba por las ventanas del corredor iluminaba aquella escena de confusión.

—¿ Dónde es el fuego? preguntó Carlisle con fuerte voz que dominó el tumulto. No se nota humo. ¿ Quién dió la primera alarma?

El timbre de la puerta principal, que volvió á sonar repetidas veces, se encargó de contestarle. Madame Vine tomó en brazos á su hijo menor, Archibaldo. Carlisle se asomó á la ventana del frente y preguntó:

—¿ Quién llama?

—Soy yo, señor, contestó una voz en la que Carlisle reconoció la de uno de los criados de Hare. Mi amo ha tenido un ataque, un mal que le dió de repente y la señora me manda á llamar á la señorita Bárbara. Sírvase venir pronto si quiere ver vivo á su señor padre.

—¿ Eres tú, Domingo? ¿ Hay fuego en la casa? ¿ En esta casa?

—No lo sé, señor. Pero puede ser, porque he oído muchos gritos.

Carlisle se apartó de la ventana. Empezaba á creer que todo era una alarma infundada.

—¿ Quién te dijo que había fuego? preguntó á Brígida.

—Ese hombre que está llamando á la puerta, lloriqueó la muchacha. Pero gracias á Dios he salvado á los niños.

Carlisle, muy irritado, deploró vivamente aquel error. Su esposa temblaba de pies á cabeza y él sabía que Bárbara no se hallaba en estado de soportar impunemente aquella súbita y cruel alarma.

—Nada temas, le dijo procurando tranquilizarla. Todo

ha sido un error estúpido. Y tú, Brígida, antes de volver á causar semejante trastorno, procura convencerte siquiera de que existe algún peligro.

Bárbara se dirigió hacia la ventana, pero su esposo la detuvo. No quería que por entonces se enterase de la dolorosa noticia que acababa de darle el mensajero de los Hare. Pero sucedió que mientras él hablaba otros criados habían bajado la escalera y abierto la puerta principal. Domingo había esperado, deseoso de ayudar á combatir el fuego, si lo había en la casa, y apenas le abrieron entró en el vestíbulo. Bárbara lo vió antes de que Carlisle pudiese impedirlo, é instantáneamente se apoderó de ella el temor de que á su madre le había sucedido alguna desgracia.

Carlisle la hizo entrar en la alcoba y cariñosamente le anunció que su padre se hallaba algo indispuesto, pero que no había el menor peligro.

—¿No me engañas, Archibaldo? preguntó Bárbara. ¿No ha muerto?

—¡Muerto! exclamó Carlisle sonriéndose para disipar mejor su alarma. ¡Pues no faltaba más sino que se muriera el juez Hare! Vamos, que la loca esa de Brígida te ha trastornado de veras. Mira, te vistes tranquilamente y tú y yo vamos á ver á tu padre esta misma noche.

En aquel momento se acordó Bárbara de Guillermo. Caso extraño fué, pero pensó en él antes que Madame Vine y que Carlisle. Salió apresuradamente al corredor y en él halló á Guillermo, pálido y temblando.

—Puede que esto le cueste la vida, dijo tomando en brazos al niño. ¡Qué has hecho, Brígida! Su camisita está húmeda y fría.

No debió Bárbara de cargar aquel peso, delicada como estaba, pero insistió en llevar ella misma al niño á su propia cama.

Brígida no oyó las palabras que le dirigió su ama, porque estaba disputando con Domingo en la escalera.

—¡Yo no te dije que había fuego! exclamaba el criado.

—¡Cómo que no! Fué lo primero que pregunté al asomarme á la ventana, y tú contestaste "¡Sí!", decía Brígida.

—Contesté "¡Aquí!" replicaba Domingo.

—Brígida, ordenó Carlisle, lleva á los niños á sus cuartos, en seguida. Tú, Juan, prepara el cupé y espera con él

á la puerta. Madame Vine, no siga Vd. con ese niño en brazos, que pesa mucho. Julia se encargará de él.

Carlisle entró en la alcoba, donde ya Bárbara tenía encendida la luz y se vestía apresuradamente. Julia, que hasta entonces había tenido de la mano á Lucía, la soltó para tomar en brazos á Archibaldo, como se lo acababa de mandar su amo.

—El pobre Guillermo estaba temblando y frío como la nieve, empezó á decir Bárbara á su esposo en la alcoba. Esa Brígida . . .

La interrumpió un grito de terror, espantoso, penetrante. Carlisle se puso de un salto en el corredor y Bárbara le siguió; lo menos que se figuraba era que Brígida había dejado caer al pequeñín escalera abajo y lo había matado.

Pero no fué así. Brígida con el hijo de Bárbara y la niña se hallaba en el piso superior. Madame Vine desaparecía también rápidamente por la escalera. El niño Archibaldo yacía en el suelo, sobre la mullida alfombra del corredor, en el punto mismo donde momentos antes había estado la institutriz; al recibirlo Julia de manos de aquella, lo había dejado caer al suelo, paralizada por el terror. Carlisle halló á Julia agarrada al pasamano de la escalera, pálida como una muerta, con los ojos dilatados por el espanto y temblando convulsivamente.

—¡Por Dios, Julia! ¿Qué te pasa? exclamó Carlisle. No parece sino que has visto un fantasma . . .

—¡Oh, señor, señor! balbuceó Julia. Eso, sí, acabo de ver uno . . .

—Pero ¿qué ocurre en esta casa? gritó Carlisle exasperado. ¿Se han vuelto locos todos los criados? ¡Julia!

La muchacha cayó de rodillas, como si no pudiera sostenerse más tiempo en pie. Tenía las temblorosas manos cruzadas sobre el pecho. Carlisle, que conocía su buen juicio, la miró asombrado.

—¿Qué significa esto, Julia? le preguntó.

—¡Oh, mi querido señor! ¡Dios se apiade de todos nosotros! fué la enigmática respuesta.

—¡Te pregunto qué significa esto!

Julia no contestó. Se levantó con trabajo, temblando; asió la manita de Archibaldo, que la miraba asustado, y con él empezó á subir lentamente la escalera, sollozando.

—¿ Qué le habrá pasado? murmuró Bárbara siguiéndola con la vista. Dijo que había visto un fantasma . . .

—¡ Desvaríos ! exclamó Carlisle. Está asustada. La simpleza de Brígida ha trastornado toda la casa. Acaba de vestirte, Bárbara. Date prisa.

CAPÍTULO XLI

TRES MESES DESPUÉS

En Julio de aquel año los señores de Carlisle se hallaban en Londres, para donde salieron tan luégo se lo permitió la enfermedad del juez Hare. El ataque apoplético que puso en peligro la vida de éste lo dejó abatido y débil, uniéndose á sus padecimientos físicos el penoso recuerdo de su conducta injusta y cruel para con su hijo. De los moradores de Lynne dos sufrían todavía las consecuencias de la falsa alarma ocasionada por Domingo y Brígida la noche del supuesto incendio. Guillermo contrajo un resfriado que agravó su afección pulmonar y Julia padecía desde entónces lo que podía llamarse un ataque incurable de *miedo*. En su semblante se veía la ansiedad que la dominaba; iba por toda la casa como en sueños, pasaba horas enteras callada y pensativa, y cuando le dirigían la palabra se sobresaltaba y parecía temerosa y confusa.

Carlisle fué á Londres con Bárbara y Guillermo cuando vió al juez Hare fuera de peligro. Llevó consigo al niño para que lo examinasen los mejores especialistas de la capital y también porque no quería separarse de él. Bárbara eligió á Julia para acompañarlos.

En Londres se habló mucho de la prisión de Levison, y Carlisle y Bárbara tuvieron una penosa entrevista con la desgraciada esposa de aquel infame. Aunque no los conocía, fué á verlos al hotel, medio loca de dolor, humillada por aquel escándalo inaudito que deshonraba el nombre de su hijo. Quería obtener detalles auténticos de lo ocurrido, conocer la opinión de Carlisle sobre la culpabilidad del ba-

rón y acabó por preguntar al abogado qué remedio le ofrecía la ley para romper los lazos que la unían al malvado Levison.

Carlisle, muy á su pesar, tuvo que negarse á complacerla. No obstante lo mucho que había sufrido á manos del barón, había renunciado á toda venganza desde el momento en que le vió perdido, víctima de sus propios crímenes; y fiel al propósito que había hecho en Lynne, no quiso hablar de Levison ni de cosa que á él se refiriese.

Bárbara sólo residió en Londres algunas semanas, porque su estado reclamaba su permanencia en Lynne. Carlisle continuó en la capital, atendiendo á los deberes de su nuevo cargo, hasta que á fines del verano regresó al lado de su familia. Pocos días después dió Bárbara á luz una hermosa niña.

El pobre Guillermo iba debilitándose de día en día. Los médicos de Londres habían confirmado el triste pronóstico del doctor Martín y ya era evidente para todos que la vida del niño tocaba á su término.

También se hallaba en peligro la de Isabel, pero nadie lo sospechaba todavía. Sus fuerzas la abandonaban, el martirio constante á que se había sometido la mataba, y el espectáculo de su hijo moribundo era el último é insoportable golpe para aquella madre desesperada.

Dos palabras acerca de la imperturbable Afy Jalión antes de olvidarnos de ella para siempre. La señora Latimer la puso en la calle tan pronto llegaron á sus oídos los detalles del proceso. La muchacha hizo frente á las burlas de unos y á las censuras de otros, se pavoneó muy arrogante por las calles de Linden, y á falta de cosa mejor acabó por mirar con buenos ojos á un especiero cuarentón, tan escaso de mollera como abundante en buenas doblas de oro, á quien tenían embelesado el gracioso rostro y los aires de gran señora de Afy Jalión.

No se demoró mucho el proceso final de Levison y su cómplice ante el tribunal de Chester. Á las declaraciones hechas ante los jueces de Linden, que sería inútil repetir aquí, se añadió la confesión completa de Betel, que renunciando á su silencio declaró haberse encontrado con Torne cerca de la casa de Jalión, inmediatamente después del crimen; el aspecto de Torne, el terror de que estaba poseído,

dijo, eran pruebas tan claras de su culpa que Betel, vigoroso y ágil, lo detuvo á la fuerza é insistió en saber lo ocurrido. Entonces Torne le confesó que acaba de herir ó matar á Jalión tras una acalorada disputa, ciego de ira por los insultos y amenazas que le había dirigido su víctima. Le dijo que lo hecho no tenía remedio, que su delación á nadie favorecería y le puso en la mano un billete de cincuenta libras esterlinas para comprar su silencio. Tenía Betel gran necesidad de aquel dinero y resolvió callarse. Encontró poco después á Ricardo en los linderos del bosque y le negó haber visto á Torne, como lo negó más tarde ante el juez de instrucción y también cuando lo interrogó Carlisle. Supo con el tiempo que se acusaba del crimen á Ricardo Hare, pero como éste había desaparecido y se le suponía muerto, se afirmó en su resolución de ocultar lo que sabía y acabó por emprender un largo viaje.

Otra declaración importante fué la de Ricardo Hare, cuyos detalles fueron los mismos que años antes había comunicado á Carlisle en su entrevista nocturna. Refirió con toda sinceridad los incidentes que le hicieron sospechar de Torne y reconoció que embargado por el terror acumuló contra sí mismo pruebas tan convincentes como la de arrojar dentro de la casa de Jalión la escopeta descargada que tenía en la mano y sobre todo la de haber huído aquella misma noche y desaparecido para siempre como un criminal.

Betel confirmó en gran parte la declaración de Ricardo en el segundo interrogatorio á que fué sometido, y dijo que al oirse el tiro se hallaba Ricardo entre los árboles, vigilando al parecer el sendero que conducía á la casa y á más de un cuarto de milla de ésta.

La deliberación del jurado fué corta y su veredicto declaró á Francis Levison culpable del asesinato de Jalión, con la circunstancia atenuante de no haber cometido el crimen deliberadamente sino á consecuencia de una violenta disputa y aprovechando el arma que halló á mano. Así lo admitió por fin el mismo Levison en aquellos solemnes momentos, agregando que no tenía el menor motivo para desear la muerte de Jalión, ni esperaba hallarlo en la casa cuando volvió á ella para recoger su sombrero. El presidente del tribunal pronunció entonces la sentencia de muer-

te, ofreciendo dar debido curso á la recomendación de clemencia hecha por el jurado. Francis Levison había recibido el castigo de sus crímenes y no le quedaba más perspectiva en este mundo que la horca ó la cadena perpetua.

En Chester como en Linden fué Ricardo Hare objeto de cariñosas manifestaciones por parte de amigos y parientes. Lo único que turbó su felicidad fué el mal estado de salud de su padre. Al terminar la sesión del tribunal cayó el juez Hare en brazos de su hijo derramando lágrimas, quiso balbucear algunas palabras y quedó desvanecido. Los médicos declararon que era aquel un segundo ataque de apoplejía y el juez fué trasladado algunas horas después á su casa de Linden con todas las precauciones que exigía su gravísimo estado.

Isabel oyó de labios de la niñera Brígida el para ella doloroso relato de lo ocurrido en Chester.

—Vd. nunca sabe nada de lo que sucede, Madame Vine, le decía la parlera muchacha. Los jueces de Chester han mandado á Levison á la horca y han soltado á Betel, para que siga haciendo fechorías. ¡ Bonito par ! De esta casa nadie fué á Chester, porque la señora dijo que no le gustaría al señor Carlisle, pero anoche volvieron una porción de vecinos de Linden y nos contaron todo lo que pasó. Le tomaron declaración á Ricardo Hare, que ha vuelto á la casa de su padre ; dicen que está más buen mozo que nunca y que en el tribunal todos querían abrazarlo cuando condenaron al otro.

Aquí se detuvo Brígida, pero viendo que la institutriz no daba señales de vida, siguió charlando.

—El señor Carlisle se lo dijo todo anoche á la señora y tuvo que llamarme para que le llevara un vaso de agua, porque la señora estaba llorando y se agitó mucho cuando supo que su hermano era inocente y que lo habían aclamado al llegar aquí. ¡ Si hubiera Vd. visto cómo la abrazaba el señor y le decía mil cosas para que no llorase más ! Siempre he dicho que el señor y la señora se quieren mucho, aunque él fué y se casó con otra primero. Apenas llevé el agua me mandaron otra vez á cuidar al niño, pero estoy segura de que él nada le dijo del ataque del juez Hare hasta esta mañana.

—¿El ataque? ¿Está enfermo el juez? preguntó Isabel.

—¡Cuando le digo á Vd. que vive como una monja! Al juez tuvieron que traerlo en una camilla, porque le dió otro ataque de apoplejía en el tribunal, y por eso está hoy la señora en casa de su padre, que sigue muy enfermo.

Con esto se retiró la muchacha, dejando á Isabel que comentase á su gusto las noticias del día.

CAPÍTULO XLII

LA MUERTE DE UN ÁNGEL

Poco después se hallaba la pobre madre arrodillada junto al lecho de su hijo moribundo. En las delicadas facciones del niño, pálidas y enflaquecidas, y en la expresión de sus grandes ojos se veía que el momento supremo no estaba lejos. Su extenuación era tan completa que ya no podía levantarse.

Era un caluroso día de Julio é Isabel había hecho colocar la camita de Guillermo junto á una de las ventanas, por la cual miraba el niño el hermoso paisaje, cómodamente reclinado en los almohadones que sostenían su cuerpo.

—No tendré que esperarlos mucho tiempo ¿verdad, Madame Vine? le oyó decir Isabel.

—¿Á quién, Guillermo?

—Á Lucía, papá y mamá, allá en el cielo.

¿Y *ella*, Isabel? ¿No era ella nadie para su hijo?

—¿No querrás verme á mí también? le preguntó.

—¡Oh, sí, también á Vd.! ¿Y vendrá el mismo Jesús á buscarme ó mandará un ángel?

—Jesús ha *prometido* amparar él mismo á los que ama; y tú eres uno de sus ángeles.

—Sí. Y entonces seré feliz para siempre y me curaré. ¡Qué bueno debe de ser estar allí!

—¡Oh, sí, Guillermo! exclamó ella. ¡Ojalá hubiera llegado para mí esa hora!

Pensaba que la muerte sería para ella la libertad, el descanso, la paz.

—Dígame Vd., Madame Vine; ¿estará allí mamá? Quiero decir mi mamá que se murió.

—Sí, amor mío; desde hace mucho tiempo.

—Pero ¿cómo la conoceré? Yo apenas puedo acordarme de cómo era mamá.

Isabel se inclinó sobre él y apoyó la frente sobre el bracito del niño.

—La reconocerás, hijo mío. Nada temas. Ella no te ha olvidado nunca.

—¿Está Vd. segura de que mamá fué al cielo? insistió Guillermo después de breve silencio, como si un recuerdo, una duda hubiera cruzado su tierna inteligencia.

—¡Oh, niño mío! sollozó la acongojada Isabel; después de dejarte tu mamá, algún tiempo después, fué muy buena, se arrepintió de haberse ido de aquí, sufrió y lloró mucho, sufrió más de lo que podía soportar y . . .

—¿Y qué? preguntó Guillermo, porque Isabel se había detenido.

—Y murió de dolor, pensando en tí y en tu padre.

—¿Cómo lo sabe Vd.?

—Lo sé, niño, lo sé.

Guillermo reflexionó un momento.

—Pues sólo mamá pudo decírselo á Vd. ¿La conoció Vd.? ¿La vió en el extranjero? preguntó el enfermito con alguna agitación.

—Sí, la conocí, contestó Isabel casi maquinalmente, sin comprender bien toda la importancia de aquella respuesta.

—¡Oh! ¿por qué no nos lo ha dicho Vd. antes? ¿Cómo era mamá? ¿Qué dijo?

—Dijo, continuó Isabel llorando, que estaba separada de sus hijitos en este mundo, pero que volvería á verlos en el cielo y los tendría á su lado para siempre.

—¿Á quién se parecía? volvió á interrogar el niño con su más dulce acento.

—Á tí y á Lucía. Su cara era la misma de Lucía.

—¿Era bonita?

—Sí, murmuró ella tras breve pausa.

Poco después sufrió el tierno enfermo un desvanecimiento. Gruesas gotas de sudor frío cubrieron su frente y

la lividez del rostro fué tal que Isabel alarmada tiró del cordón de la campanilla.

Acudió Brígida, porque Julia que de ordinario cuidaba al niño había ido con Bárbara y la recien nacida á pasar el día en casa del juez Hare. Ni ella ni Bárbara creyeron que Guillermo se hallase peor al dejarlo aquella mañana. Lucía y su hermanito Archibaldo habían ido á comer con su tía Cornelia.

—¿Está desmayado? preguntó Brígida.

—Sí, ayúdeme Vd. á quitar estos almohadones y recostarlo en la cama.

Guillermo no tardó en volver en sí, asustado, temblando; asió los brazos de Isabel y Brígida y exclamó:

—¡No me dejen caer! ¡No, no! ¡Que me caigo! ¡Ah!

—¡No, alma mía! No puedes caerte. Mírame, yo estoy aquí, le decía su madre con cariñosa voz.

El niño siguió temblando y asiendo convulsivamente las manos de Isabel, hasta que fué calmándose poco á poco. Ambas mujeres le contemplaron tristemente después de enjugarle el sudor y Brígida le dió una cucharadita del cordial que había dejado el médico. Después el enfermo cerró los ojos y pareció dormir.

—¿Qué significará esto, Dios mío? preguntó maquinalmente Isabel.

—Que el niño se muere, dijo prontamente la niñera. Yo he visto antes un ataque parecido en otro enfermo y sé lo que ese desmayo quiere decir.

—¡Oh, Brígida! ¡No, por Dios! No está tan enfermo como eso, exclamó la madre tratando de engañarse á sí misma. El doctor Vandon dijo esta mañana que podría vivir todavía una semana ó dos.

—Sí, fíese Vd. del doctor Vandon para que él le diga la verdad. Mire Vd. que yo lo conozco bien y que le he visto atender enfermos en casi todas las casas donde he servido, sin contar que ha sido también el médico de mi familia. La señora Isabel tenía gran fe en su ciencia, pero lo que es yo no me fío de sus promesas.

Isabel nada dijo y acercando una silla á la cama se sentó y miró atentamente á Guillermo. Brígida salió para atender á sus quehaceres. Carlisle tuvo que pasar casi todo

aquel día en Chester, ante cuyo tribunal superior lo llamaban importantes asuntos de su profesión y no volvió á Lynne hasta la noche. Guillermo se animó al verlo entrar en su cuarto.

—¡ Papá !

Carlisle se sentó en la cama y le dió un beso. Al mismo tiempo vió en la carita del niño las huellas dolorosas de la reciente crisis, la expresión alarmente de un peligro cercano, inevitable.

—¿ Está peor ? preguntó inmediatamente á Madame Vine.

—Parece sentirse peor esta noche. Más débil.

—Dime, papá. ¿ Van á matar á Sir Francis Levison ?

—El tribunal lo ha condenado á muerte, hijo mío. ¿ Por qué hablas de eso ?

—¿ Y qué hará él ahora, papá ? ¿ Lo perdonará Jesús ?

—Así debemos esperarlo, Guillermo.

—¿ Lo esperas tú ?

—Sí. Yo quisiera que todos en el mundo alcanzasen el perdón de Dios. ¡ Qué agitado estás, niño !

—No puedo quedarme quieto un momento. Creo que la cama está mal hecha. ¿ Quiere Vd. traerme otra almohada, Madame Vine ?

Su padre lo sostuvo mientras Isabel cambiaba la almohada.

—Madame Vine es para tí una enfermera incansable, dijo Carlisle dirigiendo á la institutriz una mirada que demostraba su vivo agradecimiento.

Guillermo no contestó. Parecía querer recordar algo.

—Se me ha olvidado, olvidado . . .

—¿ Olvidado qué, niño mío ?

—Algo que quería preguntarte ó decirte. No sé. ¿ Está Lucía en casa ?

—Creo que no.

—Quiero verla, papá, y también á Julia.

—Te mandaré á Julia en cuanto llegue á casa de tu abuelito ; iré allí á buscar á mamá después de cenar.

—¿ Á mamá ? ¡ Oh, ahora me acuerdo ! Lo que quería preguntarte era cómo conoceré á mamá, á mi mamá, en el cielo.

Carlisle no supo qué contestar y el niño prosiguió ;

—Porque mamá está en el cielo ¿verdad?

—Sí, hijo mío, sí, contestó Carlisle.

—Madame Vine lo sabe y me lo ha dicho. Vió á mamá en el extranjero y le habló, y mamá le dijo . . . ¿Qué le dijo?

Isabel tembló. Carlisle miró con sorpresa el rostro encendido de la institutriz, que hubiera deseado poder huir de aquella habitación.

—¡Ah, sí! prosiguió Guillermo. Le dijo que sufría mucho y que nos quería siempre, á tí y á nosotros, y que el dolor la mataba.

La emoción de Carlisle fué profunda. La interrogadora mirada que clavó en Isabel obligó á ésta á murmurar, con desesperado esfuerzo:

—Perdone Vd. que haya hablado así al niño. Parecía preocupado al pensar en su mamá, me preguntaba, y procuré calmarlo y complacerlo.

—¿Nota Vd. marcado cambio en su aspecto? preguntó en voz baja Carlisle, acercándose á ella.

—Sí, señor. ¡Oh, sí! Sobre todo desde un grave desfallecimiento que sufrió esta tarde. Á Brígida le pareció ver en ello una señal de muerte. Temo . . . ¡temo que no pueda vivir más de veinte y cuatro horas!

Carlisle apoyó el brazo en el marco de la ventana y colocó una mano sobre sus cerrados ojos.

—Muy duro es perderlo, dijo con voz ahogada.

—¡Oh, señor! exclamó Isabel, conteniendo á duras penas los sollozos, ¡quizás sea mejor para él! ¡No es la muerte la peor de las separaciones! Salir de este mundo cruel . . .

El afligido padre tomó la única vela encendida, colocada tras una pantalla para que su luz no ofendiera al niño, y se aproximó á la cama. Guillermo abrió los ojos.

—No, papá, dijo. Prefiero estar á obscuras.

—Nada más que un momento, Guillermito; déjame mirarte.

La breve inspección del demacrado rostro reveló al padre que la muerte se acercaba rápidamente.

En aquel instante llegaron Lucía y Archibaldo, que regresaban de casa de su tía. El niño moribundo los miró ansioso.

—Adiós, Lucía, dijo extendiendo su manita sudorosa y fría.

—Si no me voy, dijo su hermana. Acabamos de llegar.

—Adiós, Lucía, repitió Guillermo.

La niña tomó entonces la mano del enfermo, se inclinó sobre él y le dió un beso.

—Adiós, Guillermo. Pero te digo la verdad, que no voy á ninguna parte.

—No, pero yo me voy, Lucía, dijo su hermano. Me voy al cielo. ¿Dónde está Archibaldo?

Carlisle tomó en brazos al pequeñuelo y lo puso sobre el lecho. Lucía estaba asustada; su hermano menor sorprendido.

—Adiós, hermanito, continuó Guillermo besándolo. Me voy al cielo. Allí veré á mamá y le diré que tú y Lucía irán también pronto . . .

Lucía rompió á llorar desconsoladamente, acudió Brígida y su amo le dió orden de llevarse á los dos niños, á quienes apaciguó prometiéndoles que verían á Guillermo por la mañana, en cuanto se despertase.

De rodillas, con la cara oculta en el lecho, mordiendo el cubrecama para que no se oyesen los sollozos de su agonía desgarradora, esperaba Isabel que terminase aquella escena de indecible tristeza. La prueba era superior á sus fuerzas. ¡Su hijo, el hijo de ambos, próximo á exhalar el último aliento y abandonarlos para siempre; solos los dos junto á su lecho de muerte y ella sin poder pedirle ni recibir de él una palabra de consuelo!

Carlisle la miró al notar su postración y su llanto, agradeciendo de nuevo con toda su alma el afecto de aquella institutriz por su hijo agonizante. Pero nada más. Después volvió á inclinarse sobre el enfermo, sin poder contener sus propias lágrimas.

—No llores, papá, murmuró el niño, acariciando con débil mano la mejilla de Carlisle. No tengo miedo de morirme. Jesús me espera.

—¡Miedo! No, hijo querido. Vas á ser feliz con Dios en la gloria. Dentro de algunos años, Él sabe cuán pocos, estaremos todos reunidos, á tu lado.

—Eso es lo que le voy á decir á mamá. Ya debe de estar esperándome.

Carlisle humedeció los labios del niño con una poción cordial.

—No puedo respirar ni tragar, continuó Guillermo. Quiero ver á Julia.

—Pronto estará aquí, le dijo su padre, posando la diestra sobre la cabeza del niño, acariciándolo dulcemente.

Á los pocos minutos pareció aletargado, quizás dormido. Carlisle lo contempló en silencio y luégo se dispuso á salir.

—¡ Oh, papá, papá ! exclamó Guillermo con ansiosa expresión, abriendo los ojos. ¡ Dime adiós !

—Papá volverá pronto, amor mío, le dijo él. Dentro de una hora estaré aquí y traeré á mamá para que te vea.

—¿ Y Ana, mi otra hermanita ?

—También la verás, si quieres. Y cuando yo vuelva no me separaré más de tu lado.

—Adiós, papá.

Carlisle lo besó, le dió un largo y cariñoso abrazo, y sin poder contener las lágrimas salió apresuradamente

—¡ Adiós, papá ! volvió á decir la débil voz del niño.

Carlisle no lo oyó. Había salido ya ; acababa de separarse de su hijo para siempre. Isabel alzó los brazos al cielo y prorrumpió en sollozos por tan largo tiempo contenidos.

—¡ Oh, Guillermo, mi querido Guillermo ! ¡ En estos últimos momentos déjame ser para tí una mamá, tu mamá !

—Papá ha ido á buscarla.

—No ella. Yo, yo . . .

Isabel se contuvo á tiempo y volvió á caer de rodillas, llorando amargamente. No, ni aun en aquellos instantes en que el mundo desaparecía para su hijo, se atrevía á decirle la verdad : " ¡ Yo soy tu madre ! "

Brígida entró de nuevo.

—Parece adormecido, dijo.

—Sí, repuso Isabel. Puede Vd. retirarse, Brígida. Yo seguiré á su lado y si algo necesita llamaré.

La madre mártir quedó sola con su hijo y oró fervorosamente, largo rato. Después recordó los sucesos más salientes de su vida, desde su llegada á Lynne como esposa de Carlisle hasta el momento presente. Guillermo descansaba, inmóvil. Ella siguió pensando en lo pasado. ¡ Cuán diferente hubiera sido su suerte sin aquel paso fatal que la

hundió para siempre en el dolor y la desgracia! ¡Qué existencia tan feliz hubiera sido entonces la suya! Pero la realidad era espantosa. Ella tenida por muerta; Bárbara ocupando su puesto, esposa de Carlisle y madrastra de sus hijos. ¿Y á quién se debía tamaño cambio? ¿Á Carlisle? ¿Á Bárbara? No, á ella misma. ¡Tan sólo á ella!

Cerca de una hora había trascurrido desde la partida de Carlisle, y ella continuaba perdida en sus tristes recuerdos, llena de angustia, de arrepentimiento. Pero ¿quién entraba de súbito en la habitación y se acercaba al lecho de su hijo? ¡Ah, sí! Era Julia.

Isabel se levantó apresuradamente, á tiempo que Julia se inclinaba para mirar al niño.

—El señor me ha dicho que Guillermo quería verme, comenzó á decir. ¡Oh! . . . ¡Dios eterno!

Al grito doloroso de Julia se abalanzó Isabel y miró á su hijo. La pálida carita presentaba la rigidez de la muerte. El corazón había cesado de latir.

Entonces Isabel perdió todo dominio sobre sí misma. Creía haberse resignado á perder aquel hijo adorado, pero no tan pronto. Esperaba, quería algunas horas más de vida. El súbito golpe la sorprendió y su desesperación fué infinita, desgarradora. Lanzando ayes de dolor, se precipitó sobre el cuerpo de su hijo, llamándolo, besándolo. Arrojó lejos de sí los anteojos que la desfiguraban y puso su mejilla sobre la del niño, pidiendo á éste una palabra de despedida, una mirada, un beso más de su hijo idolatrado, de su Guillermo.

Julia estaba aterrorizada; pensaba en las consecuencias de aquella revelación y asiendo á Isabel la apartó por fuerza del niño, rogándole que se calmara, que no hablase, cuando menos.

—¡Por Dios, señora, mi buena señora! repetía la pobre mujer.

De repente, en medio de su dolor, se fijó Isabel en aquella palabra, aquel título de "señora" que le daba la fiel Julia. El temor le devolvió la calma que no pudieron infundirle las súplicas. Miró á Julia con espantados ojos y retrocedió un paso.

—¡Señora mía, permítame Vd. que la acompañe á su

cuarto! ¡Pronto, por Dios! Mire Vd. que el señor Carlisle ha llegado, y que de un momento á otro puede entrar con la señora. ¡Venga Vd., por favor!

—¿Cómo me has conocido? preguntó Isabel con apagada voz.

—¡Oh, no ha sido ahora! contestó Julia. Lo sé desde la noche aquella en que hubo una alarma de incendio, cuando me le acerqué para tomar de sus brazos al niño Archibaldo. No sabe Vd. lo que me pasó al ver el espectro de mi señora, delante de mí, la cara iluminada de lleno por la luz de la luna, los ojos descubiertos, mirándome. Poco después, cuando disminuyó mi terror, comprendí que no era un fantasma, sino que había visto á mi señora, á quien creía muerta. ¡Venga Vd. ahora! ¡Salga de aquí, que el señor Carlisle va á venir!

¡Pobre Isabel! Humillada y temerosa, cayó de rodillas.

—¡Ten compasión de mí, Julia! imploró. No me descubras. Saldré de esta casa ¡oh, sí! Pero no reveles mi presencia mientras siga en ella.

—Nada tiene Vd. que temer de mí, querida señora. Ya hace tiempo que guardo su secreto en mi pecho, y ha sido para mí una carga casi insoportable. Desde el mes de Abril he vivido en continuo temor de lo que sucedería si otros descubriesen quién es Vd. Piense Vd. en la confusión espantosa, en las consecuencias que tendría para el señor Carlisle y la señora, para todos. ¡Nunca debió Vd. de haber vuelto aquí!

—Julia, repuso Isabel alzando el desencajado rostro, no pude seguir alejada de mis pobres hijos. ¿Crees que no es duro castigo para mí vivir en esta casa? ¡Verlo á él, á mi esposo, esposo de otra! añadió con vehemencia. Eso me mata, Julia, me mata.

—¡Pero sígame Vd. ahora! ¡Venga Vd.! insistió Julia. Oigo pasos; ya sube el señor. ¡Por amor de Dios!

Y casi á la fuerza, consiguió por fin sacar á Isabel de allí y llevarla á su propio cuarto, cuya puerta cerró á tiempo que Carlisle llegaba á la de la habitación en que yacía muerto su hijo. Julia fué corriendo á su encuentro, tan pálida y agitada que Carlisle la miró con asombro y temor.

—¡Julia! exclamó. ¿Qué ocurre?

—¡ Ay, señor ! El niño Guillermo . . .
—¡ Por Dios, Julia ! ¿ Muerto ? . . .
—Sí, señor.

Carlisle entró sin añadir una palabra, cerrando tras sí la puerta. Sobre la almohada vió el pálido rostro de su hijo.

—¡ Pobre Guillermo mío, hijo, hijo querido ! murmuró. ¡ Dios poderoso, recibe en tu seno á este niño adorado, como espero que habrás acogido ya á su desgraciada madre !

CAPÍTULO XLIII

MARTIRIO

El conde de Monte Severne y su hijo figuraron entre los muchos amigos de Carlisle que acompañaron los restos del pobre Guillermo á su lugar de descanso en el cementerio de Linden. Allí los recibió el panteón que había hecho erigir su padre para los miembros de su familia, y sobre la tumba de Guillermo se colocó una lápida con la inscripción : " Guillermo Vane Carlisle, hijo mayor de Archibaldo Carlisle, de Lynne." Entre los que presenciaron la triste ceremonia ninguno llamó tanto la atención de concurrentes y curiosos como el joven Ricardo Hare.

Isabel estaba gravemente enferma de cuerpo y de alma. Desde la muerte de Guillermo no había podido salir de sus habitaciones, donde la asistía esmeradamente la buena Julia. Todos los demás atribuían su dolencia á la fatiga que le había impuesto la enfermedad del niño, tan solícitamente cuidado por ella ; y nadie creía que su estado fuese grave, sobre todo al ver que la institutriz se negó resueltamente á que llamasen médico para ella. Lo único que deseaba ya era salir de Lynne cuanto antes, porque no quería morir allí, y sabía que la muerte la acechaba y que no había poder humano capaz de prolongar su vida.

Á medida que empeoraba disminuía su temor de verse descubierta. ¿ Qué le importaba ya ? Su atrevida resolución de regresar á Lynne le había impuesto sacrificios y

sufrimientos superiores á sus fuerzas físicas y morales. Pero sobre todos ellos, lo que más le impedía cumplir la dura tarea que se había impuesto era su amor por Carlisle. El afecto, la estimación y la gratitud que había sentido por él cuando era su esposa querida, habíanse convertido en amor apasionado por aquel hombre noble y digno, tan injustamente ofendido. Pasión que si permaneció en estado latente desde que Isabel se apartó de su lado, se apoderó de ella con fuerza irresistible desde la noche misma en que la esposa culpable y olvidada volvió á poner los pies en Lynne y vió á Carlisle casado y feliz con otra mujer. ¿Reprensible, dirá el moralista? Así será. Pero el corazón de la mujer enamorada no razona. Sin Bárbara, sin aquel segundo tálamo ante su vista, Isabel hubiera quizás sufrido y vivido. Pero la presencia de Bárbara, de la joven esposa y madre en aquella casa la había matado con más seguridad que todos sus otros acerbísimos dolores y que su remordimiento incesante.

Se moría lentamente, con el corazón destrozado. Así había muerto su madre, cuya vida se extinguió poco á poco, en algunos meses, sin causa aparente. El doctor Martín decía que de tisis pulmonar; quizás el finado conde fuese el único que tuviese motivos para sospechar la verdadera causa.

La atribulada Julia secundaba con todas sus fuerzas el propósito de Isabel de abandonar á Lynne para siempre, propósito que ésta comunicó resueltamente á Bárbara veinte y cuatro horas después de la inhumación de Guillermo.

—¡Cuánto sentiremos todos separarnos de Vd., Madame Vine! le dijo Bárbara. No podíamos desear mejor compañera para Lucía; y en cuanto al señor Carlisle, su gratitud es inmensa por el amor y los cuidados que dedicó Vd. á su pobre hijo.

¿Y el pesar de Isabel? Mal podía imaginárselo Bárbara. Cuanto aquélla amaba en el mundo se hallaba en Lynne.

—No debe Vd. dejarnos, prosiguió Bárbara, sobre todo ahora que está enferma y que su enfermedad proviene de la abnegación con que descuidó su propia salud por velar al niño. Tome Vd. una vacación larga. El señor Carlisle se ha empeñado en que yo vaya á pasar unas semanas á

orillas del mar con mi niña, y saldré de aquí dentro de dos ó tres días; pues bien, venga Vd. conmigo y llevaremos también á Lucía. De seguro que el cambio y el descanso absoluto le serán á Vd. favorables.

—¡ Oh, no ! replicó la institutriz ; no puedo aceptar esa oferta, que agradezco profundamente. Tengo que irme, ¡ debo irme !

—Pues entonces, continuó Bárbara después de una pausa, permanezca Vd. en Lynne hasta mi regreso, que será dentro de quince días. El señor Carlisle, agobiado de trabajo, no puede acompañarme y sé que sin él echaré de menos mi casa aun antes de dos semanas. No quiero que haga Vd. nada absolutamente ; ni una lección á Lucía. El señor Kane se encargará de darle las de música y nada más ; vacación completa también para ella. Y si á mi vuelta todavía persiste Vd. en dejarnos, estará en libertad de hacerlo. ¿ Qué le parece á Vd. mi plan ?

—Acepto, señora, contestó Madame Vine.

Y aceptó con placer. Era una quincena más, la última, con sus dos hijos, Lucía y Archibaldo. Aunque sentía que se acercaba su última hora no la creía tan próxima. Recordó aquella época en que los médicos la habían enviado también á orillas del mar después de una enfermedad. Y cómo su esposo había secundado el dictamen facultativo ; con cuánta solicitud había tomado todas las medidas necesarias para dejarla instalada cómodamente en Boulogne ; y su alegría al hallarla mejorada poco después, cuando le hizo breve y cariñosa visita. Absorta en aquellos recuerdos, ahora tan dolorosos, guardó silencio.

Bárbara por su parte no tomó á pechos la resolución de la institutriz. Veía en ésta, es cierto, á una señora de carácter, ideas y porte irreprochables. Comprendía que la niña confiada á su guarda no podía tener mejor maestra ni guía que Madame Vine. Pero en realidad Bárbara nunca había profesado verdadero cariño á la institutriz. ¿ Por qué ? No hubiera podido decirlo. Por instinto, probablemente. Quizás influyera en ello la vaga é inexplicable semejanza entre Madame Vine é Isabel Vane. Extraña semejanza, decíase algunas veces Bárbara, pero sin poder afirmar si existía en el rostro, en la voz, en las maneras. Nunca llegó á sospechar la verdad. ¿ Cómo hubiera podido

hacerlo? Tampoco mencionó nunca el parecido aquel que en ocasiones la preocupaba, y del cual hubiera hablado con entera libertad si se hubiese tratado de otra persona que Isabel, la esposa perjura, muerta y olvidada.

Madame Vine y Bárbara se separaron por fin, y poco después oyó aquélla la voz alegre y juvenil de Guillermo Vane, que llamaba en el corredor:

—¡Lucía! ¡Lucía!

—Buenos días, Guillermo, le dijo Madame Vine al ver asomado á la puerta el risueño rostro. ¿Para qué busca Vd. á la niña?

—*Il m'est impossible de vous le dire, madame*, fué la respuesta del colegial, que no perdía ocasión de lucir sus conocimientos lingüísticos.

—Vamos, Guillermo, repuso ella con ligera sonrisa, sea Vd. juicioso y dígame por qué llama á voces á Lucía por toda la casa.

—Pues hablando con gran juicio y en inglés le diré que busco á *mi* Lucía para llevarla á dar un paseo en coche.

—¡Ay, Dios mío! ¿Y si ocurre un percance, un vuelco?

—¡Vamos, señora! Como si no fuese yo uno de los más hábiles postillones del colegio de Eton. Y sobre todo tratándose de Lucía, á quien quiero tanto. Ya sabe Vd. que algún día será mi mujer.

Madame Vine colocó su enflaquecida mano sobre el hombro del joven noble y mirándole fijamente le dijo:

—Al hablar así de Lucía Carlisle ¿olvida Vd. la deshonra que recayó sobre esa niña con la conducta de su madre?

—Su madre no es Lucía.

—Pero lo ocurrido puede ser grave impedimento en opinión del conde y la condesa de Monte Severne.

—Del conde no, puede Vd. estar segura. Y en cuanto á mi madre, no soy ya un niño y yo me encargaré de conquistar su permiso, de atraerla á la razón.

Isabel, muy conmovida, llevó el pañuelo á los labios y Guillermo notó que su mano temblaba.

—Quiero mucho á Lucía, dijo Isabel con insegura voz. He aprendido á amarla en estos meses pasados á su lado y en ocasiones he llegado á considerarme como su madre.

Guillermo Vane, añadió con grave acento, yo estaré pronto en un mundo donde las consideraciones terrenales no existen, donde se borran y desaparecen la culpa y el dolor. Si algún día llegase Lucía Carlisle á ser su esposa, no le recuerde ni le eche Vd. en cara nunca, nunca, ni aun con la más ligera palabra, la falta de Isabel Vane.

—¡ Nunca ! repitió Guillermo, frunciendo el ceño y brillante la mirada. ¿ Por quién me toma Vd. ?

—Sería una crueldad y una injusticia para Lucía. No lo merece. La culpa de aquella infortunada señora suya fué. Nunca le hable Vd. á Lucía de su madre.

Guillermo sintió que las lágrimas se agolpaban á sus ojos.

—¿ Que no ? dijo. Pues sí le hablaré de ella, y mucho. Es decir, cuando sea mi mujer. Sepa Vd. que yo quería muchísimo á Isabel Vane ; que á excepción de Lucía, no he querido á nadie en el mundo tanto como á ella. ¡ Yo censurar á Lucía por culpas de su madre ! Pero si precisamente la quiero por lo mucho que quise á Isabel. Vamos, Madame Vine, que Vd. no comprende lo que yo siento.

—Ámela Vd. siempre si llega á ser suya, continuó Isabel estrechando su mano. Se lo pide á Vd. una moribunda.

—Así lo haré, lo prometo. Pero dígame Vd. ¿ por qué habla Vd. así ? ¿ Está Vd. peor ?

Isabel no contestó y salió lentamente de la habitación.

Aquella misma noche, sentada en el gabinete inmediato á su alcoba, temblando de frío á pesar de hallarse envuelta en abrigado manto y de ser aquel un sofocante día de verano, oyó que llamaban á la puerta.

—¡ Adelante ! dijo, y la puerta se abrió para dar entrada al señor Carlisle.

Isabel se puso en pie, agitada y confusa. Carlisle la obligó á tomar asiento de nuevo.

—Mi esposa acaba de anunciarme, dijo, que Vd. se propone dejarnos, que el mal estado de su salud le impide continuar aquí.

—Así es, balbuceó Isabel.

—¿ Qué siente Vd. ? ¿ Qué mal la aqueja ?

—Creo que es sobre todo una gran debilidad.

Al decir esto su rostro aparecía lívido, como el de Gui-

llermo la noche última de su vida, y la entonación extraña de su voz fué tal que despertó los temores de Carlisle.

—¡Será posible! exclamó irreflexivamente. ¿Habrá Vd. contraído la enfermedad de Guillermo durante el largo tiempo que ha permanecido á su lado, asistiéndolo de continuo?

—¿Yo? ¿Contraer yo la enfermedad de él, de Guillermo? ¡Imposible! exclamó resueltamente Isabel, sin pensar lo que decía.

—No por eso es menos cierto que ha perdido Vd. la salud en Lynne, cuidando á mi hijo, prosiguió Carlisle. Por lo tanto, permítame Vd. hacer todo lo posible para curarla. ¿Por qué no quiere Vd. que la visite el médico?

—Porque nada podría hacer por mí, fué la triste contestación. Ni siquiera prolongar algo mi vida.

—Pero ¿se cree Vd. realmente en peligro de muerte?

—No en peligro inmediato, pero sé que no viviré largo tiempo.

—¿Y todavía se niega Vd. á ver al médico? Madame Vine, creo que me conoce Vd. la suficiente para saber que no permitiré tal crueldad en mi propia casa.

Isabel había ocultado el rostro entre las manos. La mirada de Carlisle, fija en ella, la llenaba de angustia y temor, y deseaba poner fin á tan penosa entrevista.

—Veré al doctor Vandon, dijo, para satisfacción de Vd.

—Yo cuidaré de que esté aquí mañana temprano. Y si es necesario, vendrá también el doctor Martín. Yo, mis sirvientes, todos en esta casa, estamos á la disposición de Vd., Madame Vine, y queremos que se cure. Y para cuando mi esposa regrese, espero que se halle Vd. tan mejorada que consienta en permanecer aquí. Así lo deseo yo vivamente, sobre todo por mi hija.

Al decir esto Carlisle se acercó á Isabel y le ofreció su mano. Isabel tembló, pero no pudo negarse á poner en aquella mano la suya, que Carlisle retuvo y estrechó amistosamente.

—¿Cómo podré pagarle á Vd., dijo él, cómo agradecerle siquiera su cariño y sus bondades para con el hijo adorado que he perdido?

Isabel vió aquella mirada dulce y afectuosa, vió la triste expresión de aquel rostro querido que se inclinaba hacia el

suyo, y sintió que el rubor de la vergüenza invadía su frente. Asió el negro delantal de seda con la mano que tenía libre y sepultó en él las enrojecidas facciones, los ojos llenos de lágrimas. Carlisle interpretó mal aquel súbito ademán de la pobre mujer.

—No se apene Vd. por él, dijo. Guillermo descansa en paz. Gracias otra vez, gracias.

Y volviendo á estrechar su mano salió de la estancia. Isabel, casi exánime, apoyó la frente sobre el velador y pensó cuán dulce sería morir allí, en aquel instante.

CAPÍTULO XLIV

ADIÓS ETERNO

Bárbara estaba á orillas del mar é Isabel en Lynne, muriéndose. La infeliz había creído pasar algunos días cerca de sus hijos, pero hasta aquella última esperanza se vió burlada, porque Carlisle dispuso que Lucía y Archibaldo hiciesen una visita de dos semanas á su tía Cornelia. El objeto de Carlisle, muy ajeno del pesar inmenso que con ello proporcionaba á Isabel, era procurarle absoluto reposo. Por fortuna, Julia seguía cuidándola y Brígida había acompañado á su señora.

El punto de baños elegido por Bárbara distaba poco y Carlisle iba á él casi todas las noches, regresando por las mañanas directamente á su oficina de Linden y sin hacer más de dos breves visitas semanales á Lynne.

Isabel no podía ya dejar el lecho y su estado era gravísimo. Julia se desesperaba al pensar que su antigua señora iba á morir en Lynne y que con su muerte se descubriría casi inevitablemente el tremendo secreto que tanto la agobiaba. Su augustia era tal que muchas veces había pensado llamar á la señora Cornelia y revelárselo todo.

Llegó por fin un día en que la postración de Isabel fué absoluta. Pasó mañana y tarde en profundo sopor y sólo al caer la noche tuvo alientos para incorporarse algo en el

lecho. Poco después pidió á Julia que abriese las ventanas de par en par. Sus oprimidos pulmones necesitaban aire.

Al corto rato oyeron ambas rumor de pasos en el enarenado sendero que conducía á la casa, pasos que Isabel reconoció inmediatamente. El señor Carlisle hacía aquella noche una de sus raras visitas á Lynne. Julia miró por la ventana, vió á su amo y al mismo tiempo oyó la débil voz de la enferma.

—¡ Julia, moriría mucho más feliz si pudiera verlo !

—¡ Verlo ! repuso Julia, sin dar crédito á sus oídos. ¿ Á él, señora ? ¿ Al señor Carlisle ?

—Sí. ¿ Qué importa ya ? Estoy próxima á morir. ¿ Crees tú que á no ser así pediría yo tal cosa ? Hace días que me consume ese deseo, y creo que sólo la esperanza de verlo satisfecho ha prolongado mi vida hasta ahora.

—No puede ser, señora, fué la decisiva respuesta. Es imposible.

Isabel prorrumpió en amargo llanto.

—No sabes lo que sufro, murmuró. Dices que no debo ver á mis hijos porque me descubriría ; y ahora quieres también que muera sin ver á mi esposo. ¡ Julia !

¡ Su esposo ! ¡ Pobre mujer ! Julia, tan afligida como perpleja, se decía que la presencia del señor Carlisle allí en aquellas circunstancias sólo traería consigo mayores amarguras y trastornos para todos.

Momentos después llamó á la puerta una de las sirvientas, á quien Julia permitió entrar porque era de las que nunca habían conocido á Isabel Vane y no había por lo tanto peligro en que viese á Madame Vine á cara descubierta.

—El señor quiere hablarte, Julia, dijo la muchacha. Está abajo en el comedor y acabo de llevarle al niño Arturo.

—Voy en seguida.

Julia halló á su amo jugando con el travieso y robusto niño.

—¿ Cómo está hoy Madame Vine ? le preguntó Carlisle.

—Está muy enferma, señor, contestó la atribulada mujer después de algunos instantes de vacilación.

—¿ Es decir que ha empeorado ?

—Yo . . . ¡ Oh, sí ! ¡ Creo que se muere, señor !

—¿ Qué dices, Julia ? preguntó Carlisle consternado, soltando la mano de Arturo.

—Temo que se muera esta noche . . .

—¿ Pero de qué se muere ? exclamó él con profunda sorpresa. ¿ Por qué no me han advertido ? Un telegrama al doctor Martín para que venga inmediatamente. Y entre tanto, voy á verla, añadió dirigiéndose á la puerta.

El susto de Julia fué tal que apoyando la espalda en la cerrada puerta interceptó el paso á su amo.

—¡ Oh, señor ! Dispénseme Vd. pero . . . no estaría bien. ¡ No vaya Vd. á su cuarto !

Carlisle se figuró que se trataba de melindres y rarezas de Julia.

—¿ Por qué no he de ir á su cuarto ? preguntó.

—No le gustaría á la señora . . . murmuró Julia confusa.

—Mira, Julia, dijo Carlisle terminantemente. Esas son simplezas tuyas. En ausencia de la señora, alguien tiene que ver á Madame Vine. Y te advierto que subiré á su cuarto en cuanto acabemos de cenar el niño y yo. Vé á decírselo.

Julia no supo á qué santo encomendarse, pero tuvo que obedecer. Y para empeorarlo todo, no bien empezó á cenar su amo entró Cornelia, que había tenido un disgusto con cierto arrendatario suyo y como de costumbre iba á exponer el caso á su hermano, en demanda de consejo. Pero sucedió que éste, antes de escucharla, le rogó que subiese á ver á Madame Vine.

—¿ Que está muriéndose ? dijo la incrédula Cornelia. Está visto que Julia tiene de algún tiempo acá las ocurrencias más raras. No sé lo que le pasa.

Se quitó prontamente sombrero y abrigo, tomó la escalera y llamó á la puerta de la institutriz. Entreabrióla Julia, que se quedó pasmada al ver á Cornelia.

—¡ Ay, señora ! ¡ No puede Vd. entrar ! fué su primera exclamación, á la vez que salía del cuarto y cerraba tras sí la puerta.

—¿ Y quién ha de impedírmelo ? preguntó Cornelia, pasado el primer momento de sorpresa. Aparta, muchacha. ¿ Sabes que me vas pareciendo algo loca ?

Julia no tenía el derecho de impedirle la entrada, ni hubiera podido hacerlo aunque lo hubiese intentado por la fuerza, y ella lo sabía. Se apartó, pues, y se alejó temblando por el corredor tan luégo hubo entrado Cornelia.

Toda tentativa de engaño era ya inútil. En el lecho se hallaba Isabel Vane, pálida, sin disfraces; muy cambiada, sí, pero era ella. Sus plateados cabellos caían á uno y otro lado del rostro, como antes los luengos rizos; los ojos, tan dulces y tristes, eran los mismos.

—¡Dios nos asista! exclamó Cornelia.

Ambas permanecieron mirándose, palpitantes, conmovidas profundamente.

La loca sospecha que un día tuvo Cornelia de que Madame Vine fuese Isabel se había disipado por completo, no sólo ante la imposibilidad material del hecho sino en virtud de las razones y pruebas expuestas por el conde de Monte Severne.

—¿Cómo se ha atrevido Vd. á volver aquí? preguntó con triste acento, más de lástima que de censura.

Isabel cruzó humildemente las extenuadas manos sobre el pecho.

—Mis hijos, murmuró. ¿Cómo hubiera podido continuar lejos de ellos? ¡Tenga Vd. compasión de mí, Cornelia! No me censure Vd. ¡Próxima estoy á comparecer ante Dios para dar cuenta de todos mis errores y de todas mis faltas!

—No la censuro á Vd., dijo Cornelia.

—Me alegro tanto de morirme, continuó Isabel en voz baja, con los ojos llenos de lágrimas. Jesús no vino al mundo, como Vd. sabe, para salvar á los justos como Vd.; vino para redimirnos á nosotros, pobres pecadores. Yo traté de conformarme con mi cruz, de llevarla resignada, como él nos lo mandó, pero el peso de esa cruz me ha matado.

¡Los justos como Vd.! Así decía Isabel humildemente, con veneración, como si Cornelia fuese una santa ó un ángel. Lo cierto fué que aquellas palabras lastimaron los oídos de Cornelia y le remordieron la conciencia. Entonces, ante aquella mujer agonizante, le ocurrió la idea de que las inflexibles ideas religiosas que había profesado du-

rante su vida, no serían las que habrían de llevarle la paz y el perdón junto á su lecho de muerte.

—Hija mía, dijo acercándose á la enferma é inclinándose sobre ella, ¿tuve yo alguna parte en su funesta resolución? ¿en hacerla salir de Lynne?

Isabel movió negativamente la cabeza, y bajando los ojos murmuró:

—Vd. no me hizo abandonar á Lynne, ni contribuyó á ello. No fuí muy dichosa á su lado, pero esa no fué la causa de mi . . . de mi fuga. ¡Perdón, Cornelia, perdón!

—¡Dios sea loado! dijo para sí Cornelia. Perdóneme Vd. á su vez, continuó en voz alta y agitada, tocando una mano de la enferma. Pude haber hecho su hogar más feliz, y ahora siento no haberlo hecho así. Lo mismo me he dicho desde el día en que Vd. se fué de aquí.

Isabel estrechó entre sus manos la de Cornelia.

—Quiero ver á Archibaldo, dijo con voz apenas perceptible, dando al que fué su esposo el nombre de otros tiempos. He rogado á Julia que lo llamase, pero no ha querido hacerlo. ¡Un minuto tan solo! ¡Para oirle decir que me perdona! ¿Qué importa, ahora que casi no pertenezco ya á este mundo? Moriría más tranquila.

¿A qué impulso obedeció Cornelia? ¿Por qué accedió á la súplica de la moribunda? No podríamos decirlo; pero se dirigió lentamente á la puerta y salió. En el corredor estaba Julia, reclinada contra la pared, cubierta la cara con el delantal y llorando en silencio.

—¿Desde cuándo sabes tú esto?

—Desde aquella noche que hubo una alarma de incendio, la primavera última. La vi cara á cara y la reconocí en seguida. ¡Ay, señora Cornelia!

—Vé y dile á tu amo que suba ahora mismo.

—¡Por Dios, señora! ¿Se lo va Vd. á decir? ¿Quiere Vd. que la vea?

—Anda á decirle á tu amo que venga, muchacha. ¿Quién manda aquí? dijo Cornelia imperiosamente.

Julia obedeció y Carlisle subió con ella pocos instantes después.

—¿Está peor Madame Vine? preguntó. ¿Quiere verme?

—Sí, desea verte.

Al decir esto Cornelia abrió la puerta. Su hermano le indicó que pasase adelante.

—No, dijo ella, vale más que la veas á solas.

Iba Carlisle á entrar cuando Julia lo asió del brazo.

—¡ Oh, amo mío, prepárese Vd. ! Pero ¿ por qué no se lo dice Vd., señora Cornelia ?

Carlisle las miró asombrado, sin poder explicarse su extraña conducta. Ambas parecían muy agitadas y la impasible Cornelia estaba pálida. Carlisle frunció el entrecejo y entró en el cuarto, cuya puerta cerró tras él Cornelia.

Carlisle se dirigió al lecho, andando cuidadosamente para no molestar á la enferma.

—Mucho siento, Madame Vine . . .

No pudo continuar. ¿ Creyó, como Julia, que veía un fantasma ? Su rostro se puso lívido y tembló, no obstante su gran dominio sobre sí mismo. Las ondas de aquel cabello que caían á uno y otro lado de la frente, los ojos de dulce y triste mirar, hasta el ligero rubor que su presencia provocaba en las mejillas de la enferma . . . No había duda posible. Era Isabel.

—¡ Archibaldo !

Una mano demacrada se apoyó sobre la suya antes de que hubiera podido retroceder. Carlisle miró á Isabel y dirigió una segunda mirada en torno de la habitación, como si despertase de un sueño.

—No podía morir sin implorar tu perdón, murmuró ella, bajando los ojos al pensar en su grave falta. ¡ No huyas de mí ! Tan sólo te pido un momento. Dí que me perdonas y moriré en paz.

—¡ Isabel ! ¿ Eres tú, tú ? . . . ¿ Eras Madame Vine ? balbuceó él, sin darse cuenta de lo que decía.

—¡ Oh, perdón, perdón ! La noticia de mi muerte no fué cierta. Me curé, pero aquella catástrofe me desfiguró horriblemente ; nadie me reconoció después y me presenté aquí como Madame Vine. No pude seguir alejada de Lynne. ¡ Archibaldo, perdón !

El aturdimiento de Carlisle fué tal que no pudo pronunciar palabra. Vió ella su asombro, su confusión, y continuó :

—No pude seguir viviendo lejos de tí y de mis hijos. El deseo de veros me mataba, dijo con desesperación, como

si hablase impulsada por la fiebre. No conocí un solo momento de reposo desde aquel acceso de locura que me impulsó á abandonarte. Á la hora de haber salido de aquí comenzó mi arrepentimiento, y aun entonces hubiera vuelto atrás, á tu lado. Pero no supe cómo hacerlo. ¡ Y mira en lo que me ha convertido mi falta ! añadió mostrándole sus blancos cabellos y las enflaquecidas manos. ¡ Oh, perdóname, por Dios ! sollozó. Grande fué mi delito, pero mayor ha sido mi castigo. ¡ Si supieras ! Una larga y dolorosa agonía . . .

—¿ Por qué me abandonaste ? preguntó por fin Carlisle.

—¿ No lo sabes ?

—No. Ha sido siempre un misterio para mí.

—La causa de mi partida fué el amor que te profesaba.

Carlisle la miró con súbita expresión de desdén. ¿ Pretendía Isabel engañarle en su lecho de muerte ?

—¡ No me mires así, por favor ! suplicó ella. Me faltan las fuerzas, bien puedes verlo, y es probable que no me exprese claramente. Te amaba, sí, te amaba y sospeché de tí, de tu amor ; creí que me engañabas, que tu corazón era de otra ; y cegada por los celos, dí oídos á las tentadoras palabras de aquel infame, que me hablaba de venganza. No era cierto ¿ verdad ?

Carlisle había recobrado alguna calma, en apariencia cuando menos. En pie junto al lecho, cruzado de brazos, la miraba fijamente.

—¡ Responde ! ¿ Dejaste de quererme ? insistió ella con ansiosa expresión.

—¿ Y puedes preguntármelo ? ¡ Tú, conociéndome como me conocías entonces, y como debes haber aprendido á conocerme de entonces acá ! ¡ Nunca te falté, en pensamiento, palabra ni obra !

—¡ Yo estaba loca, Archibaldo, loca ! De otra manera no hubiera podido dar semejante paso. ¡ De tí espero olvido y perdón !

—No puedo olvidar. He perdonado ya.

—¡ Procura olvidar el horrible pasado, desde aquella noche de dolor ! continuó Isabel entre sollozos, tendiendo hacia él las pobres manos descarnadas y ardientes. Trae á

tu memoria aquellos días felices en que me viste aquí por primera vez, en que era yo Isabel Vane, casi una niña, la única compañera de mi padre. Ese recuerdo me ha proporcionado á veces algunos fugaces momentos de felicidad. ¿Te acuerdas de cómo llegaste á amarme, pero resolviste no decírmelo? Y cuán bueno fuíste conmigo al morir papá; y el billete de cien libras . . . ¡Oh! y después tu visita á Marling, cuando te prometí ser tu mujer. Entonces me diste el primer beso. ¡Cuán bien lo recuerdo yo! Y más tarde ¡oh, Archibaldo! aquellos primeros tiempos de nuestra unión, tan dichosos, tanto . . . ¿Recuerdas cuando nació Lucía? Creíste perderme; y luégo tu alegría, tu gratitud á Dios por haberme conservado la vida. ¿Dí, te acuerdas?

¡Ah, sí! Bien lo recordaba él. Tomó entre sus manos la diestra de Isabel, y le preguntó:

—¿Tienes alguna queja de mí?

—¡Yo! ¿Queja de tí, que debes parecer casi perfecto á los ojos de Dios? ¿De tí, siempre amante, siempre tan solícito, que te desvivías por cuidarme y complacerme? Cuando pienso en lo que eras para mí y en la manera cómo te abandoné, me siento morir de vergüenza y remordimiento. Mi culpa está expiada, sin duda; lo que nunca tendrá expiación posible es la vergüenza que arrojé sobre tu frente y sobre las de nuestras hijos.

¡Nunca! Así lo comprendía y lo sentía él entonces, con tanta convicción é intensidad como antes, á raíz de su deshonra.

—Figúrate lo que ha sido para mí vivir en esta casa con la que es hoy tu mujer, prosiguió Isabel; y Carlisle tuvo que inclinarse hacia ella para oir su voz, cada vez más débil. Observar tu amor por ella ¡presenciar las envidiadas caricias que un tiempo fueron mías! Nunca te he amado tan apasionadamente como desde que te perdí. Piensa cuál sería mi tormento al ver la muerte gradual de Guillermo, al hallarme solo contigo á su lado en los últimos momentos y no poder decir á nadie que aquel ángel querido era mi hijo, como lo era también tuyo. Cuando murió y se supo la noticia en toda la casa, tú procuraste calmar el pasajero dolor de *ella*, no el mío, el mío, el de la madre sin hijo. ¡Sólo Dios sabe cómo he podido sobrevivir á tantos tormentos!

Para mí ha sido esa vida peor, mucho peor que la muerte más cruel.

—¿Por qué viniste aquí? preguntó Carlisle.

—Ya te lo he dicho. No podía vivir lejos de tí y de mis hijos.

—Pero fué mal hecho. No debiste volver, no.

—Ya lo sé. Por mucho que repruebes ese acto mío no lo censurarás tanto como yo. Pero me dije que las consecuencias y el castigo de él resultantes recaerían sobre mí sola, mientras lograse no ser descubierta. Nunca pensé morir aquí; pero la muerte me ha sorprendido, como sorprendió á mi madre.

Isabel se detuvo, palpitante. Su respiración se hacía fatigosa. Carlisle siguió contemplándola en silencio.

—Mal hecho, muy mal hecho, continuó la enferma. Y esta entrevista tanto ó más que todo lo restante. Sin embargo ¡quién sabe! En nada puede perjudicar á los nuevos lazos que has contraído, porque soy ya poco menos que un cadáver. Pero tú fuíste un tiempo mi esposo, Archibaldo; y estos últimos días he deseado con ansia mortal obtener tu perdón. ¡Oh, si pudiera borrarse lo pasado! ¡Si me fuese dable despertar y verlo convertido en horroroso sueño! Y yo, como en otro tiempo, tranquila, dichosa, tu esposa amante y amada. ¿Lo deseas tú también? Dime ¿quisieras que ese negro pasado no existiera?

Isabel hizo aquella pregunta con voz vibrante, clavando en él una mirada ansiosa, como si su respuesta fuera cuestión de vida ó muerte.

—Por tí desearía que así fuese.

Carlisle pronunció estas graves palabras con tranquilo acento; Isabel suspiró y sus ojos volvieron á llenarse de lágrimas.

—Voy á reunirme con Guillermo. Pero dejo aquí á Lucía y Archibaldo. ¡Oh, te ruego que seas siempre cariñoso para con ellos! ¡no hagas recaer sobre sus cabezas los errores de su màdre! ¡no permitas que tu amor por tus otros hijos aminore el que á ellos les profesas!

—¿Has notado en mi conducta cosa alguna que justifique ese temor? replicó él con tristeza. Los niños me son tan queridos como tú lo fuiste un día.

—Como lo fuí yo. ¡Ay de mí! Y como hubiera podido serlo hoy.

—Sin duda, replicó Carlisle, conmovido.

—Archibaldo, estoy á las puertas de la muerte. ¿No me dirás una palabra de consuelo antes de separarnos para siempre? Olvida lo que soy; no veas en mí más que á la niña inocente á quien hiciste tu esposa. Sólo una palabra de amor, si no quieres desgarrarme el corazón.

Carlisle se inclinó hacia ella y su mano apartó suavemente los cabellos que cubrían la frente de la enferma. Lágrimas deslizadas de sus ojos cayeron sobre el rostro de Isabel.

—¿Tu corazón? dijo. Tú destrozaste el mío al abandonarme, Isabel. Pero ¡Dios te bendiga y te reciba en su seno! ¡Así me perdone Él como te perdono yo, con toda mi alma!

Su rostro se acercó más y más al de la enferma, pero de pronto se apartó de ella, ruborizado y confuso. ¿Qué recuerdo había cruzado su mente? ¿El de aquel miserable indultado de la horca para arrastrar perpetuamente la cadena del presidiario, ó el de la esposa ausente?

—¡Él me reciba en su seno! repitió Isabel con voz agonizante. Sí, Dios me ha perdonado, lo sé. Cruel ha sido la prueba y dura la lucha, pero ha tenido piedad de mí. Volveremos á vernos, Archibaldo, y á vivir unidos para siempre. Me digo á veces que sin esa esperanza no querría, no podría morir. Guillermo, mi Guillermo dijo que su mamá estaría ya esperándolo en el cielo, pero él es quien me espera á mí.

Carlisle tenía en una de sus manos las de Isabel; con la otra tomó su pañuelo y enjugó el sudor mortal que cubría la frente de aquella mártir.

—Juntos en el cielo. No puede ser pecado esperarlo y desearlo así, Archibaldo. Allí se habrá borrado ya mi grave culpa, y nos veremos reunidos, con nuestros hijos, para siempre, para siempre. Y mientras dure nuestra separación acuérdate algunas veces de la pobre Isabel.

—Sí, sí, murmuró él.

—¿Te vas? ¿me dejas? exclamó de repente Isabel, con doloroso acento.

—Veo que estás débil . . . Voy á llamar.

—¡ Adiós, pues ! ¡ Hasta el cielo ! suspiró Isabel, derramando sus últimas lágrimas. No es debilidad. Es la muerte que llega. ¡ Oh, cuán duro es separarme de tí ! ¡ Adiós, mi esposo adorado !

Se incorporó ligeramente, cuanto pudo, asió el brazo de Carlisle y volvió hacia él, ansiosa, el pálido rostro. Carlisle tomó aquel pobre cuerpo en sus brazos, lo reclinó de nuevo en el lecho, con infinita dulzura, y posó sus labios sobre los labios de Isabel.

—¡ Hasta el cielo ! murmuró él.

Isabel le miró alejarse, salir del cuarto. Entonces volvió el rostro hacia la pared.

—Todo ha concluído, dijo. Ahora ¡ sólo Dios !

Al salir Carlisle indicó á Julia con un ademán que volviese al lado de la enferma. Su hermana le siguió hasta el comedor.

—¿ Te quedarás aquí esta noche, Cornelia ? ¿ Con ella ?

—Sin duda, hermano.

—Lo primero ahora es advertir al conde de Monte Severne. Voy yo mismo á telegrafiarle, diciéndole que venga inmediatamente.

Á su regreso del telégrafo halló en el corredor á Cornelia, que le hizo entrar en la habitación más cercana y cerró la puerta.

—Isabel ha muerto, le dijo. No hace más de diez minutos. Desde que te separaste de ella no pronunció una sola palabra. Su muerte ha sido tranquila, sin sufrimientos ; una ligera convulsión y nada más. En cuanto la vi esta tarde me dije que no pasaría de medianoche.

CONCLUSIÓN

El conde de Monte Severne supo la increíble noticia con verdadera consternación. Á Carlisle, que lo esperaba al bajar del tren, le costó trabajo hacerle comprender lo ocurrido.

—¡ Isabel ! ¡ Madame Vine ! repetía el conde sin cesar.

¿Y regresó á Lynne? ¿Ha vivido aquí, Carlisle, con Vd. y los niños?

—Vd. mismo la vió con nosotros muchas veces, y tampoco pudo reconocerla.

Cuando llegaron á Lynne visitaron la cámara mortuoria y ambos contemplaron largo rato, con pesar y respeto, los restos de la infortunada Isabel. Antes de salir, Carlisle colocó su mano sobre la frente de la muerta, como una última caricia.

Aquel mismo día escribió á Bárbara dándole la triste noticia, limitándose á decirle que Madame Vine había empeorado rápidamente y había muerto casi sin agonía, en pocas horas.

En el único carruaje que siguió al coche fúnebre hasta el cementerio de Linden fueron Carlisle y el conde; muestra de consideración hacia la buena institutriz que fué muy favorablemente comentada por los vecinos del pueblo. Y como acertase á haber una tumba vacante muy cerca del lugar donde reposaban los restos del finado conde Guillermo, en ella se depositó el cadáver de Madame Vine. Más tarde, por acuerdo de Carlisle y el conde, se colocó sobre aquella tumba una lápida de mármol que sólo tenía en su centro las iniciales de la finada, I. V. y el año de su muerte, iniciales que eran también las de Isabel Vane.

Aquella misma tarde regresó el conde á Londres y poco después llegaron á Lynne Bárbara y su hija. Carlisle había dedicado largas horas de aquellos dos últimos días á preguntarse si debería ó no revelar á su esposa toda la verdad, por sorprendente y dolorosa que fuese. Si él sólo hubiese poseído el secreto de Isabel, es muy probable que lo hubiera ocultado para siempre en su pecho. Pero lo conocían otras tres personas, Cornelia, el conde y Julia. ¿Cuáles serían las consecuencias si por desgracia llegase á saberlo también Bárbara, sin preparación, de labios de un tercero? Aunque poco probable, no era imposible. Resolvió, pues, decírselo todo, aquel mismo día.

—¿Estás indispuesto, Archibaldo? le preguntó Bárbara cuando se vieron solos. Te hallo pálido, triste. ¿Qué tienes?

—Deseo hablarte, Bárbara, repuso Carlisle. Cuando llegué hace tres noches y me dijeron que Madame Vine

estaba gravemente enferma y quería verme, fuí á su cuarto.

—Naturalmente.

—La hallé moribunda. Y entonces descubrí también que no era Madame Vine.

—¿Qué dices?

—Era mi primera esposa, Isabel Vane.

El rostro de Bárbara se cubrió de vivo rubor, y maquinalmente retiró la mano que había tomado Carlisle entre las suyas. La sorpresa y la emoción la dejaron muda. Carlisle continuó gravemente:

—No pudo seguir separada de sus hijos. Desfigurada por la catástrofe de que estuvo á punto de ser víctima en Francia, envejecida, ocultos siempre los ojos y parte del rostro, como recordarás, regresó á esta casa bajo el nombre de Madame Vine. Ahora me parece imposible no haberla reconocido, pero así fué.

Bárbara se sentía desfallecer y no se atrevía á mirar á Carlisle. Entre las confusas ideas que se le ocurrían predominaba la de que había vivido en Lynne, en la casa de su esposo, con otra mujer de éste.

—¿Llegaste alguna vez á sospechar la verdad? murmuró por fin.

—¡Bárbara! De haber tenido la menor sospecha ¿crees que hubiera permitido yo que la situación se prolongase un momento más? ¡Ah, no! Me pidió perdón por lo pasado y por haber venido aquí, perdón que le otorgué inmediatamente. Fuí á Linden para llamar al conde por telégrafo, como lo hice, y á mi regreso la hallé muerta. Dijo que moría porque tenía destrozado el corazón. Así lo creo, Bárbara.

Ésta guardó silencio. Carlisle observó que tenía los ojos obstinadamente apartados de él, y acercándosele vió en el rostro de su esposa claras señales del agudo dolor que sufría.

—¿Qué tienes, alma mía? le preguntó, poniendo suavemente la mano sobre el hombro de Bárbara y obligándola á fijar en él su mirada.

—¡Oh, Archibaldo! exclamó ella, prorrumpiendo en desconsolado llanto, á duras penas contenido hasta entonces. ¿Me privará esto de tu amor?

Carlisle le tomó una mano, enlazó con el brazo su cintura y la atrajo hacia sí, contemplándola cariñosamente, sin decir palabra.

Era imposible dudar de él. En la mirada, en la expresión de su noble rostro leyó Bárbara la respuesta que tanto ansiaba.

—Creía que mi adorada mujer tenía entera confianza en mí, dijo tras larga pausa.

—¡ Oh, sí, sí ! ¡ Bien lo sabes ! Perdóname, Archibaldo, murmuró dulcemente.

—He preferido decírtelo todo, Bárbara. Y lo he hecho por amor á tí.

Apoyada en su pecho, surcado el rostro por las lágrimas, Bárbara fijaba en él su amorosa mirada. Carlisle la abrazó estrechamente, como ofreciéndole protección, afecto y consuelo.

—¡ Mi esposa, mi amor ! ¡ Ahora y siempre !

—Fué un temor infundado, Archibaldo. Ya ha desaparecido por completo.

—Y no vuelvas á darle cabida en tu pecho, como no volveremos tampoco á pronunciar el nombre de la que ya no existe. Lo habíamos olvidado ; no hay razón para recordarlo de nuevo.

—Como tú quieras. Mi único deseo es complacerte, hacerme digna de tu estimación y de tu amor. Esposo mío, continuó bajando los ojos, como si le costase hacer aquella confesión ; algunas veces he sentido hacia tus hijos cierto despego, he estado celosa de ellos . . . ¿ comprendes ? Eran los hijos de otra, que había sido también esposa tuya. No se me ocultaba que hacía mal, que era injusta con ellos. Ahora voy á dedicarme con todas mis fuerzas á extirpar de mi corazón ese sentimiento poco noble. Voy á quererlos y cuidarlos como si fueran mis propios hijos. Dios, á quien se lo pido fervorosamente, me permitirá hacerlo así.

—¡ Bien, esposa mía ! No dudo que lo conseguirás. Y no olvides nunca que el único medio de alcanzar la paz del alma cuando llegue la hora suprema, es perseverar en el camino del bien, con el auxilio de Dios.

FIN

SERIE DE BUENAS NOVELAS

PUBLICADAS EN ESPAÑOL

POR

D. APPLETON Y COMPAÑÍA,

NUEVA YORK.

MISTERIO * * * *. Escrita por H. CONWAY, autor de "Confusión" y "El Secreto."

El mérito sobresaliente de MISTERIO, lo mismo que de "Confusión" y de "El Secreto," está en la energía singular con que, sin lastimar el buen juicio del lector, mantiene hasta la página última una curiosidad legítima. Cuando se cree que ha acabado ya una tragedia, comienza un idilio inesperado. Cuando parece que se toca el fin del libro, comienza la novela verdadera, que ningún corazón joven ni hombre moderno leerán sin entusiasmo.

LA CASA EN EL DESIERTO. Por el Capitán MAYNE REID. Dos ediciones: una en tela y otra á la rústica.

Aventuras de una familia perdida en las soledades de la América del Norte. Es una de las novelas más selectas de su autor, y por la que ha adquirido popular renombre. Su género literario, tan ameno por las numerosas descripciones que cuenta, es doblemente atractivo y útil, dado el interés vivísimo que despierta el argumento y la multitud de conocimientos que contiene la relación de la obra.

LA ISLA DEL TESORO. Por R. LUIS STEVENSON, autor de "Plagiado."

Se hace innecesario recomendar esta notabilísima novela después de los numerosos elogios que le han dedicado la prensa

y el público en general, y del gran éxito que, á su publicación, adquirió en Inglaterra. La amenidad de su lectura junto con las variadas y constantes peripecias que abundan en el libro, donde descuella el carácter noble y sencillamente elevado de un joven adolescente, son las prendas más relevantes de la obra.

LA CASA DEL PANTANO. Por F. Warden.

Interesante novela inglesa del género de literatura moderno; descrita con habilidad extraordinaria y con una fuerza de comunicación tan sorprendente, que á pesar de los variados acontecimientos y diversidad de caracteres que encierra la obra, basta su simple lectura para grabar fielmente en la memoria del lector la totalidad de su notable argumento.

LAS MINAS DEL REY SALOMÓN. Por H. R. Haggard, autor de "La Gran Milosis."

Este es uno de los autores predilectos del pueblo Anglo-americano; todos aquí le conocen, y cuantos le conocen, aplauden la viveza de su imaginación, la naturalidad y vigor de su narrativa y lo intencionado de sus frases. Entre sus producciones, Las Minas del Rey Salomón y "La Gran Milosis," han despertado vivamente el interés del público, que se dió prisa á agotar las ediciones Inglesas; y estas obras tan renombradas ya, son las que hemos elegido para que en los países donde se habla castellano, se conozca y juzgue á su autor.

SU CARA MITAD. Por F. Barrett, autor de "El Gran Lucero."

Pertenece esta novela á un género que pudiéramos titular "doméstico." Es una narración sencilla é interesante; las escenas se desarrollan con naturalidad y se suceden sin violencia: las situaciones se presentan lógicamente y sin esfuerzo visible, sin complicación de episodios inútiles, sin nada de fantástico ó de inverosímil que revele en el autor el deseo de hacer alarde de imaginación exhuberante ó inventiva peregrina. El estilo es claro, sencillo, terso, sin dejar por eso de ser elegante.

EL ÍDOLO CAÍDO. Por F. Anstey.

Ha llamado mucho la atención esta novela por la fecunda invención de su autor y por el género de literatura á que pertenece. Posee, además, un fondo encantador, tanto por la simpatía que despiertan los personajes de la obra, cuanto porque la ejecución artística del original ha sido objeto de aplaudidas y justas alabanzas.

CUENTOS EN EL MAR. Por Varios Autores Famosos.

Son una hermosa colección de trozos literarios de los mejores autores modernos de Inglaterra y la América del Norte; descritos con sencillez y naturalidad y abarcando un resumen de sucesos marítimos sumamente recreativos. Cada cuento, de los seis que contiene el libro, es una relación de las peripecias ocurridas á cada uno de los referidos autores, que aparecen reunidos á bordo de un buque naufragado en alta mar.

LA NOVIA DEL MARINERO. Por W. C. Russell.

Esta obra llena los requisitos esenciales en toda buena novela; su lectura es amenísima, su argumento simple y encantador, encierra en sí misma cierto espíritu de buena moral, y á la vez es instructiva y romántica. Clark Russell, el distinguido autor de "El Pirata Helado," "El Naufragio del Grosvenor" y otras, habiendo sido él mismo un marinero, halló tantos atractivos en la inmensidad del océano, que al relatar lo que muchas veces había admirado, lo hizo empleando el lenguaje rudo y simple del marinero inglés y logró encantar con sus admirables descripciones á todo aquel que tuvo la suerte de leer sus obras.

JUANA EYRE. Por Carlota Bronté.

El éxito obtenido por esta novela, está justificado por la gran aceptación que ha tenido en varios países extranjeros, después de haber sido editada multitud de veces en Inglaterra y puesta en escena en los teatros de Londres. Con tacto exquisito y con una ilación y lógica admirables, ha sabido delinearnos la autora el carácter de Juana, la protagonista, en medio de sucesos de un realismo inofensivo y encantador, que realza notablemente el argumento de la obra y constituye uno de sus méritos más sobresalientes.

DORA. Por CARLOTA M. BRAEMÉ, autora de "Azucena."

La novela DORA es una de las que mayor popularidad han alcanzado en la literatura inglesa. Débese el brillante éxito que ha obtenido muy principalmente, como puede verlo todo aquel que la lea, á que tanto el galano estilo en que está escrita como las severas lecciones que se deducen de su interesante argumento, corresponden á la más estricta moral. Hay además, en toda ella bellísimas descripciones en que campean la inspiración y la poesía.

PAN, QUESO Y BESOS. Por B. L. FARJEON.

Preciosa novela, que nos hace amar más y mejor los dulces encantos del hogar y las amorosas horas que pasamos en él rodeados de nuestra familia. Si como dicen, la novela es la *épica del siglo*, ésta y otras muchas de nuestras novelas domésticas, han de ser la *êpica del hogar.*

CONFUSIÓN. Por H. CONWAY, autor de "Misterio" y "El Secreto."

Libro por todos conceptos notable y donde el malogrado HUGH CONWAY, muestra su rara aptitud en el arte de distribuir, en el interés de continuarlo naturalmente cuando parece naturalmente extinguido; de encender una novela nueva á la mitad del libro en las ascuas de la que parece terminada, de ocultar al lector deslumbrado con el brillo de la marcha las inverosimilitudes casuales de la intriga; de llevar la atención de sorpresa en sorpresa de una á otra escena memorable, de uno á otro cuadro palpitante y nuevo.

EL CABALLERO DON JUAN JALIFAX. Por la SRTA. MULOCK.

Encarecemos á todos los jóvenes la lectura de esta novela, estrictamente moral y escrita con miras educativas para la juventud moderna. La vida de Jalifax es una elocuente justificación del poder inmenso que tiene la voluntad del individuo, cuando, arrostrando sin vacilar los desastres de la vida, y no apartándose jamás de sus deberes por medio de la honra y del trabajo, alcanza los favores de la fortuna, establece un hogar dichoso y lega á la posteridad un nombre respetable.

MARGARITA DE LA Ó. Por CARLOS READE.

Por el estilo de "Juana Eyre," pertenece al género realista y posee los mismos encantos que esta novela en cuanto á la distribución de personajes, delineamiento de caracteres y enseñanza de buenas costumbres; pues se basa en una moral altamente educadora y es muy á propósito para las familias españolas é hispanoamericanas.

EL CASO EXTRAÑO DEL DR. JEKYLL. Por R. LUIS STEVENSON, autor de "Plagiado" y de "La Isla del Tesoro."

Caso por demás extraño; es un asunto que ha dado en qué pensar á más de un psicologista y que no obstante lo extraordinario del relato, que á veces se convierte en cosa fenomenal, ha sido leído con verdadero interés por todo el mundo y se lee y se continuará leyendo ávidamente, porque es una narración de aquellas que el lector no quiere dejar de la mano hasta llegar al fin. STEVENSON es también autor de "La Isla del Tesoro," "Plagiado" y de EL CASO EXTRAÑO DEL DR. JEKYLL; obras vertidas al francés y á otras lenguas y publicadas por nosotros en castellano, con el beneplácito de miles de personas, que las han leído y leen con verdadero deleite.

LA VIDA DE UN PERILLÁN. Por WILKIE COLLINS.

Relación íntima de los lances y entretenidos sucesos ocurridos á un solterón, antes de que descorriera el velo de sus extravagancias y acudiese á la felicidad del hogar para disfrutar tranquilamente los últimos años de su vida. Las humorísticas tendencias del estilo y la encadenada sucesión de los capítulos, llenos de chistes y escenas graciosísimas, prestan al lector un verdadero rato de solaz y esparcimiento, simultáneamente útil por el propósito moralizador de la obra.

EL GRAN LUCERO. Por FRANK BARRETT, autor de "Su Cara Mitad."

Esta novela del reputado novelista inglés BARRETT es lo mejor de cuanto ha producido hasta hoy día y posee aquel encanto que caracteriza á las novelas de este autor. No hay en ella lo que se llama toques dramáticos de gran efecto; sino

narración sencilla y delicada, argumento que sin ser camino trillado, tiene todo el aire de verosimilitud y personajes cuyos tipos de seguro no ha encontrado antes el lector en ninguna otra novela.

AZABACHE. Autobiografía de un Caballo. Por ANA SEWELL.

Sin que esta obra sea de excepcional mérito literario, pues ni la autora, al publicarla, era escritora conocida, ni el asunto se presta á ciertos giros y bellezas de estilo, su popularidad y la circulación inmensa que ha alcanzado, tanto en la Gran Bretaña como en este país, débense indudablemente á lo poco trillado del camino que la autora ha seguido, y á lo simpático del asunto; á la narración sencilla y natural, al estudio de los caracteres, circunstancias y detalles que retrata.

LA GRAN MILOSIS. Por H. R. HAGGARD.

LA GRAN MILOSIS, que fué la última que publicamos de dicho autor, viene á ser la narración de las aventuras que siguieron á las narradas en "Las Minas del Rey Salomón." Uno no sabe, después de leerlas, cuál de ellas es la mejor; porque una y otra son á cual más interesantes y llenas de peripecias. *Ex Africa semper aliquid novi*, y así es; HAGGARD siempre encuentra en África algo nuevo, para encanto de sus numerosos lectores.

LA LETRA ESCARLATA. Por N. HAWTHORNE.

Está considerada como la mejor novela de cuantas se han publicado en los Estados Unidos, como obra de escritor del país. Ha sido reimpresa numerosas veces, existen de ella variadísimas ediciones, fué dramatizada y como novela es leída por todo el mundo con verdadero encanto. LA LETRA ESCARLATA es, en fin, una novela considerada hoy día como *Clásica.*

EL VICARIO DE WAKEFIELD. Por O. GOLDSMITH. Dos ediciones: una en tela y otra á la rústica.

Como la mejor recomendación que podamos hacer de su lectura, reproducimos aquí un párrafo del estudio crítico que

aparece al frente de la obra: "El lector ha de encontrar mucha instrucción y deleite; y de su lectura quedarán aquellas impresiones gratas y duraderas que dejan siempre en nuestro ánimo las obras clásicas que, como el VICARIO DE WAKEFIELD, describen con tanta galanura como exactitud las escenas del hogar doméstico, los vaivenes de la fortuna y los caracteres humanos, no siguiendo un extraviado naturalismo, sino pintando á la verdadera Naturaleza."

EL SECRETO. Por H. CONWAY, autor de "Misterio" y "Confusión."

Esta novela no cede á ninguna otra producción del novelista inglés. Desde el primer capítulo despierta la curiosidad, que muy pronto se convierte en atracción vivísima. Junto al criminal arrepentido, el explotador implacable de su delito, figura más detestable aún que la del culpable mismo. Junto al verdugo, la simpática víctima, y entre otros personajes del cuadro tipos acabadamente dibujados: la artista famosa, tan bella como noble y pura; el hijo amante que vacila entro su cariño filial y la sospecha que le mata. Ni faltan situaciones dramáticas de primer orden, ni el autor desdeña en ocasiones la gracia cómica y el discreto donaire.

PLAGIADO. Por R. LUIS STEVENSON, autor de "La Isla del Tesoro" y "El Caso Extraño del Dr. Jekyll."

Novela notable por más de un concepto y que no en balde goza de mucha reputación en inglés: tal ha sido la demanda del público, que el autor ha tenido que escribir otro libro, siguiendo hasta cierto punto el mismo tema. Trátase de un joven que nos cuenta las peripecias del plagio de que fué víctima, con aquella sencillez juvenil que pocos como STEVENSON saben poner en boca de sus jóvenes protagonistas, siempre interesantes y simpáticos.

LA GUARDIA BLANCA. Por CONAN DOYLE.

Considerada como la mejor de todas las producciones de su autor; y como la más á propósito para traducir al español,

porque muchas de sus escenas, se desarrollan justamente en presencia de pueblos y testigos de nuestra propia raza y lengua. Por su género histórico, por su aire de marcialidad, por el encadenamiento de las peripecias, que se suceden unas á otras sin cesar, por el brillo de las armas y el colorido que se siente al leerla, por la descripción de paisajes y lo vivo de las escenas; ha alcanzado en castellano la misma reputación que tiene bien ganada en inglés.

EL PRISIONERO DE ZENDA. Por Antonio Hope.

Es una de las novelas que más circulación han alcanzado en los últimos años. Cerca de medio millón de ejemplares se han vendido de la edición inglesa; y como drama, fué representada centenares de veces en los principales teatros de Inglaterra y de los Estados Unidos.

AZUCENA. Por Carlota M. Braemé, autora de "Dora."

El ejemplo que presenta esta novela, no dudamos que agradará á las jóvenes de nuestros días, pues se refiere directamente á la perfección de sus hábitos y costumbres. Como la famosa "Dora," Azucena es un tipo simpático, algo idealizado, envuelto en contrastes de la vida real y elegantemente descrito.

EXPIACIÓN. Por la Señora Wood.

Esta obra bastaría para dar á la Señora Wood bien establecida reputación como escritora de notable mérito. Publicada hace bastantes años en Inglaterra con el nombre de *East Lynne*, alcanzó desde su aparición inmensa popularidad, acrecentada con el tiempo, hasta el punto de ser hoy uno de los libros más conocidos en la patria de la autora y en los Estados Unidos.

[A]

Obras de Historia Natural

PUBLICADAS POR

LA CASA EDITORIAL DE D. APPLETON Y CÍA.,

Nueva York.

I.

El Reino Animal para Niños. Por el Doctor Juan García Purón. Instruir Deleitando. Serie de Libros Primarios de El Reino Animal para Niños. Arreglados para la instrucción gradual y progresiva de la infancia, en las escuelas y en la familia. Cada cuaderno, contiene 6 hermosas láminas de colores, yendo en cada una numeradas las figuras de los varios animales; y 8 páginas de lectura amena, variada y progresiva, con una cubierta iluminada. En paquetes de una docena surtida (dos ejemplares de cada número). El paquete, $2.00.

La serie se compone de seis libros ó cuadernos:

No. 1. Animales Domésticos.

No. 2. Aves Mayores.

No. 3. Animales de Caza.

No. 4. Animales Salvajes.

No. 5. Aves Menores.

No. 6. Cuadrumanos y Pequeños Cuadrúpedos.

Recomienda Rollin que se enseñe á los niños la Historia Natural; pero del modo que conviene á su edad. "Llamo, dice, *Física de los niños*, á un estudio de la Naturaleza que no requiere sino *vista*, y que por lo mismo está al alcance de toda clase de personas, hasta de los niños. Desde la más temprana edad se les puede imponer á los niños; pero proporcionándolo á sus pocos años, y llamando su atención sobre lo que esté más á su alcance, ya sea en lo referente á hechos, ya acerca de las reflexiones á que estos den ocasión. Parece increíble el número de conocimientos agradables y útiles con que ese ejercicio continuado desde los primeros años y metódicamente, llenaría el espíritu de los niños. . . ." Un maestro cuidadoso, encuentra en este estudio el medio de formar el corazón de sus discípulos y de guiarlos á la verdad y el bien valiéndose de la misma Naturaleza.

"El primer libro para instruir á la infancia, dice Figuier, debe versar sobre la Historia Natural; y en lugar de llamar la atención de las jóvenes inteligencias hacia las fábulas y cuentos sin doctrina, es necesario dirigirlas hacia los sencillos y verídicos espectáculos de la Naturaleza; tales como la estructura de un árbol, la composición de una flor, los órganos de los animales, la perfección de las formas cristalinas de un mineral, ó la disposición interior de las capas que componen la tierra que hollamos con nuestra planta." Tal es el objeto con que el autor ha preparado estos libros, en los que ha reunido la instrucción, los ejemplos de moral y el deleite de la infancia.

II.

Nociones de Botánica. Por J. D. Hooker. Precio, 20 centavos.

Esta pequeña obra, que forma parte de nuestra serie de Cartillas Científicas, contiene una serie de lecciones elementales sobre los carácteres generales de las plantas que dan flores; trata de la célula y los tegidos, del alimento y desarrollo de la semilla y de la planta, de la raiz, el tallo, las yemas, las hojas, la flor, el cáliz, la corola y de multitud de otros asuntos presentados de un modo fácil y sencillo. Se ocupa de los Jardines Botánicos para colegios, y da modelos para ejercicios de lecciones con hojas y flores.

III.

Libro Primero de Zoología. Por el Doctor Juan García Purón. *Obra adoptada de texto en España y varios países Hispano-Americanos.* Forma un tomo uniforme con la Botánica y la Mineralogía del mismo autor; está ilustrado profusamente con hermosos grabados intercalados en el texto y elegantemente encuadernado. Precio, 70 centavos.

El Libro Primero de Zoología que ofrecemos al público, está considerado como el mejor de cuantos se conocen, y el único de su género en castellano. El autor, elevándose á las necesidades de la época y á los adelantos de la ciencia moderna; ha puesto su obra á la altura de los tiempos y al alcance de la juventud. Conduce gradualmente, *de lo conocido, á lo desconocido por medio de lo semejante*, despertando el interés del joven, y á la vez deleitándolo con el estudio. No existe un libro tan ameno é interesante, ni tan apropósito para el estudio del reino animal; al que no sólo da á conocer en todas sus fases, sino que inspira en los niños el amor hacia los animales.

IV.

Libro Primero de Botánica. Por el Doctor JUAN GARCÍA PURÓN. *Obra adoptada de texto en España y varios países Hispano-Americanos.* Precio, 80 centavos.

En esta obra, la BOTÁNICA está tratada desde el punto de vista del *estudio objetivo*, que tanto facilita á los jóvenes el conocimiento de dicha ciencia. Como en la ZOOLOGÍA y la MINERALOGÍA del mismo autor, el plan seguido en la Botánica, es *llegar á lo desconocido por medio de lo conocido y lo semejante;* empleando para ello, el estudio de lo que más pueda interesar y grabarse en la imaginación de los niños.

La obra, está ilustrada con numerosos grabados; tiene una excelente impresión sobre papel satinado y muy bien encuadernada; circunstancias, que como complemento á su selecto contenido científico, la hacen sin rival en su género. Es un tomo uniforme con los de ZOOLOGÍA y MINERALOGÍA.

V.

Libro Primero de Mineralogía. Por el Doctor JUAN GARCÍA PURÓN. *Obra adoptada de texto en España y varios países Hispano-Americanos.* Precio, 80 centavos.

Este tratado de MINERALOGÍA, que con las de ZOOLOGÍA y BOTÁNICA por el mismo autor, forma un *Curso Completo de Historia Natural;* además de tratar extensamente de todo lo que atañe directamente á la Mineralogía, propiamente dicha, estudia las relaciones entre ésta y la *Geología*, y por lo tanto trata de los fósiles, ó sea de la *Paleontología;* siguiendo los principios más modernos en su parte didáctica.

La obra tiene numerosos grabados intercalados en el texto; es rica en estilo y asuntos interesantes, y se halla impresa en magnífico papel satinado y empastada en uniformidad con la BOTÁNICA y la ZOOLOGÍA.

***

Los ***Cuadros Murales*** de WILLSON y CALKINS además de otros asuntos, tratan tambien de la

ZOOLOGÍA en las partes 1ª, 2ª, 3ª, 4ª, y de la
BOTÁNICA en las 1ª, 2ª, 3ª, 4ª.

La colección de trece, artísticamente sombreados, coloreados y montados en cartón. Precio, $14.00.

En el *Libro Primero de Zoología*, del *Curso de Historia Natural*, por el Dr. D. Juan García Purón, obra dedicada á hacer conocer la Historia Natural á los niños, el autor no se limita á hacer una relación de lo concerniente á aquella materia, sino que, con especial habilidad pedagógica, ha conseguido armonizar los adelantos de la ciencia, con el desarrollo intelectual de los niños, haciendo la obra sumamente interesante.—*Los Avisos, Revista Científica*, 1886 (Madrid).

***

El *Libro Primero de Zoología*, correspondiente al *Curso de Historia Natural*, por el Dr. D. Juan García Purón, que hemos leído con detenimiento, puede considerarse como una de las mejores obras de su clase hasta hoy publicadas.—*El Magisterio Toledano*, 1887 (Toledo, España).

***

El *Curso de Historia Natural*, por el Dr. D. Juan García Purón, es una obra de relevante mérito, tanto considerada desde el punto de vista científico y literario, como del artístico.—*El Clamor del Magisterio*, 1886 (Barcelona, España).

***

El *Libro Primero de Zoología*, por el Dr. D. Juan García Purón, corresponde á un importante *Curso de Historia Natural*, debido á la pluma de dicho Sr. El método que sigue en dicha obra es intuitivo y deductivo, y la exposición de doctrina, clara y breve, ayudando á la interpretación de las ideas una serie de grabados de una ejecución tan exacta como esmerada.

Recomendamos la adquisición de tan importante obra, que consideramos de la mayor utilidad para propagar el conocimiento de las ciencias físico-naturales entre la juventud.—*El Profesorado*, 1886 (Barcelona, España).

***

El *Libro Primero de Mineralogía y Geología*, del *Curso de Historia Natural*, por el Dr. D. Juan García Purón, viene á llenar el vacío que se observa en las obras destinadas á las Escuelas Normales, Superiores, é Institutos de segunda enseñanza.—*El Clamor del Magisterio*, 1889 (Barcelona, España).

***

El *Libro Primero de Zoología*, por el Dr. D. Juan García Purón, es verdaderamente un libro útil, lleno de interés y de amenidad, que cautiva la atención del niño enseñándole los medios de observación sencillos, y lo eleva á la contemplación de la naturaleza y de su Creador, haciéndole adquirir insensiblemente un caudal de conocimientos provechosos para estudios superiores. No vacilamos en recomendarlo como utilísimo para la enseñanza primaria.—*Anales de Instrucción Pública de la República de Colombia*, 1887 (Bogotá).

El *Libro Primero de Zoología*, por el Dr. D. Juan García Purón, es un libro verdaderamente útil, no sólo como obra de texto en un curso elemental de Historia Natural, sino como libro de lectura en las Escuelas.—*El Instructor*, 1886 (Aguascalientes, Méjico).

***

En el *Curso de Historia Natural*, per el Dr. D. Juan García Purón, las explicaciones están puestas al alcance de las más tiernas inteligencias, y es una obra que ha tenido la más favorable acogida en la América española, algunos de cuyos países la han adoptado como de texto en sus escuelas.—*El Diario de la Marina*, 1887 (Habana).

***

Recomendamos vivamente el *Libro Primero de Mineralogía y Geología*, por el Dr. D. Juan García Purón, obra que se distingue por su buen estilo y sus excelentes grabados.—H. Wieghardt, Profesor de ciencias naturales y Geografía de la Escuela Normal de Preceptores de Santiago.—*La Revista de Instrucción Primaria*, 1889 (Chile).

***

Nuestras escuelas y colegios carecen de un texto tan apropiado para la enseñanza elemental, como el *Curso de Historia Natural* debido á la pluma del Dr. D. Juan García Purón.—*Diario de Centro-América*, 1886 (Guatemala).

***

El *Libro de Zoología* del Dr. D. Juan García Purón es utilísimo, ameno y muy instructivo, porque en un lenguaje claro se dan nociones completas de Zoología, pareciendo increible que en tan pocas páginas haya condensado el autor tan preciosas é interesantes lecciones.—*El Tiempo*, 1886 (Méjico).

***

El *Libro Primero de Zoología*, por el Dr. D. Juan García Purón, es la mejor obra que para la enseñanza se ha publicado en nuestros días.—*El Protector de la Infancia*, 1887 (Barcelona, España).

***

El *Libro Primero de Zoología* del Dr. D. Juan García Purón. Esta obra en nuestro juicio está llamada á resolver para la enseñanza de esta asignatura, el difícil problema de facilitar su conocimiento, atendiendo á las especialísimas condiciones que en la misma concurren por su método y exposición, por el orden y claridad que en ella preside, sin que decaiga un momento el interés que despierta.—*La Segunda Enseñanza*, Órgano General de los Establecimientos de la Enseñanza, 1886 (Córdoba, España).

LAS AVENTURAS DEL
VICARIO DE WAKEFIELD.

Por OLIVERIO GOLDSMITH.

Versión castellana hecha con sumo esmero y la única completa en nuestra lengua, de esta famosísima obra, considerada universalmente como Clásica.

Un tomo de unas 300 páginas, bien impreso, con preciosos grabados y encuadernado artísticamente.

Edición económica 50 centavos. De medio lujo 75 centavos.

El Vicario de Wakefield.—"La novela más interesante en lengua inglesa."—Lord Byron.

El Vicario de Wakefield.—"Excelente, interesante, lo mejor de cuanto se ha escrito como novela doméstica."—Goethe.

El Vicario de Wakefield.—"Lo más delicado de cuanto la inteligencia humana ha producido en su género."—Walter Scott.

El Vicario de Wakefield.—"Ningún otro escritor ha logrado con tan buen suceso llegar á los fines del moralista. Pensamientos, humoradas y agudezas abundan en cada página."—Washington Irving.

La única versión española del Vicario de Wakefield, completa y correcta es la publicada por

D. APPLETON Y COMPAÑÍA,
EDITORES,
NUEVA YORK.

AZUCENA.

Por CARLOTA M. BRAEMÉ,

Autora de DORA.

"*AZUCENA* es uno de aquellos libros, ya raros hoy día, que pueden leerse sin crúpulo. Es un libro sano, en que todo es poético, bello é interesante. La roína es un tipo que encanta. Es una joven candorosa, ingenua, amable, y todas s escenas y cuadros en que aparece, su figura atrae la simpatía y el cariño del ctor. No hay una sola página en todo el libro en que se ofenda la moral. Al ntrario: todo es bello, y á cada momento resaltan las dotes de una alma pura, no ntaminada de las ideas y exageraciones de nuestra época. Allí no hay pasiones, o sentimientos; no hay figuras que repugnen y desagraden, sino personajes de la da real en los cuales no han hecho estragos los vicios ni las malas ideas de estra época. Además de esto, el interés de la obra es mayor en cada página: decae un solo instante, y la atención del lector no se aparta de la simpática y lla 'Azucena,' á la que sigue con honda simpatía en todo el curso de la narración. oy que las malas novelas tanto abundan, quisiéramos que á ellas se opusieran ros tan hermosos, tan sentidos, tan llenos de verdadera poesía, como éste de que atamos. La juventud que se entregara á esa clase de lecturas ganaría mucho en o."—*El Tiempo, Méjico.*

"No desmerece AZUCENA de DORA en el interés de la acción y los aficionados á s obras sencillas que no dejan preocupaciones ni emocionan dolorosamente, pue- n leerla con la seguridad de ver satisfecho su gusto."—*El Bien, Montevideo.*

"*AZUCENA*, digno gemelo del otro libro de la misma autora, DORA, que tanta eptación tuvo entre nosotros, es una novela de interés palpitante, estilo fácil y imado y de escrupulosa moralidad, lo cual hace muy apropiado para la lectura el hogar. Lo recomendamos á nuestros lectores y sobre todo á nuestras her- osas lectoras."—*La Razón, Montevideo.*

"Los editores D. Appleton y Compañía, de Nueva York, están publicando una ermosa serie de novelas de autores ingleses y angloamericanos, traducidas en espa- ol. La versión está encomendada á persona perita en nuestro idioma, y la obra pográfica, algunas enriquecidas con ilustraciones, puede competir con lo más egante y primoroso en su clase."—*Diario de Cádiz, Cádiz.*

NOVELAS

DE AUTORES INGLESES Y ANGLOAMERICAN PUBLICADAS EN ESPAÑOL

Por D. APPLETON Y CÍA.,

NUEVA YORK.

---

1. Misterio * * * *.....Por H. CON
2. La Casa en el Desierto.....Por MAYNE F
3. La Isla del Tesoro.....Por R. L. STEVEN
4. La Casa del Pantano.....Por F. WAR
5. Las Minas del Rey Salomón.....Por H. R. HAGG
6. Su Cara Mitad.....Por F. BARR
7. En Ídolo Caído.....Por F. ANS
8. Cuentos en el Mar.....Por VARIOS AUTORES FAMO
9. La Novia del Marinero.....Por W. C. RUSS
10. Juana Eyre.....Por CARLOTA BRO
11. Dora.....Por CARLOTA M. BRA
12. Pan, Queso y Besos.....Por B. L. FARJ
13. Confusión.....Por H. CONV
14. El Caballero Don Juan Jalifax.....Por la SRTA. MUL
15. Margarita de la Ó.....Por CARLOS RE
16. El Caso Extraño del Dr. Jekyll.....Por R. LUIS STEVEN
17. La Vida de un Perillán.....Por WILKIE COLL
18. El Gran Lucero.....Por FRANK BARR
19. Azabache.....Por ANA SEW
20. La Gran Milosis.....Por H. R. HAGG
21. La Letra Escarlata.....Por N. HAWTHO
22. El Vicario de Wakefield.....Por O. GOLDSM
23. El Secreto.....Por H. CONV
24. Plagiado.....Por R. L. STEVEN
25. La Guardia Blanca.....Por CONAN DO
26. El Prisionero de Zenda.....Por ANTONIO H
27. Azucena.....Por CARLOTA M. BRA
28. Expiación.....Por la SRA. WO

734

Tenemos en vía de publicación varias novelas nuevas.

THE LIBRARY OF CONGRESS

THE LIBRARY OF CONGRESS

LIBRARY OF CONGRESS
0 014 641 178 2